

GENA SHOWALTER

*No puedo
dejarte ir*



The Original Heartbreakers



NO *puedo* DEJARTE IR

SERIE LOS VERDADEROS SEDUCTORES 05

GENA SHOWALTER

TÍTULO ORIGINAL: CAN'T LET GO

The Original Heartbreakers

Con problemas de confianza de una milla de largo, Ryanne Wade ha jurado olvidarse de los hombres. Entonces Jude Laurent entra en su bar y todas las apuestas están echadas.

El ex Ranger del Ejército ha sufrido inimaginablemente, primero siendo mutilado en la batalla luego perdiendo a su esposa e hijas a causa de un conductor borracho. Hacer sonreír al viudo moribundo es la prioridad uno. ¿Resistirlo? Imposible.

Para Jude, Ryanne está fuera de los límites. Y sin embargo, la hermosa barman que sirve alcohol a los conductores potenciales lo tienta como ninguna otra.

Cuando un bar rival amenaza su sustento y su vida, no puede alejarse. Ella desencadena algo en él que pensó enterrado durante mucho tiempo, y está decidido a protegerla, sea cual sea el costo.

A medida que su llamativa atracción continúa calentándose, el soldado dañado sabe que debe abandonar su pasado para aferrarse a su futuro... o arriesgarse a perder la segunda oportunidad que necesita desesperadamente.



Agradecimientos



Muchas gracias a todas las que dedicaron su tiempo y trabajo en este proyecto, gracias por este excelente trabajo; y en especial a todas nuestras lectoras.

MODERADORA

Maxiluna;

TRADUCTORAS

*Alhana; Apollimy; Arhiel; Fangtasy; Kralice Khalida;
Mary79; Maxiluna; Nad!*

CORRECTORAS

Alhana; Arhiel, Bibliotecaria70; Maxiluna; Nyx

LECTURA FINAL

Natyy

DISEÑO



*Esta es una traducción independiente de fans, para fans, está hecha para el disfrute y el incentivo de la lectura.
Para que todos los de habla hispana tengamos la posibilidad de leer estas maravillosas historias.*

Está hecha sin ningún fin de lucro.

Incentivamos a todas nuestras lectoras a comprar los libros de nuestras autoras favoritas cuando se tengan los medios económicos y la oportunidad de tener estos libros en nuestro idioma, ya que sin ellas no podríamos disfrutar de estas maravillosas historias.



Elogios para la escritora más vendida del New York Times Gena Showalter

“Showalter... ¡me sacude cada vez!”

—Sylvia Day, #1 autora de bestsellers del *New York Times*

“¡Showalter escribe divertidos y sexys personajes de los que te enamoras!”

—Lori Foster, autora de bestsellers del *New York Times*

“Personajes atrevidos, inteligentes y una trama poco convencional, *The Closer You Come* muestra a Gena Showalter en todo su brillante talento”.

—Kristan Higgins, autora de bestsellers del *New York Times*

“Showalter hace chisporrotear el romance en todas las páginas”.

—Jill Shalvis, autora más vendida del *New York Times*

“¡Emocional, conmovedor, me mantuvo volteando las páginas!”

—Carly Phillips, autora de bestsellers del *New York Times*

“Con historias convincentes y personajes memorables, Gena Showalter nunca deja de deslumbrar”.

—Jeaniene Frost, autora de bestsellers del *New York Times*

“El nombre Showalter en un libro significa entretenimiento garantizado”.

—*Reseñas de libros de RT*

“La versátil Showalter... una vez más demuestra que puede mezclar humor y emoción mientras mantiene a los lectores entretenidos de principio a fin”.

—*Lista de libros sobre Catch a Mate*

“Gena Showalter es un genio creativo.”

—*Hypable*



Este libro no hubiera sido posible sin tres increíbles damas:
A Jill Monroe y Kresley Cole por la invaluable lluvia de ideas. Y carcajadas.
Y diversión. Y diablos, por ser ustedes.
A mi increíble editora Emily Ohanjanians por su increíble
retroalimentación. ¡Me encanta que me comprendas! Aún mejor,
comprendes mis personajes raros.
Y tengo que dar un segundo, especial reconocimiento a Jill Monroe, que un
día pasó 8 horas escondida en una habitación de hotel conmigo,
ayudándome a superar los contratiempos de la historia.
¡Estoy bendecida!



CAPÍTULO UNO

Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Nyx

ÉL ESTABA DE VUELTA.

RyanneWade sirvió su mundialmente famoso cóctel de frutas Moonshine, -conocido afectuosamente como CockaMoon, en un pequeño frasco, y con la mayor discreción posible, vio a Jude Laurent merodeando por su bar. Y bien, el moonshine no era famoso en el mundo, pero sí en la región. Muy bien, *casi* famoso en la región; hecho de su receta personal, era destilado en una cervecería local y vendido exclusivamente en el Scratching Post.

Jude una vez llamó a la bebida “Caída en un vaso”. O EXCAVADORA. *Como si estuvieras cavando tu propia tumba, Wade.* Sólo para fastidiarla, estaba segura.

El antiguo ranger del ejército era un nuevo residente en su ciudad natal, y uno de los tres copropietarios de LPH Protection, una empresa de seguridad. A veces parecía un luchador de las calles más locas y malas, otras veces parecía un hombre de negocios recién salido de una reunión en una sala de juntas, y había ganado. Esta noche, era un luchador de buena fe, listo para tirar y calentar a las mujeres. Llevaba una camiseta negra, pantalones vaqueros rasgados y botas de combate. Puños de cuero le rodeaban las muñecas, y tres anillos de plata brillaban en sus dedos. ¿Su versión de nudilleras?

Sin que importara su personalidad de día, siempre era tan guapo y tentador como el pecado, y un dolor en el trasero de Ryanne.

Él realmente batía su mantequilla.

Usualmente él bendecía el Scratching Post con su exaltada presencia cuando uno de sus dos amigos requería de un conductor designado. Nunca ordenaba nada que no fuera agua, y nunca gastaba un centavo o incluso dejaba propina a la camarera lo suficientemente desafortunada como para servirle. Concretamente, Ryanne. Ni siquiera el tipo insultante de propina: una nota en una servilleta. *Trae mis tragos más rápido la próxima vez, y tendrás dinero.*

¿Lo peor de él? Le gustaba pararse en el tocadiscos e intimidar a los clientes con un resplandor de rayo de muerte. Oh, y no olvidemos cómo a veces intentaba vigilar la puerta, ordenando a la gente que se sentaran y se



quedaran quietos como si fueran perros, simplemente porque habían bebido algo, -cualquier cosa-, que tuviera alcohol.

El descaro... del hombre. Y el cuerpo en él...

Ryanne abanicó sus mejillas sonrojadas. Hora de arrancar el aire acondicionado. Porque no, su sangre hirviendo no tenía nada que ver con la sexy, musculosa, deliciosa, sexy, sensual, deliciosa, hace agua la boca, sexy buena apariencia de Jude.

No hace mucho tiempo, -está bien, vale, bien, poco después de conocer a Jude-, Ryanne había decidido rechazar su prohibición a las relaciones románticas y elegir a alguien con quien salir. El momento fue pura coincidencia, por supuesto, pero sus hormonas habían estado fuera de control desde entonces.

Además, aunque quisiera a Jude, no iría tras él. A pesar de su actitud hosca, las hembras jóvenes y viejas continuaban acercándose a él en manadas, sigilosamente o no tan sigilosamente colgando su cebo, pero él nunca lo mordisqueaba. También podría haberse tatuado -Fuera de Límites- en la frente.

¿Era esta noche la noche en que se relajaba y se divertía un poco?

Escalofríos llovieron sobre ella mientras él echaba una oscura y melancólica mirada en su dirección. Tenía el pelo rubio largo hasta el cuello con la más leve onda, los ojos más azules que un cielo matutino, y el cuerpo de un surfista: magro, musculoso y bronceado. Pero también tenía el ceño fruncido. Sabía que nunca sonreía, bromeaba o se reía, y que siempre irradiaba una amenaza y agresión terroríficas.

Si sonreía... Dios mío, sus hormonas podrían explotar por la sobrecarga de lujuria.

Por supuesto, tenía una buena razón para su mala actitud. Hace unos años, perdió a toda su familia en un terrible accidente automovilístico; su esposa y sus gemelas se habían ido en un abrir y cerrar de ojos. Hablando del último dolor de corazón. Ryanne consideraba que la culpa y el dolor se lo comían a diario -a cada hora-. Y ella empatizaba absolutamente al cien por cien.

¡Pero vamos! Su pasado problemático no le daba el derecho de acusarla de prácticas de coqueteo engañosas para estimular a que los clientes regresaran, y de sobresalar los bocadillos para asegurarse que los clientes permanecieran sedientos. Primero, ella no era un simple, ordinarioflirteo; era coqueta, y allí estaba la diferencia. No buscaba conquistas sino sonrisas. Segundo, ¿cómo sabría Jude algo de la comida? No había probado ni un solo plato que ella servía.



Por alguna razón, él había pensado que Ryanne era una villana en su primer encuentro, y su opinión sobre ella no había cambiado.

Maldito sea. ¡Soy tan dulce como el azúcar, y probablemente más sabrosa para empezar!

Cuando se giró sobre su talón y se dirigió hacia ella, un escalofrío de electricidad corrió todo su cuerpo. Sus miradas se volvieron a bloquear, y los pasos de él vacilaron, así como su aliento. La vista de él, acercándose más mientras que se centraba completamente en ella...

*Mantén la calma, mi querida*¹.*

¡Imposible! Su corazón se estremeció contra sus costillas, y el sudor le empapó las manos.

La atracción dio paso a la irritación, pero la irritación dio paso a la compasión cuando ella notó su cojera. Pobre chico. Era más pronunciada de lo habitual.

En una misión en el extranjero, perdió la mitad inferior de su pierna izquierda. Ahora llevaba una prótesis.

Dedos chasquearon delante de su cara, y parpadeó. CooterBowright, uno de sus clientes habituales, la miró con preocupación. —¿Estás bien, Srta. Ryanne? Has estado en el espacio mientras he estado echando espuma por la boca. La deshidratación es mortal, ¿no lo sabes?

Uff. Atrapada mirando a un hombre que la despreciaba. Fingiendo despreocupación, ella coronó la CockaMoon de Coot con una ramita de menta y deslizó el frasco en su dirección. Desde que empezó a vender la especialidad de frutas, sus ingresos nocturnos habían aumentado más del 20 por ciento. Tal vez porque el cóctel consistía en fresas, arándanos y uvas, un tributo a los tres pueblos de Oklahoma que rodeaban el bar: su hogar de la niñez, Strawberry Valley, Blueberry Hill, donde se encontraba el Scratching Post, y Grapevine. O tal vez porque el cóctel te estremecía por completo.

—Estoy lo suficientemente bien como para saber que éste es tu último moonshine de la noche—, dijo. —Si vuelves a sentirte deshidratado, te serviré un té dulce.

Coot tomó un trago largo, drenando la mitad del frasco, y luego se limpió la boca con el dorso de la mano. —Vamos, Srta. Rye-anne. —A veces sacaba las sílabas de su nombre cuando intentaba hacer un punto. —No me cortes todavía. La noche apenas ha empezado.

—Conoces las reglas. Tres Cockmoons, sin excepciones. —Nadie se emborrachaba bajo su vigilancia. En realidad, si alguien tenía dificultad en

*En español en el texto original.



sus palabras o se tambaleaba mientras caminaba, sin importar los límites, ella jalaba a Jude y robaba las llaves. Uno, era ilegal vender alcohol a cualquiera que pareciera intoxicado y dos, no, simplemente no.

La seguridad primero, las ventas después.

¿La diferencia entre ella y Jude? Llamaba a un taxi después y nunca juzgaba.

—Diría que chupes huevos podridos, pero también te quiero mucho, —murmuró Coot, sólo para animarse. —Oye, ¿vas a cantar esta noche?

A veces disfrutaba tocando un par de sets con la banda, pero no podía cantar, mezclar bebidas y hacer bocadillos. —Esta noche no. Yo...

Jude llegó al bar, y el resto de su respuesta murió en su boca. *El sexo hecho carne*. Se apoyó contra la madera pulida y le lanzó una “acojonante” mirada a Coot. —La intoxicación pública es un crimen.

Cootse marchitó. —Tienes razón, Jude. Tendré más cuidado la próxima vez. Honestamente.

Con la esperanza de aliviar el ambiente, Ryannele guiñó un ojo a Coot y le dijo a Jude: —Tu *camisa* es un crimen. —El algodón negro estaba demasiado apretado y era probable que causara disturbios. Meneó las cejas. —¿Qué tal si nos haces un favor a todos y te la quitas?

¿Ves? Coqueta.

Le frunció el ceño y, justo en ese momento, ella se marchitó como Coot.

El anciano le dio una palmadita en la mano en un espectáculo de camaradería. —¿Alguna vez te conté de la noche en que dejé que mi esposa usara corbatas en el dormitorio?

Sí, se lo había dicho una docena de veces. La Sra. Bowright lo había atado bien, sólo para caerse de la cama y golpear su cabeza en una mesa lateral. Cooter tuvo que arrastrar su desnudo trasero por el suelo para llegar al teléfono metido en el bolsillo de sus pantalones vaqueros desechados. Había terminado usando Google para encontrar una forma de liberarse de las ataduras antes de que llegaran los paramédicos, algo acerca de extender tus codos, levantar los brazos y golpear tus manos unidas en el torso, pero no antes de que hubiera escrito incorrectamente y se encontrara en un sitio donde le saltaran los granos.

Ryanne escuchó, de todos modos. Amaba al viejo.

Por una vez, Jude se negó a ser ignorado. Él entró en su línea de visión, sus miradas entrelazadas. La sangre se le empañó en las venas mientras su estómago daba una serie de vueltas.



¿Cómo la afectaba tan rápida e intensamente?

Fácil: su pasado romántico era básicamente una pizarra en blanco. No tenía experiencia, por lo que no tenía medios para combatir su atracción por este o -cualquier- hombre.

En resumidas cuentas, había estado dos años y medio sin salir. Antes de eso, sólo había salido un puñado de veces, demasiado desconfiada de la especie masculina como para ofrecer algo más que un apretón de manos en la puerta.

¿Por qué molestarse en hacer más? En la escuela secundaria, su madre no solo se acostó con uno sino con dos de sus novios, y Ryanne había temido que pasaría otra vez (y otra vez).

Sólo quería saber si te engañarían, cariño.*

Sí, claro. No traicionas a tu “cariño”.

Los problemas de confianza de Ryanne sólo habían ido cuesta abajo cuando empezó a trabajar aquí. Antes de hacerse cargo de la propiedad, había balanceado los libros, ayudado en la mesas y a las meseras. Cada noche, alguien le había propuesto matrimonio, pellizcado o golpeado su trasero, o tocado sus senos. Supuestamente devotos esposos que habían levantado solteras, y mujeres que se habían ido con un hombre un fin de semana y habían llorado una semana después cuando él se había ido a casa con otra persona.

De niña, algunos de los “amigos especiales” de su madre se habían vuelto muy manitas. Una vez, Ryanne escuchó a uno de esos amigos especiales reírse con sus compañeros de trabajo, presumir de conquistas fáciles y burlarse de las “perras pegajosas”.

Era un milagro que Ryanne hubiera superado sus problemas, y un milagro más grande que alguien tan irritable como Jude hubiera prendido fuego a sus fantasías. *Realmente* no era su tipo.

¿Había alguno?

¡Seguramente! Tarde o temprano encontraría un candidato, y él sería todo lo que ella siempre quiso, todo lo que ella hubiera necesitado. Honorable, leal hasta los huesos. Amable. Apreciaría y amaría a su media naranja, sin importar cuán larga o corta fuera su relación.

Sería como Earl Hernández, que tenía un corazón de oro.

Cuando Earl murió de cáncer de páncreas hace unos años, todo su mundo se había derrumbado.

Sólo recientemente había abierto los diarios que él había escrito a lo largo de su vida. Su devoción a su primera esposa, que había muerto antes



que él, había brillado como una estrella en la oscuridad de la noche. Si esos dos hubieran vivido, todavía estarían juntos.

—Necesito hablar con Ryanne en privado—, le dijo Jude a Coot.

¿Lo necesitaba? ¿Sobre qué?

—Por supuesto. No hay problema, Jude. —Coot le dio un beso antes de irse.

—Entonces... ¿cómo estás? —dijo Jude, ahora mirando a todos lados sobre ella.

¿Iban a intercambiar cortesías, no? De acuerdo, está bien. —Estoy bien. ¿Qué hay de ti?

Se encogió de hombros y no dijo nada más.

Oh bieeeen. Cambio de divisas. —¿Qué puedo servirte? ¿Viagra Líquida? ¿Una Mamada en las rocas? ¿Gritando Orgasmo?

—Agua. —Su voz era un poco ronca, y ella luchó con una sonrisa mientras llenaba un vaso con su bebida preferida. —Y agrega un limón—, dijo.

Ooh la lala. Limón. Puso una rebanada en el borde. —Son dos dólares con cincuenta centavos.

Su mirada se acercó hacia ella, sus labios fruncidos, tirando de su tensacicatriz. —¿Dos dólares con cincuenta por agua que nunca antes me ha costado un centavo?

¿Era tan avaro en otros negocios o sólo en el suyo? —Mi error. Esta noche te cobro por mi tiempo y energía. Y si crees que estás consiguiendo una ganga, tienes razón. —Mientras todos los demás lo rodeaban de puntillas, temerosos de hacerlo infeliz, -bien, más infeliz-, a menudo ella se erizaba como un puercoespín.

Desafortunadamente, heredó el temperamento de su madre.

Acarició dos dedos sobre su barba antes de poner un billete de cinco dólares en el mostrador. —No te quedes con el cambio. Y ya que estamos en el tema del tiempo y la energía, harías bien en no desperdiciar el mío al admitir que me necesitas.

Me necesitas.

¿Fue un intento de invitarla a salir? —¿Perdón? —dijo ella, y le dio a regañadientes dos dólares con cincuenta centavos.

—Tu seguridad... —Comillas en el aire, —...no detendría un accidente y mucho menos un crimen deliberado. Me necesitas para arreglar los problemas antes de que alguien salga herido.



Nop, él no estaba tratando de invitarla a salir, y ella no estaba decepcionada.

—Nadie saldrá lastimado. —Su “flirteo engañoso” ayudaba a mantener la paz, previniendo peleas. Cuando una pasaba y estallaba, ella lo manejaba.

—Eres demasiado confiada—, dijo.

¡Qué! —¿Demasiado confiada? ¿Yo?

—Debes pensar lo mejor de la gente. Si no, arreglarías tus antiguas cerraduras y vigilarías mejor a tus clientes. Tienes cuatro empleados, y no hay forma de que los cinco puedan llevar un registro de todos a la vez. ¿Qué pasa si alguien roba dinero de tu registradora? ¿Cómo lo sabrás, hasta que sea demasiado tarde? Además, hay demasiados rincones oscuros dentro y alrededor de los baños. ¿Y si una mujer es agredida? ¿Y tienes alguna idea de lo que está pasando en el estacionamiento?

La idea de que alguien fuera agredido en su establecimiento la enfermó. —Para que lo sepas, no soy responsable de las decisiones que otros toman. Y mis cerraduras hacen su trabajo, que es todo lo que importa. ¿Pero qué sugieres que haga con las esquinas oscuras? ¿Y qué está pasando en el estacionamiento?

—Añade luces sensibles al movimiento, así como cámaras ocultas. — No dijo nada más, ignorando su segunda pregunta.

—Luces, sí. —Aunque el constante encender y apagar podría ser molesto. —Cámaras, de ninguna manera. Son una violación de la privacidad.

—Es perfectamente legal poner cámaras en el pasillo fuera del baño. Además, necesitas al menos dos hombres en la puerta principal. Alguien que monitoree quién entra, y alguien que monitoree quién sale. Este último puede hacerle pruebas de alcoholímetro a cualquiera que quiera conducir.

Un cliente le hizo una señal desde el otro extremo de la barra, pero Ryanne levantó un dedo, pidiendo un momento. —Hola. *Soy* un alcoholímetro andante. Y por mucho tiempo que hayas pasado aquí, deberías saberlo. Las cosas que sugieres sólo harán enojar a los clientes leales, costándome negocio y dinero.

Cada centavo de sobra que hacía iba a su fondo de viajes.

Cuando era niña, había escapado de su escabrosa vida familiar dentro de las páginas de los libros de viajes, imaginando que estaba en algún lugar, -en cualquier- otro lugar. Ahora anhelaba visitar esos lugares de verdad.

La semana pasada, compró su primer billete. En dos meses, veintiocho días y siete horas, viajaría en un vuelo de primera clase a Roma, donde pasaría cuatro semanas en bicicleta a través de la ciudad y sus



alrededores, recorriendo el Vaticano, diciendo oohhh y aahhh sobre famosas obras de arte, comiendo queso fresco, pasta casera, y degustando vino en diferentes viñedos.

Músculos saltaron bajo el azul marino de Jude. —Para Ryanne Wade, las ganancias monetarias vienen antes que la vida de otras personas. Lo tengo. —Se giró sobre sus talones y se alejó.

¡Maldito sea! Siempre tenía que tener la última palabra. Pero... ¿tenía razón sobre algo malo que estaba pasando en el estacionamiento?

Se acercó al cliente que la esperaba y, durante la hora siguiente, consiguió alejar a Jude de sus pensamientos mientras mezclaba bebidas. Era sábado, pero sólo eran las 6:30 p. m. Sin embargo, el bar estaba lleno, sus camareras corrían de mesa en mesa.

Después de que su camarero de tiempo completo, Sutter, terminara su turno, Ryanne hizo las rondas, asegurándose de que los clientes estuvieran contentos y que no se cometieran crímenes. Los asiduos le sonreían y saludaban con la mano.

La mayoría venían de Strawberry Valley, donde había vivido la mayor parte de su vida.

Su madre, nacida y criada en México, se había mudado a los Estados Unidos para casarse con un tejano. Sin embargo, los dos se divorciaron pronto, y una embarazada Selma Wade -una vez Selma Martínez, ahora Selma Wade-Lewis-Scott-Hernandez-Montgomery se mudó a Oklahoma City, donde más tarde conoció y se casó con un prominente hombre de negocios de Blueberry Hill. Como su esposo número uno, no había mantenido su atención por mucho tiempo, y ella se había divorciado de él a favor de casarse con un pilar de la comunidad de Strawberry Valley. Cuando esos dos se divorciaron, Selma se casó con Earl, otro residente de Strawberry Valley, sólo que mucho menos respetable. Demasiado pronto, ella también se divorció de él. Salió con alguien de su edad antes de casarse con su quinto esposo y mudarse a Colorado, donde aún vivía.

Fue entonces cuando Ryanne, de dieciocho años, tomó la decisión de mudarse con Earl, su tercer padrastro. Era dueño del bar, pero tuvo problemas para encargarse de él después de su diagnóstico de cáncer. Y aunque ella había venido aquí para ayudarlo, el hombre maravilloso *la* había ayudado, apoyándola y animándola como un padre, incluso cuando la gente lo acusaba de caer con una “Lolita barata”.

Un pinchazo en el pecho, Ryanne le lanzó un beso a su foto, que colgaba sobre el bar, justo al lado de las postales de todos los países que había soñado visitar. Grecia. Egipto. Finlandia. Islandia. En realidad, ¡todas las lands y landias! Irlanda, Groenlandia, Suiza, los Países Bajos, Tailandia e Inglaterra. Australia. África. Costa Rica. Francia. Alemania. Israel. China.



México. Rusia. Las Islas Vírgenes. Básicamente, ella planeaba viajar de un extremo a otro de la tierra, y por todas partes en medio.

A lo largo del resto del edificio, había conservado el motivo campesino occidental de Earl. Las paredes tenían parches de ladrillo expuestos, y encima de la pista de baile estaban las palabras *Oeste Salvaje*, cada letra rodeada de luces de neón coloridas. Para los taburetes de la barra, los sillines fueron soldados a las bases metálicas. En la esquina, las puertas del salón separaban las del pasillo del baño.

¿Tienes idea de lo que está pasando en el estacionamiento?

Las palabras de Jude se le metieron en la cabeza, y la curiosidad se apoderó de ella. Con su favorita una .44 guardada dentro de su bota, marchó hacia la salida trasera. En el callejón, el aire fresco de la noche no podía enmascarar el olor penetrante de la basura que se vertía. El olor a cosas pasadas, maduras no había alejado a la gente que se sentaba a lo largo de la pared.

Al final de cada turno, le gustaba dar comida sobrante a las personas sin hogar, y se había corrido la voz.

—Hola chicos—, dijo ella con un saludo de la mano. —¿Alguien ha visto algo sospechoso últimamente?

Un hombre conocido sólo como Loner² se paraba sobre piernas tambaleantes. La suciedad manchaba su piel y cortaba su pelo mientras que las manchas cubrían su ropa desgarrada. Su corazón dolía por el hombre. Ella no conocía su historia, sólo sabía que sus ojos estaban aturridos por la desesperanza. La vida se había rendido con él, y él había renunciado a la vida.

—Ha habido un joven que merodeaba entre las sombras—, dijo. —Alto, rubio. Parece estreñado todo el tiempo. Pensamos que trabajaba para ti porque nos pagó para que reportáramos cualquier rastro de drogas o... —Loner tiró de su cuello, —...prostitución.

¿Estreñado? Sólo podía ser Jude. El hombre odiaba cada segundo de su existencia.

¿Por qué le importaba a Jude lo que pasaba en su propiedad? ¿Por qué pensaba que la gente vendía drogas y sexo? Oh... mierda. ¿Y si la gente *estaba* vendiendo drogas y sexo? El ácido se movió en su estómago, quemándole rápidamente un camino por la garganta.

—¿Y tenías que informarle de algo? —preguntó ella.

Loner cambió de un pie a otro. —Algunas noches pasadas, diferentes hombres han subido dentro de una furgoneta y, eh, luego empezó a temblar

²Solitario en español.



poco después. Esos hombres se fueron unos quince minutos después—, volvió a tirar del cuello. —No estoy seguro de que no se hayan intercambiado dinero.

¡Caca en un palo!

Ryanne había oído tantas maldiciones todos los días que había decidido guardar sus palabras y pensamientos, como una súper cláusula. Bufó.

Ella no quería llamar a la policía por esto. Mientras que ella amaba a los hombres y mujeres honrados, y trabajadores que trabajaban para la policía de Strawberry Valley no vendrían, ella no estaba bajo su jurisdicción. En vez de eso, la policía de Blueberry Hill sería enviada, y uno de sus oficiales —Jim Rayburn— la quería encerrada por medios justos o sucios. A veces aparecía en el bar para pedirles a sus clientes que la interrogaran. Otras veces los detuvo por sospecha de conducir borrachos. Ryanne sospechaba que Jim era el que había escrito “Ryanne Wade es una puta” y “Para una buena prostituta, llama a Ryanne Wade” en la pared del baño de hombres.

La despreciaba, todo porque había ayudado a su amiga y ex-hermanastra Lyndie Scott a dejar a su esposo, el Jefe Carrington, antiguo jefe de Jim.

Los abusos que el jefe infligió a la delicada Lyndie, convirtiendo a una optimista joven en una mujer con una timidez lisiada y constantes ataques de pánico... Por primera y única vez en su vida, Ryanne había contemplado el asesinato a sangre fría.

Un esposo celoso lo hizo por ella, dándole al golpeadore infiel una probada de su propia medicina. En la mente de Jim, Lyndie y Ryanne eran responsables. ¿Y si culpaba a Ryanne del sexo y las drogas? ¿Y si la encarcelaba?

No puedo arriesgarme a pedir ayuda. —Gracias, Loner. Por favor, infórmame de cualquier otra actividad turbia en lugar del hombre estreñado. ¿De acuerdo?

Asintió. Decidida a perseguir la furgoneta, se metió en el aparcamiento abarrotado. Mientras entraba y salía, mirando por las ventanas, registró el chillido de un martillo neumático. Su mirada se extendió a través de la calle, donde había luces halógenas alrededor de una obra de construcción.

No hace mucho tiempo, un hombre llamado Martin Dushku había venido a verla. Aunque tenía tatuajes violentos en el cuello y manos, llevaba puesto un traje sofisticado que probablemente costaría más que su SUV.

Iba a abrir un club de striptease en las cercanías, había dicho, y esperaba que no le importara la competencia.



Ella había sonreído y dicho: —¿Qué competencia? Manejo un bar no un club de striptease. Además, la teoría económica sugería que dos empresas competidoras que se encontraban enfrentadas entre sí eran mejores para cada negocio, porque la competencia impulsaba más actividad y por lo tanto más negocio.

Él se había reído. —Y tu lugar termina en lo bajo mientras que el mío termina en lo alto. Pero—, agregó, —preferiría comprarte y dirigir ambos negocios, lo que te dejaría libre para viajar.

Su deseo de viajar no era un secreto, pero aun así se las arregló para asustarla. Ella rechazó su oferta. Quería viajar, sí, pero también quería un hogar al que volver, algo que no había tenido cuando era niña. Más específicamente la casa de Earl. Además, disfrutaba con las comidas para los desamparados. El Sr. Dushkulucía como el tipo de hombre que trataría a los menos afortunados como basura.

Ella esperaba una pelea, pero él aceptó su negativa con gracia y se fue.

Concéntrate en la tarea que tenemos entre manos. Él no es mi preocupación esta noche.

Cierto. Ya casi termino. Sólo unos cuantos autos más para revisar. De hecho, estaba a punto de respirar aliviada de que no había señales de la furgoneta o algo ilícito cuando llegó a un rincón ensombrecido en la parte de atrás, con sólo dos vehículos. Una... furgoneta. El otro era un sedán. Su estómago se hundió. Ambos vehículos tenían vidrios tintados y, tal como informó Loner, la furgoneta se balanceaba de un lado a otro.

¿Qué debo hacer?

La luz repentinamente inundó el sedán, permitiéndole que mirara al hombre que estaba detrás del volante. Estaba fumando un cigarrillo, casual y descaradamente. A su lado se sentó un hombre con una serpiente tatuada en la mandíbula.

¿Debería... correr? Tenían que ser proxenetas o guardaespaldas, porque su carga era claramente repartir mercancías y servicios en la furgoneta.

¿Correr? ¡No! Furia se encendió dentro de Ryanne, solo atemperada por la consternación.

Llamar a la policía ya no era una situación que debiera. Debería. Lo haría. Primero, necesitaba pruebas de su inocencia, por si acaso Rayburn intentaba darle la vuelta a las cosas. Así que, a pesar de los posibles peligros, Ryanne retiró su teléfono y tomó fotos de los hombres y la matrícula de ambos vehículos. Nadie la culparía de un crimen.



Cuando se paró en la retaguardia, los pasajeros decidieron que ahora sería el momento perfecto para emerger. Bueno, mierda. Empezó a transmitir un video en vivo en su teléfono. Un arma en sí misma: demostraba su inocencia, mientras aseguraba que los muchachos no podían hacer nada violento sin un montón de testigos.

—Digan hola al mundo—, dijo, y agarró su arma por si acaso.

Cigarrillo estaba sobre el metro ochenta y cinco de alto, mientras que Serpiente cubría el metro sesenta y ocho. Ambos hombres eran musculosos, tatuados y la miraban con gran asombro.

Ryanne se mantuvo firme. ¿Cuántas veces se había visto obligada a romper peleas en las que estaban involucrados hombres grandes y espantosos? Innumerables.

Cigarrillo golpeó una mano contra la camioneta, una vez, dos veces, y dejó de balancearse.

—Tú y tus crímenes no son bienvenidos aquí. —Estaba orgullosa. Su voz, como el resto de ella, se mantuvo firme. —Vete, y no vuelvas.

Serpiente la miró lentamente, la miró fijamente y se lamió los labios. —Deberías tener cuidado con lo que dices, niña. No lo haces, y es probable que pasen cosas malas.

—Por favor—, dijo ella, —vuelve a amenazarme. No estoy segura de que la cámara captara tu mejor ángulo.

La puerta trasera de la furgoneta se abrió repentinamente, un hombre que llevaba ropa ajustada se cayó. Con el resto de su ropa apretada contra su pecho, pasó corriendo junto a Ryanne y bajando la calle. La supuesta prostituta, rubia, pálida y delgada, con los ojos anchos y llenos de miedo, permaneció en el interior y cerró la puerta.

—¿Estás bien ahí dentro? —Ryanne le preguntó.

Silencio.

Cigarrillo dio un paso amenazador hacia Ryanne.

—¡Alto! Todo lo que me pase a mí, el mundo sabrá quién es el responsable. —Mientras un temblor la atravesó, el teléfono se cayó de su puño y golpeó el cemento. ¡Mierda! Al menos aún tenía su arma.

—Sabemos quién eres, y sabemos que los policías te odian. Te culparán si algo nos pasa a *nosotros*—, respondió él.

¿Cómo supo de *sus* temores?

A lo lejos se oyeron pisadas que se acercaban cada vez más. Se puso tensa, no estaba segura de lo que iba a pasar, cuando...



Jude apareció delante de los vehículos, sus manos se movieron como martillos. Puso los hombros rectos y las piernas separadas, su postura rígida. Una postura de pre-combate. No estaba jadeando, pero hacía algún tipo de ruido gruñón, como si fuera un animal rabioso que finalmente había encontrado una comida.

A Comando le gusta el sabor de la sangre. Y ¡oh guau! Le gustaba este lado de él. A la luz de la luna, era un dios. Un guerrero sin igual.

Aun así, su tensión aumentó. Si estaba herido...

Para su asombro, Cigarrillo y Serpiente se echaron atrás inmediatamente. Cigarrillo se deslizó en el sedán, y Serpiente se subió al volante de la furgoneta. Todo sin decir una palabra. Uno tras otro, los vehículos salieron disparados del estacionamiento.

Ryanne se lanzó hacia delante, intentando seguirle. ¿A pie? ¡Idiota! Pero la chica...

Jude se agarró a su muñeca, manteniéndola en su lugar. —No lo hagas—, soltó. —Sólo conseguirás que te maten.

¿Estaba enojado con *ella*?

No, no. No podía ser. Estaba enojado con el mundo. Siempre.

De un golpe ella agarró su teléfono, intentando llamar al 911. En vez de eso, se detuvo. —¿Quiénes son? ¿Estaban vendiendo a esa chica?

—Trabajan para un hombre llamado Martin Dushku, y sí. Estaban vendiendo a esa chica. Desde hace dos semanas.

Las respuestas la golpearon como si fuera una paliza. ¿Por qué el Sr. Dushku vendería a una chica en su propiedad en lugar de venderla en el suyo?

¿Para culpar a Ryanne y conseguir que se callara? ¿Por qué no llamar a la policía, entonces?

¿Quizás sólo quería asustarla para que ella vendiera?

— ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella. ¿Y por qué no llamaste a la policía? Necesitamos ayudar a esa chica.

—Sé todo sobre tu historia con la policía de Blueberry Hill. Y lo estaba manejando. No puedes ayudar a alguien que no quiere ser ayudado.

¿Lo había intentado y fracasado? —Claramente no lo estabas manejando lo suficientemente bien.

La malicia irradiaba de él mientras le mostraba sus dientes. El hecho de que fueran rectos y blancos no le hacía menos intimidante. —Sabes que hay bandas de Europa del Este en Texas, ¿verdad? Traté con ellos cuando



vivía en Midland. Han emigrado a Oklahoma, y como dije, los dos imbéciles que amenazaste trabajan para Martin Dushku, el tipo que construye un club al otro lado de la calle. No es conocido por compartir y cuidar, sino por su fervor de ser dueño de *todo*. Tratará de forzarte a vender o cerrar, lo que suceda primero.

¿Miembros de una banda? ¿Aquí? De ninguna maldita manera.

Tal vez el Sr. Dushku no estaba involucrado en absoluto. Pudo haber sido un poco espeluznante cuando se ofreció a comprarle, pero no había sido agresivo. —¿Cómo sabes esto? —preguntó ella, con una ceja arqueada. —Afrontémoslo. *Podrías* haber organizado este pequeño espectáculo para asustarme y que te contratara.

Se acercó a ella, mucho más peligroso que Cigarrillo o Serpiente, y sin embargo ella no tenía miedo. —No quiero tu negocio, Ryanne. Nunca seré tu mayor fan, y desprecio tu bar. Francamente, preferiría que se quemara hasta los cimientos. Si no fueras amiga de mis amigos, lo haría. Y sé lo de Dushku porque investigo a todos los que se mudan a mi pueblo.

Ella le creyó. Una cosa que no podía dudar: su lealtad a sus amigos, Brock Hudson y el héroe local Daniel Porter. Los tres habían servido juntos en el ejército, y se cubrían las espaldas sin fallar.

Y ella no fue herida por él, *nunca seré tu mayor fan* de Jude. El hombre tenía un gusto horrible.

—Lo siento—, dijo ella, de repente tenía miedo de arañar sus entrañas. Una banda había venido a Oklahoma, y el líder quería su bar. Su casa.

Se había ocupado de Earl. Abundaban los recuerdos felices. Si algo pasaba...

¿A quién estaba engañando? Algo *pasaría*. Martin Dushku y sus asociados eran mala gente, dispuestos a hacer cosas malas. ¿Y si lastimaban a sus clientes, gente inocente que no hacía nada malo?

Mordiéndolo el interior de su mejilla, envainó su arma y extendió una temblorosa mano hacia Jude. —Felicitaciones, Sr. Laurent. Estás contratado.



CAPÍTULO DOS

Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Nyx

JUDE LAURENT IGNORÓ la delicada mano que se le ofrecía, su mente permaneciendo en estado de alerta. Había provocado a dos depredadores esta noche. En algún momento, ambos hombres regresarían, y actuarían en un intento de salvar la cara.

—Volveré mañana—, le dijo a Ryanne. —Nueve a.m. Vamos a repasar detalles y precios entonces.

Parpadeando, ella dejó caer su brazo a su lado. —¿Las nueve a.m.? De ninguna manera, imposible. No me voy a la cama hasta las cuatro de la madrugada, y nunca estaré despierta antes del mediodía.

—Nueve a.m., Señorita Wade. —Cuando su reunión concluyera, tendría que hacer dos horas en la carretera hasta la ciudad para comprar cualquier equipo que hubieran acordado. Y, para ser perfectamente contundente sobre el asunto, no le importaba si conseguía su tratamiento de belleza de sueño o no. —Ni un minuto después o estarás por tu cuenta con Dushku.

Una brisa fresca sopló, acariciando mechones de cabello como la tinta sobre la delicada elevación de su mejilla. Haciendo movimientos cortos con irritación, enganchó los mechones detrás de la oreja. —Recuérdame quién pagará a quién.

—Recuérdame quién estará *salvando* a quién.

Ahora ella ancló sus puños en sus caderas, una imagen del rencor femenino. —Bueno, esto es jodidamente perfecto, no es así. No nos vamos a volver locos el uno al otro en *absoluto*.

—Si haces lo que digo, cuando digo, nos llevaremos bien, garantizado.

Ella se puso erizada. Tal vez ella creía que él estaba actuando como un tonto del culo. Pues muy mal. No estaba actuando. La gente podía tomarlo o dejarlo. A él tampoco le importaba eso.

—¿Qué tal si dividimos la diferencia y nos reunimos a las diez y media? —Una vez más, le ofreció una mano de huesos finos. —¿Trato?

Esta vez, ignorar sus mano fue más dificultoso. Sus uñas eran de punta cuadrada y pintadas de un suave color rosa y brillaban con la luz de



la luna. Una sorpresa. Tan dura -y sexy- como era, esperaba un rojo sangre o negro.

Una serie de callos estropeaban las puntas de sus dedos. En su muñeca había un pequeño pero elaborado tatuaje, una cerradura sin llave, rodeada de hiedra color esmeralda, como si su brazo tuviera una puerta oculta al paraíso.

Su obstinada mirada recorría el resto de ella, como si fuera atraído por una fuerza irresistible. Su figura de reloj de arena chisporroteaba con carnalidad, y sospechaba que todos los que la habían mirado habían imaginado sus deliciosas curvas desnudas y extendidas sobre una cama. O cualquier superficie plana, en realidad.

Ciertamente él lo hacía, y se había odiado por ello. ¿Deseaba a Ryanne Wade? No, infiernos no. La soltera de veinticinco años de edad era la pesadilla de su existencia: era una dueña de un bar quien ponía en peligro su control. Pero él le había dicho la verdad. Sus amigos la amaban. Era cercana a Dorothea Mathis, que estaba comprometida con uno de sus amigos, Daniel Porter. Ella también era cercana a Lyndie Scott, quien era deseada por Brock Hudson, el único otro amigo de Jude.

Aquello hacía a Ryanne Wade un doble peligro.

Al final del día, Jude haría cualquier cosa por Daniel y Brock quienes habían servido en el extranjero con él, lo habían salvado más veces de las que podía contar. Por ello era el por qué de que hubiera añadido sus nombres al enorme tatuaje que había escrito en su pecho.

Ellos, junto con unos pocos raros, eran las únicas personas que le importaban.

Jude forzó su mirada a levantarse, encontrando ricos ojos marrones tan a menudo llenos de una alegría que no podía entender. Aquellos ojos estaban enmarcados por unas pestañas rizadas de alguna manera, dulces y bochornosas a la vez. El largo cabello oscuro rodeaba una cara tan exquisita como el resto de ella. Tenía los ojos ahumados, los pómulos altos, la nariz fina y los labios rojos con un mohín.

Belleza, cerebro y valentía. Todo el paquete.

—¿Y bien? —preguntó ella. —A juzgar por tu silencio, puedo suponer que estás impresionado por mi brillantez.

—Te encontraré a las nueve a.m. y no un minuto más tarde—, croo. Luego retrocedió y se movió hacia ella para meter su culo dentro. Cada vez que ella sacaba su “tono descarado” hacia una conversación, sólo tenía una opción: retirarse. Ese tono le hacía cosas extrañas a su interior. Lo retorció, a veces hasta lo dejaba vacío.



Ella permaneció en su sitio por un largo rato, con diferentes emociones que recorrían sus rasgos. Cólera, irritación, frustración, pero también resolución. Decidió que sus servicios valían la molestia, ¿después de todo?

Cuando entró con dificultad dentro del bar, la siguió de cerca sobre sus talones. A medida que se movía, los dolores agudos y fantasmales le atravesaban la pantorrilla que ya no poseía. Debería ir a casa, quitarse la prótesis y relajarse por primera vez en... no importaba. No sabía cómo relajarse. Debería trabajar, la mejor distracción de sus pensamientos tóxicos.

Ryanne maniobró entre las multitudes, seguro de darle a sus caderas un balanceo extra. Bruja. Los silbidos la precedieron, y los piropos le siguieron los pasos.

Jude maldijo las circunstancias que lo habían traído aquí. *Ignórala. Ignora a todo el mundo.* Tenía mucho trabajo por hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

El lema de Dushku: *No se dobla, se rompe.*

Tan pronto como la familia se había trasladado a Blueberry Hill, a pocos minutos de la casa de Jude en Strawberry Valley, había hecho comprobaciones de antecedentes sobre cada miembro. ¿Su propio lema? *No puedes ser demasiado cuidadoso.*

Ryanne estaba en grave peligro. Hace años, Dushku se había mudado a una pequeña ciudad en Texas y se ofreció a comprar todos los bares, restaurantes, tiendas de licores en la zona. Poco después, cualquiera que se hubiera negado a vender había sufrido un trágico destino; algunos fueron arrestados por un delito que juraron que nunca habían cometido, mientras que otros resultaron heridos en algún tipo de accidente.

Dushku nunca había sido acusado.

Inquieto, Jude contó el número de cámaras y luces que él necesitaría, y probó la confiabilidad de cada cerradura. Algo que había hecho varias veces antes, mientras esperaba que Brock terminara de beber y dijera las palabras mágicas: *Llévame a casa.* Repitió el proceso, verificando y revisando sus hallazgos. Su análisis siguió siendo el mismo. Cualquiera con un hierro para neumáticos y un par de minutos de sobra las podría romper sin dificultad.

¿Cómo había Ryanne sobrevivido tanto tiempo?

Su mirada la buscó una vez más. Se había acomodado detrás de la barra, con los ojos clavados en Daniel y Brock.



Daniel tenía el pelo oscuro, aunque no tan oscuros como los de Ryanne. Los ojos castaños claros, y un leve golpe en el centro de su nariz. Aquella nariz había sufrido una buena cantidad de fracturas.

Sobre todo, él parecía el soldado que era: áspero, duro y sólido como una roca.

En el otro lado, Brock parecía más rudo y más duro con múltiples piercings y brazos envueltos en tatuajes. Su cabello negro azabache estaba cortado cerca de su cuero cabelludo y una gruesa sombra de las cinco siempre le oscurecía la mandíbula; un completo contraste con los ojos verdes pálidos que a menudo reflejaban sospecha, desdén y alegría deformada.

Brock había crecido asquerosamente rico, pero como decía el viejo dicho, el dinero no le había comprado felicidad. Al igual que la falta de dinero no había sido la fuente de los problemas de Jude. La riqueza no tenía nada que ver con la emoción. Ambos tenían padres que no les importaban menos sus hijos.

Daniel no había sido rico, ni pobre, y había tenido el tipo de infancia con que la mayoría de la gente sólo podía soñar. Había nacido y criado en Strawberry Valley, Oklahoma, y había sido adorado por sus padres. Amado por el chico que había sido y por el hombre en el que se convertiría.

Era la razón por la que Jude y Brock se habían trasladado a la pequeña ciudad del punto-en-el-mapa. Cada vez que su unidad militar se había quedado atrapada en una tormenta de mierda, esperando por escapar o la muerte, lo que fuera primero, Daniel había contado cuentos de hadas.

Tío. Chequea eso. Aire con olor a fresa.

Toda la paz de una playa, pero sin la arena en tu culo-rajado.

Revista perfecta. Si hay cielo en la tierra, es Strawberry Valley.

No queriendo regresar a Georgia, donde fue destinado después de unirse al ejército, o Texas, donde creció... donde los recuerdos queridos y odiados esperaban para atormentarlo... Jude se había trasladado a Oklahoma con su amigo.

Los ojos de Ryanne centellearon con alegría y *Jude* casi sonrió. ¿Había alguien que amara la vida con tanto abandono?

Parte de él la odiaba por ese abandono.

¡Maldición! Cuando había vuelto a enfocarse de nuevo en ella.

Daniel lo vio y le hizo un gesto con la mano. —Ahí estás.

Ryanne sonrió con felina satisfacción, como si hubiera descubierto un secreto particularmente jugoso.



Un músculo se apretó en el intestino de Jude.

Aunque preferiría evitar a la dueña del bar hasta que se hubiese calmado de cualquier cosa que ella continuara haciéndole a sus emociones, cerró la distancia entre ellos.

El aroma de fresas y cremas llenó sus fosas nasales, cortesía de Ryanne. Cada vez que se acercaba a ella, él recordaba su postre favorito, tarta de fresas y su boca se hacía agua. Cuando su boca se le hacía agua, sus dientes crujieron, porque una ola de crepitante calor siempre lo seguía, como si...

No. No la deseo.

Daniel le dio unas palmaditas en el hombro. —Ryanne dijo que te habías marchado.

—Ryanne no siempre es consciente de lo que le rodea—, contestó, lanzándole una mirada fría. —Normalmente está demasiado ocupada coqueteando con los clientes.

Ella frunció esos rojos, rojos labios y blandió su gloriosa cascada de cabello sobre su hombro. —Si puedo convencer a un solo hombre más para gastar mucho dinero en cerveza de un centavo, tal vez esté disponible para permitirme ese solido *bi-deet*³ de oro que he estado deseando. ¡Dedos cruzados!

Brock resopló ante su pronunciación errónea de bidet. —¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos, mi hombre? Pensé que esta noche te quedarías en casa.

—Cambié de parecer. —Más y más, había tenido problemas para mantenerse alejado del Scratching Post, sabiendo que Dushku podía atacar a Ryanne en cualquier momento. —LPH se hará cargo de la seguridad aquí.

—Bueno, ya es hora—, dijo Daniel con un movimiento de cabeza.

Ryanne bateó sus pestañas hacia Jude. —¿Puedo traerle otra agua con limón, señor Laurent? —Su voz era azucarada, pero también tan malvada como una serpiente de cascabel.

—¿Y dejar que me cobres otros dos cincuenta por aproximadamente cinco segundos de tu tiempo? Él negó con la cabeza. —A tus tarifas, te deberé nueve mil dólares por una hora de tu tiempo mañana.

Ella le guiñó un ojo, sensual, erótica, tan hermosa que le dolió mirarla. —Créeme. Valgo eso y mucho más.

³ DEET es un químico utilizado en repelentes para insectos, asumo hace referencia a deshacerse de Jude, de ahí la mezcla de palabras, inodoro y repelente (bi-deet) NdT



Levantando una botella vacía, Brock le dijo: —Antes de que ustedes chicos vayan y me arrastren hacia este extraño baile de apareamiento, tomaré otra cerveza. Por favor y gracias.

Jude se mordió la lengua para permanecer en silencio, molesto tanto por el comentario y la petición. ¿Danza de apareamiento? Diablos, no. Él y Ryanne argumentaban, nada más. Y aunque nunca había pedido a sus amigos que renunciaran al alcohol, lo había querido, lo que le hacía odiarse un poco más. Sus pasados eran tan dolorosos como los suyos, y necesitaban una salida.

—¿Daniel? —preguntó Ryanne. —¿Otra ginger ale?

—Sí, por favor—, contestó Daniel con una sonrisa. —Soy el conductor designado de Brock esta noche.

—Bueno, entonces me aseguraré de que tu sacrificio sea recompensado y agregaré una cereza y una cuña de limón libre de cargos. —Lentamente, lánguidamente, su atención se deslizó hacia Jude. —¿Ves algo que quieras, señor Laurent?

Otra contracción del músculo bajo en su tripa. —No, gracias. Estoy bien.

—Oh, azúcar. Apuesto a que no recuerdo que eres muy, muy malo. —La mirada entrecerrada se clavó en él, se inclinó para aplastar su mano en su hombro, y tuvo que esconder una sacudida de sorpresa. La calidez de su piel ardía en su camisa, el aroma de fresas frescas y crema lo envolvió.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó.

—No pienses. Sabes. Me pregunto por qué luces tanta hambre. Positivamente hambriento.

Se puso rígido en lugares que no debía. ¿Acaso había insinuado que tenía hambre de *ella*?

No lo hacía. No lo haría.

Ella le guiñó el ojo, toda la feminidad tímida y el encanto ahumado... y él tenía hambre, mierda, lo hacía. —Quédate ahí. Voy a satisfacer tu apetito—, dijo con otro guiño, y se fue.

Aquellas caderas se balancearon con aún más vigor, y sus manos se curvaron en puños.

Brock silbó entre dientes mientras la observaba marcharse. —Esa es una mujer muy poderosa.

Por supuesto que lo creería. Ella era su tipo. El tipo de mujer que les echaría la bronca a sus padres.

Sus dientes rechinaron de nuevo...



No me importa a quién mi amigo quiera clavar.

—Ella es un soldado—, dijo Daniel con una mirada astuta hacia Jude. —Estamos en una tri-ciudad, ¿verdad? Entre Strawberry Valley, Blueberry Hill y Grapevine. En las tres ciudades, su madre era conocida como la chica que se acercaba. Casada un par de veces, pero en medio de los matrimonios se robó a los maridos de otras mujeres. Incluso durmió con uno o dos de los novios de la escuela secundaria de Ryanne.

Habiendo hecho su tarea, Jude sabía que mucha gente despreciaba a Ryanne por el comportamiento de su madre, y él simpatizó. Su propia madre había sido la paria de la ciudad en Midland. Pobre como la suciedad, tan desesperada por mantener su granja familiar en marcha, se vendió a cualquier hombre dispuesto a arreglar tractores, reparar graneros o alimentar el ganado.

Pero Daniel no había terminado. —Cuando Ryanne se mudó con uno de sus antiguos padrastros, maldita sea. Incluso los residentes de Strawberry Valley se volvieron un pocos locos. Earl Hernandez solía ser el dueño de este bar, y Ryanne tenía diecisiete años, creo, quizás dieciocho años. Incontables personas la llamaban “prostituta”. Los padres les prohibían a sus hijos pasar tiempo con ella, temiendo que ella fuera como su mamá. Lo cierto era que se había mudado para cuidar al tipo. Tenía cáncer.

Sí. Jude también lo sabía. *Maldito si lo hacía, maldito si no lo hacía.*

No es que permitiera que el pasado de Ryanne le importara. Mantendría sus ojos fuera de sus curvas y sí en el premio: su supervivencia.

Ya había informado a los chicos sobre el traslado de Dushku a la ciudad, por lo que utilizó sus minutos para explicar su plan de colocación de cámaras dentro y fuera del bar, con monitoreo de veinticuatro horas. Un componente necesario considerando que Ryanne vivía escaleras arriba.

—The Scratching Post cae en la jurisdicción de Blueberry Hill, así que no debemos involucrar a la policía todavía—, agregó. —Hay un prejuicio serio contra Ryanne, Dorothea y Lyndie.

—Es verdad—, dijo Daniel. —Lyndie estaba casada con el ex jefe, y Ryanne le ayudó a dejarlo. Yo no estaba aquí, pero recuerdo el shock de mi papá cuando la pareja aparentemente feliz se separó. Aparentemente, Carrington estaba golpeando la mierda fuera de Lyndie.

—¿Dónde está Carrington ahora? —Las palabras de Brock estaban atadas con tanta rabia, Jude no tenía duda de que el ex sería golpeado hasta morir si entraba por la puerta.



—Muerto. Lo cual te salva de asesinarlo y de ser enviado a prisión—, dijo Daniel. —En cuanto a Dushku, no queremos estar a la defensiva. Necesitamos ir a la ofensiva tan pronto como sea posible.

Jude se frotó la nuca, incapaz de aliviar la tensión acumulada allí. —Los Dushkus son despiadados, incluso los que están en prisión.

—Ponemos el temor de Dios en Martin Dushku ahora—, dijo Brock, —y nos ahorraremos problemas más tarde.

O comenzar una guerra.

¿A quién estaba engañando? La guerra ya había comenzado.

—Yo me encargaré de esto—, dijo Jude. Mantendría a sus amigos -y a sus mujeres- fuera de ello.

—*Todos lo arreglaremos*—, le corrigió Brock. —Juntos.

Todos para uno, y uno para todos. La historia de sus vidas. Incluso todavía, Jude tomaría el plomo en esto. Cuando las cosas se pusieran mal y lo harían, él sería el único objetivo.

A diferencia de los otros, él no tenía nada que perder.

No dijo nada de eso, sin embargo. Sus amigos sólo argumentarían. ¿Qué no podían hacer? Detenerlo.

Ryanne llegó con bebidas, un tazón de palomitas de maíz con sésamo y pistachos glaseados, suaves palitos de pretzel con fondue de queso de cerveza y un plato de papas fritas envueltas en tocino. —En caso de que quieras ordenar otro, este es el Soporte Nocturno. Espera un orgasmo en tu boca. Este es el Tango Horizontal, y éste es conocido como el Porking. Si quieres añadir un plato de alas de pollo con coco tailandés, a las que nos referimos como Boneyard, házmelo saber. Sonriendo mientras Jude casi se ahogaba con su lengua, le presentó una factura. —Disfruta—, dijo ella con un guiño.

Él esperaba que ella se fuera, pero una vez más se inclinó hacia él, con los codos apoyados en la barra entre ellos. —¿Bien? Prueba todo, y dime otra vez sobre la cantidad de sal en la comida.

Daniel cogió una papita frita y Brock cogió un pretzel y sumergió un extremo en la salsa. Jude no había tenido un apetito real desde... desde hacía mucho tiempo, pero no podía evitar lanzarse puñados de palomitas y pistachos en la boca. Los sabores dulces y perfectamente salados golpearon su lengua, y estuvo cerca de gemir.

Lo siguiente que supo fue que había vaciado el cuenco.

—Supongo que mis bocadillos son deliciosos, después de todo. —Ryanne se rio, el sonido mágico de alguna manera convirtió la comida en su



estómago en rocas. —Las propinas son alentadoras o la próxima ronda podría venir con una cobertura especial extra.

Con uno más de esos guiños molestos, ella vagó para hacer lo que mejor sabía hacer: encantar absolutamente a todos.

Antes de que su cerebro registrara su intención, Jude se encontró de pie, acechando tras ella, finalmente saltando delante de ella. —Estás siendo amable conmigo. —No solo flirteando con él, sino encantándolo. —¿Por qué?

—Me di cuenta de que ahora soy tu jefe. —Las mejillas brillando en una hermosa sombra de rosa, sonrió hacia él. Si ella se había sonrojado por la temperatura de la habitación o por placer, él no lo sabía. Él no lo *quería* saber. Un demonio nunca se aparecía con cuernos y cola, sosteniendo un tridente. Un demonio aparecía luciendo como todo lo que secretamente querías, pero que sabías que no deberías tener. —Mi palabra es ley, no importa cuánto protestes.

Combatiendo su atracción, cruzó los brazos sobre su pecho. —En realidad crees que estás a cargo.

—Dijiste que estabas haciendo esto por tus amigos. Sé cuánto los amas, cuánto no quieres decepcionarlos. —A la luz apagada, sus oscuros ojos brillaban como joyas, amenazando con hipnotizarlo y volverlo sumiso, tentándolo a... nada. —Estoy dispuesta a desempeñar el papel de feliz empleadora, pero te va a costar.

¿Estaba chantajeándolo? — ¿El precio? —gruñó.

—Elogios. Un cumplido al día. Dos si estás siendo particularmente rencoroso.

Tienes que estar jodiéndome. —Un cumplido no merecido es una mentira.

—¿Y nunca mientes?

—Nunca. —La verdad era demasiado preciosa.

Su cabeza se inclinó hacia un lado, su estudio de él se intensificó. — ¿Así que no puedes pensar en nada positivo que decir sobre mí?

—Yo... —*Podría.* Negarlo habría sido una mentira.

Ella lo atrapó muy bien, una hazaña impresionante. Una digna del cumplido que ella deseaba. No queriendo renunciar a una pulgada de terreno que había ganado, sin embargo, dijo: —Si quieres que tu negocio salga de esto con vida, harás lo que yo diga. Fin de la historia.

Ella dio un paso hacia él. Entonces sus pechos rozaron su pecho, ganando un jadeo de ella y un siseo de él. Como un cobarde -un dolorido y palpitante cobarde- dio un paso atrás, cortando el contacto.



—Creo que estaré bien. Se me olvidó decirte que grabé un vídeo de los hombres del Sr. Dushku esta noche.

—Un vídeo no te salvará en el futuro. —Otro paso atrás.

—¿Tienes miedo de mí, Jude? —Ella dio otro paso adelante, tan cerca que su cálido aliento rodó sobre su piel, sobre el pulso corriendo en la base de su cuello.

—¡No! —Su espalda se inclinó cuando la negación rugió de él. A lo largo de los años, le habían disparado, apuñalado y le habían arrancado parte de un apéndice. ¿Le temes a un trozo de mujer? —No—, repitió, sonando con más calma.

—Bueno, siento oír eso. —Tan graciosa como una bailarina, tan erótica como una bailarina de tubo, ella volteó su sedoso pelo sobre su hombro. —Creo que me hubiera gustado reconfortarte.

¿Acababa de... tirarle los tejos?

Jude tiró de su cuello, sudando de repente. Ryanne Wade estaba demasiado caliente, y su sangre también. Su cuerpo estaba en grave peligro de sobrecalentamiento, una reacción física que no había experimentado en mucho tiempo, gracias a otra mujer.

Constance Laurente. *Mi Constance.*

Los recuerdos lucharon por su atención. La forma en que Constance le sonreía cada mañana cuando se despertaba en su cama, como si estuviera encantada de encontrarle en casa. La forma en que de alguna manera había arruinado cada comida que había cocinado, pero lo había mirado con adoración cada vez que había limpiado su plato. La forma en que había llorado por las películas de Hallmark.

De repente, el aire se había vuelto como el sirope; era demasiado espeso como para entrar en sus pulmones. Su pecho se tensó, y sus miembros temblaron.

Hora de irse. No se molestó en despedirse de Ryanne mientras la rozaba al pasar, ni siquiera saludó a sus amigos. Salió volando del bar, sin mirar atrás siquiera.



JUDE PUSO SU camioneta en Park, la mitad del vehículo en la hierba, la otra mitad en la acera. Al menos llegó a la cabaña que él y Brock alquilaban, en vez de parar en medio de una carretera.



Cada respiración le costaba más que la última. Jude se dirigió al porche. A mitad de camino, cayó de rodillas. Dolor y pena explotaron dentro de él, llenándolo, *matándolo*.

Una mentira. No estaba muriendo. La muerte habría sido una misericordia, y la misericordia no lo tocaría con un palo de tres metros.

Gritando obscenidades al cielo, golpeaba su puño contra la hierba. Los grillos se calmaron, y las luciérnagas desaparecieron. Rollos de tierra lanzados de una u otra forma. Una roca cortó un costado de su mano, la picadura un inconveniente menor en comparación con el fuego que parecía verterse a través de su pecho, doliendo su corazón, carbonizando sus pulmones.

Esta era su vida ahora, una serie de minutos y días que se desangraron en meses y años. Existía, nada más, excepto por momentos como este, cuando el dolor y pena lo alcanzaban, -entonces él agonizaba-.

¿Por qué? ¿Por qué continuaba agonizando? Él debería alegrarse. El dolor y la pena eran sus amigos. El dolor había estado allí para él en el peor día de su vida. La pena lo había abrazado y lo había mantenido enfocado en lo que había perdido: su maldito mundo entero.

Conocía la respuesta, sin embargo. En el fondo, él se resentía cada segundo que pasaba en esta tierra. Y aun así, luchaba para sobrevivir.

No quiero luchar más nunca.

Debes hacerlo.

Hace mucho tiempo había hecho una promesa a Constance. Tímida, dulce Constance, su corazón de la escuela secundaria.

Se habían conocido en una cita doble a la que había asistido sólo porque su amigo le había rogado. Una mirada a Constance, y había sido un caso perdido. Ella había sido tan bonita y delicada como un camafeo, y al momento ella había enviado sus hormonas adolescentes hasta las alturas.

Ella también lo había querido, también, voluntariamente importándole poco que se mantuviera firme con el chico más pobre de la ciudad. El chico que una vez se había tirado a más chicas en un asiento trasero que Brock en su mejor día, todo en un esfuerzo por probar que era algo que quería, que valía algo.

Tú lo vales todo, Jude Laurent. ¿Me escuchas? ¡Todo!

Se habían casado una semana después de graduarse, decidido a proporcionarle una buena vida, poco después se había unido al ejército.

Antes de que saliera la primera vez, lo envolvió en sus brazos y le dijo: —Prométeme que nunca te rendirás, no importa lo difícil que sea y sin importar lo que pase.



—Lo prometo. Nunca me rendiré. Ahora dame un beso. Recuérdame lo que voy a extrañar.

Si pudiera haber vivido dentro de la estructura de sus recuerdos más felices, podría haber tenido una posibilidad decente de convertirse en el hombre que había sido. Pero la realidad era un enemigo decidido, tan imparable como el dolor y la pena, agarrando y pateando su mente, demandando su cuota. Los sueños no ofrecían socorro; cada vez que su subconsciente se hacía cargo, revivía un momento que no había presenciado, una noche forjada en sangre, fuego y muerte.

La noche en que su esposa y sus hijas gemelas habían muerto.

En el presente, las lágrimas calientes se derramaban por sus mejillas, dejando huellas crudas y punzantes en su estela. Hace dos años y medio, un chico de fraternidad había bebido demasiado en un bar local, había subido a su coche y se había ido. Nadie se había preocupado lo suficiente como para detenerlo. Sólo nueve minutos, veintitrés segundos después, se estrelló contra el coche de Constance Laurent, arruinando la vida de Jude para siempre.

Constance murió camino al hospital. Las gemelas, Bailey y Hailey, murieron en el impacto.

El mundo entero debería haber dejado de girar en ese-particular-segundo. La galaxia debería haber lamentado la pérdida de tal belleza, risa y luz. Raros tesoros, sus chicas.

Baila conmigo, papi. ¡Encontré mis movimientos y mis ritmos!

Papi, no estoy bromeando y no estoy jugando. Necesito chocolate ahora mismo o lo voy a perder.

¿Perder qué, pequeña dulzura? Había preguntado él.

No lo sé. Lo que sea que sea eso.

Los niños te cambiaban en el momento en que eran concebidos. Te hacían más suave y más duro a la vez. Aprendías a jugar a la defensiva y a la ofensiva simultáneamente, protegiendo a tus pequeños mientras que guerreabas con cualquiera que se atreviera a amenazarlos.

Después del accidente, la gente le había ofrecido lo que pensaban eran palabras de consuelo. *Estaba destinado a suceder. No hay que detener el destino.*

Más mentiras. El destino no había derramado alcohol en la garganta de Chico Fraternidad, y puesto las llaves del coche en su mano.

Además, *nada* consolaba a Jude. Los únicos brazos capaces de ofrecerle consuelo estaban ahora pudriéndose en una tumba.



Todo lo que tenía eran recuerdos de una vida que había adorado. Recuerdos que tanto amaba y despreciaba. Recordó la forma en que la nariz de Bailey se había arrugado cuando se reía. La forma en que Hailey había girado un mechón de pelo alrededor de su dedo cuando lloraba. La forma en que Constance le había dado un beso cada vez que había salido por la puerta, así fuera que se había dirigido a otra misión o al supermercado.

Recuerdos que nunca lo mantendrían tibio en la noche.

Solamente estás compadeciéndote a ti mismo. Tenía amigos que se habían abalanzado en el momento en que había llamado. *Se han ido... están... muertas.*

Ahora le faltaba un propósito. Y una familia. Supuso que podía hacer algo acerca del propósito. ¿O quizás ya lo tenía?

Tal vez había encontrado uno en el Scratching Post. Al menos temporalmente. Al salvar a Ryanne y al bar que despreciaba con cada fibra de su ser, él salvaría a Daniel y a Brock de perder a alguien que *ellos* amaban.

A través de las pruebas de la guerra, ellos también habían caminado de la mano con dolor, pena, tristeza y soledad. Lo suficiente... o mucho más. En el extranjero, habían perdido amigos de mil maneras diferentes. Habían superado grandes probabilidades de salvar a Jude en los campos de batalla más sangrientos; mientras una lluvia de balas llovía sobre ellos, arriesgando sus propias vidas cargándolo lejos cuando él no podía ni siquiera podía arrastrarse.

Mientras su respiración se normalizaba, Jude se limpió la cara con la parte inferior de la camisa y cayó de espaldas. Amaba a sus amigos tan profundamente, que el moriría con gusto por ellos, pero echaba de menos a su familia más que a su pierna. A veces experimentaba dolores fantasmales, permitiéndole fingir que la pierna todavía estaba allí. En ningún momento olvidándose que era un hombre de familia sin familia. Un padre sin hijas.

Estaba esencialmente solo.

Deseaba poder ser más como Ryanne. Ella vivía el momento, disfrutaba de las altas, disfrutando de sus triunfos y avanzaba con las bajas. Él pensaba que incluso se abrazaba a aquellas bajas, escogiendo aprender de sus errores en vez de revolcarse en ellas.

La irritación le picó. ¿Ser como la dueña de un bar? ¿Una persona que servía alcohol a los conductores potenciales? Nunca.

Seguiría como siempre, fingiendo vivir, rompiéndose, fingiendo vivir de nuevo.

Nunca me rendiré.



CAPÍTULO TRES

Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Nyx

NOTA MENTAL: NUNCA te burles de Jude Laurent.

Después de la confesión de... —creo que hubiera disfrutado reconfortándote—, de Ryanne, él se había ido como si sus pies estuvieran ardiendo, su expresión era una mezcla de horror y consternación.

Bueno. Corregir: *a veces burlarse de Jude Laurent.*

A pesar de su antigua prohibición de los romances, el flirteo siempre le había resultado fácil. En pocas palabras, ella había heredado el don de su madre, aunque no en el mismo grado. Selma podría abrir la tapa de galletas de un hombre con solo un guiño y una sonrisa. Ryanne tuvo que trabajar en eso, tal vez porque los chicos sabían que no llegarían a ningún lado con ella. Pero, con un poco de tiempo y un montón de bromas, podía encantar lo incantable. Una habilidad necesaria en su línea de trabajo. Las personas tendían a tratar a los camareros como terapeutas, y Ryanne quiso que todos los que salieran del Scratching Post se sintieran bien, o al menos mejor que cuando entraron.

¿No es mi mayor fan? Prepárate, precioso. Lo serás.*

El tipo claramente tenía un palo en su apretado trasero y sin embargo, por un breve momento, había mirado a Ryanne como si quisiera devorarla. Y a ella le había gustado. Mucho.

Ella quería que él la mirara con hambre una y otra vez.

Jude era el único, decidió. El hombre por el que rompería su amoroso ayuno. A pesar de su actitud hosca, él era el único tipo que su cuerpo ansiaba. El único hombre en quien confiaba su mente. A él podría no gustarle —en estos momentos—, pero aún estaba decidido a salvar a la gente y las cosas que le importaban.

¿Qué tan sexy era eso?

Para conquistarlo, ella sospechaba que tendría que enseñarle cómo relajarse y divertirse. Sin embargo, para enseñarle a relajarse y divertirse, ella tendría que aprender más sobre él.

La forma más rápida de obtener información: interrogar secretamente a Daniel y a Brock. El plan perfecto, hasta que terminaron sus bebidas y despegaron sin decir adiós. La decepción le dio un rápido golpe de uno a dos



a su determinación. Entonces ella se recuperó. Jude regresaría mañana por la mañana, y ella obtendría su información directamente de la fuente.

Entonces ella podría comenzar su entrenamiento, educándolo para que se relajara.

Después de que el bar se había vaciado por la noche, el personal limpió y Ryanne alimentó a las personas sin hogar. Hecho eso, cerró la puerta de atrás, luego la del frente... y creyó ver a Jude en el estacionamiento, sin su camioneta.

¿Había regresado? Cuando ella parpadeó, él se había ido.

Estoy agotada, eso es todo. Miró las ventanas, asegurándose de que estuvieran cerradas también, y subió las escaleras. ¿Cuánto cobraría Jude por sus servicios? ¿Cuánto de sus preciosos ahorros iba a perder? ¿Lo suficiente como para convertir un viaje de primera clase en económica? Ella se estremeció. Para vivir sus aspiraciones de infancia adecuadamente, ella requería lujos.

Ella también requería sobrevivir al Sr. Dushku, así que, ahí estaba.

¿Qué medidas tomaría Jude, el Hombre de Hielo, contra el jefe de la mafia? Para el caso, ¿qué tipo de problema intentarían causar sus nuevos vecinos?

¿Usaría Jude medios legales o presionaría los límites? Él le parecía como el tipo que empujaba los límites.

Con un suspiro ensoñador *¿-me excitan los proscritos-*?, se quitó la ropa interior, puso la alarma y se metió en la cama. Para su consternación, el sueño resultó imposible, su mente continuamente parpadeando en las imágenes de la prostituta. El miedo en la cara de la chica cuando las puertas de la furgoneta se abrieron...

¿Miedo de ser arrestada o miedo por sus guardias?

De cualquier manera, Ryanne se apiadaba de ella. Y simpatizó. Cuando era niña, a menudo se encontraba bajo la regla de hierro de cualquier hombre que Selma “amara” en ese momento. Algunos habían sido amables, otros crueles... como Harold Scott, el papá de Lyndie. Sr. Golpe-y-Reproche.

El abuso mental y físico que infligió a la pobre Lyndie había continuado mucho después de que Selma se divorciara de él. Cuando Lyndie cumplió dieciocho años, se mudó, finalmente libre. Solo que, ella había comenzado a salir con el Jefe Carrington poco después.

Había sido un habitual en el Scratching Post, y había oído a Ryanne quejarse más de una vez del monstruo acechando bajo su capa de niño



bueno más de una vez. Aun así, Lyndie aceptó su propuesta de matrimonio sin dudarlo, como si sintiera que *merecía* que la abofetearan.

Un zumbido agudo sonó desde el teléfono de Ryanne, y ella gimió. Su alarma. ¿Ya era hora de levantarse?

Oye, ¿por qué se estaba quejando? Pronto *-tendría-* que enfrentar a Jude.

Bien, bien. Sus terminaciones nerviosas se despertaron con prisa, hormigueando de anticipación. Se desperezó y sonrió, su corazón saltando, su sangre calentándose. Por tanto tiempo, su cuerpo se había sentido congelado, hormonas inexistentes. Ahora el hielo se había ido, el fuego ocupando su lugar, el deseo una parte de ella como sus pulmones. Ella respiró, y quería... arder. Era un éxtasis, y era una agonía.

Su sonrisa se desvaneció al sentir todo el peso de su inexperiencia. Oh, se había besado con los chicos con los que había salido antes de su prohibición de romance, pero en su breve intento de ser una mujer fatal, nunca, bueno, había llegado hasta el final.

Síp, la buena de Ryanne Wade todavía era virgen.

Ella no estaba avergonzada, pero *estaba* nerviosa. Habían pasado años desde su última cita, y los tiempos habían cambiado. Vainilla ya no era la norma; chicos esperaban variados tonos de gris.

¿Qué le gustaba a Jude? ¿Qué tipo de mujer prefería?

¿Cómo podría romper su helada reserva?

En cierto nivel, él le recordaba a Earl. Fuerte, competente y preocupado por su bienestar. Y no se parecía en nada a los playboys que frecuentaban el bar. Él nunca golpeaba a las mujeres. Demonios, apenas parecía darse cuenta de ellas. La diferencia era que Jude solo había insultado a Ryanne mientras que Earl solo la había apoyado. Pero entonces, Earl la había amado incondicionalmente, la valoraba y la había forjado, nunca derribándola. Él le había enseñado que la familia no tenía que ser de carne y hueso, ni tener vínculos legales.

Frotándose los ardientes ojos, se levantó. Las piernas temblorosas lograron llevarla al baño, donde se cepilló los dientes, se duchó mientras estaba sentada en un banco especial que había hecho para momentos como este, cuando era demasiado floja, eh, *cansada*, quería decir *cansada*, para ponerse de pie. Se aplicó loción y se vistió con un top, un par de pantalones vaqueros desteñidos y chancas. Optó por no perder el tiempo secándose el pelo o aplicando maquillaje. Apestosas mañanas. No había razón para vestirse para uno, incluso para atraer a un hombre.



Si a Jude no le gustaba su aspecto cuando se vestía bien, bueno, él no era el indicado para ella, después de todo. No importaba cuánto ella lo quisiera. Es mejor descubrirlo antes que tarde.

Después de comer su desayuno favorito, ¡galletas Chips Ahoy! sumergidas en café, ella arregló su apartamento, luego colgó una bolsa de basura sobre su hombro. Ella hizo su camino hacia afuera. Uff. ¡El sol! ¡Demasiado brillante!

Con los ojos llorosos, aceleró el paso. Cuando se volvió para regresar al interior, una botella se sacudió detrás del contenedor de basura, y ella hizo una pausa, frunció el ceño. —¿Hola?

Como de costumbre, las personas sin hogar se habían ido. Las mañanas y las tardes eran a menudo demasiado calientes aquí, a pesar de la sombra. Loner y amigos regresarían por la tarde, después de que se pusiera el sol y se hubiera abierto el bar.

Ryanne avanzó, buscando... ¡allí! Un gato mórbidamente obeso estaba acurrucado en una bola. Él era negro con marcas blancas, su piel enmarañada y sucia. Al verla, se puso de pie pesadamente. Luego gimió y volvió a sentarse, porque “él” era en realidad una “ella”, y muy embarazada, sus pezones distendidos.

¡Mierda!* La pequeña querida parecía lista para estallar.

—¿Algo va mal?

Aunque no había detectado pasos, la voz masculina vino directamente detrás de Ryanne, y gritó, su mano revoloteando sobre su corazón martilleante. Jude.

Ella giró. Cuando su mirada se posó en él, su aliento se enredó en su garganta. Bueno, así que, el sol no era el enemigo hoy, sino un compañero bienvenido. La luz lo iluminó, pintándolo en tonos de ámbar, oro y bronce. Parecía una fantasía hecha realidad, un Príncipe Encantador de punk rock que había salido de las páginas de un cuento de hadas erótico. Su cabello pálido poseía un toque de onda esta mañana, y su mandíbula tenía la sombra de una barba.

Una vez más, vestía una camiseta negra, simple y sencilla, pantalones vaqueros oscuros y botas de combate. Esas botas tenían un ligero bulto en cada lado, un bulto que ella reconoció. Fundas para pistolas.

Una banda de cuero rodeaba cada una de sus muñecas. Una mano sostenía una bolsa de lona mientras que la otra sostenía un maletín. Era a la vez endurecido por las calles y conocedor de negocios, la combinación más sexy del mundo.



—No me refiero a mirar—, dijo ella, —pero mis hormonas están ocupadas dándote una gran ovación. Estrella dorada para la selección de vestuario de hoy, Sr. Laurent.

Negó con la cabeza, como si no estuviera seguro de haberla escuchado correctamente. —¿Disculpa?

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué quieres que te disculpe? —Preguntó ella, fingiendo inocencia. —¿Estabas pensando pensamientos inapropiados sobre mí... de la forma en que pensaba pensamientos inapropiados sobre ti?

Su ceño fruncido contenía notas de confusión e incertidumbre. —Vamos para adentro. Tenemos mucho de qué hablar.

En cualquier otro momento, ella podría haber presionado. *¿Ignórame?* Haz preguntas más invasivas. Esta mañana, la seducción tenía que esperar. —Hazme un favor y usa tus músculos grandes y fuertes para traer a este gato dentro. —Hizo un gesto hacia al felino mientras planeaba su próximo movimiento. *Llamar a Brett Vandercamp, el único veterinario en Strawberry Valley, y convencerlo para darle un hogar al gato. Llamar a Lyndie. Ella es maestra de escuela, y hoy es domingo; ella estará en casa. Solicitar los suministros que necesitaré antes de que el Dr. Vandercamp pueda llevarse al gato.*

Comida... pero ¿qué más? ¿Una caja de arena? Ryanne nunca tuvo un gato. O una mascota de cualquier tipo. Ni siquiera un pez dorado.

Jude se acercó a ella, su cojera menos pronunciada de lo que había sido la noche anterior. Después de comprender la situación, le indilgó su mochila y su maletín a Ryanne y cuidadosamente acercó al gato a su pecho. —Solo tú tendrías un bar llamado Scratching Post⁴ y una gata embarazada escondida en tu callejón.

De acuerdo, *esta* era la combinación más sexy del mundo. Un hombre hosco con un corazón suave para los animales. Sus ovarios se unieron a sus hormonas, aplaudiendo y animando.

Con un trago, Ryanne llevó a Jude arriba y entró a su apartamento. En el camino, ella llamó a Brett. Prometió pasar en su descanso del almuerzo pero, para su consternación, rechazó su súplica de mantener a la gata. Sus instalaciones estaban abarrotadas.

—Puedes llevarla a un refugio en Oklahoma City—, agregó él. —Es solo un viaje de dos horas.

⁴ En español significa Poste Rascador.



¿Obligar al gato a tener a sus bebés en una jaula? —De ninguna manera.

—No hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer para ayudarla, de todos modos—, respondió Brett. —La naturaleza tomará el control, la gata tendrá a sus bebés y no será necesaria la intervención humana. Ya verás.

Entonces, ¿debería girar sus pulgares? —*Tonto del culo**, —escupió, y colgó.

—Fluidez en español—, murmuró Jude. —Bueno saberlo.

—¿Sabes lo que dije? —Traducido literalmente, las palabras significaban *un idiota del culo*. Era la maldición favorita de su madre.

—No importa. Cuéntame sobre el veterinario.

Con los dientes apretados, transmitió la idea cruel de refugio de Brett, luego colocó las cosas de Jude en el sofá. El nerviosismo se apoderó de ella, y se mordió el labio inferior. ¿Qué sigue?

Uff. Ella sabía cómo cuidarse sola. ¿Vehículo descompuesto? No hay problema. ¿Tuberías con fugas? Ella agarraría una llave inglesa. Ella siempre había avanzado con los golpes que le entregaba la vida. ¿Pero esto? ¿Cuidar a una gata embarazada? Se estremeció.

—Haz una plataforma en el piso—, dijo Jude. —Usa mantas o toallas, lo que tengas disponible y que no te importe arruinar.

Una cama. ¡Dah! Se apresuró a obedecer, seleccionando mantas, eran más suaves. Cuando ella terminó, colocó a la gata en el centro.

—Crecí en una granja. —Jude se frotó las sienes, las líneas de tensión se ramificaron en sus ojos y boca. —Puedo asegurar que esta hermosa niña tendrá una entrega segura aquí en tu apartamento.

¡Oh, gracias al buen Dios! Y oh, wow, era difícil imaginar al rudo y duro chico de ciudad Jude como un granjero. —Gracias.

—Le quedan unos días por delante. Tal vez incluso una semana. —Jude le dio a la sala un único barrido visual.

Sospechaba que había asimilado todo a la vez, notando cualquier cambio desde su última visita, cuando la había ayudado a cuidar a un borracho Brock. ¿Qué pensaba Jude de sus muebles y adornos? Ella había escogido piezas para representar diferentes culturas en todo el mundo. Una manta de la India cubría un sofá victoriano. Una mesa auxiliar francesa mostraba un jarrón marroquí, un cuenco egipcio lleno de frutas de vidrio soplado y una estatuilla de elefante tallada a mano en África. Un paisaje de las Highlands escocesas colgaba de la pared.



Nada encajaba realmente y los colores chocaban, pero ella amaba cada pieza.

Permaneció en el suelo, acariciando a la gata que ahora ronroneaba, una expresión distante en su rostro. Ella se sentó frente a él, tratando de no estar envidiosa mientras deseaba ser a la que acariciaban tan suavemente.

—Ella necesita un nombre—, le dijo Ryanne. “La gata” y “felino” ya están viejos. —Como ella se quedará en tu casa, ¿mencioné que creo que deberías llevarla a casa? Te dejaré tener el honor de elegir...

Él se ahogó en su propia lengua. —Diablos, no. Quien lo encuentra se lo queda.

—Pero dijiste que te asegurarías de su entrega...

—No, no, mil veces no. Aseguraré una entrega segura *aquí*.

—Bien—, refunfuñó. —Ella puede quedarse aquí. —Por ahora. —La llamaré... ¿AliCat? —No. Demasiado en el punto. —¿KittyPoppins? ¿Kitkat? — ¡Argh! Mismo problema.

—Los nombres son importantes. Ellos definen quiénes somos y establecen el escenario para quienes nos convertimos. Entonces, elije uno con cuidado.

—Guau. Es mucha presión para una sola palabra. —Pasó un dedo sobre el tatuaje de su cerradura, su curiosidad demasiado grande como para ignorarla. —¿Qué quiere decir Jude?

Hubo una ligera vacilación antes de admitir: —El elogiado.

—¿En serio? —Ella rio disimuladamente, y las comisuras de la boca de él podrían... -¡podrían!- haberse estremecido. *Tan cerca del éxito, pero aún tan lejos*. —Me pregunto qué quiere decir Ryanne.

—Es la forma femenina de Ryan, lo que significa pequeño rey.

¿Ya lo sabía... o lo había buscado después de conocerla?

El calor se instaló en su vientre. —Así que. Ryanne significa pequeña reina. Tienes razón, nuestros nombres establecen el escenario para quienes nos convertimos. Pero no te estaré llamando elogiado. ¿Tienes un apodo?

Una pausa, un gesto corto.

—Y bien—, ella sugirió. —No te contengas. Dime antes de que empiece a llamarte Gollum o Spanky McSparkle⁵.

⁵ El nombre en español vendría siendo Nalgaditas McChispa. (NdT)



—¿Spanky McSparkle? —Él frunció esos hermosos labios con cicatrices. —En el ejército, mis compañeros de equipo me llamaron... Sacerdote.

—¿En serio? —Repitió ella. —¿Por qué...?

—Nop. No más compartir. Nombra a la gata y sigue adelante.

Alguien seguro se volvió irritable súper rápido. Oh espera. Malhumorado era la configuración predeterminada de Jude Laurent. —La llamaremos Belle. —Decisión tomada. —Y sí, de hecho, la nombraste. La llamaste hermosa.

Él frunció el ceño, y sin embargo la expresión carecía de calor. —Todo bien. Son las 9:03. Vamos a ir al grano.

—Todo bien. Vamos.

Durante la hora siguiente, explicó el complejo sistema de cámaras que pretendía poner en práctica. Una vez, solo una vez, ella accidentalmente lo tocó. Él se sacudió, como si ella lo hubiera quemado. ¿Una mala reacción, o una muy, muy buena?

La próxima vez que lo tocó fue a propósito. Nuevamente, él se sacudió.

Concéntrate. Negocios ahora, juego más tarde.

Básicamente, cada centímetro de su bar y estacionamiento sería filmado las veinticuatro horas del día, con la excepción de los baños y el interior de su apartamento. Se agregaría un botón de pánico a su apartamento y, con algunos ajustes, el armario de su dormitorio se convertiría en una habitación segura. Ella contrataría tres gorilas, aunque él había sugerido cuatro, y los tres hombres serían grandes, fornidos y valientes; harían cumplir sus reglas y expulsarían a cualquiera que actuara fuera de línea. Y si alguna vez ella tenía un gran evento, él tenía empleados en la ciudad que bajarían para ayudar con la seguridad. Finalmente, ella contrataría a un vigilante nocturno a tiempo completo, que patrullaría el estacionamiento, deteniendo cualquier travesura antes de que tuviera tiempo de entrar al bar.

—Te das cuenta de que todos estos cambios y adiciones consumirán mis ganancias, ¿verdad? —Se gastarían miles de dólares en cámaras e instalación, más los salarios constantes de cuatro nuevos empleados.

—Si algo le sucediera a tu bar, obtendrías cero ganancias. Pero, para complementar tus ingresos, puedes comenzar a organizar eventos diurnos. Piénsalo. El bar está cerrado por la mañana y por la tarde todos los días de la semana. Puedes ofrecer fiestas privadas, showers, lo que sea. Las posibilidades son infinitas.



El club de lectura de Strawberry Valley necesitaba un lugar más grande para reunirse. Y la casamentera local quería un lugar para la reunión de conocer y saludar que ella esperaba acoger. Pero todo lo que Jude sugirió significaba más trabajo para Ryanne, y ya estaba sobrecargada.

Aun así, él tenía razón. ¿Qué si ella hacía el suficiente dinero para pagar todas las adiciones de seguridad, salarios y actualizaciones para sus viajes? La emoción estalló en ella.

—El botón de pánico que mencionaste—, dijo. —¿Se vinculará con el Departamento de Policía de Blueberry Hill? ¿DP de Strawberry Valley? ¿DP de Grapevine?

Un músculo saltó debajo de su ojo. —Ninguna de las anteriores. La señal irá a LPH Protection. Tenemos monitores funcionando 24/7. Alguien notificará al 911 y llamará a Daniel, Brock... o a mí.

Un delicioso e intoxicante calor se derramó a través de ella. Hacerse personal con Jude Laurent... —¿Estás diciendo que dejarás lo que sea que estés haciendo para salvar a una damisela en apuros?

Su asentimiento fue inmediato. —Lo haré. Ellos también lo harán.

—Bueno, contratar a los empleados adecuados llevará tiempo. — *¿De verdad voy a hacer esto?*

—Lo sé. Es por eso que actuaré como gorila mientras tanto.

Su corazón dio un salto, mil mariposas tomando vuelo en su estómago. Jude... cerca todas las noches... —Hay un pequeño problema con tu plan. Haces que mis clientes se sientan incómodos.

—Bien. Ellos se comportarán mejor.

—O se irán y nunca regresarán.

Sus anchos hombros subieron encogiéndose de hombros.

Tal contradicción, este hombre. Útil, pero indiferente. Amable, pero distante. Ardoroso, pero frío.

—Está bien—, dijo, y suspiró. Seguridad primero. —Tienes permiso para continuar. Con todo. —No pudo evitar agregar: —*Después* de escuchar mí cumplido diario.

Una ceja arqueada. —¿Rescatar a tu gata no fue suficiente?

—*Nuestra* gata. Somos copropietarios. —Casi había dicho co-padres, pero se había detenido a tiempo. No había razón para recordarle a las hijas que había perdido.



—Bien. —Sus labios se comprimieron, y él le dio su mirada patentada de *desaprobación*. —Si quieres un cumplido, obtienes un cumplido. Eres una... mujer singular.

Ella esperó a que él dijera más. No lo hizo.

Bueno. “Mujer singular” era un cumplido tan bueno como cualquier otro, supuso, y tal vez un poco mejor de lo que había anticipado. —Para que lo sepas, espero algo mucho más personal mañana.

—¿Por qué? —dijo él con dientes apretados. —¿Por qué te importa lo que pienso de ti?

Haz que un hombre se ría y él tendrá un buen día. Enséñale a un hombre a divertirse, y él tendrá una buena vida.

Recordando su plan, ella giró un mechón de cabello alrededor de su dedo y bateó sus pestañas hacia él. —No seas tonto, elogiado. Solo me gusta verte retorcerte.



CAPÍTULO CUATRO

Traducido Por Maxiluna

Corregido Por Nyx

POR LA SIGUIENTE SEMANA, Jude hizo lo posible por evitar a la demasiado feliz y coqueta Ryanne. Una tarea imposible, teniendo en cuenta que trabajaba en el Scratching Post cada uno de los siete días, instalando cámaras en la mañana, revisando las entregas de alimentos por la tarde, actuando como un gorila en la noche y ayudando a Belle en cada minuto entre medio. La gata embarazada y muy gruñona aún no había dado a luz.

Ryanne también le había enviado un mensaje de texto varias veces. Invitaciones aleatorias para hacer cosas ridículas.

¡Vamos a un taller de pintura con los dedos! Tenemos que mejorar nuestras relaciones empleador-empleado.

¿Su respuesta? ¿Cómo nos ayudará la pintura con los dedos?

¡Dah! Nuestros cuerpos son los lienzos y podemos pintarnos el uno al otro. (Ya sabes, un pequeño aprendizaje práctico o grande. Sí, probablemente sea grande).

No.

No solo no, pero infiernos, no.

En su siguiente texto había leído ¿Qué tal un zoológico de mascotas en la ciudad? (Prometo que no soy el animal que acariciarás).

Nuevamente él respondió, no.

¿Película? Pagaré Y compartiré mis palomitas de maíz contigo.

Otro sólido No.

Le envió un mensaje de texto con un gif de un personaje de dibujos animados sollozando.

Evitar a esta mujer había comenzado a pinchar su orgullo. Una vez había sido parte de una unidad militar conocida como los Diez. Diez soldados enviados a las misiones más peligrosas, misiones secretas de las que nunca se hablarían en los libros de historia. Habían matado al enemigo y rescatado a otros soldados en medio de probabilidades imposibles de sobrevivir. En medio de todo, Jude, Brock y Daniel habían visto y hecho cosas que ningún humano debería haber visto o hecho. Eso los cambió.



Brock ahora trataba de hacer que todos los que conocía cayeran como él, ya que no se podía querer a sí mismo. Daniel mantenía a todos los recién llegados a distancia, demasiado asustado de perder a otra persona, y Jude... tendía a quedarse dormido y vivir la vida en piloto automático.

Él *anhelaba* el piloto automático. Pero Ryanne lo había retorcido en un millón de pequeños nudos, y ninguno de esos nudos lo ayudaba a permanecer atontado.

A pesar de ella, o *por* ella, se esforzó hasta el límite, deseando que el trabajo se resolviera lo antes posible. Tan pronto como terminara las instalaciones, haría que Brock fuera el portero. De esa forma, Brock recibiría una notificación cuando algo saliera mal en el bar, y Jude finalmente podría borrar a Ryanne de su mente.

Ya había hablado con Martin Dushku, que había arrojado más sombra que un roble de décadas de antigüedad. Había mentido con una sonrisa, se había equivocado de dirección y ocultaba sus amenazas detrás de una falsa preocupación.

Jude sintió pena por la esposa del hombre. La pareja había estado junta durante treinta y un años y tenían dos hijos adultos. Un hijo de veintisiete años llamado Filip y una hija de veintitrés años llamada Paulina; también tenían un nieto de cuatro años llamado Thomas.

Filip, el padre de Thomas, estaba en prisión por homicidio, con solo un año de condena. Curiosamente, Jude no había podido encontrar ninguna mención de la madre de Thomas.

Cuando Jude entró por primera vez en el sitio de construcción, dos matones se habían acercado rápidamente para registrarlo, como él sabía que harían. Por supuesto, no habían encontrado los pequeños alfileres de metal envainados en los talones de sus botas. Más que eso, Jude mismo era un arma. Él podría convertir cualquier objeto inocente en un arma, también. Un bolígrafo de tinta, un teclado. Un clip de papel. Una silla.

Después de comprobar que iba vacío, los hombres lo escoltaron hasta un lujoso remolque, donde Dushku estaba sentado detrás de un escritorio. La conversación había sido corta y nada más que dulce.

—Tanto el Scratching Post como su propietaria están bajo mi protección—, había dicho Jude. —No te gustará lo que suceda si les haces daño. Y mantén tu establo fuera de la propiedad de Ryanne. La próxima vez que alguien venda una montada en el Scratching Post, una transmisión en vivo será el menor de tus problemas.

Dushku se rio entre dientes, no intimidado ni un poco. —Debes estar equivocado. Valoro a las mujeres y nunca tomaría parte en la prostitución. Y ciertamente no lo haría en la propiedad de la Señorita Wade. He oído



hablar de sus problemas con la policía local. —Suspiró, como si estuviera cansado. —Si sexo y drogas se venden en el Scratching Post, estoy seguro de que las autoridades creerán que la Señorita Wade es la responsable.

—No dije nada sobre drogas—, Jude dijo entre dientes.

La diversión del hombre se había convertido en una sonrisa. —Ya lo he investigado, Sr. Laurent. Fuiste un buen soldado una vez. Un esposo y padre. Ahora eres un lisiado sin nada que perder, excepto otra pierna.

Detrás de él, uno de los guardias se rio. —¿Cómo llamas a un hombre con una sola pierna? Un pogo saltarín⁶.

La risa había abundado mientras Jude hervía a fuego lento en su asiento. La rabia y el dolor habían burbujeado en su pecho; las dos emociones siempre estuvieron ahí, enraizadas en lo profundo de su corazón, pero algunos días eran peores que otros. ¡Cómo se atreve este cabrón a mencionar a Constance y a las gemelas!

—Si me persigue, señor Laurent, fracasará. —Por un momento, solo un momento, Dushku había permitido que su verdadera conducta emergiera, sus facciones tan frías como el hielo. —Te lo prometo.

Solo habían pasado unos segundos mientras Jude luchaba por controlar su respiración, aunque se había sentido como una eternidad.

—¿La verdad hirió tus sentimientos? —Dushku había negado con la cabeza. —No estoy seguro por qué. *Eres un inválido sin una familia, y no dudaré en arruinar esta nueva vida que has creado para ti.*

Más ira, Más dolor En el mejor de los casos, Jude se sentía como la mitad de un hombre. ¿Qué pasa si él no *podía* proteger a Ryanne?

Había imitado la sonrisa del hombre. —No creo que haya buscado lo suficientemente profundo en mi pasado, Sr. Dushku. Soy un cazador, nacido y criado. Cuando era solo un niño, aprendí a acechar y matar ciervos y cerdos salvajes. Como hombre, el Tío Sam me enseñó a acechar y matar hombres. Soy muy bueno. Mis víctimas nunca son encontradas. Él se levantó. —De nuevo, te sugiero que te mantengas en tu lado de la calle, y nos quedaremos en el nuestro. No te impediré dirigir tu negocio, pero evitaré que lastimes a inocentes.

Dushku había dicho: —también odiaría cualquier daño a los inocentes, especialmente a alguien tan amable y bella como la señorita Wade. Si decide vender el bar en los próximos dos meses para viajar por el mundo como sueña, estoy dispuesto a ayudarla. Si no... Puede ser un cazador, Sr. Laurent, pero soy un fantasma. Nunca me verás venir.

⁶ Palo de metal con resortes para dar brincos.



Jude se había ido, antes de que se descompusiera y le mostrara a Dushku el error de sus maneras.

Hasta el momento, solo había habido un intento de atacar a Ryanne. El Departamento de Policía de Blueberry Hill había irrumpido en el bar, hostigando a los clientes mientras revisaban las identificaciones y hacía preguntas sobre “actividades sospechosas”. Jude había admirado la calma de Ryanne en medio del caos, y se había sorprendido por el apoyo de sus clientes, casi todos corriendo en su defensa, obligando a los oficiales a irse sin hacer un arresto.

—Un poco de ayuda, por favor. —La voz de sexo-drogas y rock & roll de Ryanne lo detuvo en seco.

Detrás del mostrador donde la había visto mezclar bebidas estaba la entrada al sótano. Observó cómo la hermosa mujer arrastraba una gran caja por los escalones. Los Mason Jars chocaban juntos, su infame licor de frutas chapoteando dentro. Gotas de sudor brillaban en su frente, y casi-casi-corrió en su ayuda. Si bien era bueno para protegerla a ella y su hogar, evitaba todo lo relacionado con la compra, venta y comercialización de alcohol.

—¿Es esto una prueba? —Preguntó él finalmente. —Esto parece una prueba. En el momento en que te ayude, me acusarás de hacer retroceder el feminismo cien años.

—Sí, eso suena *exactamente* como yo—, murmuró mientras pasaba pesadamente a su lado.

Él como que quería sonreír. Por lo general, ella era la que se burlaba de él.

No es de extrañar que lo hiciera tan a menudo. Hola, diversión. Mucho tiempo sin verte.

Durante la hora siguiente, Jude trabajó como un hombre poseído, instalando luces sensibles al movimiento en el pasillo del baño. Pronto el bar se abriría al público, y él tendría que caminar por la sala durante ocho horas, en busca de cualquier señal de actividad rebelde. Garantizado, él irritaría a la gente esta noche. Su pierna le había dolido todo el día, oscureciendo su estado de ánimo. Necesitaba descansar, pero necesitaba trabajar y permanecer aún más distraído.

Cuando ingresó al área principal, encontró a Ryanne haciendo lo que mejor sabía hacer, mezclando bebidas para Lyndie y Dorothea. Teniendo en cuenta que Brock tenía algo secreto por Lyndie, una delicada rubia fresa, y Daniel casi siempre estaba unido al lado de Dorothea, Jude esperaba que sus amigos estuvieran cerca, pero... no.



—...negocié. Dije que podría tener tres orgasmos por día o un perro más. —Dorothea giró sus grandes ojos azules. Era una mujer bonita con rizos oscuros y tirabuzones, y las curvas suaves de una modelo de los años 50. —Exigí cuatro orgasmos por día y dos perros más, por supuesto.

Ryanne echó la cabeza hacia atrás, riendo con abandono.

La lujuria golpeó a Jude directamente en el estómago, sorprendiéndolo, despertando una vez más las terminaciones nerviosas. Los escalofríos estallaron en todo su cuerpo, seguidos por el calor y el hambre, un hambre tan desgarradora.

Él rechinó los dientes mientras luchaba contra las sensaciones. ¿Querer a una barman? ¡No! Y sin embargo, el hambre persistió.

—¿Protestó o te dio las gracias? —Preguntó ella. Se veía lo suficientemente bien como para comérsela, su cabello sedoso caía con una trenza descuidada sobre su hombro, un hombro descubierto por una camiseta sin mangas color rosa. Pantalones cortos revelaban la larga longitud de sus piernas, mientras que las botas de vaquera adornaban sus pies, estirándose hasta las pantorrillas.

Hecha de azúcar, especias y vodka vertido en hielo.

—¿Y bien? —Preguntó Lyndie.

—Protestó... *y* me dio las gracias—, respondió Dorothea con una sonrisa orgullosa.

Ryanne le dio un pulgar hacia arriba. —Buena chica. Siempre sube la apuesta.

Jude se mordió la lengua para detener una avalancha de protestas.

Ryanne había afirmado una vez que le gustaba hacer que se retorciera, y lo había probado todos los días desde entonces. Sus caderas se balanceaban con entusiasmo cada vez que pasaba junto a él, creando un ritmo sensual y poderoso. A menudo ella le lanzaba miradas coquetas y le soplaba besos. Y ella lo tocaba constantemente, un roce de sus dedos aquí, un apretón de su mano allí. Soltaba bromas y hacía insinuaciones obscenas, y no estaba seguro de cómo manejarla.

En este momento, estaba seguro de una sola cosa. Una relación con Ryanne no era posible. Si su cuerpo finalmente se hubiera despertado de la hibernación, tal vez pensaría en considerar estar con una mujer, rascándose la picazón. Pero él no la elegiría. Escogería a alguien fácilmente olvidable, alguien tan desinteresada en una relación como él.

En el momento en que lo hiciera, Constance ya no sería la última mujer con la que se había acostado.

Frotó el casi debilitante dolor en su pecho.



Él nunca había engañado a Constance, incluso cuando le habían hecho ofertas. Sus compañeros de equipo, los otros miembros de Los Diez, -todos, excepto Daniel y Brock- le habían molestado sin piedad al respecto y finalmente le habían dado el sobrenombre de Sacerdote.

La mirada de Ryanne aterrizó sobre él, y su sonrisa cayó, confundiéndolo. ¿Su humor afectaba el de ella?

En un instante, su sonrisa regresó y se amplió. —Jude. —Solo ella podía decir su nombre y su sonido como si estuviera gimiendo de placer, entregando otro golpe de lujuria en sus entrañas.

Quería odiarla, pero cada vez más, en realidad... le gustaba.

No solo tenía ella un límite para el ultra potente moonshine, sino que cortaba a cualquiera que pareciera borracho. Un requisito legal, sí, pero también mantenía a una compañía de taxis en modo de espera.

Ella hacía cero excepciones a las reglas, incluso cuando los clientes protestaban, en voz alta. Nadie podía hechizarla por su negativa, aunque algunas personas habían... -tos Brock tos-, lograba manejar en cualquier caso su borrachera, engañando a la experimentada Ryanne haciéndole creer que estaba sobrio. Cuando eso fallaba, convencía a otros para que le compraran bebidas.

Algo más que Jude había descubierto. Ryanne realmente se preocupaba por sus clientes. Su amabilidad no era un show. Ella trataba a todos con respeto y afecto, ya sea que pidieran bebidas o no. Cuando alguien contaba una historia, ella escuchaba. Cuando alguien coqueteaba con ella, ella coqueteaba de vuelta. Si alguien deseaba algo que no figuraba en el menú, se dirigía a la cocina para ver qué podía hacer.

Sonriendo de nuevo, Ryanne lo saludó con la mano.

Se instaló en una silla al otro lado de la barra, evitando a sus amigos.

—Te debo muchísimas gracias por la lista que me dejaste esta mañana—, dijo.

Él asintió, su versión de: “*de nada*”. Había escrito una lista de cosas por hacer en caso de que Belle se pusiera de parto y él no estuviera cerca.

—¿Tienes hambre? Pareces hambriento. —Se inclinó hacia él y le susurró: —Sube las escaleras más tarde, y te calentaré algo.

Su estómago se retorció. —¿Disculpa?

—¿Por qué?

No otra vez esto. —¿Qué piensas calentar? —*No digas tú.*

—Un pastel, por supuesto.



La decepción lo golpeó. No, no. Alivio. Solo alivio.

—Te debo un agradecimiento, ¿recuerdas? —Su mirada lo recorrió. —¿O querías que calentara algo más?

Fuego en su sangre, un endurecimiento en sus vaqueros. Demasiado tarde. Él ya estaba ardiendo. —Deja de coquetear conmigo—, dijo él.

—Oye, ¿qué están cuchicheando? ¿Y oí que le agradeces por dejar una lista esta mañana? Usualmente no te levantas antes del mediodía. —Dorothea movió sus cejas. —¿O fue Jude quien hizo el levantamiento?

Ryanne se rio entre dientes detrás de su mano.

Lyndie rio disimuladamente. —No tienes que responderle, Jude. —Incluso divertida, la pequeña belleza parecía se rompería con la próxima ráfaga de viento. —Dejaremos que nuestra imaginación se vuelva loca.

Sabiendo que todo lo que dijera podría malinterpretarse como una indirecta, apretó los labios y se sentó a unos pocos asientos de distancia. Su rótula se salió momentáneamente de su lugar, y tuvo que ocultar una mueca de dolor.

—Ignóralas. —Ryanne se inclinó sobre la barra, y su magnífico escote hizo señas a su mirada...*Mírame, mira lo bonita que soy...*

Él tragó saliva. El aroma de fresas y crema flotaba en ella y, esta vez, la lujuria no fue un puñete en el estómago; lo bañó como una lluvia suave. Un suceso mucho más peligroso. El puñete había mezclado dolor con placer. La lluvia prometía algo que no estaba seguro de volver a sentir: paz.

—¿Estás sediento? Déjame satisfacerte—, dijo ella, y él supo que había usado esas palabras particulares a propósito.

Se agarró a la barra para evitar ajustarse el creciente problema detrás de su bragueta. Deseó que Ryanne actuara como la chica que había conocido por primera vez. La que disfrutaba disparándole.

—Estoy agotado—, dijo finalmente. —Me gustaría beber las lágrimas de mis enemigos.

Una risa estalló de ella, sus facciones brillando con diversión. —Estoy fuera de las lágrimas. ¿Qué hay de té dulce?

Él asintió bruscamente. —Gracias.

Movimientos fluidos, ella llenó su vaso y luego levantó una pequeña tina de plástico de detrás de la barra. Abrió un envase y se sentó frente a él, revelando un club sándwich y papas fritas cortadas a mano.

¿Ella había reservado ambos para él?



—Come ahora *y* después—, dijo ella, y él se dio cuenta de que sí, que sí tenía hambre de ella.

El dolor regresó a su pecho. —No tengo hambre. —No de comida. *Por nada*, se dijo a sí mismo.

—Come de todos modos—, insistió. —Órdenes de la Jefa. Trabajaste durante el almuerzo.

¿Ella se había dado cuenta?

El dolor empeoró. —Bien. —Decidido a terminar la conversación, mordió el emparedado y gimió. Los sabores fueron increíbles. Había usado mermelada de fresa en lugar de mayonesa y la combinación de dulce y salado hizo volar su siempre adorable mente. —Esto está bueno. Gracias.

—De nada. —Ella apretó su mano sobre la suya en lo que debería ser un gesto simple y amistoso. Con ella, era un asalto sensual, más de lo que su cuerpo descuidado podría tolerar. —Si alguna vez quieres otro sándwich, se llama Hazlo Una Vez Más Bebé.

Sí. Yo la haré así...

Incorrecto.

Inhalando bruscamente, retiró su mano de la suya y aplanó su palma sobre su muslo.

Esta era Ryanne. Una coqueta. Una seductora nata. Una chica para un buen momento. Pero... si alguna vez ella había seguido con sus miraditas, él no lo sabía. ¿Qué sabía él? Él había escoltado a un residente de Blueberry Hill desde el edificio por llamarla “puta”. Después había expulsado a tres hombres por tratar de ligar con ella. Ella no tenía idea de que lo había hecho, y él se negaba a pensar en sus razones. Aunque su mente estaba más que feliz de ofrecerle una sugerencia: estás cayendo por ella...

A veces su mente era una tonta.

Jude *resistiría* a Ryanne. Si tuviera que elegir a otra mujer para hacerlo, lo haría. Cualquiera menos Ryanne Wade.

Miles de maldiciones de repente bramaron dentro de su cabeza. No estaba interesado en una aventura de una sola noche, o en una relación a largo plazo, y estaba seguro de que no estaba dispuesto a arriesgarse a un embarazo no planificado. Los niños nunca serían parte de su vida. Sin hijos, sin posibilidad de pérdida.

De hecho, debía hacer una cita con un cirujano urológico y hacerse una vasectomía. Entonces, si alguna vez tenía un momento de debilidad, no tendría que preocuparse.



La comida en su estómago pareció convertirse en plomo. Apartó el Tupperware y dijo: —He tenido suficiente.

Ryanne suspiró, la personalidad encantadora se evaporó como el humo, dejando a una preocupada... ¿amiga? —Has estado trabajando tan duro, pero comiendo muy poco.

—No te preocupes. No me rendiré en el trabajo. —Había perdido el apetito años atrás y ahora se alimentaba con batidos de proteínas.

—Eso no es... No importa. ¿Por qué no te tomas la noche libre? Puedes tomar una siesta arriba con Belle.

—No duermo la siesta.

—¿Nunca?

—Nunca. —Rara vez dormía. Cuando lo hacía, soñaba con el accidente automovilístico del que no había sido testigo, mirando, impotente, cómo la SUV de Constance rodaba al menos una docena de veces, fragmentos de vidrio y metal cortando a sus hijas.

—Lo siento. —Las uñas de Ryanne rasparon ligeramente el pulso en su muñeca, sacándolo de su angustia.

¡Maldición! ¿Cuándo había vuelto a poner sus manos en la barra? —No lo hagas.

—Si no quieres comer, ¿qué tal si me haces un cumplido?

—No estoy de humor para ser amable.

En lugar de dejarlo solo, como había esperado, ella lo estudió con compasión en sus hermosos ojos oscuros. —¿Te duele la pierna?

Él frunció el ceño. ¿Estaba poniendo excusas para su malhumor, o si lo había observado con tanta atención, había reconocido los signos de su angustia? —Se honesta. Intentas hacerme retorcerme de nuevo, ¿verdad, Wade?

—¿Wade? —Ella bufó. —Déjame adivinar. Al usar mi apellido, pones una pequeña distancia emocional entre nosotros.

Sí. Exactamente. Los apodos importaban, creaban un vínculo. Él preferiría morir que crear un vínculo con Ryanne.

Había llamado a Constance “cariño” y a sus hijas “pequeños dulces de papi”. Había resuelto las discusiones acerca de quién podía montar un poni imaginario primero. Había maniobrado preguntas acerca de dónde venían los bebés cuando las chicas eran demasiado jóvenes para preguntar sobre esas cosas, y luchaba contra los monstruos en el armario.



Cuando sea grande, seré una mamá. Bailey había sonreído maliciosamente. *Las madres son el jefe de todos.*

Bueno, seré un papá. Hailey lo había abrazado. *Los papás son amables con todos.*

Incluso cuando sea una niña grande, te amaré mejor, papi.

Mi amiga Sally no tiene papá. ¿Serás su papá, papi? Le dije que construyes los fuertes-castillos más grandes del mundo.

Recordó el día en que las chicas arrojaron centavos en el pozo de los deseos.

—*¿Qué deseaste?* —Le había preguntado.

Bailey lo había mirado con adoración. —*Deseé para ti que fueras guapo, papi.*

Él había intentado no reírse. —*Gracias, pequeño dulce. Precio tu consideración.*

—*Deseé que te quedaras en casa para siempre, papi, y que nunca más te vayas*—, había dicho Hailey.

Se frotó la quemadura repentina de los ojos, luego se pellizcó el puente de la nariz.

No le gustó que Ryanne hubiera adivinado su intención. Pero entonces, no debería sorprenderse de que ella lo hubiera hecho. La mujer tenía un don para leer personas.

—Bueno. —Ella esponjó su cascada de pelo de ébano. —*¿No eres precioso?* —Su tono atrevido de alguna manera contenía un acento tanto español y sureño. —Por cierto, te estoy llamando vaquero porque siempre luces como si estuvieras listo para dar una cabalgata.

Aléjate. Aléjate ahora. Nada bueno puede venir de esta conversación.

Él se levantó, pero permaneció enraizado en su lugar. Su mirada se deslizó por su pecho, haciendo que se arrepintiera y -ensalzara- su inmovilidad.

—¡Jude, espera! —Lyndie levantó su mano como una estudiante en clase. —Dorothea, eh, tiene una pregunta para ti.

—*¿La tengo?* —Preguntó Dorothea, luego aclaró su garganta. —Quiero decir, sí, lo hago.

Sin querer asustar a Lyndie, obligó a suavizar su postura. La maestra de primaria se asustaba con demasiada facilidad. Había notado su tendencia a abandonar una habitación cada vez que se iniciaba una discusión.



Incluso se obligó a sí mismo a sonreírle, y demonios, se sintió raro levantar las comisuras de su boca. Extraño, incorrecto en todos los niveles y forzado. Tan pronto como apartó la vista de ella, volvió a su expresión normal, la que decía que *no quería estar aquí ni en ningún lado*.

Su mirada se posó en la prometida de Daniel. —Pregunta—, dijo, sabiendo que en realidad no tenía una pregunta para él. No estaba seguro de por qué Lyndie quería que se quedara, pero no iba a decírselo.

Dorothea miró a Lyndie, luego a Ryanne. Frunció el ceño. Abrió su boca, la cerró. Finalmente ella dijo, —Sí, así que... voy a elegir vestidos de dama de honor pronto. Ryanne, por supuesto, es una co-dama de honor con Lyndie. Lyndie llevará una gasa rosa, pero piensa que Ryanne debería verse obligada a llevar una bolsa de basura. ¿Estás de acuerdo?

Su mirada se deslizó hacia Ryanne, quien ahora lo miraba con expresión pensativa... ¿y molesta? —Una bolsa de basura no va en detrimento de su cruda sensualidad. —La primitiva admisión lo dejó antes de que él pudiera detenerlo, limpiándola de su enojo.

Una sonriente Lyndie presionó una mano sobre su corazón. —Si ustedes estuvieran en una película, las espectadoras estarían suspirando ensoñadoramente ahora mismo, y los espectadores masculinos estarían arrojando palomitas de maíz a la pantalla. Acabas de establecer el listón *muy* alto.

Ryanne lo miró, sus labios exuberantes se abrieron de par en par. —Dijiste que eras demasiado gruñón para ser amable, pero juro que acabo de escuchar el mejor cumplido de mi vida.

—La verdad es la verdad, no un cumplido.

—Bueno, entonces, eso es incluso mejor. Ella le sonrió radiante, tan radiante que quería tomarla en sus brazos y...

Nada.

Ryanne no era su tipo, *nunca* sería su tipo. Olvida su trabajo. Ella era demasiado atrevida, demasiado descarada. Demasiado... todo. Ella llamaba la atención y le encantaba. Nada la frenaba. Ella chisporroteaba con pasión y marchaba por la vida sin preocuparse por los obstáculos que se interponían en su camino.

Jude ansiaba la soledad, lo que significaba que tampoco era del tipo de Ryanne. En realidad, no tenía idea de qué tipo de hombre realmente prefería. Ella era una coqueta en igualdad de oportunidades, encantando a jóvenes y viejos por igual. Infierno, encantando a grandes y pequeños, altos y bajos, ricos y pobres.

Siempre irritándome, y no sé por qué.



La puerta de entrada se abrió, evitando que tuviera que pensar una respuesta apropiada, y los miembros de Power Trip -la banda que contrataba los viernes y sábados por la noche- entraron.

Daniel y Brock venían detrás del batería, y los dos hombres pulsaban con un aire palpable de ira y frustración que no podían esconder detrás de olas alegres.

Algo había sucedido allí.

Las mujeres también sintieron un problema. Tan pronto como los muchachos llegaron al mostrador, Dorothea abrazó a Daniel. Lyndie se apartó de Brock y miró hacia la puerta, como si estuviera planeando una ruta de escape.

Ryanne se acercó para agarrarse a la muñeca de Jude, la suavidad de su piel momentáneamente lo paralizó. *No puedo obligarme a alejarme esta vez...*

—¿Qué pasa? —Preguntó ella.

Sin duda, Dushku había atacado.

Daniel se rio poco convincente. —¿Quién dijo que algo estaba mal?

—Alguien destrozó el callejón afuera, cosas malolientes pintadas con spray en la pared, eso es todo—, dijo Brock, y Daniel lo miró.

Dorothea y Lyndie jadearon de horror.

Ryanne se puso rígida. —Muéstrame.

Jude envolvió *su* mano alrededor de *su* muñeca; ella lo había sostenido, y ahora él la sostenía. Era una pose íntima, y una que no estaba emocionalmente equipado para manejar. ¿Se había dejado llevar? No.

—Quédate aquí. Por favor. —Conocía a sus amigos, y sabía que un callejón destrozado no era el único problema. —Déjame asegurarme de que todo esté seguro. —Para eso me pagas mucho dinero, después de todo.

Al principio, ella abrió la boca para protestar. Luego miró a sus amigas. Si ella insistía en salir, insistirían en ir con ella, y también estarían en peligro. Entonces ella asintió, lo soltó.

Silenciosamente, él, Daniel y Brock se dirigieron hacia afuera. Sus amigos lo condujeron al callejón trasero, donde vio *perra, zorra y puta*, y una variedad de otras palabras viles, pintadas con aerosol en las paredes. Sus molares rechinaron de nuevo, y no le sorprendería que se convirtieran en polvo.

Los chicos continuaron, deteniéndose cuando llegaron al SUV de Ryanne, estacionado detrás del edificio. La rabia estalló.



Los neumáticos habían sido cortados, y las palabras *TU SIGUES* pintadas con aerosol sobre el parabrisas.

—Idiota—, murmuró Jude. —*Es tú. No tu.*

Esta era una táctica de miedo, nada más, con la intención de intimidar a Ryanne para que hiciera lo que Dushku quería.

—¿Qué quieres que hagamos? —Preguntó Brock.

—Por ahora, limpiamos el desastre. —Más adelante daremos a Ryanne el mínimo de datos. —Cuanto menos supiera ella, mejor. Él se preocuparía por ella.

Una mujer como ella solo debería sonreír.



CAPÍTULO CINCO

Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Arhiel

LOS LUNES POR LO GENERAL eran el día favorito de la semana para Ryanne. Ella conseguía dormir, beber vino, jugar videojuegos y relajarse en un baño de burbujas. Hoy, sin embargo, no había dormido. Belle había hecho sus cosas de gato, de alguna manera había trepado al escritorio, a pesar del tamaño de su barriga, tirando una taza de café, los bolígrafos, un libro e incluso una computadora portátil. Durante la estruendosa estampida que siguió a la caída de cada objeto, Ryanne yacía en la cama pensando en la sonrisa que Jude le había dado a Lyndie. Una sonrisa amable Sin humor, sí, pero amable, no obstante. Una sonrisa que nunca le había dado a Ryanne.

Por un momento, ella había sido devorada por los celos, y se había odiado por ello. Lyndie se merecía toda la amabilidad en el mundo.

Después de darle una patada a sus pantalones, Ryanne se había levantado, se había duchado de pie por una vez y se había vestido a toda prisa. El Scratching Post alojaría hoy a las Strawberry Book Cakes, y ella estaría sirviendo té, bocadillos y galletas. A pesar del cobro de veinte dólares por la cobertura, se había inscrito toda una pandilla de matronas jubiladas.

Se garantizaba que las dulces viejecitas urracas comenzarían a discutir sobre la selección de su club de lectura: un escandaloso romance paranormal titulado *La Noche Más Oscura*; elegido porque Lincoln West, un querido residente de la ciudad, había diseñado un video juego basado en su mitología. Una vez que terminara la discusión, todas comenzarían a chismorrear sobre personas no ficticias.

Ryanne tenía unas horas para hacer un millón de diligencias. Aun así, envió un mensaje de texto a Jude para invitarlo a unírsele.

¿Quieres ser mi compañero hoy? (Sé lo que estás pensando: tu trabajo viene con ventajas, como pasar tiempo con tu persona favorita. Pista ¡yo!) ¿Te recojo en veinte?

En algún momento, tenía que decir que sí y sus momentos de diversión finalmente podrían comenzar.

Ese no era ese punto.

Su no había entrado tan rápido que su cabeza había girado.



Maldición, ¿por qué? Anoche, un tipo flirteó con ella mientras ella había mezclado bebidas detrás de la barra, y Jude había venido como un misil de búsqueda de calor.

—Vete—, le había dicho bruscamente al tipo. —Vete mientras todavía puedes caminar. En treinta segundos, solo podrás gatear.

Ryanne lo había mirado, estupefacta. —Uh, no hizo nada malo.

—No confío en él. Pudo haber sido uno de los hombres de Dushku.

¿O tal vez Jude no quería que otros tipos le tiraran los tejos?

Ella ignoró un poco de emoción y revisó su inventario de moonshine en el sótano. Es hora de hacer un nuevo pedido. Lanzó un rápido correo electrónico a su contacto en la cervecería y condujo a la ciudad para verificar su cuenta en el Strawberry Ahorros y Préstamos. Todas las noches, al momento del cierre, sacaba todo el efectivo de la caja registradora, menos la caja del día siguiente, que dejaba en una caja fuerte, y ponía el dinero en una bolsa de depósito especial con la información de la cuenta del bar. Luego ella lo depositaba en un espacio fuera de horario en el banco. Anoche, Jude había insistido en hacer la tarea por ella, no queriendo que manejara con tanto dinero. Ella finalmente cedió y lo dejó hacerlo. Si bien confiaba en Jude, en su mayor parte, el dinero podía hacer cosas extrañas a la gente, convirtiendo a los honestos en ladrones. Con Jude, debería haberlo sabido mejor. Cada centavo fue contabilizado.

Luego visitó el supermercado para comprar comida y arena para gatos. A partir de ahí, fue a la librería para buscar una guía detallada del viajero a Roma.

Cada vez que se subía al volante de su SUV, experimentaba una punzada de desconcierto. Algo estaba diferente

Su parabrisas estaba limpio, ni una sola mota de tierra o un insecto muerto a la vista, pero *había* una pequeña grieta en la esquina derecha, una que no había notado antes. Y ella tenía limpia parabrisas nuevos. Además, sus llantas estaban inmaculadas, más limpias que el parabrisas, y más altas de lo normal.

Cuando Jude regresó al bar la noche anterior, su postura había sido rígida como el acero. —Vamos a limpiar las paredes del callejón—, dijo, —pero necesito comprar algunos suministros. Voy a tomar prestado tu auto, ¿está bien?

Ahora se preguntaba si el vandalismo de ayer “en el callejón” también había involucrado a su automóvil, ¿y él lo había arreglado para ella?

Sí. Eso. Definitivamente. Que tal el hombre

¿Podría ser más sexy?



No, no, no podía. Maldito sea, siempre se veía como el sexo y olía increíble, como el ron oscuro y envejecido, lo cual era irónico, considerando que nunca había bebido ni siquiera un sorbo de alcohol. Tan gruñón como era, él se preocupaba por las personas, ayudándolos y asegurándose que los borrachos nunca se pusieran detrás del volante de un automóvil.

Cada hora que pasaba con él, lo quería más, quería conocerlo mejor. ¿Por qué sus amigos militares lo apodaban Sacerdote? Cuando él había servido, había estado casado y tenía hijos.

Más que nada, ella quería hacerlo sonreír. El deseo se había convertido en una adicción, una obsesión. Su tristeza innata lastimaba su corazón.

Durante la semana pasada, ella había aprendido que nunca descansaba y rara vez comía, confiando en batidos de proteínas para obtener energía. ¿La única vez que perdió los estribos? Cuando una persona intoxicada se resistió a la ayuda y dijo algo parecido a, —estoy bien para conducir.

Gritaba sobre los peligros y terminaba cada discurso con la misma pregunta mundial. *¿Quieres asesinar a una familia inocente?*

Ryanne había comenzado a sospechar que un conductor ebrio había matado a su esposa e hijas, y una pequeña investigación en línea lo había confirmado. El chico universitario que se había estrellado contra el coche de Constance Laurent, matando a todos los que estaban dentro, había recibido una sentencia dividida de diez años. Cinco años en prisión, cinco años en libertad condicional.

Por fin comprendió el desdén de Jude por el Scratching Post. Era un milagro que tratara tan duro de salvar el lugar, y un verdadero testimonio de su corazón leal.

Leal... pero también roto.

Dos noches atrás, había dejado su teléfono celular en el bar. Ella lo había seguido a casa, con la intención de burlarse de él, tal vez coquetear un poco antes de devolverle su propiedad. En cambio, se había sentado en su vehículo, observando cómo él se había sentado en el suyo, golpeando con los puños el volante, sus lágrimas centelleando a la luz de la luna.

Echaba de menos a su familia. Por supuesto que lo hacía.

Ella podía empatizar, después de todo, echaba de menos a Earl. Él había sido más un padre y una madre para ella de lo que lo habían sido sus padres biológicos.

A veces, ella todavía esperaba ver a Earl detrás de la barra, mezclando bebidas, o escuchando su risa estruendosa cuando “ella hablaba su español” con un cliente.



Los seres queridos dejaban marcas en tu alma, y cuando morían, esas marcas se convertían en cicatrices.

Mientras el SUV de Ryanne pasaba a lo largo de la plaza del pueblo de Strawberry Valley, ella sacó de la mente a Jude, el elogiado y su pérdida, y se centró en el majestuoso paisaje, un verdadero regalo de Dios. Farolillos antiguos alineados en las aceras, el complemento perfecto para los edificios históricos y modernos. El Strawberry Inn -el hogar y negocio de Dorothea- era una extensa propiedad pre-guerra con una serie de enormes columnas blancas. La tienda de comestibles local, Strawberries and More, estaba ubicada en un almacén de metal con techo de hojalata.

En la calle siguiente, las casas en forma de caja se convirtieron en una cafetería, una ferretería y una tintorería. Un bungalow encalado contenía el Rhinestone Cowgirl, el único lugar para comprar joyas hechas a mano. El teatro era el edificio favorito de Ryanne, con un toldo de cobre y múltiples gárgolas encaramadas a lo largo de un balcón. En realidad, el teatro estaba atado con la Iglesia Comunitaria Strawberry, una capilla de piedra blanca con espectaculares vidrieras. Le recordaba las fotos que había visto en un libro sobre Holanda.

Las parcelas de fresa silvestres crecían a lo largo de las aceras y entre las tiendas. Durante el verano, ella podía arrancar la dulce fruta directamente de la planta para un refrigerio rápido, en cualquier momento, en cualquier lugar.

Cómo amaba el encanto y el hechizo de la ciudad. Una de las muchas razones por las que optó por mudarse con Earl en lugar de ir a Colorado con su madre y su nuevo padrastro. O padrastro de porquería.

Cuando dobló la siguiente esquina, vio a una pequeña rubia caminando junto a un enorme gigante tatuado que Ryanne reconoció. ¡Cigarrillo! La rubia... ¿podría ser la prostituta de la camioneta?

Ryanne se detuvo demasiado bruscamente y estacionó en la acera. Tanto Cigarrillo como Rubia miraron en su dirección. Sus ojos se estrecharon, mientras que los de la mujer se ensancharon. Él la agarró por el brazo y aceleró el paso, y pronto desaparecieron en una esquina.

Temblorosa, Ryanne palmeó su teléfono y disparó un mensaje de texto a Jude. ¿Adivina a quién acabo de encontrar? Nuestros amigos del estacionamiento. Voy a seguirlos.

Agregó un emoji de pulgar arriba y presionó Enviar.

Su respuesta llegó solo unos segundos más tarde. No los persigas. Repito, solo en caso de que no fuera claro. No lo hagas. NO. Si lo haces, habrá consecuencias.



Bien, bien. ¡Comando estaba de vuelta en acción, y más delicioso que una bolsa de Chips Ahoy! *Podría comérmelo*. Aun así, alentar su poder de juego solo terminaría mal para ella y su próxima relación-sexual, porque sí, tendrían una.

Ella metió los dedos en el teclado, escribiendo, No eres precioso*. ¿Consecuencias, vaquero? Trata. Por favor.

Luego agregó un gif de dos personas saltando de arriba abajo, riendo y aplaudiendo.

De ninguna manera Ryanne haría lo que el hombre grande y fuerte le había dicho. ¿Cuántas veces su madre había obedecido cada capricho, mandato o pedido de un esposo, novio, amante o incluso posible amante, perdiendo su propia identidad? Lyndie también había perdido su identidad con su padre y esposo. Aunque Dorothea amaba a Daniel, había renunciado a una prometedora carrera como cazadora de tormentas para poder estar con él.

Yo no renunciaré a nada.

¿Ryanne estaría en peligro? ¡No!

De acuerdo, tal vez. Pero probablemente no. Este era un lugar público. Incluso si Cigarrillo decidiera que no le importaba su público, no podría acercarse a diez pies de Ryanne sin recibir un disparo. Habiendo conseguido su licencia que ella llevaba oculta por insistencia de Earl, nunca salía de su casa sin protección. Sin embargo, lo que realmente la motivó a salir de su automóvil fue la idea de que la Rubia podría ser una esclava sexual que necesitara ser rescatada. La forma en que Cigarrillo la había agarrado...

Decidida a descubrir la verdad, Ryanne marchó por la acera. El aire frío acarició sus brazos desnudos, causando que se le pusiera la piel de gallina. En septiembre o en cualquier mes, en realidad, el clima de Oklahoma podría cambiar de una hora a otra, desde el calor sofocante hasta el frío helado. Aumentando el ritmo, ella serpenteó por la esquina, tensa y lista...

¡Maldición! No había señales de Cigarrillo o Rubia. Revisó entre los edificios y dentro de algunas de las tiendas. Aún nada.

Con un suspiro de frustración, ella giró...

Y golpeó contra una pared de ladrillos. O al menos lo que parecía una pared de ladrillos.

Grandes manos se posaron en sus caderas, inmovilizándola en su lugar. Su mente reaccionó antes de que sus ojos tuvieran tiempo de evaluar la situación. ¿Cigarrillo? Por instinto, echó hacia atrás el puño y golpeó. El dolor estalló en sus nudillos, pero ella se tragó un grito, decidida a mantener una fuerte personalidad.



Nop, no Cigarrillo. Jude Laurent se frotó la mandíbula. —Golpeas como una niña—, dijo.

Respiro profundo, dentro, afuera. Mientras tanto, su corazón siguió corriendo. —Si pones un poco más de fuerza detrás de *tus* golpes, podrías golpear como una niña también—, replicó ella.

Las comisuras de sus labios se crisparon. Los rayos del sol se derramaron sobre él, enmarcándolo en oro, y oh, guau, se veía bien. Como un ángel caído. Su cabello parecía más claro hoy, y su bronceado más oscuro. Una tormenta se formó en sus ojos azul marino.

El impulso de ablandarse contra él fue insistente, pero de alguna manera encontró la fuerza para retroceder en lugar de avanzar. Ahora no era el momento para el romance.

—¿Cómo llegaste tan rápido? —Espera. —¿Cómo supiste mi ubicación?

Un músculo saltó bajo su ojo. —Estaba siguiendo al par antes de que los vieras.

Por supuesto que sí. *Guerrero sexy*. —¿Pudiste saber algo sobre la mujer?

—Nada. Una desvergonzada coqueta espía me bloqueó. —Apartó un mechón de cabello del hombro de Rianne, sus nudillos rozaron su piel. Un hormigueo cálido estalló.

Ella jadeó mientras él miraba su mano, como sorprendido por lo que acababa de hacer. ¿Estaba él experimentando el hormigueo?

¿Estaba ella llegando a él por fin?

Pequeños incendios se encendieron en diferentes partes de su cuerpo, hasta que cada centímetro de ella ardió. —¿Por qué iba a avergonzarme, vaquero? —Una nota sin aliento le robó el tono. —Coquetear es divertido para todos los involucrados.

Antes de que pudiera responder, Virgil Porter y Anthony Rodríguez doblaron la esquina.

Virgil el padre de Daniel, inclinó su gorra de béisbol en saludo mientras pasaba. Anthony, dueño del Style Me Tender Salón, saludó. Los dos eran mejores amigos y compañeros de damas todos los días, y aunque no se detuvieron a charlar, *ralentizaron* el paso para escuchar a escondidas.

—Muy sutil, Sr. Porter. —Jude lanzó el signo universal para *te estoy mirando* en Virgil. —Pero ya me conozco tus trucos.

—Te dije que me llamas Virgil, hijo. Y FYI, no tengo trucos. Solo desearía que utilizaras tu voz exterior para que pudiéramos escuchar mejor



tu conversación. —Él nunca miró por encima del hombro, solo siguió caminando. Para Anthony murmuró: —¿Utilicé ese acrónimo correctamente o no?

—Sí, claro que sí—, respondió Anthony, —pero en realidad los únicos acrónimos que necesitas saber son WTF y GOML⁷. —¡Espera! Demasiado Rápido y Sal De Mi Césped.

Los dos desaparecieron en la siguiente esquina.

Adorables viejos osos.

—Necesito hablar contigo. En privado—, dijo Jude a Ryanne.

Oh-oh. —¿Por qué?

Decidido, le tomó la mano y la llevó al callejón más cercano. Luego la empujó hacia la pared de ladrillos, se alzó sobre ella, sus ojos entrecerrados la miraron como dagas. —Te dije que habría consecuencias si seguías a un hombre empleado por Dushku.

Trató de concentrarse en su ira, lo hizo, pero su cerebro se cortocircuitó. Esto era lo más cerca que había estado de Jude, y estaba teniendo problemas para recuperar el aliento. Su sangre se calentó otros mil grados, y su piel hormigueó peor que nunca, pequeños temblores la mecían sobre sus pies.

En ese momento, ella no quería hacerlo reír; ella quería hacerlo caliente.

Llevada por el deseo, la lógica no se encontraba por allí, ella le rodeó el cuello con los brazos y le pasó los dedos por el pelo.

Él no saltó lejos. —¿Qué estás haciendo? —Su voz irregular era tan potente como una caricia.

¿Por qué no le dices la verdad? Ella se lamió los labios, deleitándose mientras sus ojos seguían el movimiento. —Creo que te estoy... seduciendo.

—¿Crees? —Graznó.

—Nunca he hecho esto antes. —Otros habían tratado de seducirla, pero este era su primer intento. —Durante mucho tiempo, tuve serios problemas de confianza y no salí con nadie. Cuando decidí que *había* chicos buenos en el mundo, no me sentí atraída por nadie... hasta ti.

Él tragó saliva. —¿Cuánto tiempo desde tu última cita?

⁷FYI=Para Tu Información; WTF=Que Mierda - WaitTooFast=Espera Demasiado Rápido; GOML=Ponte A Mi Nivel - Get Off MyLawn=Sal De Mi Césped, pero como traducirlos no tenía mucho sentido se han dejado como en el original, pero el personaje lo traduce cómicamente por ello lo he dejado en español. (NdT)



—Dos años y medio—, dijo, jugando con las puntas de su cabello.

Él se puso rígido, pero aun así no saltó. —¿Te engañaron?

Cada vez más audaz, ella tiró de su cuello, sus uñas rozaron ligeramente su piel caliente. —Dos veces mi madre durmió con mis novios. Y las cosas que he visto en el bar... —Con un mordisco en el labio inferior, preguntó: —¿Y tú? ¿Cuánto tiempo desde que...?

—Dos años y medio. —Otro graznido.

Ohhh. Tenían más en común de lo que ella se había dado cuenta. Y el hecho de que habían permanecido solos durante la misma cantidad de tiempo, bueno, las probabilidades tenían que ser astronómicas.

—¿Jude? —Espera. ¿Qué quería ella preguntarle?

Por un momento, él dejó de moverse, tal vez incluso dejó de respirar. Luego dio dos pasos hacia atrás. Oh, diablos, no. Él no la estaba dejando, no ahora. Ella empuñó su camisa y tiró de él hacia adelante, y la acción improvisada lo hizo tropezar.

Abrió la boca para decirle que lo sentía, pero de repente se encontró pegada a su pecho, hablar un talento más allá de ella. Sus miradas se enfrentaron. Sus ojos chisporroteaban con conciencia líquida. Nuevamente dejó de respirar. Y esta vez, ella también...

—Debería irme—, dijo con voz áspera, incluso cuando apoyó las palmas de sus manos sobre el ladrillo, encerrándola dentro. Un depredador que acababa de capturar a su presa.

Esta presa quería ser *devorada*.

Sus pulsos martilleaban y palpitaban mientras el calor de su cuerpo la envolvía. Olas abrasadoras de agonía y éxtasis se apoderaron de ella, destruyéndola pero también convirtiéndola en una mujer nueva.

La mujer de Jude.

Este hombre había sufrido durante años. Él merecía placer. Si bien Ryanne no podía reemplazar a su querida esposa, y no quería hacerlo, podía ayudarlo a olvidar el pasado, aunque solo fuera por un tiempo.

¿No debería ella, al menos, intentarlo?

—No enloquezcas, ¿de acuerdo? —Su susurro acarició el aire. Ella ahuecó su rostro y, sin darles la oportunidad de pensar, tiró de él hacia abajo mientras se levantaba de puntillas. Sus labios se presionaron contra su cicatriz, una, dos veces. La suavidad... la dulzura de él...

Más.



Él se puso rígido y se soltó de su agarre, pero de nuevo, no se fue. Él la miró furioso, jadeando ahora. Ella estaba jadeando, también, el olor de él jugueteando con su nariz. Ron especiado con naranjas y una sutil nota floral; no era femenino, sino extrañamente deliciosamente masculino.

Un gemido escapó de ella. Ella estaba tan hambrienta de él. — Enloqueciste—, lo acusó.

Cerró los ojos por un segundo, dos, antes de enfocarse en ella con furia... y ardiente lujuria. —Me sorprendiste.

Si ella continuaba con esto, ¿avivaría tanto la lujuria como la furia? Probablemente. A él podría gustarle, pero él podría no perdonarla también.

Ella tenía una elección. Quedarse aquí y arriesgarse arruinando su relación antes de que alguna vez hubiera comenzado, o irse, sin saber qué pudo haber sido.

No luches. Gran riesgo, gran recompensa. Si ella se alejara, siempre se arrepentiría de no arriesgarse.

Seduce...

—¿También te excité? —Lentamente, dándole tiempo para procesar su intención, se inclinó para mordisquear su labio inferior. —Porque yo me encendí.

—Ryanne... *Wade*.

Él tuvo que esforzarse para poner distancia entre ellos ¿no? Ya no era tan natural. —Sí, vaquero. —Sí.

Con un gruñido, él se sumergió y devoró su boca, su hambre era perfecta para la suya. Sus lenguas se batieron en duelo, creando una ardiente maraña de deseo. Sus pezones estaban crispados, necesitados, y el vértice entre sus muslos dolía, necesidad líquida acumulándose allí. Cuando sus huesos se derritieron, la pasión la atravesó, inundándola. Moverse, tenía que moverse. Ella arqueó sus caderas... ¡Contacto! Su núcleo palpitante se frotó contra la longitud larga y gruesa de su erección, y un gemido se derramó de ella.

En medio del beso que hizo temblar la tierra, su lejana capa de barniz se desvaneció como un abrigo de invierno que ya no necesitaba, porque el sol se había asomado detrás de las nubes de tormenta por fin. Con un siseo nacido de la frustración cruda, parecía arrojar mil libras de ira, tristeza y dolor. *Sintió* su ausencia, la temperatura de su piel calentándose, la excitación aumentaba todo lo demás.

—Más. —Él se acercó más a ella, forzando su columna vertebral contra la pared de ladrillo mientras golpeaba su pecho contra el de ella.



Hielo frío detrás de ella, calor abrasador delante de ella. Las temperaturas en guerra la bombardearon con sensaciones, un tornado de lujuria la devastó. Las inhibiciones fueron la primera víctima.

Ella y Jude estaban fuera, en un lugar público, pero ¿y qué? Y entonces, diablos, ¿y si este hombre no gustaba de ella la mayor parte del tiempo? La besó como si fuera su última comida o el aire que necesitaba para sobrevivir.

Como si ella sola tuviera la llave de su felicidad.

—Ryanne. —Él separo sus piernas. La acción carecía de delicadeza y, sin embargo, la electrificaba de los pies a la cabeza.

No puede tener suficiente de mí...

Un grito de abandono dividió sus labios cuando apretó su eje entre sus piernas. Corrientes de pasión se movieron a través de su torrente sanguíneo. Ella tembló. Ella lo anhelaba.

Cuán desesperadamente quería desnudarse y montarlo, sentirlo dentro de ella, moviéndose, empujando, golpeando en ella. Finalmente, experimentaría todo lo que un hombre tenía que dar, todo lo que *este* hombre tenía para dar.

—Jude. —Ella tiró del dobladillo de su camisa, sus nudillos rozaron la piel que cubría sus abdominales duros como una roca. Sus rodillas amenazaban con doblarse.

Podría haber pasado dos años y medio sin un beso, pero no podía estar dos semanas más... dos días más... dos minutos más sin Jude Laurent.

—Sabes a fresas—, dijo con voz ronca. —Hueles como a fresas, también. ¿Cómo es eso posible?

—He vivido en esta ciudad la mayor parte de mi vida. Estaría sorprendida si oliera a piña. Tontito—, bromeó, y se mordió el labio inferior.

Él se rio entre dientes. Una risita ronca y oxidada que era irregular en los bordes. Los sorprendió a los dos. Al unísono, se calmaron. Una vez más, sus miradas se encontraron, chocaron. Sus pupilas estallaron, lo que quedaba de sus iris brillando salvajemente. Tenía las mejillas enrojecidas y las aletas de su nariz se ensanchaban cada vez que inhalaba.

Tan hermoso. No estoy lista para que esto termine. Ryanne trazó una punta del dedo a lo largo de la costura de sus labios. Esos labios suaves para un hombre tan duro.

—No. —Sus párpados se estrecharon, y él dio un paso atrás, dejándola desconcertada. Un ceño oscureció sus facciones.



¿Estaba a punto de culparla por lo que acaba de pasar? ¿Juraría nunca volver a acercarse a ella?

Ella se preparó para cualquier fuerte crítica que planeaba desatar, determinada a avanzar con los golpes. Sabía que un beso lo molestaría, pero de todos modos había avanzado a toda máquina, porque lo había deseado.

Ella lo deseaba aún.

Pero lo único que hizo fue dar otro paso atrás y limpiarse la boca con la mano. Entonces el horror reemplazó su ceño fruncido y dio otro paso atrás, y otro. El silencio era más profundo que un cuchillo.

—Jude—, dijo ella. —Preocúpate lo suficiente como para hablar conmigo sobre lo que estás sintiendo. —*Por favor.*

—Yo... no lo haré. Lo siento, pero no hablaré de sentimientos, y no voy a dejar que me importe. —Giró sobre sus talones y se alejó, desapareciendo a la vuelta de la esquina.

Ryanne se mantuvo en su lugar. Los latidos de su corazón se negaron a disminuir, y sus huesos se negaron a solidificarse; estaban demasiado calientes.

Respira profundo, dentro, fuera. *No voy a dejar que me importe.*

Palabras ásperas, y sin embargo, no se ofendió. Parte de él sí se preocupaba, o no tendría que luchar contra eso.

¿Sintió que había traicionado a su esposa? Tal vez. Probablemente. Constance había muerto dos años y medio atrás, y había pasado dos años y medio sin besar, ni tocar a otra mujer.

El pobre hombre no había *deseado* placer. En realidad, se había dado cuenta de que había hecho todo lo que estaba en su poder para asegurarse de que no pudiera, no disfrutaría de su vida. La miseria se había convertido en un amigo atesorado.

He estado allí, odié eso.

Si lo sabía o no, Ryanne lo había ayudado a dar un paso en la dirección correcta. Su cuerpo tenía una vida nueva, había sentido cada centímetro de él. Había sido largo, duro y grueso. *Para mí. Solo yo.*

Ya soy adicta... Un beso había sido demasiado, obsesionándola y poseyéndola, pero cientos... miles nunca serían suficientes.

La esperanza se unió a las festividades. Todo no estaba perdido. Si pudo encender a Jude una vez, seguramente podría hacerlo de nuevo...



CAPÍTULO SEIS

Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Arhiel

¿QUE INFIERNOS hice?

Jude quemó caucho, arrastrando el culo a la casa que compartía con Brock. Desafortunadamente, la cabaña de troncos de mil pies cuadrados en el corazón de cinco acres arbolados no ofrecía consuelo. Tampoco lo hizo el riachuelo que dividía la propiedad en dos secciones. *Mi mitad, tu mitad*, Brock a menudo bromeaba.

La gran cantidad de pacanas, nogales y robles que rodeaban la propiedad ofrecían un escape privado y tranquilo del resto del mundo, pero Jude solo sentía confusión.

Por supuesto, él solo sentía confusión, punto. Especialmente en el Scratching Post. O en cualquier lugar donde haya estado Ryanne Wade.

Ella no había salido con un hombre en dos años y medio.

El ritmo no estaba perdido en Jude, y lo lanzó a un bucle. *¿Esperamos... el uno por el otro?*

No absolutamente no.

¿Por qué lo querría ella? Él no había hecho nada para alentarla.

¡Idiota! Por supuesto que sí. La miraba constantemente. Él miraba sus cautivadores labios, cuando hablaba. La buscaba y bloqueaba a cualquiera que coqueteara con ella.

Maldita fuera. La mujer lo había atado en nudos, y no estaba seguro de cuánto más podría soportar. Pronto él se rompería.

Error. Él ya se había roto. Ese beso...

Para su total sorpresa, no había sentido ni una pizca de culpa, hasta que el beso había terminado. Ahora conocía el dulce sabor de Ryanne. La sensación de su piel de seda, y los pequeños maullidos que hacía cuando era complacida. ¿Cómo se suponía que debía resistirse a ella?

Fácil. Si no podía resistirse a la dueña de un bar, no era un hombre digno del amor de Constance.

El barman que había servido al asesino de su familia no había sido acusado por servir a un hombre obviamente borracho o por permitir que ese hombre se fuera. Y realmente, el Chico Fraternidad tampoco había recibido



un gran castigo. Su sentencia dividida de diez años, cinco años tras las rejas, cinco años en libertad condicional, era una broma. Pronto el gilipollas asesino estaría en las calles, listo para asesinar a otra familia.

¿Cómo estaba eso bien? Los crímenes más ridículos a veces venían con una sentencia de cadena perpetua grave, pero matar a una madre y dos niñas y solo tienes que presionar el botón de pausa en tu vida durante cinco años demasiado cortos.

Maldiciendo, Jude golpeó su puño en el volante una y otra vez. Mientras sus nudillos sangraban y palpitaban, su teléfono celular zumbó, indicando que había entrado un mensaje de texto.

Si Ryanne le había mandado un mensaje, esperando hablar de lo que había sucedido, él... ¿qué? Diría algo terrible que nunca pudiera echar para atrás y desdecirse.

Enojado, inseguro, esperanzado, revisó la pantalla. La rabia y la esperanza se drenaron cuando apareció el nombre de Carrie Jones. La madre de Constance.

Encontré un libro de bebés que Coni hizo para las niñas, y creo que deberías tenerlo. Cuando vi las imágenes en el interior, bueno, me reí entre lágrimas, y creo que tú también lo harás. Por favor, Jude, dime dónde vives para poder enviarte el libro.

Con otra maldición, arrojó el teléfono al suelo y se golpeó los ojos ardientes con los puños. Después del accidente automovilístico, había empacado todo lo que él y Constance poseían y envió las cajas a sus padres. Cuando se mudó a Strawberry Valley, dejó sus propias pertenencias para venderlas o tirarlas, y no se lo contó a nadie en casa. Demasiado en carne viva para manejar el dolor de alguien más, simplemente cortó todos los lazos.

A pesar de todo, su amor por los Jones nunca se había desvanecido. Nunca había conocido a su padre biológico, y su madre se había lavado las manos tan pronto como pudo cuidarse solo, tal como lo había hecho con su hermana y sus tres hermanos mayores, cada uno de los cuales se había mudado o había huido al decimotercer cumpleaños de Jude. Russ y Carrie le dieron la bienvenida a su familia con los brazos abiertos y, a través del ejemplo, le enseñaron a ser un buen padre para sus propios hijos.

Quería ser un mejor padre para sus chicas de lo que su madre había sido para él. Y a diferencia de su padre, Jude había planeado estar allí cada vez que sus bebés lo necesitaran. ¿Un monstruo debajo de la cama? Papá al rescate. Tengo ganas de cambiar mi imagen: lápiz de labios, lazos para el pelo, esmalte de uñas, todo. Papá es tu hombre o modelo. ¿No puedes alcanzar el tarro de galletas en el mostrador de la cocina? Papá te levantará para que puedas pretender volar.



Pero al final, Jude no había sido un padre mejor que el suyo. Él no había estado allí para las chicas cuando más lo necesitaban. No, había estado en la cama, recuperándose de la explosión de la bomba que le había quitado su pierna.

No es tu culpa, muchos le habían dicho. Pero había sido su culpa: había tomado la decisión de unirse al ejército. Había luchado para unirse al Diez contra los deseos de Constance. Se había revolcado en la autocompasión, negándose a trabajar más duro para abandonar antes el hospital.

Estaba tan avergonzado. Y estaba avergonzado de su abandono a los Jones. En los últimos meses, Carrie lo había contactado al menos una vez a la semana. Su pena había disminuido, supuso, y había encontrado la fuerza para repasar las cosas de su única hija, y probablemente también supuso que él tenía la fuerza, también.

Tal vez debería volar a Texas... donde su relación con Constance había comenzado. Donde los recuerdos acechaban en cada esquina. Él se estremeció.

No puedo dejar a Rianne. No con Dushku cerca.

Pero Jude *podía* ser localizado.

Él limpió su teléfono, le envió su nueva dirección a Carrie y terminó diciendo: Lamento haber estado fuera de contacto. Gracias por pensar en mí.

Enviar.

Lo que haría con el libro de bebé cuando llegara, no estaba seguro.

Después de un momento de vacilación, envió un segundo mensaje. ¿Cómo están chicos?

Su respuesta vino rápidamente. Estamos bien. Tan bien como se puede esperar, de todos modos. Te extrañamos como locos. Perdimos a Coni y las chicas, y sentimos como si también te perdiéramos a ti. Ven a visitarnos pronto

En lugar de rechazar su oferta directamente, optó por el silencio. Por ahora.

Luego llamó a un cirujano que había conocido mientras servía, un tipo que ahora era cirujano urológico para civiles. La primera cita disponible estaba a un mes de distancia, aunque Jude sospechaba que el buen doctor quería postergarlo, pensando que el tiempo cambiaría su forma de pensar. Pidió que se le notificara si una cita se abría antes.

Cuando levantó la vista, encontró a Brock holgazaneando en una hamaca, a la sombra de un pórtico que habían construido juntos. Su amigo parecía relajado, completamente a gusto, pero Jude lo conocía mejor, sabía el caos y el dolor atrapado dentro de su cabeza. La mayoría de las noches el



tipo se despertaba empapado en sudor y gritaba. A veces se derrumbaba y lloraba. Otras veces saltaba sobre la cinta y corría hasta que le fallaban las rodillas. Jude lo entendía.

Durante sus años de servicio, mataron a muchos hombres y perdieron muchos amigos. Ese tipo de pérdida hacía cosas en un hombre: que arruinaba su capacidad de vivir una vida “normal”, dejando manchas tras manchas en su alma.

Jude salió del automóvil y cerró la distancia, su paso largo y fuerte a pesar del dolor en su rodilla.

—Amigo. —Brock se balanceó hacia adelante y hacia atrás. En cada giro hacia adentro, Jude vio la fatiga grabada en su rostro. —Parece que podrías dar uso a un buen abrazo. ¿Qué puso a tus bragas en esa tesitura?

—Todo. —Se pasó una mano por la cara. —Nada.

Con la barbilla, Brock hizo un gesto hacia los cortes en los nudillos de Jude. —En otras palabras, Ryanne Wade. Sigo.

Imbécil. —Ella es solo una parte del problema. —Extendió la mano e inclinó la hamaca, dejando a su amigo sobre los tablones de madera. Un ruido sordo sacudió todo el porche.

Parpadeando, Brock se puso de pie. Una vez estable, soltó una carcajada. —Apesta, mi hombre. A lo grande.

—Lo sé. Tristemente, es una de mis mejores cualidades. —Apoyó un hombro contra un poste y se cruzó de brazos. —¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos? —El chico pasaba todas las noches con una mujer nueva.

Brock pasó de una bota a otra, claramente incómodo con el tema de la conversación. —Hoy es día de profesiones en la escuela de Scottie, y ella me pidió que deslumbrara a su clase con mi ocupación. ¿Qué se supone que debo decir cuando lo único que hice fue matar gente? Solo tengo una hora para encontrar algo verdadero, pero también apropiado para oídos inocentes.

—Habla sobre la empresa de seguridad. Dile a los niños que básicamente eres un superhéroe, porque evitas que los malos cometan crímenes. Ahora, ¿quién es Scottie?

El indomable Brock Hudson se sonrojó de vergüenza. —Lyndie.

—Ah. Lyndie Scott. ¿Quién es ahora Scottie? Que *adorable*. ¿Están finalmente hablando?

—Apenas. Ella me tiene miedo.



—Sabes que su padre y su esposo abusaron de ella. Ella necesita tiempo para conocerte, para asegurarse de que tienes el control de tu temperamento.

—¿Yo? Tener control, quiero decir. —Se restregó una mano por la cara. —Creo que no conocerme realmente funciona a mi favor.

—Tienes tus fallas. ¿Quién no? Pero eres un buen tipo.

—Por favor. Tú eres mi amigo. Las reglas generales te exigen que pienses lo mejor de mí.

—No, puedo pensar lo mejor de ti porque soy tu amigo. —Jude le dio una palmada en el hombro a Brock y se dirigió a su habitación.

Pudo haber ofrecido más garantías o incluso algunas trivialidades, pero ¿con qué fin? Brock estaba atraído por Lyndie, pero no había cambiado su MO. Él solo tenía una sola noche, usando y perdiendo mujeres como una distracción de su mente atribulada. Lyndie era una parte permanente de su grupo; una parada de una noche nunca funcionaría. Brock tendría que enfrentarla varias veces a la semana, todas las semanas.

Jude se quitó los zapatos, luego los vaqueros y se sentó al final de la cama. Se quitó la prótesis y, con una mueca de dolor, masajeó el muñón cicatrizado debajo de su rodilla. Los doloridos músculos dolieron tanto en protesta como en alivio.

Lo habían remendado en el campo y luego lo llevaron a Alemania, donde pasó una semana convaleciente de una cirugía. Luego fue trasladado en avión a San Antonio, donde pasó tres meses en recuperación. Constance y las chicas habían venido a verlo con la mayor frecuencia posible, quedándose en viviendas temporales. Con cada visita, su esposa parecía más brillante, más feliz, y una vez incluso le había dicho que lo amaría sin importar qué, pero en el fondo de su corazón, él no la había creído. Él ya no era el hombre con el que se había casado. Él era menos. Él no era tan fuerte o capaz como lo había sido una vez. Demonios, tenía que aprender a caminar de nuevo.

El ácido escaldó su garganta mientras se preguntaba cómo la impecable Ryanne reaccionaría a una vista tan fea.

Sacudió la cabeza. ¿Qué importaba su opinión? Se besaron una vez, y no volverían a hacerlo.

No importaba cuán desesperadamente su cuerpo deseaba poseer el de ella.

Un pitido sonó desde su teléfono, distrayéndolo de sus pensamientos. Miró la pantalla, su apretón casi rompió la caja de plástico cuando vio el nombre de Ryanne. Si esta era otra invitación...



Wade: ¡AYÚDAME! ¿Qué tan rápido puedes llegar aquí? Te necesito aquí hace cinco minutos. Belle está dando a luz, y probablemente no puedas decirlo, ¡pero estoy enloqueciendo!

Él envió una respuesta apresurada. Dejó la lista por una razón. Síguela.

Wade: VEN AHORA MISMO JUDE LAURENT O TE JURO, TE CAZARÉ Y... ¡NO SÉ QUÉ! PERO SERÁ DOLOROSO. SERÁ MUY DOLOROSO.

Ya estoy en camino.

Wade: gracias, gracias, gracias. Lo siento, no me arrepiento de haberte amenazado. ¿Aún amigos?

No somos amigos, Wade. Somos compañeros de trabajo

Ninguna respuesta.

¿Tal vez había sido demasiado duro? La culpa lo picó.

Moviéndose a la velocidad del rayo, volvió a colocar su prótesis, se puso sus vaqueros y sus zapatos, luego se levantó. Él palmeó sus llaves y salió corriendo, gritando: —Estaré en el Scratching Post

Hizo el viaje de doce minutos en seis, *sin* ser detenido. Un verdadero milagro. Cuando aparcó al frente, notó una ráfaga de actividad en el sitio de construcción al otro lado de la calle. Más hombres de lo habitual se congregaban allí.

No había mejor momento para conducir su camión a través de la puerta y cabrear a todos. Jode con RYANNE y sufre. Pero ella había pedido ayuda, y él había prometido estar allí para ella y la gata. Él mantendría su palabra.

Jude se precipitó dentro del bar y subió las escaleras hasta el apartamento de RYANNE, esquivando fácilmente los bloqueos codificados que había instalado en las puertas. Hizo una pausa en el vestíbulo, observando mientras ella caminaba, su pecho doliendo otra vez.

Ella había anclado su cabello oscuro en un nudo descuidado en la coronilla de su cabeza, pero varios mechones ya se habían soltado. Sus grandes ojos eran ventanas a su vulnerabilidad, sus mejillas carecían de color mientras agarraba una bolsa llena de provisiones. Nunca la mujer con espíritu había lucido tan frágil.

—No seas tonta—, le estaba diciendo, a la gata. —No soy la que necesita una distracción. Tú lo eres. Entonces, ¿dónde está el padre? —O bien se había mordido los labios, o el beso de Jude los había dejado luciendo hinchados y rojos. —¿Él te amaba y te dejó, o tenían una aventura casual?

—Te das cuenta de que estás interrogando a un gato, ¿verdad? —Dijo.



Su mirada lo encontró y se rindió con alivio. —Sí, lo sé, pero ella es mi amiga. ¿Y de qué otra forma se supone que debo averiguar su pasado?

Una nueva ronda de culpa lo golpeó y, sorprendentemente, fue seguida por una oleada de diversión. Ryanne siempre encontraba una manera de aligerar su estado de ánimo. Algo que solo un amigo podría hacer.

Consigue poner tu cabeza en el juego, soldado.

Correcto. Jude entró en la cocina y se lavó las manos. Hecho eso, reclamó la bolsa de suministros. Alcohol, tijeras de extremo romo en envases esterilizados, pinzas hemostáticas que también estaban en envases esterilizados, vaselina, guantes, un bulbo de succión, termómetro y estetoscopio. Entró en la terraza acristalada, se puso los guantes. Según la lista de pendientes que él le había dejado, ella cerraría las persianas. La habitación estaba oscura, el aire calentado por un pequeño calentador en la esquina. Una báscula de gramos esperaba en la mesa auxiliar. Belle yacía sobre una manta doblada, con cuatro gatitos ya acurrucados contra su vientre, cada uno con diferentes marcas de colores. Ella jadeaba cuando un quinto gatito entraba al mundo, la pequeña niña atrapada en una membrana gelatinosa llena de fluido transparente.

Belle volvió su atención a la nueva llegada, lamiendo el saco de la cara del gatito con más y más fuerza hasta que finalmente la fina membrana se rasgó, mejorando la circulación del bebé, permitiéndole respirar. Luego masticó a través del cordón umbilical y comió la placenta.

—Um, ¿asqueroso? —Dijo Ryanne.

—Belle necesita las vitaminas. —Jude escuchó los latidos del corazón del gatito, limpió sus vías respiratorias y lo controló antes de presentárselo a su madre.

—Buena chica, Belle—, la elogió. —Tienes esto.

—¿Lo prometes? —Ryanne apretó una mano sobre el pulso acelerado en la base del cuello de ella. —¿No solo estás siendo amable? ¿Estás siendo honesto?

—Siempre soy honesto. Pero no te estaba hablando, Wade. Estaba hablando con Belle.

—Lo sé. —Un temblor la sacudió en su lugar. —Solo para ser clara, sin embargo, ¿estás prometiendo que ella tiene esto? ¿Que ella sobrevivirá?

¿La dura barman se había enamorado de un gato callejero? —Hasta ahora, este es un nacimiento de libros de texto sin complicaciones.

—Oh, gracias al buen Dios. —Las palabras salieron de ella. —Belle podría ser una pequeña crema psicótica, pero es *mi* crema psicótica. Por ahora.



—Cuéntame sobre ella—, dijo, para mantenerla hablando y distraída.

—Bueno, ella es despiadada pero adorable. Destructiva pero tierna. Ella sisea cuando la acaricio, pero me mira cuando no lo hago. Más de una vez se ha posado en mi regazo, ronroneando feliz, y luego me mordió el dedo cuando la alcancé.

Su descripción lo divertía, lo que lo irritó. Desear a Ryanne Wade era una cosa. Siendo constantemente divertido por ella, *-encantado* por ella-, era otra cosa completamente diferente. —Básicamente ella eres tú en forma felina—, refunfuñó.

Sus labios se curvaron en las esquinas, como él había querido, y parte de la tensión la abandonó. —Tal vez lo es. Pero a diferencia de Belle, no he mordido a nadie. Todavía.

Una imagen brilló en su mente. Una de Ryanne de rodillas ante él, sus dientes blancos y rectos mordisqueando su muslo interior... mientras ella se abría paso hasta su eje.

Maldijo e hizo una nota mental para llamar a su médico, y suplicarle, si era necesario, que la cirugía tuviera lugar esta semana. Sin esperar hasta octubre.

—¿Dónde están tus toallas? —Preguntó con un poco más de fuerza de lo que pretendía.

—Justo aquí. —Ryanne le arrojó el objeto deseado.

Limpió el resto de los gatitos y luego usó la bombilla de succión para eliminar el exceso de moco de la nariz y la boca de cada bebé. Mientras trabajaba, Belle dio a luz a dos bebés más, sumando un total de siete.

Después de expulsar las placentas, se hizo cargo de las últimas adiciones y luego ayudó a todo el grupo a alimentarse de Belle. —Querrán y necesitarán comer una comida completa cada una o tres horas. Tendrás que asegurarte de que Belle también se alimente, así mantiene su fuerza. La comida húmeda será más fácil de digerir.

—¿Yo? —Chilló Ryanne. —¿Por mi cuenta?

—¿Quién más? A menos que tengas un compañero de habitación que no conozco.

—Tal vez soy como la Cenicienta y vivo con ratones parlantes.

—Despídete de esos ratones. Serán un buen refrigerio para Belle.

—Bien, entonces habrá mucho espacio para que te mudes y me ayudes. Solo por unos días.

La idea de pasar incluso una noche aquí...



Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. —No. Estás sola en esto.

El poco color que Ryanne había recuperado se desvaneció repentinamente, dejándola tan pálida. Que él casi gritó: *No importa, he cambiado de opinión, me quedaré todo el tiempo que me necesites.*

Tan suavemente como pudo, movió a Belle y su tripulación a una manta limpia. Luego hizo pasar a Ryanne a la sala de estar, donde la instó a sentarse en el sofá.

—Respira, dentro, fuera—, le indicó mientras empujaba su cabeza entre sus piernas. Difícil de creer que esta era la misma mujer que tan audazmente había tirado de él para besarlo. —Bien, eso está bien. —Cuando se dio cuenta de que estaba pasando sus dedos a lo largo de su columna vertebral, terminó el contacto y se agarró las rodillas. —¿Mejor?

—Sí, gracias. —Su voz era débil, filosa.

Se dirigió a la cocina, se arrastró y excavó los armarios hasta que encontró un vaso. La primera vez que lo llenó, vació el contenido. La segunda vez, regresó a la sala de estar y se agachó a los pies de Ryanne.

La posición le lastimó las rodillas, pero escondió una mueca y dijo: —Aquí. Bebe.

Irradiando preocupación, ella se quedó sentada y palmeó el área a su lado. —Beberé. Siéntate.

¿Era tan consciente de él que notó su incomodidad?

Él se sentó en el sofá, con cuidado de mantener un poco de distancia, acercarse a ella había sido un error. Su dulce aroma lo provocaba, haciéndole señas para que se acercara. —Cuéntame sobre tus próximos viajes—, dijo en un esfuerzo por distraerlos a los dos.

Leves temblores la sacudieron mientras ella drenaba el agua y agarraba el vaso vacío contra su pecho. —Nunca he estado en otro estado, pero planeo viajar por el mundo. Empezaré por Roma. Me voy en aproximadamente tres meses y me iré por cuatro semanas.

¿Cuatro semanas sin su sonrisa? Algo oscuro devastó su pecho. *¡Ignóralo!* —¿Por qué seleccionaste Roma para tu primera salida?

—¿Honestamente? Hay tantos lugares a los que quiero ir, terminé haciendo girar un globo y presionando mi dedo en una ubicación aleatoria.

—El globo te sirvió bien. Te enamorarás de Italia. El Coliseo, el Panteón, la Piazza Navona. La Cúpula de San Pedro. Las iglesias. El Vaticano. Museos. La comida.



—¿Has estado? —La emoción latió de ella, y ella se inclinó hacia él. — ¡Dímelo todo!

La urgencia de extender la mano, pasarle los dedos por el cabello, alejar los mechones errantes de sus mejillas, lo bombardeo. Sin duda ella malinterpretaría la oferta de comodidad. Y con razón.

¿Comodidad? ¡Ja!

—Llevé a mi familia mientras estaba de licencia. La Capilla Sixtina de Miguel Ángel me dejó alucinado.

Su soñador suspiro lo dejó sin aliento.

Agregó, —Asegúrate de pararte en la cima del Castel Sant'Angelo. Hay una vista espectacular de la Ciudad del Vaticano y el Tíber, y se puede ver el Ponte Sant'Angelo con los ángeles de mármol tallados de Bernini.

—Suenan absolutamente celestial. —Sus ojos se cerraron, como si estuviera imaginando cada lugar, una sonrisa jugando en sus labios.

El deseo, y su falta de resistencia, casi lo destriparon. Había visto esa mirada una vez, después de haberse besado.

Sus músculos se tensaron, todo su ser estaba listo para dar y tomar. Poseer. Por un momento, dejó que su mente se deleitara con lo que podría ser. Él la desnudaría, se desnudaría y le daría todo lo que ambos querían. Pasión, placer. Conexión.

Se quedarían en la cama hasta que ella se fuera a Roma.

Como si su deseo por ella pudiera ser saciado en tres meses. Por favor. Estaba plantado demasiado profundamente, las raíces demasiado fuertes. Tenía la sospecha de que cada toque solo lo haría querer más de ella.

En su mente, y este momento robado, ella lo invitaba a viajar con ella. Él decía que sí, y experimentaba su deleite mientras la escoltaba a todos sus lugares favoritos. Le haría el amor en las colinas, en las galerías y, demonios, en cualquier superficie plana que pudiera encontrar.

El anhelo se unió al deseo, un doble golpe a su plexo solar. Él hizo estallar la mandíbula, matando un gemido. No tenía ningún motivo para sentirse así, incluso en sus fantasías, y no lo toleraría. Volver a Italia sin sus hijas sería demasiado doloroso.

—Uh-oh. —Ryanne *chasqueó la lengua*, mirándolo a través de sus párpados caídos. —Estás pensando en nuestro beso, ¿verdad? —Ella se inclinó hacia él, como si tuviera un secreto para impartir. —Adivina qué. Yo también.



En un instante, su eje se endureció debajo de su bragueta. — Ciertamente *no estaba* pensando en nuestro beso—, dijo, solo para admitir: —Ya no.

—Lástima. —Doblando sus piernas debajo de ella, ella le ofreció una sonrisa inocente. La seductora sabía cómo jugar a la recatada. Notable. — Probablemente deberíamos discutir lo que pasó entre nosotros... y cómo va a volver a suceder.

Se agarró al borde del sofá, *-no la toques, no te atrevas a alcanzarla-*, y se tragó el nudo en la garganta. Otro error. Las púas cortaron y le cortaron el estómago. —No quiero estar contigo, así que no hay nada más que decir.

Dolor cruzó sus rasgos, luego la sospecha. Su mirada se movió sobre él, pareciendo quemar su ropa. La satisfacción irradió de ella. —Bueno, bueno. El hombre que dice que nunca miente está mintiendo. Estás duro como una roca en este momento.

Ya no tan recatada, ¿verdad? Ninguna otra mujer se atrevería a señalar el ariete en sus pantalones. —Tienes razón, así que déjame reformular. No quiero desearte. —No a ella, a nadie. Constance ya no era la última mujer que había besado, pero *sería* la última mujer con la que se había acostado.

¿Por qué estás tan decidido a obtener esa vasectomía, entonces, hmm?

El *algo* oscuro volvió, solo que más agudo.

—Me gustas, vaquero, y me gusta pasar tiempo contigo. —Ella pasó la yema del dedo a lo largo de la costura entre sus labios, luego su cicatriz, arrastrando un gemido desde sus profundidades más profundas. —No busco nada serio ni a largo plazo. Yo solo...

—Detente. —*Por favor.* Ya su boca hecha agua por probarla otra vez, y sus manos ansiaban tocar cada pulgada deliciosa. Necesidad y deseo lo agarraron, su recién despertado cuerpo *palpitaba*. —Eres dueña de un bar. La maldición del mundo.

Esperaba otro destello de dolor o un estremecimiento. Una maldición o una bofetada. En cambio, ella le ofreció una suave sonrisa, como si entendiera lo peor de su dolor, y dijo: —La conversación no nos va a ayudar a ninguno. Necesitamos actuar primero y pensar más tarde.

Fiel a su palabra, ella aplanó su palma sobre su pecho, el calor de ella se filtraba a través de su camisa. Jude se puso de pie. Él tenía que irse. Tenía que irse *ahora*. Soportar su encanto había sido difícil. Resistir su contacto sería imposible.

Silencioso ahora, se dirigió hacia la puerta.



Ella dijo, —No te alejes de esto, Jude. Dame la oportunidad de demostrar que estamos bien juntos.

Su paso vaciló, pero no miró hacia atrás y no se detuvo.



CAPÍTULO SIETE

Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Arhiel

¿QUIZÁS ME HE VUELTO demasiado fuerte?

Ryanne no vio a Jude durante nueve días. Falló en presentarse como gorila, siempre enviando a Daniel o a Brock en su lugar.

El primer día, casi lo llamó o envió un mensaje de texto unas mil veces para reprenderlo. *Estoy pagando por tus servicios, ¡no los de ellos!* Como una niña grande, o una superheroína, sí, definitivamente una superheroína, ella se controló y solo le envió un mensaje de texto una vez, y solo para regresar a su relación ligera y provocativa.

¿Quieres ir a nadar conmigo, elogiado? La piscina en el Strawberry Inn está lista para ir. Prometo usar mi traje de baño... la mayor parte del tiempo.

Él nunca respondió. No importaba, sin embargo. Sabía sin lugar a dudas que su empleado ausente vigilaba el bar desde lejos... y sus cámaras controlaban cada movimiento que hacía.

Chico malo y travieso. Ella decidió darle una valiosa lección. *Puedes huir de tu deseo, pero no puedes esconderte de él.*

Y él la deseaba. Para mantenerse alejado tanto tiempo... sí, tenía que haber sido tentado por ella y temer que no pudiera resistirse.

Una lenta sonrisa floreció.

A lo largo de la semana, Ryanne hizo todo en su poder en aumentar su sensualidad para el Sr. Peeping Tom⁸. Al principio, ella fue un poco tímida al respecto. Como le había dicho a Jude, nunca antes había tratado de seducir a un hombre. ¡Por el amor de Dios, ella todavía era virgen! ¿Pero honestamente? Con el paso de los años, había visto a otras mujeres ir con todo, así que sabía qué hacer, y pronto le encantó la persecución. Además, descubrió que tenía talento para eso. Tal vez porque quería a Jude de una manera que nunca había deseado a otro hombre, desesperadamente, locamente.

El primer día fue sobre el cambio de cabello. Lento, sensual y como un comercial de champú. El segundo día, ella practicó su meneo. Cada vez que tenía la oportunidad de sacudir su trasero, sacudía su maldito trasero. El tercer día, se centró en su escote. O más bien, se aseguró de que Jude se

⁸ Este nombre hace referencia a personas voyeristas.



concentrara en su escote. Llevaba una camiseta escotada, sus pechos levantados hasta que estuvo bastante segura de que se asfixiaría. El cuarto día, se llevó el dedo a la boca en cada oportunidad. Una lamida aquí, un mordisco allí. El día cinco, se olvidó de usar un sostén. ¡Ups!

Un mensaje de texto llegó temprano esa noche.

Cowboy: ¡Para esto!

Ryanne respondió: Hazme hacerlo.

Cowboy: ¿Cómo puedes estar tan a gusto... tan feliz y despreocupada cuando tu sustento está en juego?

Elijo centrarme en lo bueno. Pruébalo, vaquero. Quizás te guste.

Yyyy una vez más optó por no responder.

Para el sexto día, decidió mejorar su juego y lució una falda corta pero sin bragas. Caminando hacia su oficina, cuando nadie más estaba en el pasillo, *accidentalmente* dejó caer un bolígrafo y se agachó para recogerlo.

Su teléfono sonó, pero no revisó el texto hasta que se sentó detrás de su escritorio, sin cámaras cerca.

Cowboy: Creo que dejaste algo más.

Una risa burbujeó de ella. ¡Gruñón Jude Laurent acaba de burlarse de ella sexualmente!

Poco después del intercambio, Brock irrumpió en su oficina y espetó: —Lo que sea que le estés haciendo a Jude, detente. Él es miserable.

Miserable... ¿sin mí? Una chica podía esperar. —Lo siento, pero la culpa de su miseria no se puede acumular sobre mis increíbles hombros. No estoy haciendo nada malo. —Bueno, tal vez la tortura ligera no era correcta, ¡pero era por su propio bien!

—¡Exactamente! No estás haciendo nada. Entonces llámalo para una llamada sexual. Envíale un mensaje de texto desnuda. Estoy feliz de ser tu fotógrafo. Tal vez no uses nada más que una sonrisa y un tatuaje temporal, y definitivamente asegúrate de que estoy en casa cuando lo hagas. Solo pon tu culo en marcha y haz *algo*. El pasado tiene un cuchillo en la garganta de Jude, dejándolo en constante estado de lucha o huida. Él necesita ser cortado o liberado. El limbo es una mierda.

En otras palabras, se había estancado en el modo de supervivencia.

Ella quería ayudar, pero ¿cómo?

Cuando Dorothea primero se abalanzó sobre Daniel, ella tuvo que superar su trastorno de estrés postraumático antes de que una relación pudiera funcionar. Él se preocupaba sobre enamorarse de ella y luego



perderla, acerca de ser inestable, no poder dormir sin tener pesadillas violentas, y decepcionar a su familia si su relación se desmoronaba. Jude había servido como un ranger del ejército, también, y claramente padecía su propia forma de trastorno de estrés postraumático, pero Ryanne sospechaba que sus preocupaciones y temores más profundos comenzaban y terminaban con la familia que había perdido.

La comprensión la abofeteó: estar con Jude, incluso por un tiempo, requeriría mucho tiempo y energía, de parte de Ryanne. Mira cuánto ella ya tenía que dar. ¿Por qué verter tanto de sí misma en una aventura temporal?

Porque... ¡solo porqué! Jude no era solo una cara bonita o un cuerpo caliente, aunque ciertamente tenía ambas cosas. En realidad no. Él no tenía una cara bonita; tenía una cara interesante, y era sexy más allá de lo imaginable. Era inteligente, ingenioso a pesar de su tristeza y ferocidad por proteger a las personas bajo su cuidado. Él tenía un buen corazón. No, un *gran* corazón. Se merecía ser feliz, maldita sea.

El resto del día, él le envió un mensaje de texto de vez en cuando, pero solo para preguntar por Belle y los gatitos. Brett había revisado a la nueva familia justo esta mañana, y había dado a todos una buena nota de salud.

Cuando Belle se recuperó del nacimiento de su camada, reveló diferentes matices de su personalidad. La pequeña querida era más traviesa de lo que Ryanne se había dado cuenta.

Las ocho a.m. era su momento favorito para cruzar la cara de Ryanne. A Belle le encantaba cierta marca de comida, hasta que Ryanne compró una nueva bolsa. Entonces ella la odió. Ella quería jugar con la computadora portátil, pero solo cuando Ryanne tenía que trabajar. Si podía derribar algo, lo derribaba sin dudarlo. Si los artículos derribados se rompían, incluso mejor.

Cuando Belle o -Campanas Infernales, como Ryanne la había apodado cariñosamente-, había vuelto a su yo anterior al embarazo, ella destruiría todo lo que se cruzara en su camino, garantizado, como Jude estaba destruyendo la tranquilidad de Ryanne.

Los días siete y ocho, Jude optó por ignorarla nuevamente, por lo que decidió ignorar las cámaras... y terminó angustiada por su vaquero. ¿Y si hubiera calculado mal su deseo por ella? Después de todo, se había escapado de ella como una doncella victoriana temerosa de arruinar su reputación. ¿Qué pasaría si Brock tenía mal las cosas, y Jude se sentía miserable porque Ryanne se había acercado a él y no quería hacerle daño?

¿O luchaba contra su atracción hacia ella porque un conductor ebrio mató a su familia, y Ryanne simplemente iba de allá para acá con tragos?

No quiero desearte. Eres dueña de un bar. La ruina del mundo.



Sí. Eso. De alguna manera, tenía que demostrar que era más que su trabajo.

Para Ryanne, ningún otro hombre lo haría.

Ella tomó su lugar detrás de la barra, ayudando a Sutter a servir bebidas a la constante afluencia de clientes. Era hora de reanudar la tortura de Jude. Este era el día nueve.

¿Tal vez lo llamaría, entablaría una conversación sexy llena de insinuaciones?

El viejo Coot se acercó y dijo: —Notro Cocka Moon, por favor.

—¿Qué tal un café? —El bar había estado abierto solo unas pocas horas, pero ya había alcanzado su límite.

—Agrega whisky a ese café y tienes un trato.

—Un *chorrito* de whisky. —Revisó el video en el monitor para bebés que tenía con ella en todo momento, permitiéndole espiar a Belle y sus gatitos. Los pequeños chuchos de leche finalmente habían abierto los ojos. Pronto serían máquinas de rastreo, causando nada más que problemas. Y está bien, está bien, probablemente sea una delicia.

—Trato. Oye, ¿vas a cantar?

—No esta noche, pero tal vez la próxima semana. —Sus emociones estaban demasiado a carne viva, su anhelo por Jude demasiado grande, y si alguien la entendía, especialmente el propio Jude, moriría de vergüenza.

—Bueno, *merda*. No vuelvas a cantar nunca más, lo cual es una vergüenza porque tienes las pipas de un ángel.

Se sirvió *a ella misma* un trago de whisky y se lo bebió rápidamente. Enjuague, repita. El alcohol ardió al caer, pero se asentó muy bien en su estómago.

Apareció un mensaje de texto y ella revisó su teléfono.

Cowboy: deja de beber en el trabajo.

Desafiante, Ryanne sirvió otro trago, saludó a la cámara más cercana y bebió.

—¿Señorita Ryanne? —Preguntó Coot, y se tambaleó sobre sus pies. — ¿Qué pasa con mi whisky?

Guau. ¿Él se había tomado tres Cocka Moons, y estaba perdido? Peor aún, ella había aceptado darle más alcohol.

De ninguna manera, imposible.

Ella podía adivinar lo que sucedió. Él había traído a dos amigos marinos esta noche, y había tomado sorbos de *sus moonshines*.



Ella terminó la botella de whisky. —Lo siento, Coot, pero acabo de salir corriendo.

Hizo un puchero.

Sus amigos se unieron a él, y ellos también se balanceaban. Ambos hombres tenían alrededor de sesenta años. Uno tenía un corte alto y corto a los lados, mientras que el otro tenía una cabeza llena de cabello plateado. Las arrugas profundas hablaban del tiempo pasado bajo el sol, una abundancia de risas y vidas vividas en lugar de marginales.

—¿Quién es el designado? —Preguntó, llenando una taza con café.

Los tres compartieron una mirada de, *¿qué es un conductor designado?*

Señor, sálvame. Dos cafés más, se acerca.

—Vamos, Ramitas. Hay otro bar a unas quince millas de distancia. —Plateado ignoró la taza humeante que ella le ofreció. —Vámonos.

¿Ramitas? No había forma de que dejara que ninguno de estos tipos se pusiera detrás del volante de un automóvil. —Esperen un momento, caballeros. —Ryanne se inclinó hacia adelante, presionando sus antebrazos contra la barra, permitiendo que sus bíceps aplastaran sus pechos para crear un escote más notable. Aunque los hombres no la miraban a los ojos, ella pestañeó. —Coot mencionó que sirvieron juntos en el ejército, y me encantaría escuchar la historia detrás del sobrenombre de Ramitas.

Peinado se rio con un súbito estallido de alegría. —Oh guau, eso es un espectáculo.

—Mi tipo de historia favorita—, dijo ella.

Otra risa. —Mira, una noche el fuego enemigo cubrió a los chicos y a mí. Cuando nos quedamos sin balas, Coot decidió usar ramitas para hacer una ballesta.

¡Plateado casi casi! ...esbozó una sonrisa.

—Esto lo tengo que ver. ¿Funcionarán los bolígrafos de tinta? —Genuinamente intrigada, Ryanne le entregó dos bolígrafos que tenía junto a la caja registradora. —Porque no te irás hasta que hayas probado tu declaración, *pollito**.

—Está bien. —Coot asintió. —Pero voy a necesitar que me traigas una banda elástica también. ¿A menos que quieras que corte el elástico de mi ropa interior?

Con un bufido, Peinado le golpeó en la espalda. —Adelante. Dale el espectáculo de una vida.



—¿Y dejar que Coot obtenga más propinas que yo? —Dijo ella sacudiendo la cabeza. —No, gracias.

Coot rio e incluso se sonrojó, haciéndola sonreír. Había tenido muy poco de qué sonreír desde que Jude se había largado, ¡lo cual le dolía! Su felicidad nunca dependería de un hombre. Ella no se convertiría en su madre. Pero... no podía negar lo mucho que echaba de menos a Jude.

Mientras buscaba la goma necesaria lo más despacio posible sin despertar sospechas, los viejos bebían sus cafés y, afortunadamente, comenzaron a ponerse sobrios. Una vez más, Coot le enseñó cómo hacer la ballesta, y maldición si el arma en realidad no funcionaba.

Él mordió la tapa de uno de los bolígrafos, creando un surco en el extremo.

—¡No te hagas daño! —Exclamó Ryanne.

—Como si. —Envolvió la goma alrededor de la otra pluma y tiró, ancló la otra pluma en su lugar, luego apuntó a una postal detrás de ella. El misil se elevó por encima y se incrustó en la madera. —¿Ves? Muy fácil.

¡Guauu! —Podrías hacer daño serio a alguien con uno de esos.

El trío brillaba con orgullo.

Uno de los gorilas que Jude había elegido a dedo, Bobby Beaudine, un tipo que había conocido en la secundaria, acechaba en la pista de baile y un ceño le oscurecía el rostro. Su estómago se retorció. Algo andaba mal. De nuevo. Quizás otra visita del DP de Blueberry Hill. Un grupo de oficiales había venido tres veces esta semana para verificar las identificaciones de los clientes. ¿Entre ellos cada vez? Su némesis, Jim Rayburn.

La noche en que Lyndie terminó en el hospital con las costillas rotas, admitiendo que su esposo le había hecho daño, Jim la llamó perra y mentirosa y la acusó de pagarle a alguien para que la molestara y hacer que el jefe Carrington se viera mal.

Ryanne había estado allí, y se negó a dejar el lado de su amiga. Le había preguntado a Jim por qué en el mundo, Lyndie querría que su propio marido se viera mal si no fuera, de hecho, malo, y su respuesta la había conmocionado.

—El jefe Carrington explicó la situación. Lyndie quiere un auto nuevo, pero él no tiene el dinero para comprarlo, así que ella decidió castigarlo.

¡Bastardo!

Él ni siquiera era el peor de los problemas de Ryanne. Ayer, un hombre enmascarado inhabilitó las cámaras en su estacionamiento y cortó más de veinte llantas; deseó haber contratado a un vigilante nocturno, como había ordenado Jude. Era justo, esperaba ahorrar un poco de dinero confiando en



las cámaras de seguridad para resolver cualquier problema. Aunque Jude fue alertado y llegó apenas diez minutos después, el daño ya estaba hecho, el cortador se había ido.

El hostigamiento constante había comenzado a afectar sus resultados, cada vez menos recién llegados aparecían. Sus clientes habituales se mantuvieron constantes, al menos.

—Para agradecerte por enseñarme una habilidad secreta del gremio—, le dijo a Coot, —voy a darte a ti y a tus amigos un plato de mis famosos nachos. —¿Alguien tiene alguna restricción dietética?

—¿Restricciones dietéticas? —Peinado rodó los ojos. —¿Nos vemos como maricas, jovencita?

—No señor. Seguro que no. —Ella guiñó un ojo y se alejó sin revelar un atisbo de su confusión interna. Una hazaña difícil.

Para el momento en que se reunió con Bobby al final del bar, los temblores la atormentaron. —¿Qué pasa?

—El oficial Rayburn ha vuelto. Está solo esta vez, vestido de civil, y se esconde detrás, pero tengo la sensación de que espera que alguien, cualquiera, cause problemas. Además, hay un tipo sin hogar en la puerta. Quería entrar, pero le dije que esperara en el callejón con los demás, que repartirías la comida cuando cerráramos. Dijo que tiene la información que pediste. Eso, -y cito-, *vendedor de carne* con rubia se coló en el bar a través de la entrada del callejón trasero.

Bueno, mierda. La puerta del callejón tenía una cerradura codificada completamente nueva, y solo un puñado de personas conocía la secuencia numérica. Ryanne, Jude y los empleados.

El hombre sin hogar tenía que ser Loner. —Si el hombre sin hogar quiere entrar, lo dejas entrar, en cualquier momento, todas las veces—, dijo, mirando el área en busca del “vendedor de carne”. La rubia de la furgoneta, supuso. ¿Por qué colarse? A menos que Rubia tuviera la intención de hacer negocios... ¿mientras Jim estaba aquí?

Si Jude miraba a la cámara alimentarse tan diligentemente como él miraba a Ryanne, él habría visto a *alguien* haciendo *cualquier cosa* ilegal y le envió un mensaje de texto con los detalles.

Tal vez Loner estaba equivocado.

—¿Estás segura? —Preguntó Bobby. —No hay manera de que el tipo gaste dinero aquí. —Está sucio y huele. Los clientes estarán...

—Déjalo entrar—, intervino con un tono firme e intratable. —Respetuosamente, por supuesto. Y rápido.



La miró como si ella fuera una persona loca antes de salir corriendo para recoger a Loner, a quien escoltó a un taburete vacío del bar.

El dulce Loner mantuvo su mirada baja. Llevaba la misma ropa que había usado la semana anterior, solo que las prendas estaban más sucias, salpicadas con trozos de mugre y... ¿sangre seca?

Con el corazón dolorido por él, ella se acercó y le dio unas palmaditas en la mano. —Gracias por mantenerme informada. —¿Pasaría la noche en el Strawberry Inn si pagaba la habitación? Te lo debo.

—No me debes nada, Señorita Ryanne—, respondió en voz baja, sin levantar la vista todavía.

—Lo hago, y voy a pagar. Les estoy dando a los chicos del otro lado del bar un plato de nachos, y tú estás consiguiendo uno también. Sin protestas—, agregó cuando negó con la cabeza. Más tarde, ella mencionaría la habitación de la posada.

—No deberías, y debería irme antes de que hiera tu negocio. —Su voz se mantuvo suave, apenas audible sobre el estruendoso estallido de música que ahora se derramaba desde el escenario. La banda acababa de comenzar su primer set de la noche.

—Quédate. Eres bienvenido aquí. —Antes de que Earl conociera a su madre o fuera dueño del bar, había estado sin hogar. Brevemente, pero incluso veinticuatro horas eran demasiado largas. En su dolor por la muerte de su esposa, se había involucrado en las drogas, perdió su trabajo y su familia, y terminó en las calles. El mejor hombre que había conocido alguna vez se había sentido menos que humano, y también lo habían tratado de esa manera. —*Siempre* eres bienvenido aquí, Loner. Quiero decir eso.

Él asintió a regañadientes, y luego preguntó: —¿Vas a cantar esta noche?

—No esta noche.

—Oh. —Sus rasgos cayeron con desilusión.

—Pero un día pronto—, agregó, —y me aseguraré de avisarte de antemano, para que puedas hacer planes para estar aquí.

De camino a la cocina, anotó una lista mental de tareas pendientes. *Recoge la comida, habla con Jim, encuentra al vendedor de carne.*

Hace unos días, ella había hecho de tripas corazón y contrató a una “especialista en refrigerios”. —Y usaba la palabra *especialista* a la ligera. Para continuar sirviendo comida a sus clientes mientras viajaba, alguien tenía que saber cómo preparar cada artículo en su menú.

Solo dos mujeres se habían postulado. Caroline Mills de Strawberry Valley, que una vez trabajó en la gran ciudad como masajista, y una



hermosa joven de Blueberry Hill, que había estado mucho más calificada. ¿Quizás demasiado calificada?

Algo de la naturaleza sospechosa de Jude debía haberse contagiado a Ryanne, porque se había preguntado por qué la chica querría trabajar en el Scratching Post cuando debería abrir su propio restaurante en la ciudad. Entonces, Ryanne contrató a Caroline. La atrevida morena dijo lo que pensaba, pero no podía hervir una taza de agua. Aun así, ella había conocido a Caroline la mayor parte de su vida.

Aunque nunca habían estado cerca, la madre de Caroline, Edna, había desaprobado a Selma, habían sido amistosas.

Caroline se sentaba detrás del mostrador, escribiendo en su teléfono.

—Salen pedidos—, dijo Ryanne.

—Un segundo. Tengo que enviar este texto a Pearl. Ella está en medio de una tormenta de mierda.

Pearl Harris era la mejor amiga de Caroline, la propietaria de Secret Garden y la prima de Lyndie. Las dos se parecían mucho. Ambas tenían el pelo rubio fresa y la piel de alabastro, aunque Pearl tenía pecas y Lyndie no.

—Si te gusta tu trabajo, Caroline, no me dirás *un segundo más*. Bajarás el teléfono y arreglarás dos platos de nachos.

—¿Nachos? —Su nueva empleada se puso de pie y guardó el teléfono en el bolsillo, sus mejillas sonrojadas. —Pequeño problema. Apenas vale la pena mencionar. Pero, eh, hice burritos con frijoles refritos... y me los comí. ¡Lo siento!

Respiro profundo, dentro, afuera. Ryanne remojó esas judías durante la noche y las dejó cocer a fuego lento durante todo un día antes de freírlas al día siguiente. La bolsa entera había costado menos de tres dólares, pero los clientes gastaban diez en un solo plato de nachos. No es que Coot o Loner hubieran pagado; la comida era un regalo. Pero sin frijoles, los nachos apestaban, y no había forma de que Ryanne sirviera comida incompleta.

Olvida el tiempo y el dinero, sin embargo. Caroline acababa de costarle la codiciada satisfacción del cliente.

—Tus acciones me han convertido en una mentirosa—, dijo ella. —Le prometí a dos de mis clientes favoritos nachos.

—Lo siento—, repitió Caroline, sus mejillas enrojecidas aún más. —¿Podemos, no sé, convertir las papas envueltas en tocino en un *tipo* de nachos? ¿Tal vez cubrirlas con carne de hamburguesa y salsa de queso?

No era una mala idea. —Sí, podemos y lo haremos. Pero si hay una próxima vez... —Ryanne tomó una página del libro de jugadas de Jude, dejando que la amenaza flotara en el aire, sin decir nada.



La imaginación podría ser mucho más cruel que la realidad.

Ahora el color desapareció de las mejillas de Caroline. Ella asintió. — Sí, Señora. Entiendo.

¿Señora? ¡Señora!

Nunca he sido tan insultada en todos mis días.

Hicieron los “nachos”, y Ryanne dejó a Caroline para que le entregara los platos a Loner, -él se había quedado, según lo solicitado-, y a los ex infantes de marina, para poder tratar con Jim.

Lo buscó en toda la barra, pero no encontró ningún signo de él.

Todo bien. Ella se ocuparía de él más tarde...

Su mirada se posó en la prostituta que podría o no estar aquí para causar problemas legales. Rubia tenía una bufanda envuelta alrededor de su cuello. ¿Escondiendo un moretón nuevo? Habiendo vivido con Lyndie y su padre, Ryanne conocía todos los trucos del golpeador-maltratador.

Su enojo se convirtió en pena. Pobre Rubia.

¿Cuál era el plan? Hacer un movimiento o dos, ¿así el oficial Rayburn podría decir que fue testigo del crimen?

¿Afirmaría Rubia que Ryanne había aprobado su oficio, incluso había obtenido una parte de las ganancias?

¡Estupendo!

Rubia estaba sentada detrás de una mesa, parcialmente oculta por las sombras. Ella no estaba sola. Dos tipos que parecían venir de una fiesta de la fraternidad se rieron de algo que ella acababa de decir. Evidentes chicos de la ciudad. Ryanne reconoció a los de su tipo; a veces se aventuraban en pequeños pueblos para anotar con “chicas fáciles del campo”.

Hizo otra búsqueda, esta vez en busca de Cigarrillo o Serpiente. ¿Tal vez estaban esperando fuera? ¿O tal vez estaban con Jim? De cualquier forma, Jude le diría que enviara a un gorila -porque después de todo era para lo que les pagaba- y se encerraría en su oficina. No, gracias. Su bar, su problema. Si necesitaba respaldo, tenía a su fiel .44 enfundada en su bota.

Con la columna rígida, se dirigió a la mesa. Rubia la vio y tragó saliva.

—Oigan, muchachos. —Ryanne fingió una sonrisa despreocupada. — ¿Lo están pasando bien?

—Mira quién decidió pasar por aquí. Señorita bartender, el bombón con el cuerpo. —El parlante tenía un piercing en ambas cejas, las cejas se



movieron en su dirección cuando él se acercó para acariciar su trasero. — Estamos pasando un mejor momento ahora que estás aquí.

Mientras ella se agarraba a su muñeca y sostenía su brazo lo más lejos posible de su cuerpo, sin arrancarle el hombro, su sonrisa nunca vaciló. —El primer toque es gratis, *cabrón**. —Jugador. —El siguiente te costará un dedo. —Una amenaza y una promesa, todo en uno.

Tocón McManos toconas se pasó la lengua por los dientes. El otro chico se rio; la hebilla de su cinturón tenía una pantalla que mostraba las palabras *Házmelo* en letras rojas de neón.

No en esta vida

Rubia observó el intercambio con los ojos tan abiertos como platos.

—Chicos por qué no van al bar. —Una declaración, no una pregunta. Liberó a Tocón para que se moviera en la dirección del bar en cuestión. — Sutter, el tipo con los cuchillos tatuados en sus brazos, recientemente ha sido promovido a gerente. Él les dará a ambos una copa de nuestro infame moonshine, sin cargo. Solo usa la frase mágica de esta noche, “No, quiere decir, no”.

Sus palabras se encontraron con otra risita de Házmelo y una mirada de Tocón.

Alienar a sus clientes era una tontería, pero el estrés había eliminado su filtro.

—Estoy feliz donde estoy—, dijo Tocón. —¿Por qué no eres una buena chica y traes las copas para nosotros, hmm?

Una ola de calor repentinamente rodó por su espalda, el aroma del ron especiado llenando su nariz. Un aroma que ella conocía bien.

Su corazón se aceleró, la piel de gallina le salió por la nuca. Le dolían los pechos, los pezones como cuentas y le tembló el estómago. La necesidad y el calor se unieron entre sus temblorosas piernas.

Jude estaba de vuelta.

—Tienes cinco segundos para partir—, dijo, su voz suave pero llena de pura amenaza. —Cuando llegue a los seis, empiezo a cazar ballenas.



CAPÍTULO OCHO

*Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Arhiel*

JUDE DEBERÍA haberse quedado en casa.

Había conseguido la vasectomía hace ocho días. Después de hacerle saber a su médico que le realizarían la cirugía de una forma u otra, fue atendido de inmediato. Brock lo había llevado y le había hablado sobre los errores de por vida todo el tiempo.

Jude nunca se arrepentiría.

Por supuesto, tampoco volvería a tener un hijo o una hija contra su pecho. O mirar con asombro cómo sus hijos daban sus primeros pasos. O escuchar la palabra más dulce sobre la tierra verde de Dios hablada con gozo ilimitado. *Papi*.

Pero entonces, nunca asistiría a un funeral de bebés demasiado pequeños para haber realmente vivido.

Ignoró la sensación hueca en su pecho. Carrie había enviado el libro de bebé como se lo había prometido, pero solo le había roto su fuerza de voluntad una vez. Después de echar un vistazo a las fotos pegadas a la cubierta interior, lloró tanto que vomitó.

Así que, sí, él había tomado la decisión correcta. Ahora podría estar con una mujer sin preocupaciones.

¿Una mujer... o Ryanne?

Ambas. Ninguna. Él no quería estar con nadie, ¡maldita sea! Él había recibido la vasectomía por si acaso.

Entonces, ¿por qué había contado los días hasta que le dieran de alta para tener sexo?

Con el cabello de Ryanne dando volteretas, acariciando su trasero, mostrando todo el cuerpo, mostrando escotes, lamiendo los dedos, olvidando el sujetador y las bragas, el recuento había sido... duro. Muy, muy duro.

El primer día, se encontró mirando un calendario. El segundo día, casi se había pateado el culo por estar tan desesperado. El tercer día, él estuvo cerca de aparecer en el departamento de Ryanne, al diablo con todo. Los días cuatro, cinco y seis, había aparecido una frustración frenética. Había



caminado, preguntándose cuándo el tiempo había disminuido a tal velocidad.

Eventualmente, se había roto y le había enviado un mensaje de texto, preguntándole cómo podía estar tan a gusto mientras Dushku estaba causando problemas. Su respuesta lo había sorprendido. ¿Cómo podría centrarse en cosas buenas? ¿Y qué consideraba ella buenas? ¿Jude? Ella no podría posiblemente.

En el fondo, había empezado a cuestionarse si ella era o no un castigo cósmico por todas sus fechorías. *Un hombre condenado por siempre a desear a la mujer que debería despreciar.*

¿Alguna vez alguien había deseado más su castigo?

Los días siete y ocho, había racionalizado. ¿De verdad tenía que aguantar los ocho días? ¿Qué era lo peor que pasaría si, digamos, tuviera sexo ahora? Aun así él se había resistido. Si abriera las incisiones, por más pequeñas que fueran, tendría que esperar para tener sexo unas pocas semanas más.

He esperado dos años y medio. ¿Qué es un día más?

Finalmente llegó el día nueve. Hoy. Día-P, -Día-Polla. Las pequeñas incisiones se habían curado por completo, y una cantidad récord de endurecimientos decían: *Estás listo.*

Él podría tener sexo.

Él podría tener a Ryanne.

¡Maldita sea! Ella lo tentaba como ninguna otra. Dos años y medio equivalían a treinta meses. O 130 semanas. O 913 días. Pensó que pasaría el resto de su vida sostenido por los recuerdos de Constance, pero Ryanne Wade había demostrado que estaba equivocado. Ceder a su atractivo sería...

Delicioso.

Incorrecto.

Perfecto.

Ahora que el miedo de embarazar a una mujer había desaparecido, la tentación resultaba ser más fuerte que nunca. Por Ryanne, solo Ryanne. ¿Era esta su nueva normalidad? ¿Poniéndose duro cada vez que pensaba en ella? ¿Impulsado por la sed insaciable y el hambre ardiente?

Los instintos posesivos le exigían que se parara frente a ella para protegerla de la mirada de otros hombres. *Ella es mía.*

¡Esto era una locura! Su ansia por ella debería haber menguado. No habían tenido contacto físico. Tampoco había respirado su dulce aroma de fresa y crema. O mirado sus oscuros y magnéticos ojos y ahogado en ellos



una y otra vez. O escuchado su voz de operadora telefónica de sexo y deseaba estar en la cama, sus miembros entrelazados.

Tal vez su anhelo por ella *hubiera* menguado si no la hubiera visto frente a la cámara, pero Ryanne TV se había convertido en su programa favorito. No había podido obtener lo suficiente, tenía que saber lo que sucedería a continuación. Era más que su incomparable belleza y su sensualidad innata. Más que su intento de volverlo loco. Ella no era solo amable, como él había pensado; ella era generosa, dadivosa y compasiva. Ella amaba genuinamente a sus clientes y se mantenía tan atenta a su protección como a su disfrute. Tenía un código secreto: ordenar un *ala de ángel* la alertaba a ella y a su personal de que un cliente se sentía inseguro y necesitaba ayuda.

Jude en realidad la admiraba, era dueña de un bar. Y aunque coqueteaba a menudo y deliberadamente, sus ojos oscuros nunca se volvieron soñadores, sus labios nunca se suavizaron como si se estuviera preparando para un beso.

Suave y soñadora solo sucedía con él, no por otro.

—No obtendrás una bebida gratis, sino un boleto fuera del bar—, dijo él en voz baja, su mirada fija en el tipo que se había atrevido a poner su mano sobre Ryanne.

—Ahora espera solo un... —Ryanne cerró la boca, quedándose en silencio.

¿Ella esperaba presentar un frente unido?

Chica inteligente.

Chica sexy

—Si te agarraron, agarrarán a otras—, dijo él, y sonrió con su sonrisa más fría a los jóvenes. —Y si protestan por su desalojo, felizmente limpiaré el suelo con sus rostros.

Los dos sintieron la verdad de sus palabras, saltaron y se dispersaron, su valentía había desaparecido. Daniel y Brock, que habían seguido a Jude al bar, se aseguraron de que la pareja encontrara la salida con facilidad.

La prostituta se puso de pie, claramente con la esperanza de abandonar el barco, también.

—Yo no lo haría—, le dijo. Este era su segundo encuentro. Había hablado con ella semanas atrás, cuando supo por primera vez de su ocupación, antes de que Dushku supiera quién y qué era Jude.

Había comprado una hora de su tiempo y pasó cada segundo cuestionándola. Ella no respondió nada. Sin embargo, él le había ofrecido ayuda. Ella lo había rechazado.



Cuando le había dicho a Ryanne que no podía ayudar a alguien que no se ayudaría a sí misma, lo había dicho en serio.

La chica tragó saliva y se recostó en su asiento.

Jude estaba bastante seguro de que Dushku la había enviado aquí para causar problemas. —Hay un policía de Blueberry Hill escondido en una de las cabinas en el baño de hombres—, le dijo él a Ryanne. —Tengo la sensación de que se supone que nuestra amiga debe llevar a esos dos muchachos dentro y exigir el pago, lo que permitiría que el agente la atrape en el acto.

—Sí, tuve el mismo pensamiento—, murmuró Ryanne.

Él la rodeó, haciendo caso omiso del dolor en su rodilla, y le tendió una silla.

Por un momento prolongado, sus miradas se mantuvieron. Una explosión familiar de lujuria lo golpeó en el estómago. Sus células se incendiaron y le quemaron las venas. La urgencia de tirar de ella contra su cuerpo lo abrumaba, empeorando mientras se acomodaba en el asiento, el aroma de fresas y crema envolviéndolo.

La quiero ahora, ahora, AHORA, su cuerpo gritó. Dámela.

Debo resistir la tentación.

Con movimientos bruscos, Jude reclamó la única otra silla y se obligó a concentrarse en la rubia que vio irrumpir en el bar. De alguna manera, ella había conocido el código de la cerradura, lo que significaba que Dushku conocía el código de la cerradura. Realmente, solo había una forma con sentido. Dushku había levantado sus propias cámaras, y observaba mientras Ryanne o Jude conectaban el código.

Las cámaras debían estar ocultas con una precisión experta. No importaba. Jude se aseguraría de que las encontraran y destruyeran antes de finalizar la noche.

En este momento, tenía que lidiar con la prostituta. En el momento en que la puerta se abrió por ella, se enfureció y habría destrozado su cabaña si no hubiera tenido tanta prisa por llegar al bar.

No estaba seguro de por qué Dushku había jugado su mano esta noche, de esta manera, en lugar de enviar a un hombre para irrumpir temprano en la mañana, cuando Ryanne estaba sola.

—Si te han obligado a esta línea de trabajo—, le dijo Ryanne a la rubia, —te ayudaremos a escapar.

Ahí iba ella, poniendo el problema de otra persona por encima del suyo.



—No estoy siendo forzada—, fue la respuesta susurrada. —Solo soy... Déjame ir, ¿de acuerdo?

Decidido a averiguar más sobre ella, Jude preguntó: —¿Cuál es tu nombre? —Antes, ella le había dicho “Bambee” con doble ee, pronunciado “Bam-bay”.

Una breve pausa, luego, —Savannah.

¿La verdad? —¿Savannah qué?

—No importa. —Ella levantó la barbilla, sus bonitos ojos azules se quedaron en blanco. En un instante, parecía endurecida por la vida, completamente alejada de la situación, una habilidad que sin duda había aprendido para sobrevivir. Una habilidad que él también había aprendido y utilizado en ocasiones. —Seré quien tú quieras que sea. ¿Esclava sexual? Claro, amante. Atarme. Donde hay una billetera, hay una manera.

Él no iba a jugar este juego. —¿Dónde están tus guardaespaldas?

—En casa, esperando una llamada del DP de Blueberry Hill. —Savannah le sonrió burlonamente. —¿Por qué? ¿Estás ansioso por perder una pelea? ¿O estás esperando un tripartito?

Ryanne resopló, sorprendiéndolo. Siempre sorprendiéndolo. —Lo siento, cariño, pero no conoces a los hombres tan bien como crees que lo haces. —Uno, Jude no pierde peleas, y dos, tú y tus guardias no podrían manejarlo en el saco. Casi me quema viva con un solo beso.

Su confianza lo sorprendió aún más, lo emocionó. La mención de su beso... no lo llenó de culpa sino de lujuria.

La vergüenza apareció en la expresión de Savannah, desapareció rápidamente, reemplazada por resolución. —Déjame en paz y déjame hacer mi trabajo. ¿Bien? Por favor. O mejor aún, vende tu bar al Sr. Dushku y ahórranos un montón de problemas.

Una conmoción en la puerta de entrada llamó la atención de Jude. Los guardias estaban negándoles la entrada a los hombres de Dushku, los guardaespaldas que Jude sabía que se llamaban Anton y Dennis. Había tomado fotos de los dos y les había dicho a todos los empleados que estuvieran alerta.

Los hombres protestaron. Ruidosamente.

El color se filtró de las mejillas de Savannah. —No les envié mensajes de texto, lo juro.

—Creo que ese honor le pertenece al Oficial Jim Rayburn. —Ryanne señaló al oficial encubierto que se había estado escondiendo en el baño; finalmente había venido a sentarse en el bar, con una sonrisa en su fea cara.



Suficiente de esta mierda. Jude se puso de pie y corrió hacia la puerta, apartando a los clientes de su camino. Un coro de “Oye” y “Cuidado” lo siguieron, pero estaba demasiado ocupado como para importarle.

—Ryanne les dijo que no volvieran aquí—, gruñó cuando alcanzó a su presa.

—Puedes decirle a tu perra...

Jude lanzó un golpe, tomando a los dos hombres por sorpresa, golpeando a uno hacia el otro. Una nueva marea de furia explotó dentro de él. Las palabras no ayudarían a esta situación. Obviamente Dushku no colocó ninguna acción en advertencias verbales.

Mientras la pareja tropezaba, Jude lanzó otro golpe, enviando a ambos hombres al suelo. Los siguió y se lo pasó en grande, su audiencia olvidada.

Es hora de enviar a Dushku un mensaje que no se puede ignorar o malinterpretar.

Fuertes brazos se enroscaron alrededor de su cintura y lo empujaron hacia atrás, y Jude tuvo un vistazo desde lo alto de sus oponentes. Anton tenía la nariz rota. A Dennis le faltaba un diente y tenía un moretón en la mandíbula. La sangre salpicaba sus rostros, el carmesí era una muestra obscena de violencia.

En un zumbido, el resto del mundo se enfocó. La música se había detenido, Jude se dio cuenta, y una gran multitud se había congregado a su alrededor.

Mientras jadeaba, rabia como ácido en su pecho, Brock lo sostuvo contra su pecho. —El policía está aquí, ¿recuerdas? —Dijo su amigo. —La diferencia entre el asalto y el homicidio son años, y la gente está empezando a desenterrar sus teléfonos para grabar. Te arrestan, y Ryanne estará sola. Afortunadamente, Daniel se aseguró de que el policía no pudiera ver lo que estabas haciendo y yo te detuve antes de que nadie pudiera presionar Grabar.

No puedes permitirte el lujo de ser arrestado. No puedo dejar a Ryanne sin protección.

Al darse cuenta de que se había calmado, Brock lo soltó y le dio unas palmaditas en el hombro. —El tipo sin temperamento tiene mal carácter. ¿Quién lo supiera?

Savannah pasó corriendo junto a ellos para arrodillarse junto a Anton, el miedo reemplazó a su fanfarronería anterior. ¿Pensó que sería culpada por lo que había sucedido esta noche?



Luego, Ryanne llegó y curvó sus dedos alrededor del bíceps de Jude. El toque, aunque inocente, solo lo amplificó nuevamente. Ella era tan suave y delicada... tan frágil. Ella podría lastimarse tan fácilmente.

—¿Qué pasó? —El policía fuera de servicio, Rayburn, se abrió paso entre la multitud. Cuando vio a los hombres heridos, se puso rígido. Su mirada entrecerrada encontró a Jude. —¿Tú hiciste esto?

—Nop. De ninguna manera—, dijo alguien. El borracho llamado Coot. —He visto a los hombres hacerse el daño ellos mismos, lo hice, y Jude trató de ayudar.

—¿Es por eso que sus nudillos están ensangrentados? —Espetó el policía.

Uno tras otro, los residentes de Strawberry Valley dieron un paso adelante.

—Yo también lo vi. Jude definitivamente intentó ayudar. Repetidamente. Es por eso que está ensangrentado.

—Sí señor. Alguien le da a ese chico una medalla de honor. Él los ayudó a hacer algo feroz.

Jude escuchó en estado de shock. Tenía aliados que no conocía. La ciudad ya había empezado a sentirse como en casa, y esto... Esto era simplemente la guinda del pastel, haciendo que Strawberry Valley se sintiera como un hogar *feliz*.

Si él fuera normal, se hubiera deleitado con esa felicidad. En cambio, luchó contra él, demostrando lo dañado que realmente estaba. La felicidad conducía a la complacencia, y la complacencia conducía a errores. Los errores llevaban al desastre.

En otras palabras, los errores lo llevarían a la cama de Ryanne.

—Están mintiendo, todos ustedes. —La mirada entrecerrada de Rayburn se deslizó entre la multitud. —Sé que están mintiendo.

Podría ser hora de poner al DP de Strawberry Valley al tanto de lo que había estado sucediendo en el bar. Alguien en quien Jude podía confiar para hacer lo correcto, incluso si esa “cosa” significaba ir en contra de un compañero oficial.

Probablemente era hora de pagarle a un oficial fuera de servicio para que se sentara en el bar también, mirándolo todo.

—¿Por qué no le preguntas a Anton y a Dennis qué pasó? Cuando se despierten, por supuesto. —Jude le ofreció a Rayburn una sonrisa genial. Apostaría a sus ahorros a que el oficial estaba trabajando con los guardaespaldas. ¿Por qué no voltear las cosas?



Silenciosamente, solo para los oídos de Rayburn, Jude agregó: —O podrias consultar nuestro equipo de seguridad. Tenemos cámaras *en todas partes*. Si alguien ha hecho algo malo esta noche, como, digamos, esconderse en un baño, lo sabremos.

Rayburn fanfarroneó por un momento. —No hay necesidad de hacer eso.

Llamó a una ambulancia, pero Anton y Dennis se despertaron antes de que llegaran los paramédicos. La pareja fulminó con la mirada a Jude mientras se ponían pesadamente de pie, emitiendo una advertencia silenciosa pero clara: *pagarás*. Pero en lugar de admitir que un hombre de una sola pierna les había ganado el culo a ambos (¿el orgullo más importante que las órdenes?) Exoneraron a Jude, alegando que no había hecho nada malo. Luego salieron del bar y Savannah les pisó los talones.

Jude la llamó por su nombre, y aunque se detuvo en la puerta, le estuvo dando la espalda. —Quédate aquí—, dijo. —Déjanos ayudarte.

Sus hombros se arrastraron, como si sus músculos se hubieran contraído espontáneamente. Ella negó con la cabeza y susurró: —No puedes ayudarme sin las consecuencias que no estás preparado para enfrentar, así que no lo intentes—, antes de seguir adelante.

Ryanne dio un paso hacia ella, se detuvo y secó una lágrima antes de que pudiera caer. —Tienes razón. No podemos ayudar a los que no se ayudan a sí mismos. —Temblando, irradiando tristeza, se volvió para mirarlo. —¿Por qué no subes a mi apartamento y te limpias?

Él asintió y se dirigió al piso de arriba, pero no se lavó inmediatamente. Primero, pasó un poco de tiempo con los gatitos. Mantenerse alejado de las bolas de piel había sido casi tan difícil como mantenerse alejado de Ryanne. Y oh, demonios, habían crecido.

Belle y los bebés se habían adueñado completamente de la terraza acristalada. Toallas y toallas limpias cubrían el suelo de baldosas. Belle se reclinaba en la cuna de un cristal de la ventana mientras que la mayoría de sus crías dormían en una plataforma, una chica apilada encima de la otra. Solo dos gatitos estaban despiertos, y trataron de pararse pero fallaron. Sus ojos estaban abiertos, pero sus orejas aún no se habían desplegado.

Detrás de él, la puerta se abrió y se cerró con un chasquido. Ryanne se le acercó, con dos camisas en la mano.

Su mirada se movió sobre él, dejando un rastro de fuego a su paso. —Tu camisa está arruinada. Quitatela.

La orden casi lo deshizo. Él vaciló, pero finalmente alcanzó el dobladillo y pasó el material sobre su cabeza.



Una fuerte inhalación de su aliento hizo que el fuego que crepitaba dentro de él ardiera más. El humo sensual llenó su mente.

—Oh, guau—, dijo, y abanicó sus mejillas. —Buenas noticias para ti, malas noticias para mí. Tengo una camiseta de repuesto para ti. Bueno, tal vez estas son malas noticias para ti también. Guardo algunos artículos de ropa en mi oficina como “por las dudas” para los clientes. Tienes que elegir entre una camiseta doble XL con un bikini impreso en el frente, o una camiseta pequeña con el logo del Scratching Post.

—Dame el bikini—, dijo, haciendo todo lo posible para ignorar su admiración por él.

—¿Es porque tus músculos destrozarán la pequeña como si fueras Hulk? Bien pensado. —Con una sonrisa que intentó ocultar sin éxito, arrojó la prenda solicitada en su dirección. La atrapó y tiró el material, luego arrojó la arruinada en un bote de basura.

Ella apretó los labios. —¿Quién sabía que te verías tan bien en bikini?

—Lo hacía. Brock y Daniel también.

Ahora ella bufó. —Si me dices que te has puesto un bikini de verdad, insistiré absolutamente al cien por ciento en ver fotos.

—Perdí una apuesta y, como castigo, tuve que llevar una tanga de dos piezas en la playa. Amenacé con matar a cualquiera que tomara fotos, así que, por supuesto, tanto Brock como Daniel tienen cientos.

Ella soltó una risita y la felicidad regresó. Esta vez, él se deleitó.

—Necesito tomar prestada tu computadora portátil para poder cambiar el código a cada cerradura en el edificio—, dijo. —Y si está bien, trabajaré aquí esta noche para vigilar las cámaras de seguridad. —De ninguna manera él se iría de su lado en un corto plazo. Como protección adicional, enviaría mensajes de texto a sus amigos para que comenzaran la búsqueda de las cámaras que Dushku había colocado por dentro y por fuera.

—Claro. —Se acercó y suavemente puso su mano en la suya. Su piel era suave y cálida, era la vida. Lentamente, dándole tiempo para protestar, ella levantó los dedos para presionar sus nudillos contra su mejilla. —Me alegra que estés bien, vaquero.

Cerró los ojos con fuerza, sabiendo que necesitaba dominar y luchar contra su encanto. Pero ella se sentía tan bien. La *conexión* con ella se sentía bien, y maldita sea, estaba cansado, muy cansado, de luchar.

—Pensé que estabas cubierto de sangre, pero parte de eso te pertenece. —Su voz era infinitamente tierna. —Te lastimaste en un esfuerzo por defenderme.



Una enredadera de espinas parecía brotar dentro de su garganta. —He tenido cosas peores. —Él la miró de nuevo; de alguna manera, ella se volvió aún más hermosa. —¿Quieres hablar de lo que pasó allí?

Manteniendo su agarre sobre él, se encogió de hombros. —Sacaste la basura. ¿Qué más hay que decir?

Parpadeo, parpadeo. —Saqué la basura *violentamente*. Deberías despedirme, o al menos ordenarme que controle mi temperamento. —¿Por qué no le tenía miedo? ¿De Dushku? Esto era solo el principio. Esta batalla marcaba un punto de inflexión para la guerra. —Dime que me disculpe con Dushku. ¡Alguna cosa! Ahora va a mejorar su juego. No más inconveniencias menores y amenazas veladas, garantizadas. Te perseguirá, a ti además del bar.

Ella arqueó una ceja. —Primero, una disculpa no nos haría ningún bien a ninguno de nosotros. No con un hombre como él. En segundo lugar, ¿por qué vendrá por mí, pero no por ti?

Herir a Ryanne *era* la mejor forma de atacar a Jude.

Dushku había hecho su tarea. Sabía que Jude había fallado en proteger a su familia de un conductor ebrio. Si Jude tampoco protegía a Ryanne, su culpabilidad y angustia mental nunca serían apaciguadas.

Cuando él permaneció en silencio, ella suspiró. —Me encargaré de lo que venga. Gracias a ti, tomé un montón de precauciones.

Me ocuparé, ella había dicho. No *nos ocuparemos*. Pensar que estás listo para cualquier cosa y, de hecho, estar listo para cualquier cosa son dos animales diferentes. —Tu viaje a Roma—, dijo él entre dientes. —Vete ahora. Hoy. *Me ocuparé* de Dushku y del bar. —No había ninguna línea que no cruzaría, ninguna tarea demasiado oscura.

—Jude, cariño, hay algo que debes saber sobre mí. Nunca haré lo que un hombre ordena. Llámalo un capricho. E incluso si fueras sabio y preguntaras amablemente, mi respuesta seguiría siendo no. —Sedosos mechones danzaban en sus sienes mientras negaba con la cabeza. —Me quedaré aquí, contigo.

—¿Por qué?

—Porque.

—¿Porque qué? —Insistió.

—¡Porque! —Ella alzó la barbilla, la imagen de la terquedad femenina y sexy más allá de toda creencia, tan fuerte y valiente como los soldados con los que había servido una vez. Ella apretó con fuerza su mano. —No huyo de mis problemas.

¿Por qué había huido de su deseo por ella?



Un músculo se crispó en su mandíbula. Él la quería a ella, sí, pero también se negaba a insultar la memoria de su esposa al estar con alguien que vendía bebidas a conductores potenciales, incluso alguien como Ryanne, que luchaba contra la conducción ebria lo mejor que podía.

Él mordió el interior de su mejilla. Ryanne no estaba buscando nada serio, por lo que su falta de apego y atención después no la lastimaría.

¿Tal vez eran perfectos el uno para el otro?

Maldita sea, las líneas entre el blanco y el negro habían comenzado a difuminarse. Esta mujer realmente había arruinado su cabeza. Bueno, arruinó más que su cabeza.

Si el sacaba su profesión de la ecuación, ya estaría sobre ella, perdido en la agonía. El sexo podía ser básico, primordial, pero no tiene que significar nada.

Si no significaba nada para él, ¿insultaría más o menos a la memoria de Constance?

Preocúpate por los detalles más tarde. Necesitaba sacar a Ryanne de su sistema *ahora*. Hasta que lo hiciera, ella lo obsesionaría.

Racionalizar nunca ayudaba a nadie.

Después, se sentiría culpable, estaba seguro de eso, pero podría manejarlo. Tenía que manejarlo, porque no tenía la fuerza para alejarse. No esta noche.

Nunca me rendiré.

Lo siento, Constance. Estoy vivo, y voy a vivir.

—Deberías ir abajo—, dijo, su tono plano. —Y deberías darte prisa.

Sus ojos se agrandaron, con excitación o miedo, no estaba seguro de cuál. Todavía ella se aferraba a su mano. —¿O qué?

Excitación. Definitivamente excitación. Su voz sin aliento rompió lo que quedaba de su control.

—O vas a conseguir que te follen.



CAPÍTULO NUEVE

Traducido Por Alhana
Corregido Por Maxiluna

RYANNE SE TAMBALEÓ, INCAPAZ de recuperar el aliento. Jude estaba en su apartamento. Magnifico Jude, que parecía un poco sorprendido por la intensidad de su deseo por ella. Sexy Jude, cuya mirada se quedó fija en ella mientras se quitaba la camisa que ella le había dado.

Como si pudiera irse ahora. El hombre estaba moldeado con músculos, realzado por nervios. A la luz, su piel bronceada lucía espolvoreada de oro y su plétora de tatuajes no hacía más que aumentar su atractivo masculino. Un corazón en el centro de su pecho, atravesado por cinco espadas diferentes. En el mango de cada espada había un nombre. Constance. Bailey. Hailey. Daniel. Brock.

Constance, su esposa. Bailey y Hailey, sus hijas gemelas.

Ryanne tenía el corazón apretado. Sobre y debajo del tatuaje de Jude había un paisaje detallado, repleto de árboles y caminos sinuosos.

Se preguntó si el campo le recordaba a su hogar mientras estaba en el extranjero.

Su mirada siguió el rastro de vello dorado que iba desde su ombligo hasta la cintura de sus pantalones vaqueros, y ella gimió. Un sonido extraño. Un sonido *animal*. Él ya estaba duro, y su erección parecía ser tan gruesa como su muñeca, tan larga que la punta reluciente se extendía sobre la cintura de sus pantalones vaqueros.

Algo había cambiado para él -y en- él. No había hecho una oferta simbólica. *Vas a conseguir que te follen*. Quiso decir lo que dijo. Ella podría tenerlo. Aquí y ahora.

Las cosas acababan de volverse reales.

Había estado dos años y medio sin un hombre... no es que hubiera tenido uno. Entonces. Borra eso. Llevaba dos años y medio sin besar, o besarse, ni siquiera agarrarse de la mano, y ahora se enfrentaba a un dios sexual.

—Noté que no corres hacia la puerta. —La voz de Jude era baja y ronca, prendiéndole fuego a su sangre.

—El único lugar al que quiero ir es a mi habitación. —Se fue, pero no se detuvo en su habitación. En lugar de eso, terminó en el baño.



Como ella esperaba, Jude la siguió.

El gran espacio tenía mostradores de mármol italiano, espejos enmarcados en latón martillado a mano desde Escocia y azulejos de pared que creaban un hermoso mosaico español de coloridas flores. Al lado de la bañera victoriana de garras había una cabina de ducha complementada con vapor, chorro de lluvia y su querido banco. Ese puesto era su más extravagante indulgencia.

Jude la tomó de la mano, como si no pudiera soportar estar separado de ella. Por alguna razón, la nueva posición estaba lejos de ser reconfortante. Decía: *estás bien y verdaderamente atrapada*.

Él era la araña, y ella la mosca.

Escalofríos danzaban a través de ella mientras él la abrazaba por la cintura y la anclaba contra él.

—Jude. —Tan ardiente, tan duro.

Se abalanzó, empujando la lengua en su boca. La conquistó. Era su dueño. El calor de él la quemó, el rastrojo de su barba raspó contra sus mejillas, enviando hormigueos directamente a su centro.

La besó lentamente, y la besó rápidamente. La besó como si no tuviera un mañana. Como si su último deseo hubiera sido concedido: Ryanne, en sus brazos. La cálida miel parecía fluir a través de ella, endureciéndolo aún más. Sus músculos se amontonaron bajo sus manos, y el eje que frotaba entre sus piernas empezó a cubrir cada vez más y más terreno.

Deseo empañó su cabeza, y por un momento, se sintió como si estuviera en un sueño clasificación X. Sus uñas se enroscaron sobre sus hombros, raspando a través de su pelo. Le dio un mordico en el labio inferior de la boca. Cuando él ahuecó sus pechos, sus pezones se arrugaron para él; ellos también querían su aprobación.

Un gruñido se elevó de él, y era simple porno auditivo. Más escalofríos bailaron a través de ella.

A punto de llegar a un punto sin retorno...

Bien, ella realmente necesitaba pensarlo bien, tal vez sopesar los pros y contras. Sexo con Jude, aquí y ahora, durante las horas de trabajo. Una idea deliciosa. Pero a pesar de todos sus flirteos, no había aprendido mucho sobre el hombre. Además, su baja opinión sobre ella no había cambiado realmente.

¿Confiaba en que no alardeara con los demás de que se la estaba tirando? Extrañamente, sí. ¿Podría confiar en que no la engañaría...?

Huy. ¿Cómo podía él engañar? No habían aceptado ningún tipo de compromiso, sólo placer momentáneo.



—¿Ryanne? —Él levantó su cabeza, su cálido aliento sopló por la parte inferior de su rostro. —Hace un segundo, te estabas comiendo mi cara. Ahora estás rígida e insensible. ¿Qué pasa?

¡Chequeo de cabeza! Ryanne se alejó de sus brazos y dio un paso atrás, poniendo distancia. —No puedo hacer esto. Ni siquiera te gusto.

Cejas fruncidas, párpados entrecerrados. —Me gustas. No me gusta lo que me haces sentir.

—¿O tal vez te gusta demasiado lo que te hago sentir? —La pregunta surgió de ella.

Frunció el ceño pero asintió. —Tal vez. Probablemente. Definitivamente. —Su mirada permaneció fija mientras desabrochaba el botón de su bragueta. —¿Cómo te hago sentir?

El aliento caliente se enganchó en sus pulmones, y la piel de gallina se levantó, sensibilizando su piel. El hormigueo volvió. Entre sus piernas, dolía. —Me haces sentir... —*Sexy. Poderosa pero vulnerable. Como si estuviera en medio de una tormenta, pero también volando.* —...curiosa. ¿Cómo puedo gustarte? Soy la perdición del mundo, ¿recuerdas?

Digamos que se liaban. ¿Se abrazarían después, o él saldría corriendo por la puerta, odiándose por lo que había hecho? O peor aún, ¿la culparía por cualquier debilidad percibida en su determinación de evitarla? Y como le había dicho, no estaba en el mercado por un novio a largo plazo. Cuando era adolescente, hizo un juramento. Ella no se convertiría en su madre, y su felicidad nunca dependería de un hombre.

—¿Será esto una cosa de una sola vez? —ella preguntó.

Jude jugó con la parte superior de su cremallera, burlándose de ella con lo que quería pero no podía tener. —Me gustas—, repitió. —No me hagas tratar de explicar por qué o cómo. Sólo lo haces. Y sí, esto será algo de una sola vez.

Acababa de decirle todo lo que ella quería oír, así que ¿por qué experimentó un parpadeo de decepción?

No importaba. Dos de sus preocupaciones habían sido aliviadas. A él le gustaba, y ambos querían pasar una noche juntos. ¿Necesitaba discutirse algo más?

Bueno, sí. Una cosa.

Imitándolo, probando que ella también podía burlarse, jugó con el botón de sus pantalones vaqueros. —Me quieres, entonces puedes tenerme. Pero primero tienes que hacerme un cumplido. Sólo uno. Dime algo que te guste de mí.



Mientras la miraba, fascinado por los movimientos de sus dedos, sus pupilas se tragaron su iris. Lo que no hizo, bajar la cremallera. *¡Imbécil!**

—Prefiero tocarte—, dijo, —y mostrarte *las partes* que más me gustan de ti.

Tentador, muy tentador. —Hazme un cumplido, entonces—, insistió ella.

Una vena latía en su sien, pero él le dijo: —Me alegro de haberte conocido.

—No es un cumplido, sino una declaración de hechos. —Él le había enseñado la diferencia. —¿Por qué te alegras de conocerme?

—Tú... —Un gruñido bajo retumbó en su pecho. —Maldita seas, me has devuelto a la vida.

Ella jadeó.

La abrazó con un tirón y estrelló sus labios contra los de ella.

Arrastrada por una ola de deseo ardiente, se derramó en el beso, saboreándolo, devorándolo, volviéndose adicta una vez más. Sus jadeantes respiraciones se mezclaron, cada una de sus inhalaciones marcadas por cada exhalación, hasta que sobrevivieron con el aire del otro. Esto no puede ser real. Los hombres sólo besaban así a las mujeres en libros y películas.

La anticipación chocó con una sensación de satisfacción. No había ningún hombre tan malditamente perfecto.

¿De verdad vas a hacer esto?

Sí. ¡Sí! Ella iba a hacerlo. Iba a entregarse a Jude.

¿Debería decirle que técnicamente era virgen?

—Quítate la camisa—, le ordenó él.

Nuevos temblores de excitación bailaban a través de ella. No, ella no se lo diría. ¿Y si se detenía?

Obedeció su orden, revelando su sostén de encaje rosa. El aire fresco besó su carne desnuda, y sin embargo, dentro de ella seguía calentándose, sus huesos pareciendo crujir con llamas. Sus escalofríos empeoraron, permaneciendo sobre sus pies para una tarea. Cada fibra de su cuerpo anhelaba estirarse en el suelo, su peso presionaba contra ella mientras sus caderas acunaban a las suyas.

—Jude. —Aplanó las palmas de las manos en el pecho de él, sus pezones apuntándole fuerte contra su piel.

Su mirada la siguió, agresividad irradiando de él. —Quiero más de ti. Quítate los pantalones.



Era tan feroz, tan macho que ella sólo quería más de él. Pero se obligó a decir: —¿Y privarme de un espectáculo? De ninguna manera, vaquero. Es tu turno de quitarte algo.

Daría, pero también tomaría.

Sin dudarlo ni un momento, se quitó las botas. *Zzzzzzip*. Se bajó la cremallera. Bajó sus pantalones vaqueros, sacó el denim del camino, y su corazón casi se salió de su pecho. Llevaba bóxer briefs blancos, su físico delgado y musculoso, el más sexy que había visto nunca.

—Ahora es tu turno—, dijo. —Muéstrame *todo*.

Mordisqueándose el labio inferior, se quitó los zapatos y se deslizó de sus pantalones vaqueros, revelando bragas de encaje rosado a juego con su sostén.

Él dejó de respirar, su pecho ya no se levantaba y caía. —Tú...

—¿Sí?

—Eres exquisita. Y yo... no. —Él hizo un gesto al arte de la manga cubriendo la prótesis. Tenía una bandera americana.

Había investigado un poco y sabía que el apéndice metálico era una muestra hecha a medida, una torre y un pie. Un pasador en el extremo permitía que el revestimiento se trabara en el zócalo.

—Este soy yo—, añadió. —Roto.

—No estás roto. Eres perfecto. —Y eso no era mentira.

Tal vez le creyó, tal vez no lo hizo. No la miró fijamente cuando dijo: —Dame unos minutos para ducharme para quitar la sangre. Solo—, dijo, su voz ahora dura e intransigente. —Tengo que quitarme la prótesis. Es sensible a la humedad, y prefiero no tenerte...

—Ey. ¿Quieres que me vaya cuando las cosas se están poniendo buenas? Creo que no lo entiendes. El agua va a gotear por tus músculos, y ese es un espectáculo por el que pagaría para ver. —¿Creía que el miembro perdido la molestaba? ¿O acaso el hombre fuerte estaba avergonzado de revelar una debilidad, y no quería que ella lo viera saltar o meterse en la ducha? ¿Estaba demasiado orgulloso para pedirle ayuda? Bueno, qué pena. —Voy a ducharme contigo y eso es todo.

Cuando ella entrelazó los dedos con los suyos, él la miró fijamente, en silencio, durante un largo rato. Pero no protestó.

—¿Quieres saber un secreto? —preguntó ella. —Me has atraído desde el segundo en que te vi. Conocerme sólo me ha hecho desearte más.

—Ryanne—, graznó.



—¿Quieres saber otro secreto?

Pareciendo aturdido, asintió.

Se levantó de puntillas y susurró: —Estoy ansiosa por ponerte las manos encima.

Se sacudió, como si le hubieran dado un puñetazo. Luego respiró con dificultad, lentamente la soltó. —Me estás matando. Lo sabes, ¿verdad?

Una lenta sonrisa floreció. —Los franceses llaman a un orgasmo la *petite mort*. La pequeña muerte. Espero matarte bien.

Otra sacudida. Con su mano libre, la metió dentro del cubículo para girar las perillas. El agua fluía por múltiples cauces, y en segundos, el aire se espesó por el vapor sofocante. Él no entró, sino que la soltó para sentarse en el taburete de la vanidad, donde él quitó la cubierta de su prótesis, empujó la cerradura en el tobillo y sacó el dispositivo de su pierna. A continuación, rodó un trozo de tela más grueso de su pierna, y ella vio su herida por primera vez. Las cicatrices rodeaban la parte superior mientras que la inferior parecía roja e irritada.

La compasión se apoderó de ella. ¿Cuánto dolor soportaba diariamente?

Aunque anhelaba arrodillarse ante él, masajear sus músculos anudados y besar cada cicatriz, permaneció en su lugar, a varios metros de distancia, y jugó con las correas de su sostén. —Mi turno.

Tan pronto como su mirada se levantó y se pegó a ella, desató el broche central. Él contuvo el aliento, tenso mientras esperaba que las correas cayeran por sus brazos. Una sonrisa floreció en las comisuras de su boca mientras sostenía las copas del sostén sobre sus senos, forzando al material a permanecer en su lugar.

—¿Cuán desesperadamente quieres ver mis pechos? —preguntó ella.

—*Desesperadamente*. Ahora deja de bromear. —Por un momento la miró con el ceño fruncido, y al siguiente la devoró con los ojos. —Quiero ver cada centímetro del cuerpo que he anhelado.

Me anhela...

Escalofríos se deslizaron por su espina dorsal, un gemido de necesidad casi arrancado de ella. —¿Te refieres a este cuerpo? —Dejó que el sostén cayera al suelo por fin. El beso del aire fresco. Sus pezones se fruncieron, rogando por su atención, ignorados demasiado tiempo, ahora desesperados.

Él contuvo la respiración y se agarró las rodillas. ¿Para evitar llegar a ella?



—¿Qué tal esto? ¿Debería deshacerme de ella? —Empoderada por su admiración, Ryanne enganchó sus dedos en la cintura de sus bragas y empujó el encaje hacia abajo una pulgada... dos... sólo para detenerse y volver a levantar el material. —Tal vez los deje puestos.

Se pasó la lengua por los dientes. —Si fueras el enemigo, Wade, y esto fuera una técnica de interrogación, estaría jodido.

—Oh, vaquero. Estarás jodido, de todos modos.

Él lanzó una carcajada, una auténtica risa de diversión que compensó el uso de su apellido -su deseo de distanciarse-, pero rápidamente se calmó y se palmeó las comisuras de su boca, como si sonreír se sintiera raro, los músculos necesarios de alguna manera atrofiados. Su siguiente ceño fruncido se volvió más oscuro, y sin embargo una sensación de triunfo la inundó. *Estoy llegando a él.*

Su mirada se dirigió hacia la puerta. ¿Estaba pensando en salir corriendo de aquí?

Mensaje recibido. Puede que esté listo para el sexo, pero no quería tener nada que ver con el humor.

—Estoy demasiado vestida con estas bragas, ¿no crees? —Jugaba con los lados del material.

—De acuerdo. —Gruño, —Quítatelas.

Oh, guau, ¡era tan deliciosamente enérgico! Sus pezones se hincharon, y su vientre tembló, pero se esforzó por permanecer calmada. En el momento en que ella se sumergiera en la fiebre en su sangre, más pronto este encuentro terminaría.

—Lo haré... después de que te quites la ropa interior.

En un abrir y cerrar de ojos, los calzoncillos desaparecieron, una erección masiva se extendía entre sus piernas. La humedad en su boca se secó.

—Ahora las bragas—, graznó.

—Todavía no. —En el momento en que estuviera desnuda, la conversación cesaría. —Tenemos algunos asuntos médicos que discutir primero.

Inclinó su cabeza con un rígido movimiento de cabeza.

—Estoy limpia y tomo la píldora. No he omitido ni una sola dosis—, se la habían recetado hace poco tiempo, cuando decidió poner fin a su moratoria sobre los hombres. —¿Lo estás?

—Estoy limpio, pero no tomo la píldora.



Ahora una risa ladraba de ella. Tal vez estaba listo para el humor. — Aún me gustaría que te pusieras un condón, ¿de acuerdo? — Sólo para estar más seguros.

Asintió, una extraña mirada en su cara. — De todos modos, lo había planeado. Recientemente me hicieron una vasectomía, pero el esperma permanece activo por unos meses después. De todas formas. Pronto no podré tener hijos.

¡Qué él qué! ¿Una vasectomía? Realmente no quería tener más hijos, ¿no?

Un día a Ryanne le encantaría tener su propia familia, pero sólo después de sus viajes.

Se inclinó para sacar un condón del bolsillo de sus vaqueros. El hecho de que él hubiera venido preparado...

En el fondo, sabía que su resistencia se desmoronaría.

Con una lenta sonrisa, movió las caderas. — He decidido que vas a tener que preguntar amablemente si quieres que las bragas se vayan, mi *hombre hermoso**.

— ¿Mi hombre guapo? — El epítome del deseo malvado, se puso de pie con una gracia asombrosa a pesar de su discapacidad, extendió la mano y rasgó los lados de las bragas. Creo que ambos sabemos que no quieres un hombre agradable, Wade. Me quieres a mí.

Otro uso de su apellido. ¿Cuándo aprendería? La distancia apestaba. Sin embargo, su mirada más que compensó el desliz, devorándola, deseo palpable y chisporroteante en el aire.

No más juegos. Ryanne quería a su hombre.

Poco dispuesta a esperar una invitación, se puso a su lado y envolvió el brazo alrededor de su cintura, convirtiéndose en una muleta para ayudarlo a caminar. Se puso rígido, pero no ofreció reprensión alguna, y juntos entraron en la ducha, el agua caliente cayendo sobre ambos.

Después de lavar la sangre de sus manos, Jude se agachó y dejó el condón a un lado, fuera del rocío de agua.

Durante varios largos y prolongados segundos, estuvo paralizada por una inmensa oleada de incertidumbre. Esto era tan nuevo para ella. ¿Debería ella subirse a su regazo o quedarse de pie? ¿Qué le gustaba?

Se habían besado dos veces, pero no habían salido en una sola cita. En realidad, todo lo que habían hecho era insultarse el uno al otro. ¿Ahora planeaban tener sexo sin condiciones?



¿Eran necesarios los preliminares, teniendo en cuenta que habían pasado dos años y medio sin satisfacción? A pesar del dolor de ser desflorada -¿era incluso el término correcto?- Ryanne sospechaba que se vendría en el segundo en que él empujara dentro de ella.

—¿Nerviosa? —preguntó, sus rasgos suavizándose. —No lo estés. Soy como cualquier otro hombre.

No. No, no lo era. Era más. Era mejor. —No he... Quiero decir, no estoy... —¡Ugh! *Acaba la primera vez. La próxima vez que...*

Noticias rápidas: no habría una próxima vez.

Cierto. A pesar de otra oleada de decepción, agitó la mano por el aire.

—¿No estás qué? —preguntó él.

—Sólo dime qué quieres que haga, y lo haré.

—¿Quieres una jugada a jugada o un par de sorpresas?

—Jugada a jugada. —Bastante, por favor.

—Muy bien. Si me montas a horcajadas, te besaré. Tocaré cada centímetro de ti, cada curva y hondonada perfecta, y cuando me ruegues que te llene, empujaré tan adentro de ti que me sentirás mañana cada vez que des un paso.

Sólo así. Necesidad frenética la sobrepasó. Ella lo montó a horcajadas, diciendo: —Gracias por la jugada a jugada, pero ahora es el momento de seguir adelante, vaquero.



CAPÍTULO DIEZ

Traducido Por Alhana
Corregido Por Maxiluna

PIEL A PIEL. Calor a calor. Humedad a humedad.

Increíble dureza presionada contra la parte más blanda de Ryanne, las terminaciones nerviosas electrificadas ronroneando con aprobación. Tuvo cuidado de apoyar su peso sobre sus rodillas en lugar de los muslos de Jude, no queriendo ejercer una presión excesiva sobre él. Con sólo un pie, podría tener problemas para mantenerse equilibrado.

—¿Qué estas esperando? —Deslizó la punta de su nariz sobre la de él. —He hecho mi parte. Bésame. —*Bésame, y nunca pares.*

—Necesitaba un segundo para disfrutar de la vista—, enredó sus manos en su cabello, agarró las hebras y la arrastró lentamente hacia abajo, tan lentamente, que una eternidad parecía pasar mientras el espacio entre ellos se encogía... más... un poco más....

Su boca presionó contra la suya, el contacto exquisito.

Ansiosa, se abrió para él. Su sabor tentaba sus sentidos, y le recordó su olor; ron con especias en su lengua, magia negra en sus venas. Se batió en duelo con ella por el control. En el momento en que cedió, él la recompensó acercándola cada vez más. Sus pezones se estrellaron contra su pecho, su siguiente respiración le provocó una gloriosa fricción. Su sangre era como gasolina, la respiración después de eso comenzó un incendio. Por dentro y por fuera, se quemó.

Esto es sexo, sólo sexo. Placer por placer, y un largo y esperado rito de paso. Una experiencia que anhelaba tener, su deseo de que Jude Laurent eclipsara... todo.

Sólo sexo, sólo sexo, sólo sexo.

—Te juro que eres el equivalente humano al pastel de fresa. —Sonaba acusador, y ebrio de pasión.

—Bueno, tú eres el equivalente humano de la miel, y te quiero rociado encima de mí.

Las palabras le hicieron gemir, y con el siguiente barrido de su lengua, el tono del beso cambió. De exploratorio a explosivo, la fiereza de su deseo alimentando el suyo. Presión acumulada. Se comieron el uno al otro,



hambrientos. Cuanto más daba, más quería, hasta que temía que su apetito nunca quedaría satisfecho.

Con una mano a cada lado de su columna vertebral, arrastró sus dedos hacia abajo, hacia abajo, luego ahueco su trasero y la *movió*. Su núcleo adolorido encontró su erección, y ella gimió de placer.

—Jude. —Mordiendo el tendón de su cuello, ancló las uñas en sus hombros. —No pares.

Los sonidos que él hacía... como la música. Una melodía erótica. O un hechizo que la cautivaría para toda la eternidad.

Mientras sus dedos continuaban su viaje, deslizándose hacia su estómago, ella empezó a jadear.

—Fuiste hecha para esto, ¿no es así, pastelito? —Él ahuecó sus pechos, arrastrando los pulgares por los pezones doloridos.

Pastelito. ¡Qué apodo tan adorable! Lágrimas de felicidad quemaron sus ojos. Puede que Jude no lo entendiera. Él podría pensar que ella estaba demasiado apegada a él, o demasiado fuertemente involucrada en su relación, y marcharse. Al menos el agua continuaba cayendo sobre ella, el vapor llenando la cabina, enmascarando el vergonzoso desarrollo.

Con el pecho pegado al de ella, se sentía rodeada, cada centímetro de su cuerpo sensibilizado. Miró hacia abajo, y se deleitó al ver sus manos, -aquellas grandes y magulladas manos- amasando sus senos.

Esas manos habían derrotado a dos entrenados luchadores insensatos, habían roto hueso, roto cartílago y arrancado esmalte con facilidad, y sin embargo, esas mismas manos ahora la manejaban como si fuera una porcelana de valor incalculable.

Temblorosa, rozó sus uñas sobre la barba de su mandíbula. Las inhalaciones de Jude crecieron tan trabajosas como las suyas, el tatuaje en su pecho se agitó, el corazón de tinta parecía latir, las espadas entraban y salían de las cámaras.

Sus ojos se cruzaron, y por primera vez, ella pensó que veía la ardiente posesividad en esos azul marino. Los escalofríos no bailaban, consumían.

—Mírate—, dijo. —Ojos salvajes, labios rojos e hinchados, incluso un pequeño puchero. Pechos derramándose de mis manos. Caderas balanceándose. Eres la pasión encarnada.

¿Lo era?

Debía serlo. No podía dejar de molerse contra su erección. —Te quiero. —Ahora. —El juego previo no es necesario.



—Tal vez no para ti. —Pasó su lengua por la clavícula de ella, ganándose un siseo.

Cuando los latidos de su corazón se hicieron más lentos, ella se mordió el labio inferior. —¿Me estás diciendo que tienes problemas con tu equipo? —Alcanzando entre sus cuerpos, puso sus dedos alrededor de la base de su eje. —Porque no estoy de acuerdo.

Mirándola a los ojos, le pellizcó los pezones. —No hay nada malo con mi equipo. Me gustan los sonidos que haces cuando te toco, la forma en que te mueves y me tocas, y no quiero que termine.

Nuevos escalofríos, una avalancha de deseo y necesidad. —Mañana podemos... —*Las palabras que se crearon de nuevo* y murieron dentro de su boca. *Una vez. Sólo sexo.* Sin remordimientos. —Tómate tu tiempo, vaquero. Me sentaré aquí y disfrutaré el viaje. Pero no vayas muy despacio, o tendré que cambiar tu equipo.

—Problema. —Él se flexionaba en su agarre. —Si acelero, me multarán.

—No te preocupes. Puedes pagar mis multas con besos... y darme un registro completo de la cavidad corporal.

Se rio entre dientes, y luego le mordió el lóbulo de la oreja. Después de besar la curva de su mandíbula, lamió una gota de agua de su barbilla. —Realmente disfrutas haciéndome retorcerme, ¿verdad?

—Sí, bollo de miel. Realmente lo hago. —Acariciando su mejilla, ella agregó con voz entrecortada, —Pero creo que disfrutaré aún más retorciéndome sobre ti.

Con un gruñido, inclinó la cabeza y chupó su pezón en la boca, su cabello dorado cosquilleando sobre su clavícula mientras su magistral lengua movía uno de los brotes hinchados. Su control se había roto.

Un grito desigual la abandonó, con el placer de atar su cuerpo tan fuerte como un arco; en cualquier momento, su flecha volaría.

Quiero que él se corra conmigo.

Su agarre se apretó sobre su eje. Para su sorpresa y deleite, se dio cuenta de que sus dedos ni siquiera estaban cerca de encontrarse. Él era demasiado grande.

Inclinando su muñeca, frotó la punta de su erección contra el empapado y dolorido centro de su cuerpo. Su otra mano repasó los sedosos mechones de su cabello. Cuando él comenzó a chupar su pezón más fuerte, aumentando la presión, ella clavó sus uñas en su cuero cabelludo para sostener su cabeza en su lugar.



—Tienes razón. Creo que los juegos preliminares están sobrevalorados. ¿Estás lista para mí? —Ninguna otra advertencia cuando él metió un dedo dentro de ella.

Ella jadeó... gimió. ¡Placer!

Añadiendo un segundo dedo, la estiró, pero no lo suficiente. No es suficiente. Su cuerpo estaba hambriento por el suyo, y simplemente le había dado un aperitivo. Ella necesitaba toda la comida. —Más. Ahora.

Metió un tercer dedo dentro de ella, y ella gritó, tambaleándose al borde de la agonía o el éxtasis, no estaba segura de cuál.

—Estas mojada. Apretada—, dijo, con agudeza en su tono.

¿Demasiado apretada? ¿Sospechaba la verdad?

No dispuesta a arriesgarse a arruinar el momento, lo liberó para abrir el envoltorio del condón. Los temblores le impidieron rodar con éxito el látex por su longitud. O tal vez fue su inexperiencia.

Necesito a este hombre. Lo necesito ahora.

Si hubiera practicado rodar uno con un vibrador o un plátano, podría haber ganado una estrella de oro por su primera aplicación en la vida real.

Finalmente, la exasperación consiguió lo mejor de ella. —Ayúdame.

Él reclamó el látex y aseguró la cosa en su lugar.

—Gracias a dios. Cómodo como un bicho en una alfombra—, dijo ella. — ¡Hagámoslo!

Él resopló y sin embargo la tensión emanaba de él, deleitándola y animándola una vez más. Ella lo afectaba tan poderosamente como él la afectaba. Y, por mucho que no hubiera querido desearla, no podía resistirse a ella.

Las manos de él se posaron sobre sus caderas y apretaron con la firmeza suficiente como para magullarlas, pero él no la estaba lastimando a propósito, lo sabía. Él estaba siendo arrastrado en una tormenta enloquecida; Ambos lo estaban.

Los temblores empeoraron, ella se puso de rodillas, lo posicionó para entrar... y se detuvo.

—Después de esto—, susurró ella, —ya no hay marcha atrás.

—Ya es demasiado tarde—, él entonó.

Sus miradas se encontraron una vez más. El agua había oscurecido su cabello color arena. La piel se tensaba sobre los pómulos anchos, y su mandíbula cincelada permanecía apretada. Sus labios estaban abiertos, hinchados por sus besos, pero su cicatriz parecía más suave.



Sí, ya era demasiado tarde para volver atrás.

Ella obligó a su cuerpo a aceptarlo deslizándose hacia abajo... por su longitud. A pesar de la potencia de su excitación, a pesar de estar empapada y desesperada por llegar al clímax, a pesar de los dedos que había trabajado dentro de ella, su entrada ardió, y tuvo que rechinar los dientes.

Aunque todavía no había llegado a su base, las estrellas parpadeaban en su línea de visión. Malas noticias: el dolor fue casi demasiado. Buenas noticias: el placer no la había abandonado; esperó en la periferia, listo para regresar al frente y al centro en cualquier momento. Ella solo tenía que aguantar.

—Necesito un segundo—, dijo ella entre jadeos. Sudor perlando su frente. —Se pondrá mejor. —Absolutamente. Sin duda alguna. Sin duda alguna.

Vale, una pregunta: ¿cierto?

—No debería haber detenido el juego previo—, dijo, y maldijo, culpándose claramente de su apuro.

—No es tu culpa. Nunca... —Ella apretó sus labios juntos, sin decir nada más.

Sus ojos se abrieron de par en par... ¿con horror? —¿Nunca qué, Ryanne?



JUDE COMBATIÓ LA necesidad más salvaje de su vida. Aquí, ahora, el pasado no tenía ninguna posibilidad de inmiscuirse. Estaba demasiado preparado para la liberación, Ryanne, más apretada que un puño, resbaladiza y fundida, y tan caliente que juraría que quemaba a través del látex.

El impulso de entrar y salir de ella lo bombardeó. Rechinando sus molares, agonizando por la presión que se acumulaba en su interior, recurrió a su entrenamiento. Habilidades que había desarrollado cuando su comandante lo privó de comida y sueño, o le dio una paliza para perfeccionar sus reflejos. *Da una lamida, sigue adelante.*

Ryanne necesitaba ternura, no brutalidad.

—¿Nunca qué, Ryanne? —Insistió, temeroso de moverse mientras las sospechas bailaban en su cabeza.



Era evidente su dolor. Su posesión la lastimó físicamente, como si ella fuera... o hubiera sido...

Simplemente no había forma. De ninguna manera en el infierno esta era su primera vez. Tenía veintitantos años. Sensual. Segura. Ella no regalaría su virginidad a una mierda como él. Un hombre que se iría tan pronto como se hubiera corrido.

Un hombre roto.

Recordó su primera vez con Constance. Había tenido un novio antes que él, y el tipo había tomado su virginidad. En ese momento, el conocimiento había decepcionado a Jude, a pesar de que no tenía derecho a quejarse. Había dormido con tantas que habría avergonzado a Brock hoy en día. El chico más pobre de la ciudad, no deseado por sus padres y hermanos, había buscado la atención y el afecto de las chicas en la escuela. Pero al final, el pasado de Constance no había importado. Ni el suyo. Juntos, habían aprendido la diferencia entre el sexo y hacer el amor.

Aun así, la ironía se perdió en él. Quería que Constance fuera virgen. Ella no lo había sido. Quería, *necesitaba*, que Ryanne tuviera experiencia. Ella podría no tenerla.

Por un instante, no estaba seguro de cambiar nada, sus instintos posesivos rugían de satisfacción.

No solo roto sino también retorcido.

—Sabes que no he tenido una cita en dos años y medio—, dijo. La tensión comenzó a desvanecerse de sus rasgos, y arqueó su espalda, enviándolo dentro de ella otra pulgada, arrancando un agónico gemido de él.

Correcto. Dos años y medio. Lo mismo que él. Casi como si estuvieran predestinados a...

Nada.

Extendió la mano entre sus cuerpos e hizo círculos con su pulgar donde ella debía palpar. Sus caderas se sacudieron y ella gritó, sus paredes internas se apretaron alrededor de su eje. Él rechinó sus molares *más duro*.

Se lastimó físicamente, pero no se detuvo. Mientras él continuaba frotando su pequeño manojito de nervios, encajó sus labios alrededor de su pezón y chupó. Chupó, mordió y lamió, chasqueó la lengua y luego chupó de nuevo. Pequeños maullidos la abandonaron mientras se retorció contra él.

No puedo tener suficiente de ella.

Cayendo...



¡No! Diablos, no.

—Eso es tan... tan bueno—, lo elogió.

Sólo entusiasmo desenfrenado en su tono ahora. No, ella no había sido virgen. Y se sintió aliviado por eso. Por supuesto que se sintió aliviado. Esta conexión no era especial ni significativa solo porque Ryanne fue la primera mujer con la que se había acostado desde la muerte de su esposa.

Estamos rascando una picazón, eso es todo. La gente hace esto todos los días.

Pero mierda ¡Mierda! La culpa estalló. Durante nueve años, había sido fiel a Constance. Hoy, su devoción se había derrumbado, una sola acción errónea negando cada derecho. Ya no podía decir que su esposa era la última mujer con la que había dormido.

Su corazón tartamudeó contra sus costillas, y se detuvo, solo capaz de concentrarse en su respiración. ¿Qué demonios había hecho?

Ryanne también se detuvo. Su mirada buscó su rostro antes de levantar sus delicadas manos para enmarcar su rostro. Rastreando el ascenso de sus pómulos con los pulgares, ella lo atrajo más cerca, besó el rabillo de su ojo, la comisura de su boca.

—Apuesto a que nunca has estado tan limpio estando tan sucio—, dijo.

Una risa suave.

—Eres tan hermoso—, continuó. —Tan maravillosamente rudo y resistente. Te he deseado por tanto tiempo. Intenté resistirme a ti, pero tú, Jude Laurent, eres irresistible.

La dulzura de sus palabras lo sacó de su cabeza y lo devolvió al momento.

—Irresistible, ¿eh? Mujer, te acabas de describir a ti misma. —*Ella es más que una picazón, y lo sabes. ¿Por qué seguir negando lo obvio?*

No importaba. Nuevamente, lo negó. Nadie tenía una voluntad más fuerte que Jude, y en asuntos del corazón, él no se rompería ni se doblaría, sin importar cuán grande fuera la tentación o cuán increíblemente perfecta. Se había enfrentado y había superado obstáculos peores, y no vacilaría ahora. Podía tener esto, —tenerla- aceptar un breve momento de felicidad y luego seguir.

—¿Estás lista para que yo empuje? —Jude le dio un pequeño mordisco a su pezón, luego lamió el dolor.



—Lo estoy. ¿Lo estás tú? —Sus uñas recorrieron su espalda, escociendo deliciosamente. —*Pelea contigo mismo mañana. Dame lo qui quiere hoy*^{*9}.

Español, hablado en su voz áspera por el placer... diablos, sí. Pero las palabras mismas fueron lo que lo empujó sobre el borde. Pasó un tiempo en México y tradujo fácilmente: *Lucha contra ti mañana. Dame lo que quiero hoy*.

Ella lo conocía lo suficiente como para descifrar su estado de ánimo. Debía haberlo observado tan intensamente como él la había observado.

Mujer preciosa

Mujer *peligrosa*.

—Desearía que pudieras sentir lo que siento. No eres simplemente irresistible, eres increíble—, le susurró directamente al oído de ella.

Mientras se estremecía, lamió el delicado caparazón con múltiples perforaciones. Él besó su camino por la pendiente de su cuello, y mordió el tendón que le atravesaba el hombro, como ella le había hecho.

Simplemente. Me gusta. Eso. Ella gritó su nombre, sus paredes internas se apretaron sobre su eje cuando se corrió. Se estremeció contra él, y sus pezones le acariciaron el pecho, volviéndolo insensible por el deseo. Permanecer en el lugar casi lo mata, pero lo hizo. Para ella.

Solo cuando se relajó contra él, completamente saciada, presionó su espalda contra las baldosas, arqueó las caderas y se hundió más profundamente dentro de ella, enterrando cada centímetro de su erección en su calor abrasador.

Ella jadeó su nombre.

Hubiera dado cualquier cosa por ponerse de pie y presionarla contra los azulejos, usando la pared como palanca mientras él golpeaba contra ella, sus hermosas piernas envolviendo su cintura, apretándolo.

—Jude... No puedo... es... eres... ¡Argh! ¿Por qué te detuviste? —Golpeó sus pequeños puños contra su pecho.

—¿Te estoy lastimando? Estás increíblemente apretada.

—Bueno, eres tan increíblemente grande. ¿*Te estoy lastimando*?

Él se rio entre dientes. —Me estás matando con placer.

—De nada. —Ella le mordió la barbilla. —Y no, no me estás lastimando. Todos los sistemas funcionan así que, por favor, *adelante*.

⁹ Así estaba en el original por eso no ha sido corregido y dejado tal cual. (NdT)



Se mordió el interior de la mejilla para evitar otra risa. Luego sacudió la cabeza con asombro. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo hacía que quisiera reírse en los momentos más inoportunos? O demonios, ¿cómo hacía que quisiera reírse *de todo*?

Lentamente, muy lentamente, bombeó dentro y fuera de ella, impulsado a nuevas alturas de placer cada vez. Alturas que nunca antes había conocido, como si hubiera sido un niño antes y finalmente se hubiera convertido en un hombre. Como si Ryanne Wade hubiera sido hecho para él y solo para él. Como si hubiera vivido en la oscuridad el tiempo suficiente y finalmente hubiera salido a la luz.

Ryanne gimió en sincronía con sus embestidas, solo enloqueciéndolo más. De alguna manera, ella se había convertido en su mundo entero. No sabía nada y de nadie más, no *quería* saber nada y de nadie más. Ella era una tempestad sin igual, una tormenta de la que no podía escapar, y ella lo había arrastrado. Él felizmente se ahogaría en ella.

Levantó la cabeza para mirar profundamente en sus ojos, ojos que estaban a media asta cuando las gotas de agua quedaron atrapadas en sus pestañas. La pasión enrojeció su piel impecable, añadiendo un tono rosado. El pulso en la base de su cuello se aceleró. Los pechos regordetes rebotaban con sus movimientos, los pezones oscuros se fruncían bajo su mirada. Esta mujer...

Adentro, afuera. —Ryanne. —Su nombre se deslizó más allá de sus labios. Su cuerpo era una obra maestra. Curvas perfectas, elegante columna vertebral, piernas largas. Un vientre plano que conducía a una delgada franja de cabello oscuro. Adentro, afuera. Adentro, afuera. —Estoy tan cerca.

—Te quiero más cerca. Más rápido.

Él la agarró por las caderas y la tumbó sobre su regazo mientras se levantaba, golpeándola profundamente, en el fondo. Ella estalló por segunda vez, gritando su nombre, sus paredes interiores una vez más apretando y soltando su longitud.

Incapaz de prolongar lo inevitable, la siguió por el borde, corriéndose... corriéndose... corriéndose con tanta fuerza...

Fue el orgasmo más poderoso de su vida.

Fuerza drenada de él hacia ella, dejando sus músculos laxos. Lo mismo debió haberle sucedido a ella. Ya que colapsó sobre él, su cabeza descansando sobre su hombro. Sus corazones corrieron juntos, pero fuera de sincronía, el golpeteo del agua anunciando el regreso de la realidad.



Luchó contra eso, queriendo disfrutar el momento, abrazarla y no soltarla nunca, pero la realidad estaba tan determinada a tenerlo como lo había estado por tener a Ryanne.

—Finalmente nos divertimos juntos—, dijo ella con voz ronca. —Y, bollo de miel, fue increíble.

—Sí. —Sí, así era, pero sin la neblina del deseo nublando sus pensamientos, solo le quedaba una cruda decepción en sí mismo. Debería sentirse satisfecho, pero vacío, montando la culpa en lugar de dichoso. Le había dado todos sus últimos a Ryanne, no había salvado nada por Constance; pero estaba lejos de sentirse satisfecho y culpable. Ya ansiaba otra ronda, desesperado por reclamar todo lo que Ryanne estaba dispuesta a darle.

Ahora él conocía su dulzura, su suavidad... los sonidos entrecortados que hacía cuando se corría.

Ahora él necesitaba más.

Había pasado años sin tocar a una mujer, despreciando incluso la idea de un contacto casual. Ahora no podía tocarla lo suficiente, deseando tener las manos sobre cada centímetro de ella a la vez.

¿Cómo se suponía que ignoraría su atractivo mañana? ¿Cómo se suponía que viviría sin otro golpe de dicha?

—Esto fue un error, Wade—, graznó.

Ella se puso rígida. —Wade de nuevo. Bien. Es una buena cosa que decidiéramos que sería una aventura de una noche, ¿no es así?

Él la había lastimado. Maldita sea, esa no había sido su intención. Su cabeza, normalmente un desastre, estaba jodida más de lo normal. —Tengo que irme. —La colocó de pie y se quitó el condón. Al ver los restos hechos jirones, el calor desapareció de su rostro. —Tuviste un trabajo, solo uno, y fallaste.

—¡Oye! No soy...

—No tú. El látex. Se rompió. Maldita sea, sabía que el agua sería un problema. —Apenas capaz de respirar, exigió: —El momento es incorrecto, ¿verdad?

—Solo si quieres decir que estoy ovulando ahora mismo—, espetó ella. —Tuve el período hace dos semanas, por lo que hoy es el día perfecto para iniciar una familia. Excepto que estoy tomando la píldora y te hicieron una vasectomía, ¿recuerdas?

—El espermatozoide permanece activo durante meses después del procedimiento, ¿recuerdas? —Se restregó una mano por la cara. —Pero estás tomando la píldora, y tendré que confiar en su efectividad. Escucha,



no salgas del bar esta noche o mañana, de acuerdo. De hecho, solo quédate aquí. Te convertirás en un blanco fácil para Dushku. Deja que Sutter se haga cargo de nuevo. Es por eso que lo ascendiste a gerente. —Se puso de pie y salió pesadamente de la cabina.

—Jude. No...

—No. Ambos lo aceptamos. Esto fue, una cosa de una sola vez. No es necesario discutirlo hasta la muerte.

—¿Estuvimos de acuerdo en que podrías tratarme como basura después? porque no recuerdo ese detalle en particular.

Combatiendo la culpa, se quitó la toalla y volvió a colocar su prótesis, luego se puso los vaqueros, los zapatos y se ató los cordones.

—Lo siento—, finalmente le dijo. —Yo... me voy a ir.

—¿Qué pasó con ver la transmisión de seguridad en mi computadora portátil?

—Lo siento—, repitió. —Lo veré desde casa. —No confiando en sí mismo para decir más, salió del baño, del departamento... sin mirar atrás.



CAPÍTULO ONCE

Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Alhana

¿QUÉ DEMONIOS acababa de pasar?

En un instante Ryanne estaba disfrutando del éxtasis poscoital junto con Jude, y al siguiente estaba sola. Ya no era virgen. Ahora era una amante despreciada.

A lo largo de los años, se había imaginado su primer post-clímax de una docena de maneras diferentes. Algunos abrazos, mucha risa y charla. Bebiendo una copa de champán, quizás tomando un baño de burbujas para aliviar sus músculos adoloridos. Tumbada bajo las estrellas, en silencio. Ninguna de sus fantasías había terminado con ella sola en su ducha, dolorida en cuerpo y alma.

Por un buen rato, se quedó sentada en el banco, con las rodillas apoyadas contra el pecho. *Desperdiué mi virginidad con un dispara y corre.* Jude Laurent tenía que ser una de las peores decisiones que había tomado. Pero claro, no había basado su decisión en la lógica sino en los sentimientos.

Igual que mamá.

¡Soy un idiota!

Y Jude, bueno, Jude era un imbécil. ¿Cómo se atrevía a abandonarla al segundo de llegar al clímax? ¿Cómo se atrevía a no darse cuenta de que cometió un gran error y regresar corriendo para rogarle una segunda oportunidad, la cual ella se negaría absolutamente a darle?

El agua caliente corrió sobre ella, el vapor envolviéndola, casi convenciéndola de que todo el encuentro había sido un sueño. Casi.

A pesar de su inexperiencia, sabía que había conmocionado el mundo de Jude. La mirada de sublime placer en su rostro cada vez que se había empujado dentro de ella la había afectado a un nivel celular. Él había encontrado la máxima satisfacción en sus brazos. Y luego lo arruinó todo al huir.

Esta soy yo. Rota.

Considerando su inquebrantable devoción a su esposa, era un milagro que se acercara a Ryanne en absoluto. ¿Quizás ella estaba siendo demasiado dura con él? Después de todo lo que acababa de pasar, tenía que sentirse emocionalmente vulnerable, o peor aún, emocionalmente destruido.



Afrontémoslo, Ryanne había sido una bola de demolición para sus dos años y medio de celibato intencional. Para él, el mundo se había vuelto del revés.

¿Por qué si no se habría hecho una vasectomía? Era una acción tan extrema, ¿una acción nacida de la desesperación? ¿Porque sabía que no podría resistirse a Ryanne por mucho más tiempo y temía embarazarla?

Oh, ¡cómo le encantaría insuflarle un poco de sentido común al hombre! Él había jodido su futuro, todo para apaciguar sus temores en el presente. ¿Y si se vuelve a enamorar? ¿Y si se vuelve a casar y su nueva esposa quiere tener hijos?

Las uñas de Ryanne se clavaron en sus palmas.

No era asunto suyo. Más que eso, ella no estaba en el mercado del amor o del matrimonio, y no tenía tiempo para una relación. ¡Pero maldito sea! No era el único que se sentía emocionalmente vulnerable en este momento.

Encaramada sobre su regazo, agotada, grandes olas de afecto la habían bañado. El hombre se había llevado su virginidad, le había robado la cereza. Sea como fuese que lo llamaras, ese acto alimentaría sus sueños para siempre. La atención de Jude a sus detalles había establecido el estándar de medida para cualquier otro hombre que ella invitara a su cama.

No quiero otro hombre. Lo quiero a él. Jude Laurent. Sólo una vez más...

Qué pena, qué triste, *mi querida*¹⁰.

De ahora en adelante, Jude estaba fuera de los límites. Serían amigos sin derecho a roce. Pero... puesto que ya *eran* amigos, probablemente debería demostrar que no sentía rencor por su deplorable final de hoy. Unas cuantas pequeñas –tos, grandes, tos- renovaciones en el baño, como una barra de agarre para ofrecerle un punto de apoyo en la ducha, una en la pared al lado de la bañera con patas de garra, y una al lado del inodoro, deberían servir como truco. Sólo por si acaso se metía en otra pelea y tenía que subir para ducharse y limpiarse la sangre, por supuesto.

¿Avergonzarían esos añadidos al orgulloso Jude?

¿Importaba? Los amigos se ayudaban entre sí, incluso cuando dolía.

Hablando de dolor, Ryanne metió lo que quedaba del suyo en una caja, le puso cerrojo y la metió en un rincón oculto. Fuera de la vista, fuera de la mente. Sintiendo más animada, cerró el grifo del agua, se secó, se vistió con una camiseta y pantalones de pijama, y trató de no hacer muecas ante la sensibilidad que sentía entre las piernas. Mientras tanto, su piel

¹⁰ En español en el texto original. En lo sucesivo se acompañará con un * a aquellas palabras utilizadas en nuestro idioma por la autora.



cosquilleaba, como si tratara de decirle *recuerdo lo que es estar desnuda y húmeda, con las manos de Jude sobre mí. Dame más de eso.*

Hola, nueva adicción.

Ojalá Jude no hubiera tocado su cuerpo con tanta maestría. Sabía cuándo tocar y cuándo retroceder, cuándo frenar y acelerar. Una parte de ella deseaba que la experiencia hubiera sido un asco, por lo que podría descartarlo y seguir adelante sin ningún problema.

Ella emitió un quejido. Como si la experiencia de él realmente importara. Después de dos años y medio de congelación hormonal profunda, una fuerte ráfaga de viento podría haberle proporcionado un orgasmo.

¿Estoy amargada? Sueno amargada.

Sin resentimientos, ¿recuerdas?

Ups. Parte de su dolor se había escapado de la caja de seguridad. *Enciérralo. Haz clic. Empújala.*

Era hora de concentrarse en esas barras de apoyo.

Tomando una página del libro de Coot, Ryanne vio videos instructivos para averiguar lo que necesitaba comprar y lo que necesitaba hacer. Luego llamó a sus chicas para invitarlas y, vale, vale, pedirles suministros.

—Me entienden mejor que nadie—, le dijo a Belle, y luego se recogió su cabello mojado en una cola de caballo y le dio a su amorcito una caricia detrás de las orejas. —Tu hombre te amaba y te dejó, también. Espero que el mío no me haya dejado en las mismas condiciones, no obstante.

Las probabilidades eran astronómicas. Sus pequeños nadadores tendrían que superar la formación de tejido cicatricial causado por su vasectomía, así como su control de la natalidad.

Belle la miró y dijo: Deberías ser tan afortunada, tonta humana.

—Es fácil para ti decirlo. Tienes a los bebés más bellos del mundo. — Besó a la pequeña belleza blanquinegra, su mente desviándose hacia las gemelas de Jude. ¿Las chicas se parecerían a él o a su esposa? ¿Habían sido niñas felices o sombrías? ¿Princesas o marimachos?

No podías vivir sin experimentar la pérdida, un hecho tan antiguo como el tiempo. La muerte era hereditaria. Ryanne se auto-consolaba con el conocimiento de que algún día vería a Earl en el cielo. Porque sí, ella iba a ascender, no a bajar, ¡y nadie podría detenerla! ¿Encontraba Jude consuelo de la misma manera?

Bueno, consolado o no, el dolor de perder un hijo, mucho menos dos al mismo tiempo, *más* a otro ser muy significativo... el dolor tenía que ser insoportable.



Cualquier amargura persistente por su abrupta partida se desvaneció. Así pues, Ryanne no lo castigaría ni con palabras ni con hechos. Actuaría como la amiga que aceptó ser... aunque quería ser más.

Ya estaba. Había admitido la verdad. Puede que no tenga tiempo para una relación, pero quería una... con él. Él le había dado a conocer la cima del placer sensual, y una vez no había sido suficiente.

La había arruinado para otros hombres.

Daría cualquier cosa por ser la chica a la que le sonriera, con la que se riera y con la que se acostara cada noche. La única a la que anhelase debajo de él, así como a su lado.

Para cuando sus amigas llamaron a su puerta, Ryanne se había convencido de que tenía que hacer otra jugada para tener a Jude.

Si la rechazaba, la rechazaba. Ella lo dejaba ir, contenta con saber que había hecho todo lo que estaba en su poder para ganar sus afectos. Sin remordimientos.

Además, se forzaría a permanecer abierta a otras posibilidades -con otros hombres-. No más apagar sus deseos.

—Me debes mucho. —Dorothea colocó una gran caja sobre la encimera de la cocina. —Tuve que prometerle al Sr. Mumford una noche gratis en la posada por abrir la ferretería a deshoras. La última vez que se quedó, montó una fiesta como una estrella de rock. Literalmente se balanceó de la lámpara de araña.

Lyndie, que venía justo detrás de Dorothea, se tapó la boca para silenciar una risita. Ryanne sonrió. Le encantaba ver a su ex hermanastra relajada. Durante demasiado tiempo, la felicidad había parecido inalcanzable.

Después de que sus padres se hubieran casado y Ryanne se había dado cuenta del abuso que la pobre Lyndie había sufrido la mayor parte de su joven vida, ésta había hecho todo lo que estaba en su mano para proteger a su querida hermanastra, para ofrecerle esperanza en medio de una situación desesperada.

¡Un día huiremos juntas y viajaremos por el mundo!

Lyndie había resoplado. *No quiero viajar por el mundo. Quiero luchar y ganar.*

Habían tomado clases de autodefensa juntas, al menos por un tiempo. Sólo Ryanne había terminado el curso. Lyndie tuvo un ataque de pánico y lo dejó.

Tenía que darle crédito a Selma, ella también había tratado de ayudar permaneciendo con el Sr. Scott por bastante más tiempo del que ella hubiera



querido, haciendo todo lo posible para convencer al Sr. Scott de que le permitiera adoptar a Lyndie, al mismo tiempo que planeaba divorciarse de él después de firmar los papeles para que ella pudiera luchar contra él por la custodia. De alguna manera, él se había enterado de sus intenciones y fue éste quien se divorció de ella.

Ahí es cuando Selma finalmente presentó una denuncia por el abuso. Por supuesto, los rumores habían dicho que la “devoradora de hombres” sólo quería venganza, que había mentido para lastimar al primer hombre que se había cansado de ella.

Ryanne aún luchaba contra la intensa culpabilidad que sentía por su incapacidad de proteger a la frágil Lyndie de daños mayores. Pero cada vez que su amiga mostraba un poco de alegría, como esta noche, ese arrepentimiento se relajaba un poco.

—Si el Sr. Mumford vuelve a colgarse de la araña—, le dijo a Dorothea. —Te prometo que te alentaré mientras compras una nueva.

Esta vez, las risas de Lyndie estallaron, como si una presa se hubiera derrumbado.

—En realidad—, dijo Dorothea, agitando un dedo hacia Ryanne, —me recompensarás viniendo a mi fiesta de compromiso dentro de dos semanas. Es un sábado por la noche, el momento en que estás más ocupada, pero te necesito allí. Mi madre decidió que absolutamente *tenía* que tener una. Ella quiere hacerle saber al pueblo que Spotty Dotty finalmente ha encontrado a un hombre.

—Oye. Ese hombre tiene suerte de tenerte—, dijo Lyndie.

El sábado era su noche más ocupada, y sus empleados siempre estaban sobrecargados de trabajo, pero *podían* manejar el apuro y la prisa sin ella. Y podría ponerse un vestido elegante. Como uno de los amigos más cercanos de Daniel, Jude sin duda tendría que asistir a la fiesta; nunca la había visto vestida para matar y poner.

La expectación la arrasó, dejándole la piel de gallina. —Sí. Estaré allí.

—¿Por qué estás instalando barras de apoyo en tu apartamento? —Tan pronto como la pregunta salió, Lyndie jadeó, sus ojos color ámbar brillando. —¿Jude y tú están saliendo oficialmente?

—Oh, oh, ¿lo hacen? —Aplaudiendo, Dorothea saltó de arriba a abajo. —¿Pasó los Diez Requisitos?

Los Diez Requisitos. Una lista de condiciones que se les había ocurrido en la escuela secundaria, para cualquiera que quisiera salir con Ryanne, Dorothea o Lyndie.

Un chico no hará:



- 1) Mentirle a nadie, nunca, ni siquiera para adular.
- 2) Engañar ni tan solo con la mirada.
- 3) Robar aunque esté desesperado.
- 4) Dañar a otros de ninguna manera.
- 5) Poner excusas para su mala conducta.

Él hará:

- 6) Elogiar cuando sea merecido.
- 7) Ayudar cuando sea necesario.
- 8) Tratar a los demás con bondad, siempre.
- 9) Consultarte en la toma de grandes decisiones.
- 10) Hacer lo mejor que pueda, no sólo lo que sea suficientemente bueno.

Bueno, no era de extrañar que Ryanne le haya exigido tantas veces a Jude que le hiciera cumplidos. La lista debe haber estado en su mente todo el tiempo.

Me devolviste a la vida.

Se estremeció ahora como lo había hecho entonces. Nunca se habían pronunciado palabras más sexys.

Sus amigas no lo sabían, pero hace unos años había añadido un undécimo requisito. *Me querrá para algo más que sexo*. Muchos muchachos le habían pedido que retirara la prohibición de sexo pre-romance, pero sólo unos pocos no habían intentado meterse dentro de sus pantalones desde el primer momento, porque *por supuesto* tenía que ser tan fácil como su madre.

De alguna manera, se convenció a sí misma de conformarse con el sexo, sólo sexo, de Jude.

¿Vale la pena?

—No estoy saliendo con Jude. —No mencionaría los orgasmos que él le había proporcionado. Dorothea y Lyndie exigirían un relato completo, y no habría manera que esconder la reminiscencia de su vulnerabilidad emocional. —*Él trabaja para mí, y yo soy amable, atenta y magnánima.*

—Y súper humilde—, dijo Dorothea riendo.

—Tan generosa. —Con una mirada pícara en sus ojos, Lyndie agitó una mano en su dirección. —Y una receptora de chupetones.

¡Que! ¿Tenía un chupetón? Ryanne se resistió al impulso de cubrirse el cuello. —Estás mintiendo. No tengo el sello de una pobre zorra en mi cuello.



El brillo pícaro se volvió aún más pícaro. —Lo sé. Estaba comprobando si lo sabías.

¡Rata! —Lyndie, querida, ¿podrías ser una corderita y contarnos todo sobre tus sentimientos por Brock? Las mentes inquisitivas quieren saber.

Dos círculos rosas gemelos colorearon las mejillas de Lyndie. —De acuerdo. Suficiente conversación. Estamos aquí para trabajar, así que vamos a empezar.

No te rías. —¿Estás segura?

En una rara demostración de genio, Lyndie le sacó el dedo corazón. —¿Qué crees?

Ryanne resopló y llevó la caja que su amiga había traído al baño, donde rápidamente entró en pánico. ¿Había dejado algún recordatorio sexual al descubierto?

Toallas húmedas... en la cesta.

Su ropa... no estaba a la vista.

El condón y su envoltorio... en la papelera.

Soltó un suspiro aliviado.

—Ya sabes—, dijo Dorothea, escarbando el contenido de la caja y sacando un taladro eléctrico. —Jude merodeaba por el bar, con aspecto particularmente distinguido con una camiseta con un estampado de un torso con bikini, y gruñendo a todo el mundo con una bebida en la mano.

¿No se había ido a casa? Tal vez más tarde podría verlo en las imágenes de la cámara de seguridad, del mismo modo que él la había observado a ella...

—Su pelo estaba mojado, como el tuyo. —Dorothea movió sus oscuras cejas. —¿No te parece una extraña coincidencia?

¡Caca en un palo! No tenía con qué chantajear emocionalmente a Dorothea. —Muy bien, detectives. Me atraparon. Me duché con Jude. Ahorramos un poco de agua, tuvimos un poco de sexo. ¿Están contentas ahora? Estupendo. Ayúdenme a instalar las barras.

Ambas mujeres gritaron.

—¡Lo sabía! —dijo Lyndie.

—Daniel me debe cinco dólares. —El puño de Dorothea dio un puñetazo al aire. —Pero le voy a hacer un favor y aceptaré el pago en forma de orgasmos.

Ryanne puso los puños en las caderas. —¿Hicieron apuestas sobre cuándo me acostaría con Jude?



—Por supuesto. ¿Mencioné que gané?

—Guau. Necesito mejores amigas.

—Lástima. Tienes que fastidiarte con nosotras. —Lyndie la golpeó en el hombro. —Entonces. Cuéntanos todo. ¿Tu primera vez fue todo lo que soñaste? ¿Cómo te sientes? ¿Alguna diferencia?

Incapaz de impedir un suspiro ensoñador, Ryanne presionó la palma de su mano sobre el corazón. —Fue mejor de lo que imaginaba. *Él* fue mejor. Sigo sorprendida. Y probablemente en estado de shock. Sí, definitivamente en estado de shock. Estoy bastante segura de que dejé mi cuerpo, me elevé al cielo, bailé con los ángeles, volví a mi cuerpo y morí a causa de un agudo e intenso placer, sólo para que mi corazón volviera a la vida conmocionado.

Sus amigas compartieron una mirada antes de reírse a carcajadas.

—¿Así que ahora tú y Jude son pareja? —Dorothea preguntó, su tono alegre, como si estuviera segura de recibir una respuesta positiva.

Ryanne pegó una falsa sonrisa en la cara. Nadie iba a culpar a Jude por el deseo de ella de tener una relación, en lugar de una aventura de una noche. —No. Tuvimos la pasada noche, eso es todo. —Al menos hasta que ella lo convenciera de lo contrario.

—Oh, Ryanne. Lo siento mucho—, dijo Lyndie. —Sé que secretamente esperabas más.

Me conoce mejor de lo que yo me conozco a mí misma.

Dorothea le dio una palmadita en el hombro, sus grandes ojos melancólicos llenos de remordimiento. —Si quieres más, conseguirás más. Volverá.

Ryanne tragó. Tal vez. Con suerte. —Vamos. —Tenemos mucho que hacer, y poco tiempo para hacerlo.

Se pusieron en acción, pero ni Lyndie, ni Dorothea estaban acostumbradas a estas horas tan tardías y pronto empezaron a decaer.

—Oye. Cuando entraron por la puerta, ¿preguntó Jude qué había en la caja? —preguntó Ryanne, y luego se mordió el labio inferior. —¿Se lo dijeron? ¿Se lo mostraron? ¿Cómo reaccionó?

—Al principio él no dijo nada, sólo nos saludó sin siquiera mirar la caja—, bostezó Dorothea. —Luego nos persiguió y pidió saber qué estaba pasando.

Lyndie levantó la barbilla. —Te sentirías orgullosa. Le dije que se lo contaríamos en cuanto la información fuese de su incumbencia.

Rayos, Ryanne amaba a estas chicas. —Bueno, tal vez las mantenga como amigas.



Trabajaron otra hora. O mejor dicho, Ryanne trabajó. Dorothea se quedó dormida con la cabeza apoyada en el borde de la bañera mientras Lyndie se quedaba dormida en el suelo en posición fetal.

Cuando un golpe suave sonó en la puerta principal, ninguna de las dos mujeres reaccionó. Ryanne las dejó donde estaban y revisó el monitor que Jude había instalado la semana pasada.

Daniel y Brock estaban en el pasillo, sin rastro del tercer *amigo**.

¿Estaba lista para enfrentar a los mejores amigos de Jude? No importaba. Los mejores amigos en cuestión no se irían hasta que hubieran recogido a sus mujeres.

Respiración profunda dentro... fuera... Ryanne quitó el seguro de la cerradura y giró el pomo de la puerta.

—Sus mejores mitades están dormidas en mi baño—, dijo.

—No tengo mejor mitad—, respondió Brock.

Ambos hombres entraron, sólo para quedarse en el vestíbulo, mirándola. Y oh, vaya, eran guapos. No tan guapos como Jude, por supuesto. Nadie lo era. Pero estos dos exudaban fuerza y una atracción sexual animal. Mientras Daniel poseía el encanto de un buen chico a la vieja usanza, Brock tenía un aire de malvado-hasta-la-médula que le otorgaba una T.

T es de tentador.

Si alguien podía persuadir a Lyndie a abandonar su exilio autoimpuesto, ese era Brock. La mujer sólo salía de su casa para enseñar en la escuela primaria de Strawberry Valley y para visitar a Ryanne.

Brock le guiñó un ojo antes de levantar una mano. —Adelante. Choca esos cinco.

Aunque estaba confundida, obedeció. —¿Por qué nos estamos comportando como adolescentes?

—Has sacado a Jude de la miseria, para conducirlo directo a la agonía. —Con una sonrisa, le ofreció un pulgar hacia arriba. —Bien hecho.

Casi se ahoga con la lengua. —¿Te lo contó?

Brock volvió su amplia sonrisa hacia Daniel, revelando una brillante mancha roja de lápiz labial en su cuello. Maldito sea. Follarse chicas en el baño del bar se había convertido en su especialidad.

Ahora que Jude le había dado una patada al celibato, ¿podría seguir los pasos de su amigo?

Una maldición bulló en el fondo de su garganta.



Vale, entonces. Era un pelín posesiva y celosa. Si Jude mostrase interés en otra mujer, ella querría plantar una palanca en la cara de la muchacha, después en la entrepierna de Jude, a pesar de que no se había comprometido con Ryanne.

Hubiera sido bueno saber que se sentiría así respecto a su primer amante antes de hacer el acto, pero no importaba. Podría con ello.

—No te lo tomes en el sentido equivocado—, dijo Daniel, pasando de una bota a otra, —pero nos dijo que había cometido un error colosal.

¿Había un sentido correcto de tomar eso?

—Hemos trabajado los detalles por nuestra cuenta—, añadió. —Su cabello mojado... tu pelo mojado. Además, la última vez que vi una mirada tan perturbada en sus ojos, acababa de perder a su familia. Pero no te preocupes. No te vamos a pedir detalles. ¿Verdad, Brock?

Su amigo hundió los hombros, claramente decepcionado. —Le quitas la diversión a lo más divertido.

—¿Así que Jude está en plena agonía ahora? —preguntó ella.

—Me has malinterpretado. —Brock entrelazó sus dedos con los de ella, sorprendiéndola. —Esto es algo muy bueno. Él va a estar en un lugar oscuro por un tiempo, pero eso está bien. En la oscuridad, podría finalmente ver la luz.

Un hermoso sentimiento, pero ¿qué era exactamente la luz para Jude? Hasta ahora, Ryanne sólo parecía sumarse a sus problemas.

—¿Cuáles son tus intenciones hacia mi chico, de todas formas? —La cabeza de Brock se inclinó hacia un lado, su atención recayendo sobre ella profundizándose. —Él no ofrece sus bienes y servicios a la ligera. Bueno, ya no.

—Brock. —Daniel suspiró.

—¿Qué? —Brock extendió sus brazos, actuando como si fuese el último hombre cuerdo en un universo que se fue al infierno. —Necesita saber el tipo de hombre con el que está tratando. Y para Jude, el sexo es igual a compromiso.

Su corazón revoloteó salvajemente. *El sexo significa algo para Jude.*

Esperó por mí, como yo esperé por él. ¿Estábamos... predestinados el uno para el otro?

No, no, no. No creo en el destino. ¿Lo hago?

—Mira, voy a invitarlo a salir—, dijo ella. —Si dice que no, eso es todo. He terminado. Si él dice que sí... —Ella se encogió de hombros, fingiendo despreocupación.



Por favor, Jude, di que sí.



CAPÍTULO DOCE

Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Alhana

DURANTE LAS SIGUIENTES dos semanas, Jude estuvo obsesionado con la seguridad en el Scratching Post, tanto física como digitalmente.

Las cámaras de Dushku fueron encontradas y retiradas; habían sido expertamente ocultas como Jude había sospechado. Cada tarde se amodorraba en la oficina de Ryanne, con un portátil descansando sobre su pecho, la pantalla se dividía para revelar las imágenes recogidas en cuatro áreas diferentes: tres dentro del bar, una fuera. Todas las noches trabajaba junto a los gorilas y hacía todo lo posible para evitar a Ryanne.

Ella le envió dos mensajes de texto. Primero lo invitó a salir en una cita.

Me divertí contigo y me encantaría volver a verte. ¿Interesado?

Él la rechazó, y se llamó a sí mismo tonto como de un millar de formas diferentes.

Ella se tomó su rechazo con filosofía, no era *gran cosa*, y luego preguntó cómo podían ayudar a Savannah.

Lo había estropeado todo, ¿no? Jude debería haber dicho que sí.

No, demonios, no. Hizo lo correcto.

Se suponía que el sexo iba a acabar con su obsesión malsana por su cuerpo de estrella porno, su mente aguda y su sonrisa perversa. Se suponía que la distancia debería expulsarla de su mente.

No hubo suerte. Pensaba en ella más a menudo, y la anhelaba más, mucho más.

Lo que habían hecho en esa ducha... había sido más que la unión de dos cuerpos. Había sido la fusión de almas.

Mierda. ¿Había caído tan bajo que ahora se había vuelto poético?

Bueno, ¿por qué no? Puesto que había perdido a su familia, sólo tenía un propósito: llorar su duelo. Sin embargo, mientras se deslizaba en las calientes y estrechas profundidades de Ryanne, se había exaltado, olvidando el pasado, concentrándose en el momento... y en todos los momentos que le esperaban en el futuro.



¡Maldita sea! ¿Tan siquiera se merecía un futuro con Ryanne? Era un mierda. Peor que mierda. Había traicionado la memoria de su esposa.

Se ha ido. No hice nada malo.

Si eso era verdad, ¿por qué la culpa lo assolaba? ¿Por qué el placer más dulce lo había conducido al más amargo pesar? ¿Por qué había pasado de lo más alto a lo más bajo?

Por su propio bien, debería dejar de revivir la hora de la ducha feliz en constante repetición en su mente y fingir que nunca había sucedido. Debería alejarse de Ryanne.

Imposible. Dushku tomaría represalias por lo que Jude le había hecho a Anton y a Dennis. Las únicas preguntas eran *cuándo* y *cómo*. Por supuesto, Jude podía adivinar cuándo... pronto.

El estrés lo había dejado con la sensación de que su piel estaba estirada sobre sus huesos lo suficientemente tirante como para rasgarse. Las pocas veces que había dejado el bar, se había ido a casa sólo para ducharse y cambiarse.

Trató de distraerse con una investigación sobre Savannah. Aunque había usado todos los trucos que conocía, había obtenido resultados pésimos. ¿Savannah era su verdadero nombre? ¿Cuál era su apellido? ¿De dónde era? Hombres como Martin Dushku a menudo traían a niñas de otros países, luego escondían sus pasaportes y visas para que no tuvieran adónde ir. ¿Savannah nació en el extranjero? Si tenía acento, lo enmascaraba bien.

Ayer, Jude le pidió a uno de los hombres que trabajaban en las oficinas de Oklahoma City de LPH Protection que condujera hasta aquí y comprara una noche con Savannah para llevarla a un lugar seguro, conseguirle una nueva identificación y esconderla para siempre, pero Dushku había dejado de traerla por el lugar.

Tantos obstáculos. Jude no tenía ni idea de qué hacer.

El parloteo interrumpió sus pensamientos. La fiesta de compromiso de Daniel había comenzado hace una hora, pero Jude había pasado cada minuto revisando su teléfono, observando -qué si no- las imágenes procedentes de la cámara del Scratching Post.

Ahora su atención se centró en la razón de la charla: Ryanne había llegado.

Estaba parada fuera de la tienda que se había levantado en el exterior del Strawberry Inn, una luz dorada brillaba sobre ella, rindiendo absoluto tributo al tono bronce profundo de su piel. Su cabello oscuro caía en olas decadentes, los mechones laterales anclados hacia atrás por dos cintas carmesí.



Exquisita.

Llevaba un vestido negro ajustado a la piel con un dobladillo que terminaba justo debajo de las rodillas. Un lazo rojo se ceñía alrededor de su cintura. Un lazo que se imaginó desatando con sus dientes. Los tacones de diez centímetros de color carmesí sólo aumentaban su atractivo.

Era, sin duda, la mujer más sexy del mundo. Lo sabía de hecho. Había viajado por el mundo con el ejército.

Conteniendo el aliento cuando la oscura mirada de Ryanne se encontró con la de él. Su cuerpo vibraba con el reconocimiento, y su sangre se calentaba. *Tócala...*

Ella pareció contener el aliento también, pero rápidamente volvió su atención hacia Brock, que estaba a su lado. Ryanne sonrió y saludó con la mano, y Brock le ofreció un pulgar hacia arriba.

Jude se mordió la lengua hasta que probó el sabor de su sangre. *¿Vas a fingir que no existo? Le enseñaré...*

Nada.

Todo el pueblo se había presentado a la fiesta, llenando la carpa. Luces centelleantes colgaban, intercaladas con flores de colores y farolillos de papel. Un cartel que decía: "Vamos a casarnos" había sido clavado en una estaca de la cerca blanca. Las mesas estaban instaladas en cada esquina, ofreciendo una variedad de cazuelas hechas por la lugareña favorita, Brook Lynn Dillon.

En uno de los platillos, Brook Lynn había mezclado mantequilla de maní, chocolate, plátanos y trozos de tocino. Jude se negó a probar la rareza... sólo para decidir que no se iba a marchar hasta que no tuviera la receta. Ryanne le dio un mordisco y gimió de placer.

Conozco ese gemido. Yo lo he provocado. El fuego en su sangre se reavivó.

¿Reavivarse? ¡Ja! Las llamas nunca habían muerto.

Mírame, pastelito. Quiéreme como te quiero yo a ti.

El apelativo cariñoso lo dejó atónito, pero el pensamiento lo avergonzó. Abandonó a esta mujer inmediatamente después de acostarse con ella, y luego la alejó cuando tuvo la amabilidad de ofrecerle una segunda oportunidad, ¿y ahora esperaba que ella atendiera todos sus caprichos?

Nuevamente Ryanne volvió a centrar su atención en otra parte, exactamente lo que se merecía.

¿Había pensado en él alguna vez? ¿Se arrepintió de acostarse con él?

¿Se había llevado su virginidad?



Cada vez más la pregunta lo perturbaba. Tan pronto como se convenciera de que ella había estado con otros hombres, surgirían dudas. La penetración inicial de Jude la había asustado y dolido, y había estado tan apretada, apenas capaz de darle cabida en su interior.

¿Quería ser su primera vez?

Ni siquiera un poquito, pensó, aunque una sensación de posesividad lo agarró por el cuello y le provocó un innegable estrangulamiento.

Ella es mía. Nadie más puede tocar lo que es mío.

Si él hubiera tomado su virginidad y la hubiera abandonado después...

Era la hija de alguien. Si sus hijas hubieran vivido, y un hombre las hubiera tratado tan mal, Jude habría estado matando enfurecido.

Deberían dispararme.

No, debería disculparme. Debería tirar de Ryanne a sus brazos y llevarla a una habitación de la posada.

El sudor le perlaba la frente y le hacía cosquillas sobre la columna vertebral.

¿Qué diría Constance sobre el hombre en el que se había convertido? Un hombre que trataba a su amante como si fuera desechable, sin importancia. Un hombre que temía tanto dejar embarazada a otra mujer que le pagó a un médico para que le cortara los testículos.

—Mirando fijamente como un obseso—, dijo Brock, poniendo una taza de limonada de fresa en la mano de Jude. —Eso no es cool¹¹, amigo.

—Nunca me importó ser cool, —vació la mitad de la copa, la frialdad de la bebida registrándose más que su dulzura, calmando su garganta seca... pero no por mucho tiempo.

Un hombre alto se acercó a Ryanne. Exudaba el tipo de arrogancia que se suele encontrar en Wall Street. Jude apretó su vaso, arrugando el plástico.

Sonriendo con su habitual coqueteo, Ryanne estrechó la mano de Wall Street.

La rabia ardía dentro de Jude, expulsando toda otra emoción, sin dejar espacio para la culpa, el remordimiento o la ternura. Claramente, ella se había tomado sus palabras muy en serio. Sexo sin compromiso. Sólo una vez. Era libre de embelesar a cualquier otro hombre que deseara.

¹¹ Cool significa genial, en español guay, cojonudo.



—Bien. Veo que te has dado cuenta de que alguien está haciendo un movimiento para acercarse a tu chica—, dijo Brock.

—Ella no es mi chica. —*Créelo. Acéptalo.* —Ella es mi jefa.

Wall Street no había ido al bar desde que Jude empezó a trabajar allí. Si alguna vez se dejaba ver, se iría con un ojo morado y la nariz rota.

Su cabello oscuro estaba cortado y peinado a la perfección, y su cara afeitada. El traje que llevaba no tenía arrugas mientras que la camisa de Jude había visto mejores días... varios años atrás. Sin duda Wall Street tenía sus dos piernas, y podía hacer el amor con una mujer mientras permanecía de pie.

—¿Sabes qué es triste? —Los ojos verde pálidos de Brock se mostraron recelosos al confiscar la bebida de Jude. —Soy un desastre total, es todo lo que tengo a mi favor, y sin embargo me has convertido en la voz de la razón. Eso duele, hombre.

La culpa estalló. Había preocupado a su amigo. —No es cierto. —Brock tenía una insensatez del tamaño de Texas gracias a un fideicomiso dejado por su abuelo, y un corazón de oro macizo. —Tu problema es tu cremallera. Está abierta al público 24/7. La pequeña está cansada y necesita unas vacaciones.

Sonriendo con una sonrisa genuina, Brock le sacó el dedo corazón.

Daniel y su padre, Virgil Porter, se alejaron de la multitud para unirse a ellos. Por las fotos, Jude sabía que Virgil había sido una vez tan alto y tan fuerte como su hijo. Hoy, no tanto. La edad había dejado su huella. Sus hombros estaban caídos, sus huesos frágiles. Había perdido mucho pelo y tenía más arrugas que un vestido de graduación descartado.

La mayoría de los días, Virgil era más gruñón que Jude. Pero debajo de su bravuconería había un profundo amor por su hijo, por su pueblo y, en realidad, por todos los que conocía. Lo que golpeó a Jude como una rareza era que Virgil perdió a su esposa en un accidente hace años y había luchado por recuperarse.

¿Era incluso posible la recuperación?

Virgil le dio una palmadita en el hombro y le dijo: —Vine a decirte que estás mirando a nuestra dulce y pequeña Ryanne Wade como un asesino en serie mira a su siguiente víctima. ¿Estás pensando en encerrarla en tu sótano, muchacho? ¿Tal vez no vistiendo más que su piel?

—Te lo dije—, murmuró Brock.

—No, señor, no estoy pensando hacer algo así. —Su mirada volvió a Ryanne, sin ninguna prohibición.



Wall Street le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo metió detrás de la oreja, lanzando nueva leña al fuego de la rabia de Jude.

Ryanne dio un paso atrás, al menos, deteniendo la siguiente caricia del tipo. ¿Lo que no hizo? Marcharse.

¿Quién era el hombre? Además de un hombre muerto. ¿Qué hacía él aquí?

Maldita sea, Ryanne debería ser más lista y no confiar en un recién llegado. ¿Y si este trabajaba para Dushku?

—Un pequeño consejo de un anciano—, dijo Virgil con un suspiro. —Lucha por lo que quieres, mientras puedas. Si no lo haces, algún otro ganará tu premio y no tendrás derecho a quejarte.

El viejo no lo entendía. Nadie lo hacía. Ni siquiera Jude.

Quería a Ryanne, pero en el momento en que la tuviera, una culpa renovada lo arrasaría. Una culpa *peor*, porque él ya había estado allí, ya había hecho eso, y debería ser más inteligente. Acabaría hiriéndola de nuevo.

—Papá me dio el mismo consejo—, dijo Daniel, —y si le hubiera hecho caso, me habría quedado con Thea mucho antes. Hubiera sido *feliz* mucho antes.

Jude no creía que fuese capaz de reconocer la felicidad aunque le pateara las pelotas.

—Lo siento, chicos, pero tengo que irme. Me está llamando mi damisela en apuros. —Un ansioso Daniel se apresuró para unirse a Dorothea, quien había sido acorralada por el club de lectura de su madre. Las viejas cacatúas amaban las novelas románticas, y no dudaban en preguntarles a todos en el pueblo sobre sus posiciones sexuales preferidas.

Sí. Una vez le preguntaron a Jude si alguna vez había probado “esa cosa del S y M”. Casi saltó delante de un autobús, felizmente dispuesto, mientras se escapaba.

Su mirada regresó a Ryanne. Aún con Wall Street, sus dedos jugando con el lazo alrededor de su cintura. Un lazo resaltando lo plano que era su estómago.

El condón. Se rompió. Maldición, sabía que el agua sería un problema. Lo sabía, pero de todos modos había seguido adelante, sin sentido por el deseo y la desesperación de tener a la mujer antes de que ella cambiara de opinión.

El momento no es oportuno, ¿verdad?

Sólo si quieres decir que estoy ovulando ahora mismo.



Ryanne tomaba la píldora, no se había saltado ni una sola dosis. No había necesidad de preocuparse.

Así que, ¿por qué demonios seguía preocupándose?

—Estará viajando por el mundo pronto. —Brock terminó la limonada de fresa. —¿Por qué no disfrutar de ella mientras puedas?

—Porque. Sólo porque, —dijo. Pero la idea... tenía mérito. *Disfruta de ella antes de su viaje. Di adiós cuando se vaya. Continúa con tu vida.*

—¿Quieres saber un secreto, hijo? —Virgil le guiñó un ojo. —El amor es la respuesta a todos los problemas del planeta, incluso el tuyo.

En su momento, Jude habría estado de acuerdo con él. Entonces su familia murió y su gran amor por ellas no los había traído de vuelta. El amor le había fallado. —No estoy interesado en enamorarme de nuevo.

Virgil sonrió con una sonrisa triste, su mirada lejana. —Estuve casado con mi Bonnie por más de veinte años, y fueron los mejores años de mi vida. Cuando ella murió... —Su barbilla tembló. —La he llorado todos los días desde entonces. Me ha dolido. Me han dolido tantas noches que sólo podía sollozar contra mi almohada. Pero incluso si hubiera conocido nuestro fin, no habría evitado nuestro comienzo. Me habría casado con ella a pesar de todo. Tengo el presentimiento de que dirías lo mismo respecto a tu esposa.

Mientras el peso de las palabras del anciano calaba en Jude, él se tambaleó hacia atrás. Cada músculo de su cuerpo se tensó. Si hubiera sabido lo que le pasaría a Constance y a las niñas, si hubiera sabido su terrible destino y el suyo propio, ¿le habría dado la espalda al amor para evitar la pérdida?

No. Absolutamente no. ¿Verdad? No había conocido la verdadera alegría hasta que tuvo a Constance y a las chicas. Pero claro, no había conocido el verdadero dolor hasta su muerte, y ahora era una cáscara vacía sin nada que ofrecer a nadie más.

—¡Corre! Edna Mills se dirige hacia aquí. A la mujer le gusta darme un pellizco a hurtadillas en el trasero. No soy un trozo de carne, ya sabes. Tengo cerebro, y no está en mis pantalones. —Virgil se apresuró tan rápido como sus pies artríticos le permitían.

La mirada de Brock siguió al viejo hasta un árbol ensombrecido. —Qué no daría por tener un padre así.

Tan cierto. Pero, ¿por qué no podía responder a la pregunta de Virgil con un simple sí o no? Jude amaba a su amor y a sus pequeñas dulces, pero haría cualquier cosa para experimentar un poco de paz. La paz que no pudo tener, a causa de su pérdida. Sin embargo, tampoco podía imaginar vivir su vida sin sus recuerdos de Hailey y Bailey sonriéndole cada vez que regresaba de una misión.



Escuchó la risa de Ryanne a lo lejos, y su mirada se abalanzó hacia ella, y se entornó. Wall Street estaba en el proceso de teclear algo en el celular de ella. ¿Su número?

Cojeando más pronunciadamente de lo habitual, Jude se acercó a la pareja. Qué haría cuando llegase junto a ello, no tenía ni idea.

—Ese es mi chico—, exclamó su amigo.

Mirando a Wall Street, espetó: —Me gustaría hablar contigo en privado, Wade.

Como un gatito, Wall Street palideció y se echó hacia atrás.

—Hola, Jude—, dijo con una sonrisa. No la sonrisa cálida y acogedora que estaba acostumbrado a ver, sino un facsímil, y lo destripó. —Este es Glen Baker. Fuimos juntos a la secundaria...

—No importa—, la interrumpió. Aparentemente, la cruda posesividad lo había despojado de su revestimiento civilizado y su estricta disciplina militar. —Vayamos adentro. Sólo tú y yo.

Wall Street palideció. —Yo, uh, creó que estoy viendo a alguien que conozco. Debería saludarlo. —Le devolvió el celular a Ryanne.

Ella miró la pantalla, frunció el ceño y agarró al brazo del que pronto sería hombre muerto. —Sólo hay seis números aquí. ¿Cuál es el séptimo?

Sip. El bastardo había estado escribiendo su número de teléfono.

Mirando entre ellos, Wall Street se estremeció. —No sabía que estabas saliendo con alguien.

—No lo estoy. Jude es mi empleado, sin derecho a roce. —Hacia Jude ella vocalizó: *Vete*. Incluso hizo un movimiento para ahuyentarlo con su mano libre.

Se pasó la lengua por encima de sus dientes y se acercó a ella.

Ahora rígida como una tabla, ofreció su teléfono a Wall Street. —El séptimo número, por favor. Y recuerda los modales que te enseñó tu madre. Es grosero hacer esperar a una dama.

Wall Street alargó su brazo para aceptarlo.

Esta vez *Jude* agarró su brazo, apretando lo suficientemente fuerte como para dejarle un moratón. —Hazte un favor. Lárgate. Ahora.

—Claro, claro, claro. Me voy de aquí. —Liberándose, Wall Street corrió despavorido.

Jude expulsó un suspiro de alivio... sólo para darse cuenta de que esto podía suceder una y otra vez. Ryanne era libre de coquetear, llamar,



salir, besar o acostarse con quien quisiera. La próxima vez puede que no estuviera cerca. O, si lo estaba, podría terminar en prisión.

Toca lo que es mío y muere.

Sólo había una forma de no ir a la cárcel. Una relación a corto plazo con Ryanne, como Brock sugirió. Tomaría lo que pudiera, mientras pudiera.

Él y Ryanne podrían estar juntos todas las noches antes de que ella se fuera a Roma. Un par de meses de gloriosa satisfacción sexual. Gloriosa satisfacción sexual *en exclusiva*.

Por mucho que hubiera sufrido en la vida, se había ganado el derecho a deleitarse con la mujer que lo tentaba como ninguna otra.

Se sentiría culpable, sí, pero esa culpabilidad tendría una fecha de caducidad. ¿La única otra opción? Largarse y vivir con pesar a largo plazo.

Ryanne lo fulminó con la mirada, su pecho alzándose y hundiéndose en rápida sucesión. —No tenías derecho, Laurent. ¡Absolutamente ningún derecho!

No le gustaba *nada* que ella se refiriera a él por su apellido.

¿Había arruinado sus posibilidades con ella? Tal vez. Probablemente. Pero se había enfrentado a peores probabilidades y había ganado.

Primero, le debía un cumplido. —Tú estás... —Su mirada vagó sobre ella, su sangre calentándose. —*Espectacular*. Te miro y tengo hambre. Como he demostrado, no puedo mantenerme alejado.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras lo estudiaban. Las corrientes eléctricas descendían por su columna vertebral, y el resto del mundo se desvaneció. Eran las únicas dos personas en el mundo.

Él susurró, —Te quiero, Ryanne. Aquí, ahora. Planeo tomarme mi tiempo, saborear cada centímetro de ti.

Sus pupilas se expandieron, un mar de medianoche, y sus párpados se volvieron pesados. Los temblores la sacudieron, alentando la esperanza de Jude. —¿Qué pasó con lo de una vez y sólo una?

—Un error. Me gustaría tener la oportunidad de hacer que te corras una y otra vez—, se inclinó, besó la base de su cuello, la punta de su lengua rozando la ferocidad de su pulso. —No he terminado contigo. ¿Has terminado conmigo?

—Yo no... No puedo... ¡Ah! Eres como un erizo en mi silla de montar, ¿lo sabes?

A medida que las conversaciones cesaban y múltiples ojos se concentraban en ellos, el mundo volvió a aparecer en escena. La vida en un



pueblo pequeño. Todos pensaban que merecían conocer los asuntos de los demás.

—Estamos atrayendo audiencia. Vamos. —Jude tomó su mano y la condujo a través de la multitud.

Sin protestas, sin tentativas de liberarse. Su esperanza siguió aumentando.

Dentro de la posada, él fue en línea recta hacia recepción, donde Holly Mathis, la hermana menor de Dorothea, estaba sentada.

Al verle, la adolescente dejó el teléfono y cruzó los brazos sobre su pecho. Ella siempre hacía todo lo posible para destacar, y hoy no era diferente. Llevaba un corsé rojo y una falda con volantes negros. Sus medias rosas de neón estaban rasgadas, la parte superior de sus botas de combate deshilachadas.

Ryanne le preguntó a la chica: —¿Por qué no estás celebrando las próximas nupcias de tu hermana?

—¿Por qué no te preocupas de tus asuntos? —Holly hizo estallar una pompa con su chicle.

Ryanne sonrió con toda la dulzura de una serpiente de cascabel. —¿Qué tal si le cuento a Dorothea la vez que tú y tus amigos vinieron al Scratching Post y...?

—Vale—, Holly se apresuró a añadir. —Estoy castigada. Un chico me tiró del sostén y yo le rompí la nariz. Dorothea me felicitó, pero mamá todavía no entiende el concepto de acoso sexual y las consecuencias. Así que, perdedores, ¿por qué no están celebrando las próximas nupcias?

—Queremos una habitación—, dijo Jude. —Por favor y gracias. Y, ¿notaste lo que hice? Usé mis modales como un niño grande. Deberías intentarlo alguna vez.

Pop. —¿Vais a follar? Porque a partir de este segundo ofrecemos tarifas por hora. Una hora tiene el doble del costo que una noche entera, porque viene con mi silencio.

Él... no tenía ni idea de cómo responder a eso.

—Dependiendo de cómo vaya la conversación una vez que estemos en la habitación—, dijo Ryanne, —esto podría ser una situación de asesinato a sangre fría.

—En ese caso. —Holly le tiró una llave a Jude. —La habitación es gratuita. La prensa nos vendría bien. Pero trata de no manchar el edredón con sangre, ¿de acuerdo?



Jude puso los ojos en blanco y se puso en movimiento. Gracias a Daniel, la posada había sufrido una completa transformación. Se acabaron las alfombras rosadas raídas, el papel pintado pelado con fresas descoloridas que parecían testículos, y las encimeras laminadas. Cada mueble -desde los sofás arañosos y manchados, hasta las sillas y mesas de café- habían sido pulidas o tapizadas.

Lámparas de araña elaboradas con cristales de rubí y esmeralda con forma de fresas silvestres colgando. Varias paredes habían sido pintadas con diferentes tonos de beige, y los pisos eran de madera maciza. Los mostradores ahora se jactaban de mármol veteado en dorado.

Las habitaciones estaban siendo renovadas y decoradas con temas. Bueno, la mayoría de las habitaciones. La que Holly les había dado no había empezado su transformación. Al menos había sido limpiada con esmero, y había una cama...

Jude giró la cerradura de la puerta, sonó un *click* siniestro.

—Muy bien—, dijo Ryanne, y suspiró. —Terminemos con esta conversación para poder seguir mi camino.

Se giró y la recorrió con la mirada, lentamente, demorándose en todos los lugares que planeaba tocar.

—Jude. —Cruzó los brazos sobre sus senos, cubriendo los picos que ya estaban endureciéndose. —Te das cuenta de que me estás follando con la mirada, ¿verdad?

—Sí. Pero no puedo mirarte de otra manera.

Ella empezó a ablandarse, luego frunció el ceño. —De acuerdo, lo entiendo. Estás cachondo y quieres tener sexo. Pero, ¿por qué yo, la chica a la que has ignorado repetidamente?

—No te he ignorado. No puedo. Entrás en una habitación y mi mirada te encuentra. Tú te vas, y todo lo que quiero hacer es seguirte. Tú respiras, y mi cuerpo *duele*.

Un jadeo. —Yo... Tú...

La he dejado sin palabras. No debería sonreír.

¿Qué demonios...? ¿Quiero sonreír?

—Quiero tener sexo contigo una segunda, tercera y cuarta vez—, dijo. —En realidad, quiero perder la cuenta, y no quiero parar hasta que te vayas a Roma.

Su boca se abrió y se cerró de golpe. —¿Así que tú serías mi novio temporal?

Un novio era un marido sin vínculos legales.



Su piel ardía demasiado caliente mientras su sangre se precipitó fría, y un sudor pegajoso se formó sobre su frente. —No hay necesidad de etiquetas.

—¿Así que esto sería una aventura de una sola noche de dos meses de duración? ¿Seríamos amigos con derecho a roce?

Asintió: *sí*. Ahora era él quien no tenía palabras.

A Ryanne se le puso la piel de gallina en los brazos. Pasó un minuto. Dos. Se lamió los labios, abanicando las llamas del deseo de Jude. —Antes de que siquiera pienses en llegar a un acuerdo, tendríamos que aclarar algunas cosas.

La euforia se le subió a la cabeza junto con el miedo. Si ella tenía condiciones, él no estaba fuera del juego. Pero el compromiso lo aterrorizaba. ¿Enamorarse o incluso gustarle una mujer, sólo para perderla? Nunca más.

El deseo eclipsó tanto a la euforia como al miedo.

Asintió: *continúa*.

—La última vez, me trataste terriblemente después del sexo.

La culpa se hizo sentir, y finalmente encontró su voz. —Tienes razón, Wade. Fui un imbécil. Intentaré hacerlo mejor esta vez.

—Wade otra vez—, murmuró.

¿Odiaba el uso de su apellido tanto como él? —Ryanne. Pastelito.

Se ablandó. Otro minuto pasó en silencio, éste espeso y tenso. Mirando fijamente sus zapatos, jugó con el cinturón alrededor de su cintura. Mordiéndose el labio inferior.

Cuando acto seguido lo enfrentó, sus ojos se entrecerraron, la larga longitud de sus pestañas se unieron como piezas de rompecabezas. —No estoy segura de que entiendas lo profundamente que me heriste. Te di mi... —Sus mejillas se sonrojaron con un vibrante tono de rosa. —Cuerpo. Te di mi cuerpo, y tú...

—Espera. Detente por un segundo. —Las sospechas volvieron a bailar a través de su cabeza, y sus tripas se revolviéron. ¿Por qué había hecho una pausa? Sólo una razón tenía sentido. Para evitar decir *mi virginidad*. —¿Fue nuestra primera vez tu primera vez? —preguntó a quemarropa.

El color en sus mejillas se hizo más profundo y se extendió. —¿Qué importa?

Oh, mierda. ¡Mierda! Respirar se convirtió en una imposibilidad. Responder a una pregunta con otra pregunta decía mucho. —Importa. Así que dime la verdad. ¿Fue nuestra primera vez, tu primera vez?



—¿Por qué importa?

—Porque.

—¿Porque por qué?

¡Maldita sea! —Porque no deberías haber regalado tu virginidad a un hombre roto.

Ella palideció, sus brazos cayendo a ambos lados. —¿Por qué sigues diciendo de ti mismo que estás roto?

—Y una vez más no respondiste a mi pregunta. Dime la verdad, Ryanne.

Alzó la barbilla. —Al entregarme a ti, nos regalé a *ambos* un *orgasmo*. Deja de ser codicioso, pidiendo más.

Sintiéndose como si se estuviese ahogando, tiró de su corbata para aflojar el nudo. —Descubriré la verdad de una forma u otra. Incluso si tengo que empezar a preguntarle a la buena gente de Strawberry Valley sobre tu historial de citas.

—¡No lo harías!

—Oh, sí, lo haría.

—Bien. —Su barbilla se alzó un poco más. —Ten coraje, Laurent, porque ciertamente no le di mi virginidad a un hombre roto.

Empezó a suspirar aliviado... aliviado emparejado con... seguramente no. Seguramente no estaba decepcionado.

Luego añadió: —Te di mi virginidad a *tí*. Un guerrero. Un protector. Un hombre que me hizo sentir a salvo y sexy, que corrió para ayudarme cuando más lo necesitaba.

Jude se tambaleó hacia atrás, abrumado por una ola de conmoción, ira, más culpa. *Mucha* más culpa. Más miedo y posesividad. Incluso... euforia.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó.

—Temía que te detuvieras. —Como el retrato del resentimiento femenino, ella ancló las manos en sus caderas. —Pero no te sientas especial. Si no fuera por una avalancha de problemas de confianza, podría tener mil amantes en mi pasado.

¿Se *habría* detenido Jude si hubiera sabido la verdad?

No había necesidad de parar a pensarlo. No, nada lo habría detenido. —¿Por qué confiaste en mí?

—Un momento de locura.



Difícilmente. —¿Por qué? Dímelo.

Ella resolló y resopló con indignación, pero dijo: —Antes de conocerte, ya había trabajado con la mayoría de mis problemas. Había encontrado un diario que había escrito Earl, y su amor por su primera esposa... bueno, me lo recordaste.

Gracias a Dios por Earl.

Jude le pasó la mano por la cara. —Siento haberte lastimado. Lo *haré* mejor esta vez.

—Quiero creerte, de verdad, pero...

—Pero—, dijo él, gentil ahora.

—No voy a cometer el mismo error dos veces.

Necesitaba tocarla, anhelando una conexión, se acercó a ella. —Estar conmigo no tiene por qué ser un error.

Ella tragó y retrocedió. —Tal vez sí, tal vez no. Tengo preguntas.

—Pregunta. Rápido. —Empujó su peso sobre sus talones, encontrando de alguna manera la fuerza para permanecer en su lugar. —El tiempo no está de nuestro lado.

Su lengua se deslizó sobre su labio inferior, dejando un brillo de humedad. —Mencionaste que querías estar conmigo todas las noches antes de que me vaya a Roma, que seremos amigos con derecho a roce.

—No escucho una pregunta.

—¿Somos amigos? Antes dijiste...

—Sé lo que dije. —Yyyyyy permanecer quieto dejó de ser una opción. Se movió para posicionarse justo delante de ella, sólo a un susurro de distancia, el olor a fresas y crema intensificándose. —Nunca te mentiré, y te protegeré a ti y a los tuyos. Cuando necesites ayuda, lo dejaré todo. *Somos* amigos.

Cerró los ojos, inhaló hondo. Mientras exhalaba, se enfrentó a él, su iris exquisitamente anublado. —Última pregunta. ¿Me abrazarás después?

Su significado se cristalizó, y una lenta sonrisa floreció. —Sí, lo haré. —Con mucho gusto.

—Bien. Ahora quítate la ropa.



CAPÍTULO TRECE

Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Alhana

EL DESEO CONSUMÍA A RYANNE. Se había puesto cachonda en el momento en que Jude se acercó a ella. Oh, ella había intentado aguantarse. Sucumbir por segunda vez a la áspera atracción del hombre podría significar una cosa: problemas. Incluso había intentado seguir adelante y coquetear con otro hombre.

Glen la había hecho reír, así que, ¿qué mejor candidato? Excepto que él no la había hecho arder.

Con Jude, se quemaba.

Así que él se había hecho el duro por un tiempo. ¿Y qué más da? Ryanne era una de las únicas dos mujeres capaces de destruir su férreo control. Lo admitiera o no, ella era especial para él.

El hecho de que le acabara de ofrecer una prolongada odisea sexual... glaseado sobre un pastel. ¿Cómo podría alejarlo?

—No te veo desnudándote—, dijo.

Jude se quitó la corbata, se detuvo, y luego dio un paso atrás. —La ropa se queda puesta hasta que contestes a mis preguntas.

No, no, no, no, vaquero. No vas a estar a cargo.

Desesperada por él, abrió la parte superior de su vestido, dejando que el material cayera justo por debajo de las copas de su sostén. —Adelante. Pregunta. Mientras tanto, yo estaré aquí poniéndome más cómoda.

Sus manos se cerraron en puños a ambos lados, y ella tuvo que contener la risa. —Entiendes que somos cien por ciento exclusivos, ¿verdad?

—Intenta verte con otra chica. Verás lo que pasa.

La satisfacción alivió la cicatriz que se ramificaba a través de su boca, convirtiendo su permanente ceño en otra casi-sonrisa. —Necesito oírte decir las palabras. —Imitándola, él dijo: —No, Jude, no saldré con otros hombres. O miraré a otros hombres. O respiraré el mismo aire que otros hombres.

Tonto, hombre sexy. —Jude, para mí no existe ningún otro hombre. ¿Contento ahora?



—Aún no, pero me estoy acercando. —Pareció prepararse para lo que venía después. —Ese tipo, Glen. ¿Estabas interesada en él? ¿Te arrepentirás de no salir con él?

¿Cómo responder sin arruinar el momento? —Glen perdió su trabajo en la ciudad, así que se regresó a Strawberry Valley para quedarse con sus padres. Primero, me pidió trabajo. Le dije que no teníamos ninguna vacante, y me dijo que se alegraba porque prefería salir conmigo que trabajar para mí. —¡Mierda! Estaba balbuceando. *Sigue adelante con eso.* —Le dije que me llamara, y resolveríamos los detalles. Quería olvidarme de ti.

Su bajo gruñido... ¿de celos? La emocionó. —¿Quieres olvidarme ahora?

—Sólo quiero estar contigo.

Un destello de diversión en sus ojos. —Glen no es suficientemente bueno para ti. Pero claro, yo tampoco. —Él la alcanzó, cada fibra de ella incendiándose. Luego le arrebató el móvil de la mano.

—¡Hey! —Incluso mientras su corazón golpeaba contra sus costillas, sus cejas se juntaron con confusión mientras él entraba su contraseña, una serie de números que nunca había compartido con él, y tecleaba.

No, borró el número incompleto de Glen. Sus ojos azul marino la desafiaron a que protestara mientras él le devolvía el teléfono.

¿Protestar? Por favor. Sus huesos amenazaban con derretirse.

—A menudo me has pedido cumplidos—, arrastró sus nudillos por el centro de su pecho, poniéndole la piel de gallina. —Hoy espero ser seducido por ti.

El aire se espesó, repentinamente cargado de electricidad. El olor familiar de él, ron con especias y magia negra, la tentó. —Oh, vaquero, seamos honestos. Respiro, y ya estás seducido.

—No estás equivocada. Pero quiero más—, él se pasó una mano por la larga y dura longitud de su erección, la cual ya no podía ocultarse bajo sus pantalones. —Contigo, siempre quiero más.

*Precioso**. —Entonces tendrás más. —Con un empujoncito, ella lo hizo caer sobre la cama. Guerrero como era, podría haber permanecido de pie si lo hubiera querido. Amante como era, no lo había hecho.

Mientras ella retrocedía alejándose de él, la luz del sol derramándose a través de una grieta entre las cortinas, iluminándolo, creando un halo a su alrededor. Sacerdote, lo habían llamado una vez. Ahora mismo, parecía más bien un ángel. O un ángel *caído*...

—Ven aquí—, dijo con voz áspera, mirándola fijamente con obsesión inquebrantable.



Me encanta observar cómo me mira este hombre. —Lo siento. Estoy ocupada seduciéndote.

La lujuria brillaba en sus ojos. —Puedes darme un baile erótico sobre mi regazo. De hecho, insisto en ello. *Tengo* que ponerte las manos encima.

—Oh, tendrás tu baile erótico sobre tu regazo. Tal vez. *Si* eres apropiadamente agradecido mientras realizo mi primer striptease—, le habían dicho a Ryanne que bailaba como los hombres querían follar: con absoluto abandono. ¿Por qué no darle a sus habilidades un buen uso?

La posesividad y la exquisita tensión emanaban de él. —Me estás regalando todas tus primeras veces.

—¿Te estás quejando?

—*Nunca.*

Escondiendo una sonrisa, abrió la aplicación iTunes en su teléfono y encendió su lista de reproducción favorita. Cada centímetro de su cuerpo le dolía mientras el hard rock llenaba el aire. Sus puntos de pulso palpitaron en sincronía ante el ritmo sinuoso mientras colocaba el móvil en el escritorio.

En el extremo opuesto al de su cautiva audiencia de una sola persona, se quitó el cinturón y se meneó para sacarse el vestido, y luego pateó la prenda a un lado. Llevando un sujetador negro y un conjunto de bragas a juego, así como un par de tacones rojos altos, ella comenzó a rodar sus caderas. Con las manos en el pelo... luego deslizándolas por sus costados, sobre los globos de su trasero.

—Ryanne. —El tormento en el tono de Jude hizo que sus rodillas temblaran. —Pastelito.

¡Ese apelativo cariñoso! Sabiendo cuán importantes eran los nombres para él, cómo significaban algo a un nivel profundo y personal, lo hacía aún más dulce.

Mi hombre se merece una recompensa. Ella agarró el borde del escritorio y se agachó, con el culo en pompa, y luego enderezándose mientras se ondulaba lentamente. Después de un rápido giro, colocó uno de sus tacones rojos en la silla delante del escritorio, y deslizó la liga descendiendo por su muslo. Una liga que lanzo de una patada hacia Jude.

Con unos reflejos bien afinados, atrapó el pequeño trozo de material sin apartar la mirada de ella en ningún momento.

—¿Estás ya seducido? Se agarró los pechos antes de deslizar sus manos sobre la curva de su cintura... entre sus piernas, donde le dolía.

Él agarró las sábanas con los nudillo blancos. —Ven aquí—, repitió.



Sí, sí, sí. Necesito sus manos sobre mí. Necesito mis manos sobre él. Temblorosa, cruzó temblando la habitación para quedar parada delante de su hombre.

Su hombre temporal. *Nunca lo olvides.*

El desasosiego la aguijoneó. *¿Me he preparado para que me rompan el corazón?* Entonces su embriagador olor la envolvió de nuevo, y su cabeza se empañó. Este hombre era sexo y dulzura, y pronto, ella lo devoraría.

Se había preparado para el *placer*.

Después de posar sus manos sobre los muslos de Jude, ella separó sus musculosas piernas. Meciendo la cadera, girando. Cuando ella se enfrentó a él, se levantó para presionar sus pechos contra su cara, dureza contra suavidad. Mientras la boca de él descendía, ella retrocedió... se presionó, retrocedió, no permitiéndole en ningún momento chupar sus pezones a través de su sostén.

Ryanne se inclinó, le mordisqueó el lóbulo de la oreja. —Todos en la fiesta saben lo que estamos haciendo aquí. *¿Estás escandalizado?*

Sus músculos se apretaron bajo sus manos mientras él admitía entre cortadamente: —Me tienes cogido por las pelotas.

—Oh, vaquero. No te tengo cogido por las pelotas. —Con el corazón aporreando, ella extendió su mano hacia su entrepierna, agarró el pesado paquete de sus testículos. —Todavía no.

Su gruñido rasgado acarició sus oídos. —Señor, ayúdame cuando puedas.

Ella sonrió con su sonrisa más astuta. —Debo ser la envidia de todas las mujeres del pueblo. Recuerdo lo ardiente, duro y grande que eres.

—También recuerdo cada centímetro de tu cuerpo. La forma en que me enguantaste. Eres el premio que todo hombre anhela ganar.

Este hombre... oh, este hombre.

Los temblores se intensificaron, ella desabrochó su sostén. El material cayó, y se quitó las bragas, dejando su cuerpo desnudo ante su mirada al fin.

Una respiración tensa se le escapó, y agarró el edredón en su puño. *¿Para evitar alcanzarla con su mano?* —No hay mujer más perfecta.

Para ti, sólo para ti.

—Te he enseñado lo mío. —Ella desabrochó el botón superior de la camisa de Jude, los músculos de sus pectorales saltando para encontrarse con su toque. —Ahora enséñame lo tuyo.



—Prefiero degustar el tuyo. —Él agarró sus caderas y las hizo girar, tirándola sobre el colchón. Un segundo más tarde, se cernía sobre ella, un mechón de pelo dorado cayendo sobre su frente. Si no fuera por el deseo perverso que oscurecía sus ojos, habría tenido un aspecto infantil.

—Jude. —Ella le enmarcó la cara. —Sí. Pruébame. Serás el primero...

Con un gemido, reclamó su boca en un beso devastador. Sus lenguas se *aparearon*, empujando a lo unísono, imitando el ritmo erótico del sexo. El vientre de Ryanne tembló. Su sangre se calentó, enrojeciendo su piel. Sus pezones se arrugaron contra el tórax de Jude, y ella maldijo su camisa, deseando un contacto piel con piel, hombre contra mujer. Jude contra Ryanne.

—No puedo tener suficiente de ti. —Permaneciendo completamente vestido, se abrió paso a besos y lametones hacia sus pechos. Mientras agarraba y amasaba su tierna carne, le azotó los pezones con la lengua.

Las caderas de Ryanne se arqueaban, su sexo buscando la dura longitud de su erección. Cuando él se movió, ¡maldita sea! ella se frotó contra su cadera en cambio. No importa. Presión, cualquier presión, sólo la avivaba más alto, dando la bienvenida a una mezcla de felicidad y agonía.

La música se desvaneció, una nueva canción saliendo de su teléfono. Una balada suave y romántica esta vez. Jude nunca cambió su ritmo, ahora fuera de sincronía con la melodía. Ryanne estaba contenta. Él tocaba su cuerpo como si el mundo fuera a terminar pronto, y la desarmonía la emocionó.

Ella se retorció expectante mientras él besaba su camino hacia su ombligo. Su lengua se adentró en su interior, luego se detuvo para mirarla a través del grueso abanico de sus pestañas; sus iris eran eléctricos, ya no azul marino sino cristalinos.

—Antes de que nos separemos, voy a tomarte de todas las maneras que un hombre puede tomar a una mujer.

—Sí. —*Por favor.*



JUDE SE EMBEBIÓ DEL erótico botín que se extendía debajo de él. Hilos de seda de ébano se derramaban sobre las almohadas. Sus ojos semi-cubiertos por pesados párpados brillaban de deseo. Los labios rojos color rubí eran suaves y estaban entreabiertos, listos, todavía húmedos de su



beso. Su piel perfecta se había vuelto rosada por la pasión. Sus senos rellenos coronados con pezones color coral. Una cintura ceñida acentuaba sus caderas curvilíneas.

Ryanne Wade era la encarnación del sexo.

Él llevaba dos años y medio sin un clímax, muy raramente se había dado placer a sí mismo, y ahora no podía pasar sin ello dos semanas. De apagado a *muy* encendido. ¿Qué le hizo esta mujer a su legendario control?

Hasta este momento, no se había dado cuenta de lo completamente que se había cerrado cada vez que el dolor y la pena lo habían abrumado. O cómo se había quedado entumecido cada vez que lo habían abatido. Cómo no había sentido nada, completamente muerto por dentro, tan frío como el hielo.

Ahora me quemo, por Ryanne.

—Delicioso.

—Sí. Mmm, sí. —Ella echó sus brazos hacia atrás por encima de su cabeza, sujetando la cabecera de la cama y arqueando su espalda, ofreciéndole un sensual buffet de delicias. —Si quieres dar en vez de recibir, bueno, todos tenemos que llevar nuestra cruz.

Mientras él se reía suavemente, maravillado por haber encontrado humor en medio de una situación tan tensa, o en cualquier situación, la calidez de su aliento acarició el estómago de Ryanne y una nueva oleada de piel de gallina cubrió la superficie de su piel. *Tan maravillosamente sensible.* Lamió una vez, luego otra, bajando y bajando, llegando finalmente al ápice entre sus muslos, donde el cielo lo aguardaba...

Mientras empujaba sus piernas con los hombros para separarlos, su erección se tensó contra su bragueta, palpitando insistentemente. La belleza personificada lo saludó: rosado, mojado e hinchado de deseo. Su control estaba resquebrajándose por los bordes, listo para romperse en cualquier momento, pero aun así miró la cara de Ryanne mientras introducía un dedo en su núcleo.

Los ojos de ella estaban cerrados, sus perfectos dientes blancos mordiendo su labio inferior. *Tan magníficamente receptiva.* La elegante línea de su espalda se arqueó, sus caderas convulsionándose. Al mismo tiempo, sus paredes internas se apretaban alrededor de su dedo, como para mantenerlo cautivo.

—¡Jude! Por favor... ¡más! —Sólo Ryanne podía convertir una súplica en una orden. —Voy a correrme. *Necesitoooo...*

En su siguiente bombeo, introdujo un segundo dedo en sus profundidades derretidas, y sus palabras terminaron con un gemido.



¡Demonios! El aire de sus pulmones se vaporizó, respirar se volvió una tarea casi imposible. —Estás tan mojada para mí, tan increíblemente apretada.

—Voy a... tan cerca...

—¿Debería renunciar a los preliminares esta vez, también? ¿Debería deslizar mi longitud dentro de ti?

—Sí. ¡Dámelo!

—¿Estás segura? —Levantó la cabeza para *laaamer* su núcleo, haciendo que su próximo “sí” terminara con un siseo. Dulce y femenina excitación recubrió su lengua, un buen vino que siempre desearía.

—Cambié de opinión—, dijo ella. —Dame los preliminares. Dame *todos* los preliminares.

Una risa murió en su boca, asesinada por un gemido de necesidad. Jude devoró a Rianne, lamiendo, mordisqueando y chupando. Hundió su polla en el colchón, desesperado por librarse de la creciente presión que había en su interior.

Ella gimió y suplicó, volviéndolo loco. Metió sus dedos dentro y fuera de ella mientras movía la lengua contra su pequeño manojito de nervios. Un calor húmedo empapaba su mano.

Palabras incoherentes salieron de su hermosa boca mientras ella se retorció contra él.

No estoy seguro de cuánto tiempo puedo aguantar...

Maldita sea, no. Aguantaría el tiempo que ella necesitara que aguantara. Fuera lo que fuera lo que tuviera que hacer, se aseguraría de que esta vez no le doliera. Cambiando de ángulo su muñeca, creó unas tijeras improvisadas con los dedos, y ella gritó, sus paredes internas apretando y aflojando instantáneamente.

La vista y el tacto de ella... los sonidos que hacía, la dulzura de su gusto...

—Estás lista para mí. —Jude se incorporó, cortando su conexión, y un gemido se escapó de ella. Sus manos mojadas con su esencia, se abrió la bragueta, empujó su ropa interior por debajo de los testículos.

Desnudarse por completo habría llevado demasiado tiempo.

Envainó su longitud en un condón, luego se zambulló, besándola. Al mismo tiempo, él se empujó dentro de ella. Una instantánea dicha y placer inundaron sus huesos, fluyendo por sus venas, reescribiendo su ADN.

Se bombeaba dentro y fuera, dentro y fuera, manteniendo un ritmo lento pero constante. Hasta que ella empezó a retorcerse. Luego se movió



más y más rápido, los muelles de la cama crujiendo y el cabecero golpeando contra la pared. Finalmente él estaba embistiéndola duramente, un hombre poseído, la dulzura ya no estaba en su pensamiento, ni siquiera como una idea tardía.

Sus afiladas uñas le arañaron la espalda, y la punzada de dolor sólo lo enloqueció aún más. Las rodillas de Ryanne le apretaban la cintura, sus tobillos entrelazados sobre la parte baja de su espalda. Eran dos mitades de un todo, enredados irrevocablemente. A pesar de su orgasmo, ella estaba tan atrapada en el momento como él, dominada por la fiebre pasional.

Frenético, Jude se rasgó la camisa por el centro. Los botones volaron en todas las direcciones, pero su pecho desnudo se presionó contra sus senos por fin. Sus pezones eran puntos duros... puntos que se rozaron contra él mientras bombeaba, bombeaba y bombeaba. La fricción era arrebatadora

—¡Jude!

Él metió su mano entre sus cuerpos, acariciándola hasta alcanzar un segundo orgasmo. Mientras sus paredes internas se atirantaban en torno a su longitud, un orgasmo *lo* atravesó, una satisfacción ardiente emanando de él como latigazos.

Ella colapsó sobre el colchón, y él se desplomó encima de ella. Cuando recuperó el aliento, se deslizó fuera de ella y rodó sobre un costado para evitar aplastarla.

—Felicidades. —Ella alzó su puño hacia el techo. —El condón ha aguantado.

—Es un milagro. —Al darse cuenta de que su prótesis estaba expuesta, tiró del recubrimiento para cubrirla antes de que ella se diera cuenta, protegiéndola también de la frialdad del metal. En un esfuerzo por sentirse cómodo, cambió de postura.

Ryanne envolvió su cuerpo sobre su torso y empujó la cubierta, apoyando su pie directamente sobre su pierna. Él se puso tenso, y luego se obligó a relajarse. Ella había visto la prótesis antes, y no parecía importarle.

Sin embargo, mientras un minuto se convertía en dos, su tensión regresó. La única mujer con la que se había acurrucado era Constance. Había sido más bajita que Ryanne, no tan curvilínea, así que ella se encajaba contra su cuerpo de forma diferente. No deberían gustarle las diferencias. Palabra clave: no debería.

No estaba seguro de querer moverse de nuevo.

Le estás dando a Ryanne todo lo que alguna vez perteneció a Constance. Guarda algo.



—No tienes que acurrucarte conmigo. Está bien. Puedes irte—, dijo ella. —No me enfadaré esta vez, lo prometo. Entiendo que esto es difícil...

—No. Un trato es un trato. Me quedo aquí. —Él simplemente necesitaba una distracción. —Vamos a hacer más que acurrucarnos. Vamos a hablar.

—De acuerdo, no quiero ser una aguafiestas mientras haces eso de *soy un hombre, escúchame ladrar*, pero estoy un poco sudorosa, y tú estás emitiendo suficiente calor como para derretir el Ártico. ¿Por qué no regresamos a la fiesta? Podemos...

—Nop. Ahora nos acurrucamos, hablamos y hacemos planes para mañana. Sugiero que nos vayamos de nuevo, y añadiré un cuarto artículo a la lista.

Ella resopló. —No tenemos tiempo para todo eso. La fiesta...

—Acurrucarse. Hablar. Planes. Luego iremos a la cocina y nos daremos de comer el uno al otro lo que sea que Dorothea tenga en la nevera. ¿Quieres protestar por tercera vez?

Ahora ella se rio a carcajadas, el sonido mágico. Toda tensión desapareció de él, dejándolo laxo, prácticamente desmadejado.

—Bien. Pero este es tu show—, dijo Ryanne, —así que tú mandas. ¿De qué quieres hablar?

No había necesidad de pensarlo. —De ti. —Su curiosidad por ella no tenía límites.

—¿De mí? —Ella le dio a su pezón una buena y larga lamida, y decidió que quedarse había sido una muy buena idea. —¿No de ti? Lo siento, vaquero, pero no te dan teta sin nada a cambio.

—Me gustan las tetas. Pero, ¿qué pasó con eso de que soy yo quien está dirigiendo este show?

—Cambié de opinión. Las mujeres tienen que lidiar con la menstruación, el embarazo, el parto y la menopausia. Tú puedes lidiar con un poco de conversación sobre tu vida.

—Bueno, los hombres tienen que lidiar con las mujeres, así que ya estamos empatados.

Ella jadeó, le cacheteó el hombro. —No acabas de decir eso.

—Lo hice, y lo mantengo. ¿A menos que quieras darme lo que quiero?



CAPÍTULO CATORCE

Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Alhana

RYANNE SE TRAGÓ OTRA RISA. Este hombre acababa de hacer temblar su mundo. Su cuerpo seguía zumbando con una satisfacción incomparable, y no estaba segura de poder volver a caminar. *¡Valía la pena, totalmente!*

Al principio, la incomodidad de Jude con la situación había sido obvia, pero él se quedó quieto e insistió en que hablaran, lo que más o menos le había hecho cosquillas en los dedos de los pies. Puede que fueran algo temporal, pero la satisfacción de ella estaba antes que la ansiedad de él. Luego Ryanne se burló de él, dándole la vuelta a la tortilla.

El afecto por él era tan suave como las nubes, y tan cierto como la lluvia en primavera. Podría enamorarse muy fuertemente de este hombre. Tendría que tener cuidado. Su futuro viaje, –viajes– dependía de su habilidad para separar el sexo de la emoción.

—Bien—, dijo finalmente, acurrucándose contra su costado. —Te daré lo que quieres. —Pero ella haría todo lo que estuviera en su mano para conseguir lo que quería en el proceso. —Pregúntame cualquier cosa. Sólo has de saber que estoy un poco decepcionada porque no hayas hecho una investigación completa de mis antecedentes, como Daniel hizo con Dorothea.

—¿Una burda invasión de tu privacidad es tu idea de un gesto romántico? Es bueno saberlo. Pero, ¿cómo sabes que *no* te he investigado?

¿Lo había hecho?

Una mujer normal estaría molesta por esa posibilidad, ¿no?

¿Cuándo he sido normal alguna vez?

Ryanne sonrió. — ¿Descubriste algo interesante?

—Soy tan poco caballeroso que te recuerdo que no puedes hacer tú las preguntas, Wade. Yo sí—, —pensativo, arrastró sus dedos, arriba y abajo, sobre las crestas de su columna vertebral, haciendo que Ryanne se estremeciera. —¿Qué significa tu tatuaje?

Miró la cerradura grabada en su muñeca. —Earl tenía un tatuaje clave para recordarle que cada decisión importa. Una sola elección puede llegar al éxito o al fracaso. Y puesto que él me mostró el verdadero significado del



amor, desbloqueando mi corazón, me hice la cerradura en su honor. Era el mejor padre que una chica podía tener.

—¿Qué hay de tu padre biológico?

—Conozco su nombre, Thomas Wade, y que es de Dallas, Texas. Él y mi madre se divorciaron mientras estaba embarazada de mí. Él le dijo que abortara o que se las arreglará por su cuenta. No le creí... al principio.

—¿Lo contactaste?

Su estómago se apretó y dijo, —Conseguí su número, y pasé los siguientes meses reuniendo valor mientras también tejía sueños sobre él.

Su agarre se intensificó, una oferta de consuelo. —La realidad puede ser mejor que la fantasía.

—O peor—, susurró. —Finalmente lo hice. Lo llamé. Él calificó a mi madre de puta, dijo que dudaba de que yo fuera suya, me dijo que no lo contactara de nuevo y colgó. —La crueldad de su rechazo la había conmovido, pero el hecho de que él no hubiera querido reconocerla como su hija le había dolido de una manera que nunca jamás hubiera imaginado posible.

—Lo siento. Si el hombre no quiere saber nada de ti, no es digno de ti. —Una pausa, entonces le preguntó suavemente: —¿Cuántos años tenías?

—¿Cuando me puse en contacto con él? Trece. —Selma estaba casada con el abusivo Sr. Scott en ese momento, y Ryanne había esperado, contra toda esperanza, que su padre biológico se precipitara al rescate.

Ahora podía rescatarse a sí misma.

La terrible maldición de Jude sonó por toda la habitación. —Las niñas necesitan a sus padres.

Oh... mierda. Tal vez no debería haber mencionado a Queridísimo Papá. ¿Acababa de recordarle a Jude las hijas que nunca más volvería a ver? Probablemente. Excepto que no había habido dolor en su voz, sólo indignación por ella.

¿Al fin había empezado a sanar?

La garganta se le secó, ella se adelantó. —Las chicas grandes necesitan a sus madres, pero la mía dejó de contactar conmigo hace unos años. Ella estaba pasando por su centésimo divorcio, y le rogué que me dejara vivir con uno de mis antiguos padrastros. Earl me ofrecía seguridad, estabilidad y una oportunidad de terminar la escuela con mis amigas mientras Selma me ofrecía un viaje en caravana por el país, y un desfile interminable de nuevos hombres que podrían ser o no repugnantes. Odiaba la idea de dejarla, pero Earl estaba enfermo y necesitaba a alguien que lo cuidara.



Jude la abrazó con fuerza de nuevo, casi dejándole cardenales. — ¿Alguno de sus hombres...?

—Una o dos veces—, admitió. Cuando él saltó fuera de la cama, como un ángel caído desaliñado decidido a hacer vigilante justicia, ella tomó su mano y se apresuró a agregar: —Aquellos que me tocaron inapropiadamente, los combatí. También se lo dije a las autoridades de aquí, en Strawberry Valley, quienes querían un registro oficial de los crímenes, para que los tipos nunca pudieran esconderse detrás de un muro de inocencia.

La mano que sostenía se cerró en un puño, pero lentamente su ángel caído volvió a la cama. —¿Tu madre continuó con esos hombres?

—No. Ella creyó mis argumentos y los abandonó en cada ocasión. —Ryanne permaneció sentada lo suficiente para tirar de sus hombros y urgirle a tumbarse a su lado.

Cuando rodó sobre su costado, enterró la cabeza en el hueco del cuello de ella y le envolvió los brazos alrededor de su cintura, como si quisiera -necesitara- cubrir su cuerpo con el de él, para protegerla de cualquier amenaza, pasada, presente o futura.

La idea la derritió... hasta que recordó que no tenían futuro.

La decepción la desoló.

No, no. No podía ser. Estaba emocionada por sus viajes. Nunca sería como su madre y nunca cambiaría sus planes y metas por un hombre. Los hombres iban y venían, pero los sueños duraban para siempre.

—Te he hablado de mis padres—, dijo ella. —Ahora es tu turno. Cuéntame... —¿Qué? Probablemente debería empezar con algo fácil, así él no tendría motivos para protestar, y podría rápidamente acostumbrarse a compartir su vida con ella. —¿Cuál es tu segundo nombre? No puedo creer que me haya acostado con un hombre sin saber su nombre completo.

—Walker.

—Jude Walker Laurent, oh. Qué adorable.

Uno de sus hombros se alzó en un encogimiento de hombros. —Mi madre dijo que le recordaba a mi padre. Como tú, nunca lo conocí. Lo vi por el pueblo, pero realmente sólo sabía lo que ella me contó. Aparentemente era un caminante¹², siempre salía por patas para alejarse de sus responsabilidades.

Vale, guau. Ryanne quería darle una patada a su madre. —Eres el hombre más responsable que he conocido. Por lo tanto, aquí y ahora declaro

¹² Walker significa caminante. Por eso le puso ese nombre a Jude, porque su padre era un “caminante”, que es una forma de decir que era del tipo que solo saben escurrir el bulto.



que Walker representa tu voluntad de caminar la milla extra para tus amigos.

Una mueca de sus labios. —Lo siento, pastelito, pero la expresión es “dar un paso más allá”.

—Bien. Eres la polla de la caminata. ¡Boom! Lo clavé.

Otro movimiento de los labios seguido de una sonrisa. —Me has convencido.

Orgullosa de sí misma, decidió llevar la conversación al siguiente nivel. —Háblame de tu esposa. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

Él abrió y cerró la boca, se aclaró su garganta. —Nueve años. —Con apenas una pausa, él añadió: —¿Dónde está tu madre ahora?

Ryanne dejó que el cambio de tema se deslizara sin comentarios, a pesar de que tuvo que añadir otra ráfaga de dolor a la caja de seguridad escondida al fondo de su mente. Aquí estaba ella, compartiendo todo, mientras él daba lo mínimo. La balanza se estaba desequilibrando.

—La última vez que supe de ella, acababa de conseguir otro divorcio y estaba haciendo las maletas para largarse de Colorado. —Decidida a intentarlo de nuevo, preguntó: —¿Y tus padres? ¿Dónde está tu madre? ¿Tu padre? ¿Aún viven?

—Sí, ambos están vivos—, dijo. Entonces, —¿tienes algún...?

—No. Háblame de tus padres.

Un silencio espeso.

Un silencio opresivo.

—Mi madre vive en Midland, Texas—, dijo, y Ryanne quería golpearse el pecho como un gorila. ¡Éxito! —Pasa sus días cuidando la granja de su familia, lo único que ha amado de verdad. Al igual que tu madre, una vez fue conocida por andar por ahí sin rumbo. Mi padre tiene una granja cerca de su casa, y una familia, pero mi madre se convirtió en su querida para que la ayudara con los cultivos. Tengo tres hermanos mayores y una hermana, y todos tenemos padres diferentes.

—¿Te llevas bien con tus hermanos?

Otra pausa, como si tuviera que sopesar cada palabra que decía, y su euforia se drenó. —No. Los cuatro nos mudamos y nunca miramos hacia atrás.

¿Significa que nunca se pusieron en contacto con él de nuevo? —Lo siento. —Sus ausencias deben haber sido como rechazos. —¿Alguna vez has intentado localizarlos?



—Me abandonaron. No tendrán una segunda oportunidad.

Oookay. Jude no era del tipo que perdonaba. Anotado.

—Además—, añadió. —Tengo a Daniel y a Brock.

—¿Se conocieron en el ejército?

—Sí.

Ella esperó, pero él no dijo nada más. Antes de que pudiera presionarlo, el tono de llamada especial de Dorothea resonó en la habitación. —Muy bien—, dijo Ryanne. —Es Dorothea quien está llamando. Creo que va a exigir que volvamos a la fiesta.

—Sí. Volvamos.

¿Ya no tan feliz de pasar tiempo con ella, abrazándola y charlando?

Ryanne agarró una almohada y le dio una bofetada en el estómago con ella, tanto agraviada como juguetona. Mientras él balbuceaba, ella le volvió a golpear. Cuando trató de golpearlo por tercera vez, él estaba listo, con la otra almohada en la mano, el bloqueo perfecto.

Con una risa, ella lanzó un ataque de verdad, dándole en la cara. Porque sí, ella luchaba sucio.

—Qué... —Golpe. — ¡Hey! —Golpe. — ¡Wade! —Golpe. —Vas a pagar por eso. —Su gruñido era feroz, pero sus ojos crepitaban de buen humor.

¡Lo estoy ayudando! Enseñándole a divertirse.

Jude la golpeó con la almohada, derribándola sobre su espalda. Mientras ella se reía, las plumas salieron disparadas de una raja, lloviendo por la habitación.

—¡Alto! —dijo ella, riéndose después de que él le diera un tercer golpe. —Eres mi conejito sexual, no mi...

Jude se detuvo, como le ordenó, su ojos azul marino entrecerrados y brillando. —¿Dijiste amiguito sexy o conejito sexual?

—Sí. Conejito. Estás aquí para mi placer y diversión. Así que, dame placer y diversión.

—Baila, mono, baila, ¿es eso? —Dejó caer la almohada, le arrancó la suya de su asimiento de kung fu y le hizo cosquillas hasta que Ryanne rogó clemencia. En un esfuerzo por escapar de él, ella accidentalmente le pateó la pierna, y él hizo un gesto de dolor.

¡Oh, mierda! Ella se puso seria al instante, diciendo: —Lo siento mucho.

—No te preocupes por eso. —Su tono era tenso. Igual que su cuerpo, para el caso.



Sin aceptar nada de eso, se arrastró por la cama. Cuando ella llegó junto a sus pies, la tensión irradiaba de él. Aun así, le quitó la manga que cubría su prótesis, luego la prótesis misma, siguiendo los mismos pasos que él había tomado la noche en que se bañaron juntos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, mirando por encima del hombro de Ryanne.

¿Incapaz de encontrarse con los ojos de ella? —Estoy haciendo exactamente lo que parece. Me estoy olvidando de la fiesta y me estoy concentrando en mi hombre temporal—, comenzó a masajearle la pierna. Había hecho una pequeña investigación sobre la mejor forma de ayudar a un amputado. El masaje puede reducir la inflamación y el dolor, aumentar la circulación en el tejido cicatricial y disminuir la rigidez muscular y los espasmos.

Resoplando, se incorporó bruscamente y se apartó de su agarre.

—¿Te hice daño? —preguntó ella en voz baja.

Jude se pellizcó el puente de su nariz. —No, yo solo...

—No me digas que estás avergonzado. —Decidida a continuar, ella con destreza puso su muslo sobre su regazo. —He visto esta parte de ti antes.

—Sí, pero... es feo, y no te habías acercado tanto y de forma tan personal antes.

La crudeza de su tono la hirió. —Tu herida habla de valentía y coraje. Podrías haber muerto, pero luchaste por vivir. ¿Cómo podría encontrarla ni tan siquiera fea?

Él continuó rígido, y estaba claro que no la creía. Ella no iba a presionar el asunto. Todavía no.

Tenías que aprender a gatear antes de poder caminar. Ella daría ese paso en su debido momento.

Mientras ella masajeaba sus músculos, decidió no preguntarle por sus tatuajes, tampoco. El siguiente tema sería fácil, divertido. —Tenemos que ponerles nombres a los gatitos.

Su lengua se deslizó sobre sus dientes rectos y blancos. —Si planeas encontrarles un hogar, deja que sus nuevas familias les pongan un nombre.

—Quiero encontrarles un hogar, pero no puedo seguir refiriéndome a ellos con números.

—Confía en mí, puedes. Si les pones nombres, te encariñarás. Acabarás con ocho gatos, y todos en la ciudad te llamarán por tu nuevo apodo: "La Dama Loca de los Gatos".



Ella balbuceó. —Sí, bueno, *no puedo* quedármelos. —Y no estaba triste por eso. Su corazón no goteaba ácido al pensar en decirles adiós. De verdad. —Estaré muy ocupada viajando por el mundo para criarlos.

—Dales nombres genéricos, entonces, como Peludo, Pachoncito, Manchas.

O podría ponerles de nombres algo que amara, porque merecían lo mejor, no por ninguna otra razón. —¿Conoces a Lincoln West? Está comprometido con Jessie Kay Dillon.

—Hice un trabajo para él—, dijo Jude, frunciendo el ceño. —La seguridad en su fiesta de compromiso. ¿Por qué?

Eso es cierto. Una de las ex-novias de West había intentado matar a Jessie Kay. —Él creó algunos de mis videojuegos favoritos. *Alice en Zombieland, Ángeles de la Oscuridad y Señores del Inframundo*.

—¿Juegas a los videojuegos?

—No. Yo gano a los videojuegos, pero sólo en mis días libres. Planeo jugar más mientras viajo. —¡Y no podía esperar! —*Señores del Inframundo* es mi máxima prioridad. Guerreros inmortales poseídos por demonios están en una búsqueda para encontrar y destruir la caja de Pandora. Creo que les pondré a los gatitos un nombre de ahí.

—¿Quieres llamar a los gatitos como hombres poseídos por demonios?

—¿Por qué no? Se rumorea que todos los gatos nacen en el infierno. Además, a los Señores les encantan algunos coños¹³.

Casi se ahoga con la lengua. —La mujer que nunca maldice no acaba de usar la palabra con “C”.

Ella le sonrió, toda inocencia. —*Gatito* no es una palabra malsonante.

Al principio, simplemente parpadeó ante ella. Entonces, su boca se curvó en las comisuras cuando él le devolvió la sonrisa, haciendo que su corazón se saltara un traicionero latido. —Puedes jugar *antes* de tus viajes. Sólo tienes que instalar estaciones de videojuegos en el bar. Paga para jugar.

Guau. Su mente alucinaba. —Eso es alucinantemente *brillante*, Jude.

—Mis ideas suelen serlo. Hablando del bar, ¿cómo va todo, ahora que todos los cambios están implantados? ¿Gastas más de lo que ganas?

—Si continúo poniendo en alquiler el bar toda la semana, recuperaré mis pérdidas antes de irme a Roma.

¹³ Coño y gatito se dice igual en inglés, “pussy”.



Por alguna razón, su sonrisa se desvaneció. Miró su reloj de pulsera que no llevaba puesto. —Deberíamos volver a la fiesta antes de que Dorothea vuelva a llamar.

De ninguna manera. No estaba preparada para separarse de él. Y no estaba segura de cómo la trataría en público, no estaba preparada para averiguarlo. ¿Y si la ignoraba? ¿Y si no quería tomarla de la mano? ¿Y si él quería tomarla de la mano? ¡Mierda! ¿Podría lidiar con la DPA¹⁴? —No te ibas a desnudar hasta que respondiera a una pregunta tuya, y no te dejaré vestirme hasta que respondas a una pregunta mía.

Un gran suspiro. —Muy bien. Suéltala.

¡Doble diantres! ¿Qué se suponía que debía preguntarle? ¡Oh! ¡Lo sé! —¿Cómo me describirías a alguien que nunca me ha conocido?

Sin perder el ritmo, dijo: —La fantasía de cualquier hombre hecha realidad—, su cabeza se inclinó hacia un lado, su mirada regresando a ella... y calentándose. —¿Cómo me describirías a mí?

—Espera. Dame un minuto para procesar lo que acabas de decir. —¿La fantasía de cualquier hombre hecha realidad? El placer la atravesó, calentándola, y ella saboreó la sensación. ¿Era así como de verdad la veía?

A ella no le importaba ser la fantasía de todos los hombres, sólo le importaba ser la suya, y esa idea repentinamente la asustó.

—¿Y bien? —dijo. —Has tenido tu minuto.

Respira profundo dentro... fuera. —Diría que eres tan irresistible, que eres capaz de tentar a quien es inmune a la tentación, y eres más adictivo que mi moonshine. —¡Mierda! No debería haber mencionado el alcohol. —Quiero decir, más adictivo que los besos de gatito.

—¿Lo soy, entonces? —En un santiamén, la agarró por las caderas y la empujó hacia adelante, forzándola a montar su regazo. Su erección se balanceaba entre ellos, dura y gruesa y larga. —Voy a necesitar una pequeña prueba.

Ronroneando, excitada más allá de lo verosímil, apoyó su peso sobre sus rodillas, se inclinó y frotó sus pezones arrugados contra su pecho. —A juzgar por tu pollanometro supongo que estás listo para salir corriendo sin ninguna prueba.

—Contigo, siempre estoy listo para correr-me. —Él le apretó el trasero, estrujándolo. El móvil de Jude hizo un ruido extraño.

Un segundo después, el teléfono de Ryanne sonó. Acababa de entrar un mensaje.

¹⁴ Demostración Pública de Afecto.



—Ignóralo—, dijo ella, meciendo las caderas. ¡Contacto! Ella inhaló, y él lanzó otra maldición.

—El mensaje, sea lo que sea, es sobre el bar—, dijo, su tono grave. —Tienes tonos especiales para tus amigos, yo tengo un tono especial para la señal de seguridad en el Scratching Post.

¡Caca en un palo! Rápidamente poniéndose seria, Ryanne se levantó de la cama. Después de lanzarle el teléfono a Jude, ella revisó la pantalla de su propio teléfono... y sus rodillas amenazaron con colapsar.

No. No, no, no, no.

Absoluto y total caos. Los clientes gritando corrían hacia la puerta principal mientras una alarma sonaba. ¿Por qué? ¿Qué demonios había pasado? Entonces notó que las llamas parpadeaban sobre el mostrador donde normalmente se servían las bebidas.

—Jude—, se quedó boquiabierta.

Él agarró su teléfono y vio las imágenes suministradas por las cámaras, el color se drenó de sus mejillas.

—¿Por qué no se han disparado los aspersores? —preguntó.

—No lo sé. ¡No lo sé! Pero tenemos que irnos. Ahora.



CAPÍTULO QUINCE

*Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Nyx*

EN PLENA CARRERA ALOCADA hasta el Scratching Post, Jude llamó a Daniel para explicarle la situación. No había razón para llamar al 911. Con el sistema de seguridad que habían instalado, los equipos de emergencia habían sido notificados en el momento en que sonó la alarma de incendios.

La adrenalina se disparó por sus venas como si estuviera enganchado a una vía intravenosa. Sus músculos se sentían más grandes, sus huesos más fuertes, como el acero. Su corazón galopaba hacia una meta que no podía ver.

Ryanne estaba sentada en el asiento del pasajero de su camioneta, tan quieta como una estatua. Había querido que se quedara atrás, esta mujer que había compartido partes oscuras de su pasado, dándole una visión de la niña que solía ser, con el pelo oscuro, ondulado y un brillo travieso en sus ojos. Un brillo que lentamente se desvanecía cuando los seres amados la decepcionaban y seguían adelante; los adultos habían traicionado su confianza. Si hoy resultara herida...

Cuando Jude notó el incendio a las afueras de la plaza del pueblo, con varios camiones de bomberos ya en el lugar, colgó a Daniel.

¿Cuál era la probabilidad de que dos incendios ocurrieran la misma noche? No muy alta.

A lo largo de los años, Jude había visto de primera mano cómo operaban los terroristas. Sospechaba que Dushku había prendido este fuego primero para mantener ocupados a los bomberos. Demasiado ocupados para lidiar con un segundo incendio.

¡Bastardo!

De una forma u otra, Ryanne iba a salir herida hoy. Si no físicamente, al menos mentalmente o emocionalmente. Diablos, incluso financieramente.

Ya pálida y con su tez con aspecto céreo, ella apretó una mano sobre su boca y gritó, —Belle y los gatitos.

—No me he olvidado. Son mi primera prioridad. —Belle probablemente podría escapar por una ventana, si le hubieran dejado una abierta, o incluso a través del bar, pero no sería capaz de transportar a todos sus bebés.



El pánico le aguardaba en la periferia de sus pensamientos, pero años de entrenamiento situacional y combate real ayudaba a mantenerlo a raya. *Actúa ahora, reacciona después.*

—Llama a Vandercamp—, dijo él. —Hazle saber que lo necesitaremos en la escena con suministros médicos. Solo por si acaso.

Ella obedeció, y terminó la conversación con: —Llega lo más rápido que puedas, Brett.

Jude miró por el espejo retrovisor. A pesar de batir récords de velocidad, Daniel y Brock ya lo habían alcanzado, y ahora permanecían a sus seis¹⁵.

—Si el bar se incendia, perderé mi sustento, mi casa y todos mis recuerdos de Earl. —Nunca la voz de Ryanne había sonado tan hueca. — Todo en una sola noche.

Vendería un órgano en el mercado negro, si fuera necesario, para comprarle una nueva casa. —Las cosas pueden ser reemplazadas. Siempre tendrás tu... no importa. No puedo creer que estuviera a punto de decirte las cosas triviales que otros me han dicho a mí. Lo siento.

Unas rayas negras pintaban el horizonte, una obscenidad en el cielo, y Ryanne gimoteó, sólo reforzando su rabia. Dushku había hecho esto.

Dushku pagaría.

El camión llegó a la colina, y el Scratching Post finalmente se vislumbró. El humo se filtraba a través de las ventanas, y las llamas crepitaban a lo largo de un lateral del edificio. ¿Quizás la mayor parte de la estructura podría ser salvada?

Jude condujo fuera de la carretera, yendo a toda velocidad hacia el bar, los neumáticos de su camioneta arrojando tierra y grava.

Los clientes habían salido sanos y salvos, sus coches ya habían salido del parking. Algunas de las personas se habían quedado por los alrededores, o bien necesitaban atención médica o la curiosidad mórbida los había mantenido cerca. Unos pocos rezagados estaban filmando la destrucción con sus teléfonos. ¡Idiotas!

Dushku y sus hombres también estaban allí, mirando... sonriendo.

No había bomberos en el lugar, como Jude había sospechado. Si el otro fuego no hubiera estado ardiendo en la ciudad, lo habrían derrotado aquí.

¹⁵Referencia a la esfera del reloj, las doce indica adelante, las seis indica atrás, o sea a su espalda o retaguardia, las tres es a su derecha, y las nueve es a la izquierda. (N. de T.)



Aparcó, agarró la manta de atrás y saltó fuera. Sabiendo que Daniel y Brock protegerían a Ryanne, no perdió el tiempo, corriendo hacia el edificio para rescatar a Belle y a los bebés. La adrenalina que se estaba disparando por sus venas le daba fuerza, apagando cualquier destello de dolor en su pierna.

—¡Jude! —Ryanne gritó.

La ignoró. Tenía que hacerlo si quería tener alguna posibilidad de éxito... y de sobrevivir. Justo antes de entrar por la puerta principal, inhaló hondo, sabiendo que tenía que aguantarlo el mayor tiempo posible, y envolvió la manta alrededor de la mitad inferior de su cara. Sus ojos ya le ardían y lagrimeaban, un calor intenso lo hacía sentir como si estuviese cocinándose de adentro hacia afuera.

En este momento, la llama estaba algo contenida. Un círculo perfecto se movía alrededor del bar... donde se almacenaban las botellas de alcohol, justo debajo del apartamento de Ryanne.

Esto había sido un golpe preciso para dañar al dueño. La propiedad era simplemente un daño colateral.

Mientras Jude corría hacia adelante, estrechó su concentración, *entrar y salir*. Saltó y esquivó, pero no lo suficientemente rápido. Las llamas azotaron su brazo, chamuscando su camisa, dejando una línea de ampollas blancas y calientes a su paso. Inhaló entre dientes, pero no disminuyó, subiendo las escaleras de tres en tres.

El humo le quemaba los ojos, la garganta. *No puedo parar. No puedo volver sin esos gatos*. Aturdido, un poco inestable, golpeó el código en la cerradura y se abrió paso por la puerta.

Hollín: por todas partes. Temperatura: infernal. En el solárium, una agitada Belle merodeaba frente a sus bebés.

Una oleada de movimiento detrás de él. Brock entró precipitadamente en la habitación.

—Ryanne... —comenzó Jude. La sola palabra le raspó su dolorida garganta; sospechaba que ya había sufrido quemaduras esofágicas.

Entre ataques de tos, dijo: —Ella está a salvo con Daniel.

Odiaba que su amigo estuviera en peligro fuera del combate, pero acogió con satisfacción su ayuda. Trabajando juntos como lo habían hecho mil veces antes, colocaron a toda la familia peluda dentro de una cesta de lavandería, usando toallas mojadas para evitar más inhalación de humo.

Brock abrió la marcha hacia la salida, y Jude llevó la cesta. Para cuando llegaron a las escaleras, el fuego ya se había extendido. La mitad de la barandilla estaba engullida por las llamas, más algunos escalones.



Demasiado peligroso. Si la madera se rompiera, caerían en picado. Dieron marcha atrás, regresando al apartamento.

Jude abrió la ventana del solárium, y el aire fresco de la noche se precipitó al interior. Gotas de agua le rociaron como neblina, fresca y acogedora, y frunció el ceño. ¿Por qué?

La respuesta hizo clic. Dos camiones de bomberos finalmente habían llegado. Las luces parpadeaban cerca, hombres vestidos con trajes integrales trabajando para apagar el fuego.

—Por aquí—, gritó, pero sabía que no lo habían escuchado sobre el rugido de las llamas y el de las mangueras anti-incendios. No importaba. La escalera de uno de los camiones ya estaba siendo extendida hacia él, gracias a Ryanne, quien estaba señalando en su dirección.

Tan pronto como su extremo llegó a la ventana, prácticamente empujó a Brock y le entregó la cesta a su amigo. Jude lo siguió.

Sólo un poco más lejos... casi llegamos...

Su pie tocó tierra, y alguien se le acercó corriendo para empujarlo hacia una ambulancia que estaba esperando. El aturdimiento había escalado gradualmente hasta convertirse en una completa zambullida, pero al instante en que su mirada se posó sobre el presuntuoso Dushku, quien no se había movido de su lugar entre la muchedumbre, estalló, abriéndose paso a empujones entre las masas para plantarse ante la cara del anciano.

—¿Crees que has ganado? No tienes ni idea del infierno que has desatado.

Dushku sacó de su bolsillo un pañuelo blanco cuadrado y se limpió las gafas, como si la presencia de Jude las hubiera ensuciado. —Usted perdió, Sr. Laurent. Acepte la derrota con gracia, y agradezca que usted y los suyos sobrevivieron. Esto podría haber terminado mucho peor.

Unas manos duras inmovilizaron a Jude, Daniel. —Podemos ocuparnos de él más tarde, después de que hayamos visto la grabación de seguridad y comprobado que es responsable. Ahora es el momento de cuidar de ti mismo.

Dushku no reveló ningún indicio de emoción.

Daniel arrastró a Jude hasta una ambulancia, donde fue conectado a una máscara de oxígeno. Entonces Daniel fue a comprobar cómo estaba Brock mientras Jude rastreaba la zona circundante en busca de Ryanne. No había rastro de ella.

—La morena—, dijo, tratando de no entrar en pánico.



—¿La chica sexy mexicana? Ella está bien, cariño, tienes mi palabra —respondió el médico. —Como a todos los demás, la mantienen a distancia por su propia seguridad.

—Necesito verla. —Tenía que asegurarse de que estaba bien. Se sacó la máscara y saltó del vehículo.

—Hey—, exclamó el médico. —Tu presión sanguínea es demasiado alta y... —Su voz se perdió entre el murmullo de la multitud y el rugido del agua rociada.

Jude encontró a Ryanne con Belle y los gatitos, así como a Daniel, Loner y Brett Vandercamp. Los cuatro trabajaban furiosamente, usando algún tipo de succión con los gatitos para limpiar sus vías nasales.

Ryanne tenía las mejillas descoloridas, el labio inferior hinchado. Sus dientes frontales habían dejado dos pequeñas heridas punzantes en el centro. Levantó la mirada, vio a Jude y se echó a llorar. En un parpadeo, estaba volando a través de la distancia. Cuando se arrojó a sus brazos, él la agarró, sus ojos ardiendo de nuevo. Maldito humo. Tan débil como estaba, el impacto le hizo tambalearse hacia atrás, un dolor agudo atravesando su pierna.

—Lo siento, lo siento—, se apresuró a decir Ryanne. —¿Estás bien? ¡Estás cubierto de hollín y tu piel! Tu pobre piel. —Su barbilla temblaba mientras lo miraba. —Tantas ampollas.

—Estaré bien. —Miró fijamente al bar, las llamas muriendo mientras el agua era rociada desde múltiples mangueras.

Un vago pensamiento lo golpeó: si el bar se quemaba, Ryanne ya no sería dueña de un bar. Podría irse, empezar una nueva vida.

¿Qué? ¿Demonios? ¿Era tan arbitrario que acogía con beneplácito la destrucción del medio de sustento de Ryanne?

Se merecía cada ampolla, y más.

—Jude. —Su mano revoloteó sobre su corazón. —¿Acabas de... *sonreír*?

¿Lo hizo? —Los gatos están vivos y en buen estado—, fue todo lo que dijo. Una declaración de hecho.

—Sí—, contestó ella, su tono plano ahora, —pero no estabas mirando a los gatos. Estabas mirando mi casa.



—LO HICISTE—, DIJO RYANNE antes de que Jude tuviera la oportunidad de responder. —Rara vez sonríes. Tengo que pelear contigo por una sola sonrisa, y sin embargo, de buena gana, felizmente, sonríes mientras mi casa se quema. Odias el hecho de que venda alcohol. Apuesto a que también te odias a ti mismo por follarme.

Ella recordó las palabras que le había dicho la noche en que descubrió que Dushku estaba vendiendo a Savannah en su aparcamiento.

Francamente, preferiría que se quemara hasta los cimientos.

Su bar. Bueno, ciertamente había conseguido su deseo.

—Lo siento—, dijo él. —Fue un lapsus momentáneo de juicio. Un momento de locura.

Tal vez él creía eso, pero sólo se engañaba a sí mismo.

Ella también se había engañado a sí misma. Jude no se había mantenido alejado de ella en las últimas semanas porque hubiera sido una bola de demolición para sus dos años y medio de celibato auto-impuesto. Se había mantenido alejado porque la había encontrado insuficiente. Finalmente veía la verdad. Para Jude, el Scratching Post siempre sería la perdición de su mundo. *Ella* siempre sería la perdición de su mundo.

Estaba temblando tan fuerte que se sentía como si estuviera sufriendo un arrebató. Sus gatos estaban vivos, al menos, algunos en mejores condiciones que otros. Jude “el salvador” de estos y quien la traicionó, había escapado de las llamas con sólo pequeñas heridas.

—Por lo que parece—, dijo ella, —los bomberos pronto extinguirán el fuego. Tal vez te gustaría encender un fósforo.

—Ryanne...

—No. Yo no le serví al chico que mató a tu familia, pero me tratas como si yo fuera la responsable. —¿De verdad podría pasar los dos meses siguientes de su vida con este hombre?

Las lágrimas le picaban en los ojos.

—Ryanne—, repitió, intentando alcanzarla.

—No. —Saltó fuera de su alcance. —No lo hagas. Lo digo en serio. —Aquí no, ahora no. Ella podría derrumbarse, y preferiría morir antes que derrumbarse delante de Dushku. —Hablaemos más tarde. —Mañana, tal



vez. O el mes que viene. O cuando regresara de Roma. O nunca. Su caja de seguridad para el dolor amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Llevaré a Belle y a sus bebés a mi clínica—, dijo Brett, atrayendo su atención. —Los pondré a todos en el tanque de oxígeno. —Señaló a Loner, que estaba cubierto de hollín como todos los demás. —Tú. ¿Puedes venir conmigo? Ryanne no puede irse, y Jude necesita atención médica. Mi asistente está en casa en la cama.

Loner asintió, ansioso por ayudar. —Sólo tienes que decirme lo que quieres que haga.

—Lleva la cesta, yo llevaré el equipo.

Los dos se apresuraron, y aunque a Ryanne le hubiera gustado seguirles, agarró del brazo a Jude mientras éste tosía, casi expulsando un pulmón.

—Vas a recibir asistencia médica. No protestes—, le soltó cuando él abrió la boca.

Mientras ella lo llevaba a la ambulancia, él cerró la boca. La abrió de nuevo. La cerró de nuevo.

Brock estaba sentado en una camilla, una mascarilla transparente cubriendo la mitad inferior de su cara.

—Bueno, bueno. —Un médico pelirrojo buscó otra máscara al fondo de la ambulancia. —Mi otro sexy paciente decidió volver. ¿No pudiste conseguir suficiente de mí, cariño? Comprensible. Casi nadie puede.

Jude descansó al lado de Brock, mirando a Ryanne.

Pelirrojo ancló la máscara alrededor de la nariz y la boca de Jude mientras le decía a Ryanne, —Lo siento, cariño, pero vamos a llevarnos a estos dos a la clínica de emergencias en Grapevine, y no hay lugar para ti. Tendrás que seguirnos.

—No. Nos quedaremos aquí—, dijo Jude. —No podemos irnos hasta que hablemos con las autoridades.

Los temblores de Ryanne se intensificaron, un diez en la Escala de Aflicción del RW¹⁶—Me quedaré aquí, tú y Brock irán. —Necesitaban estar un tiempo separados y ella necesitaba tiempo para pensar. Las emociones estaban demasiado exaltadas ahora mismo, demasiado crudas.

—No. Me quedo contigo. —Se quitó la mascarilla a pesar de las protestas del médico.

—Sí—, soltó. —Ponte la mascarilla. Ahora.

¹⁶La Escala de Aflicción explora los aspectos de afectividad, motivaciones, actitudes, adaptaciones...



Al mismo tiempo, Pelirrojo dijo: —Si quieres recuperarte de manera oportuna, inhalarás oxígeno como un buen chico. Si no, tu culo será pateado durante días, incapaz de discutir con tu chica.

—No te preocupes. Yo me quedaré con ella. —Daniel se acercó parándose al lado de Ryanne y le puso un brazo sobre los hombros. —Adelante—, le dijo al médico. —Que mis chicos reciban el cuidado que necesitan.

Pelirrojo golpeó la ventana que lo separaba del conductor y cerró la puerta. La mirada de Ryanne permaneció en Jude hasta el último segundo posible. La ira emanaba de él. No, ira no era una palabra suficientemente fuerte. *Rabia*. ¿Por qué? Porque las circunstancias le obligaban a irse... o ¿se había dado cuenta de que no podía arreglar lo que acababa de romper? Su confianza, sí, pero también el frágil vínculo entre ellos.

Las luces del vehículo se encendieron, la sirena sonando. Mientras la ambulancia se alejaba del estacionamiento y avanzaba por la carretera, las rodillas de Ryanne amenazaban con colapsar.

—Se pondrá bien. Ha sobrevivido a cosas peores. —Daniel la miró y la preocupación endureció sus rasgos. —¿Estarás *tú* bien? Vamos a buscarte una silla para que te sientes.

De ninguna manera. Dushku y compañía seguían vigilando, aunque habían regresado a su lado de la calle. ¿Tenían miedo de Jude? —Hay demasiado que hacer.

—¿Señora? ¿Es usted la dueña de este bar? —Un bombero cubierto de hollín se acercó, su mirada se centró en ella.

—Sí. —*Puedo hacer esto*. —¿Cómo puedo ayudarle?

—Tan pronto como el humo se despeje—, dijo el bombero, —puede comprobar el daño, pero creo que le alegrará saber que lo peor está localizado en una sola área.

Esperar para entrar fue una tortura. ¿Su mejor amiga, su bar, estaba viva o muerta?

Finalmente llegó la aprobación y corrió adentro, alternando olas de alivio y consternación. Habría que reemplazar la barra, y su suministro de licor era historia. No, no es verdad. No estaba completamente muerta. Todavía tenía un gran alijo de moonshine y cervezas de origen local en el sótano.

Su oficina y las escaleras que conducían a su apartamento tendrían que ser reconstruidas, pero todo lo demás simplemente necesitaba un buen fregado. El hollín cubría muchas de las paredes, la mayoría de las mesas y las sillas. Una capa de ceniza cubría la pista de baile, pero fuera del área de la barra, los tablones de madera estaban en perfecto estado.



Jude estaría decepcionado.

Sus dientes rechinaron.

Distintos hombres y mujeres hablaron con ella. Aturdida, olvidó sus nombres. El de todos excepto el del oficial Jim Rayburn, quien no trató de ocultar su sonrisa, y el investigador de incendios provocados. Este último le hizo un millón de preguntas sobre su paradero y quizás la miró como si fuera a culparla a ella. Como sea. La verdad saldría a la luz. Y en realidad, estaba demasiado conmocionada como para preocuparse por lo que cualquiera pensara. En menos de una hora, todo su mundo se había puesto patas arriba.

—No hay ninguna duda de que el fuego fue provocado deliberadamente—, le dijo el investigador. —Se iniciará una investigación. Si alguien fue pagado para hacerlo, o si actuó solo, encontraremos la verdad. Así que, si hay algo que quiera contarme, ahora es el momento.

—Sé que el incendio fue provocado deliberadamente, y puedo adivinar que el Sr. Dushku le pagó a alguien. Ha querido mi bar desde que decidió abrir un club al otro lado de la calle. Pregúntele a Jim Rayburn. Estoy bastante segura de que está en la nómina de Dushku.

Mientras Jim se ponía nervioso, ella sacó el teléfono de su funda en la pierna y les mostró al bombero y a Daniel lo poco que había sido enviado a su bandeja de entrada.

Gracias a Dios que Jude había insistido en las cámaras.

¿Quizás ella malinterpretó su sonrisa? Tal vez *había* estado pensando en los gatitos.

Tal vez era una idiota, tratando de justificar las acciones de Jude.

La expresión del investigador se suavizó un poco. —Me gustaría una copia de eso.

—Claro que sí. Me aseguraré de que reciba las grabaciones de seguridad de todo el día—, le dijo Daniel.

—Muchas gracias. —El investigador se centró en Ryanne. —Si quiere recoger algunas de sus pertenencias, uno de los oficiales le acompañará. Lamento decirle que no puede quedarse aquí sin escolta hasta que la investigación se haya completado.

Las lágrimas momentáneamente obstruyeron su visión. —No gracias. —Todo olía a humo y le recordaría constantemente lo que había pasado y todo lo que había perdido. —Estaré bien. —¿Lo estaría?

Jude ni siquiera había podido usar las barras de apoyo que ella y las chicas habían instalado.



Ugh. ¿*Esa* era su principal preocupación? ¿Después de todo lo que había hecho? ¿*Qué me pasa?*

El tipo le dio una palmadita en el hombro, un intento torpe e infructuoso de ofrecerle consuelo. Luego le dijo que estarían en contacto y se fue, dejándola para que lidiase con las ruinas de su vida... sola.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Nyx

LAS SIGUIENTES SEMANAS pasaron de forma borrosa para Ryanne. Compró un puñado de ropa nueva y se mudó a una habitación en el Strawberry Inn con su familia de gatos. Todos los gatitos sobrevivieron sin daños permanentes, y Belle también, quien parecía usar el incendio como excusa para comportarse más embravecida que nunca. Afortunadamente, tampoco había habido heridos graves entre los clientes.

Hace varios días, Ryanne tuvo una crisis nerviosa. Sintiéndose aislada y abandonada, deseando que Earl mágicamente apareciera para abrazarla, desesperada por un poco de apoyo paternal, por *cualquier tipo* de apoyo paternal, ella había llamado a su madre.

Un gran error.

La conversación había sido corta pero no muy dulce. Después de contarle a Selma lo que había pasado, su madre le dijo: —Esto podría ser una bendición disfrazada, *cariño**. Ahora puedes dejar ir a Earl.

¿Dejar ir a Earl? ¡Nunca! Ryanne le había colgado y lloró como un bebé. Deseaba tanto encontrar a Jude y arrojarle a sus brazos, pero... esa sonrisa. Seguía repitiéndose en su mente, permitiendo que la furia arraigara profundamente en su corazón.

Él había sonreído, emocionado por la ruina de su bar. Su satisfacción había sido momentánea, sí, pero incluso un solo segundo era demasiado largo.

Cuando llovía, diluviaba. Una de sus camareras renunció al trabajo, no dispuesta a esperar a que el bar reabriera. Necesitaba dinero *ahora*, y Ryanne lo entendió. Luego Sutter le dio un ultimátum: *continúa pagándome, aunque no esté trabajando, o acepta mi renuncia*. De nuevo, ella lo entendió. La gente necesitaba dinero para sobrevivir.

Ryanne decidió pagarles a todos de su bolsillo, con una condición. Sus empleados tenían que firmar un contrato aceptando reincorporarse al trabajo tan pronto como se abrieran las puertas del Scratching Post. Todo el mundo había firmado, sin dudarlo.

Ahora soy una sin-hogar, sin-trabajo, y estoy tirando mi dinero. Hurra por mí.



Había considerado cancelar su viaje a Roma, pero sus pasajes de avión y la villa ya habían sido pagados, y ambos eran no reembolsables. Otro error por su parte. En el momento de la compra, había temido que una vía de escape sería una excusa para perder sus pelotas de dama. Pensó: ¿Y si Roma no era tan magnífica como se había imaginado? ¿Y si sus fantasías eran mejores? Y sí, de acuerdo, había deseado a Jude incluso entonces, y se había preguntado qué le pasaría a su resolución si alguna vez mostrara interés en ella.

No me convertiré en mi madre.

Si Ryanne necesitaba el recordatorio mil veces, se daría a sí misma el recordatorio mil *y una* veces.

¿Sonreiría Jude por su partida, feliz de deshacerse de ella?

No había ido al hospital a verlo, sólo había llamado para ver cómo estaba. Al día siguiente le dieron el alta médica y apareció en la posada, tocando a su puerta, pero ella le dijo que se fuera. Preguntó si los gatos estaban bien, y tan pronto como ella confirmó que lo estaban, se fue.

Después de eso, ella se había cabreado. ¡*Sólo se preocupa por mis gatitos, el bastardo**! Incluso había regresado al día siguiente, y al siguiente, cada vez preguntando si los gatos le echaban de menos.

De hecho, estaba esperando otra visita en cual...

Una llamada sonó a su puerta.

Exclamó: —Vete, Jude.

—Háblame, Wade.

¿Usando su apellido otra vez? ¡Idiota!

Detrás de ella, cada gatito maulló. Lo extrañaban, los traidores.

—No hace falta—, respondió ella. —Sonreíste mientras mi casa se quemaba. Hemos terminado.

Ahí. Dijo esas palabras en voz alta. Lo hizo oficial.

No llores. No te atrevas a llorar.

¿Dónde estaba la caja de seguridad?

Guardar, cerrar, empujar.

—Ryanne.

El dolor en su voz...

Guardar. —Al igual que tus hermanos, te he abandonado y no das segundas oportunidades, ¿recuerdas? Vete. —*Oh, Dios mío.* ¿Realmente acababa de decir eso? Era una bruja de la más alta categoría.



Hubo una pausa cargada de tensión. Entonces Jude dijo: —Sólo tú puedes tener una segunda oportunidad. ¿Ves lo indulgente que puedo ser? Inténtalo tú. Perdóname. Porque lo siento. Lo siento tanto. No estoy feliz por lo que pasó. Me avergüenzo de mi reacción. Ojalá pudiera volver atrás...

—Pero no puedes. No puedes volver atrás, y yo tampoco. No puedo dejar de ver esa sonrisa.

El pomo de la puerta se giró. ¿Intentando entrar sin permiso? La cerradura se mantuvo.

—Abre la puerta, Ryanne. Por favor. No estoy sonriendo ahora.

Una súplica de esos labios con cicatrices...

Una punzada rebanó y cortó en trocitos su pecho. Dio un paso hacia la puerta, se detuvo. Dio otro paso, se detuvo. ¡Resiste!

—Dime algo, Jude. Si yo fuera una maestra de escuela como Lyndie, ¿habrías querido una relación a largo plazo conmigo en vez de una aventura a corto plazo? —*Guardar, guardar.* —Odias los bares, y lo entiendo. Lo hago. Pero en el fondo no crees que yo sea digna de tu afecto, y eso no lo entiendo—, dijo, sintiéndose como si la estuvieran apuñalando en el corazón una y otra vez. —¡Sólo... vetel! —*Guardar, guardar. GUARDAR.* —Por favor.

Otra pausa antes de que él dijera con voz rasposa, —Al menos dime si Belle y los gatitos me extrañan.

Miau. Miau. Miau.

—No lo sé—, dijo entre diente. —No me lo han dicho.

Finalmente, silencio. Entonces, el fuerte ruido de pisadas mientras se alejaba.

Una parte de ella quería salir corriendo por la puerta y gritar: —Te daré otra oportunidad. No lo arruines esta vez. —La verdad es que algunas parejas funcionaban, otras no. Ella y Jude habían tenido dos oportunidades para estar juntos, y habían fracasado miserablemente. Una oportunidad más no iba a hacerles ningún favor a ninguno de los dos.

Guardar, cerrar, empujar.

Al día siguiente, Glen Baker le envió un mensaje de texto. Había conseguido su número, aunque ella no se lo había dado. Le ofreció una disculpa por lo del bar, así como por su comportamiento cuando Jude los interrumpió en la fiesta de compromiso, y preguntó si había algo que pudiera hacer para ayudar.

Jude debería tomar lecciones: *cómo tratar a una mujer con la que quieres salir.*



De la forma más amable que pudo le dijo a Glen, gracias pero...no gracias. No estaba de humor para tener compañía masculina. Los hombresapestaban.

¡La prohibición del romance había vuelto!

Incluso el investigador de incendios provocados le había fallado. Él había hecho un barrido a través de las grabaciones de video, y dictaminó que el incendio fue un accidente. Aparentemente un cliente encendió un cigarrillo en la barra. Sutter le informó que fumar estaba prohibido, y el cliente tiró el cigarrillo en la papelería más cercana. En cuestión de minutos, las llamas estallaron.

Todo estaba demasiado nítido y ordenado para la tranquilidad de Ryanne. ¿Quién era el cliente que lo había encendido? Llevaba un sombrero, protegiendo su identidad de las cámaras. Y Sutter no podía recordar su cara, porque, al mismo tiempo que le había hablado al cliente sobre la política del bar de no fumar, había tratado con otros dos clientes que estaban cerca de pelearse por una chica.

¿Un montaje elaborado? ¿O estaba Ryanne simplemente buscando formas de culpar a Dushku?

Por lo menos el seguro pagaría las reparaciones del edificio, que acababan de empezar. Como los obreros de la construcción saldrían a las seis, Ryanne había decidido abrir el bar a las siete. Bueno, el patio fuera del bar, ya que su licencia de venta de licor le permitía vender alcohol allí. Montaría una carpa justo detrás del patio, donde los clientes podían bailar. Sutter y su camarera trabajarían con la multitud, vendiendo cajas de snacks y refrescos, asegurándose de que todos se divirtieran. Para ofrecer música, Power Trip tocaría en un improvisado estrado que Brock estaba construyendo.

Jude no había hecho nada para ayudar.

¡Caja de seguridad!

Pero, vamos. ¿Qué esperaba ella? Lo había largado, todas las veces.

No debería haberse rendido tan fácilmente.

¿Fácilmente? La había visitado cada día.

Sí, pero debería haber derribado la puerta. ¡Algo!

Uff. Alerta de señales contradictorias. *Decídetes, mi querida**. ¿Quieres que luche por ti o que se aleje?

Ella... no lo sabía.

Otro golpe sonó en su puerta, enviando a los gatitos en un coro de maullidos.



—Lo siento, chicos, pero no es Jude. —Ella echó una mirada rápida al espejo sobre el escritorio. Pelo cepillado, comprobado. Mejillas rosadas, comprobado. El colorete puede hacer maravillas para la piel cenicienta. Y sin embargo, nada de su maquillaje había sido capaz de ocultar las oscuras ojeras bajo sus ojos.

¿Importaba? No tenía a nadie a quien impresionar.

Ropa en su lugar, comprobado. Una camiseta ajustada, pantalones vaqueros rasgados y botas de combate.

Cuando la puerta se abrió, Dorothea y Lyndie entraron atropelladamente, la belleza y la sensualidad personificadas.

Después de años odiando su cuerpo, Dorothea había decidido finalmente abrazar la exuberancia de sus curvas. Un vestido rojo brillante la abrazaba desde los hombros hasta justo por debajo de las rodillas, haciéndola parecer una pinup de los años 50.

Lyndie solía llevar cardigans de gran tamaño y pantalones militares, básicamente bolsas de comida, con la esperanza de disuadir a los hombres de apreciarla desde un principio. Esta noche la pelirroja vestía un traje similar al de Ryanne: lo suficiente ajustado como para adivinar su religión.

—Sé que he dicho esto antes—, empezó Ryanne, —pero me disculpo por desatar mi drama en tu fiesta de compromiso.

Dorothea la abrazó antes de agarrarle los antebrazos y sacudirla. —Qué le den a la fiesta. El fuego no fue culpa tuya y esto es probablemente horrible de admitir, pero me dio una excusa para irme, lo que quería hacer antes de que la fiesta empezara siquiera.

Ryanne lanzó sus brazos alrededor de la chica, abrazándola estrechamente. —Diablos, te quiero. Y siento también mi comportamiento últimamente. —No sólo había atacado a Jude. Había atacado a todo el mundo.

—Yo también te quiero. Y no te preocupes. Recuerdo mi drama con Daniel. No siempre fui la trufa más dulce de la caja.

Lyndie envolvió un brazo alrededor de Ryanne y el otro alrededor de Dorothea. —Ustedes también me quieren. Lo sé, lo sé, lo sé. Ahora, dínos qué pasa con Jude, Rye.

Dorothea asintió con gusto. —No creas que no nos hemos dado cuenta de cuántas veces ha venido a tu puerta. No estaba segura de si debía llamar a la policía o darle una llave.

Desesperada por ayuda, finalmente admitió lo que había pasado, como Jude había sonreído mientras las llamas devoraban su bar. —Dijo que



lo había devuelto a la vida. Pero, ¿cómo podría sentirse así conmigo y sonreír mientras yo lo perdía todo?

—Bien, esta es la realidad de tu situación. —Dorothea condujo a todas a la cama. Los gatitos saltaron inmediatamente a sus regazos. —Eres la propietaria de un bar, y su familia fue asesinada por un conductor borracho que acababa de salir de un bar. Durante el incendio, tuvo una reacción instintiva, probablemente transfirió su odio por cualquier bar del que el conductor borracho había salido al Scratching Post. Ocurrió en el calor del momento, oh, mierda, perdón por decir eso, cuando no tuvo tiempo de procesar sus emociones. ¿Sabías que ha estado en el Scratching Post todos los días desde entonces? Tan pronto como los investigadores le dieron el visto bueno, comenzó a trabajar con los equipos de construcción para reparar el daño, con su propio dinero.

¡Que! Ella había estado haciendo comprobaciones en el bar cada día. ¿Cómo lo había pasado por alto? ¿Por qué él no le dijo nada sobre lo que estaba haciendo?

Porque te negaste a hablar con él, tonta.

—En realidad—, dijo Lyndie, su tono suave, tan gentil, —si sus emociones acaban de volver a la vida, todo lo que siente es nuevo para él y debe confundirlo.

Eso... tenía sentido. Maldición, sus amigas tenían razón. Jude estaba lidiando con sus traumas pasados lo mejor que podía. Mientras tanto, Ryanne lo estaba castigando por una reacción sobre la cual él no tenía control. *Después* de que Jude se arriesgara a tener una relación con ella, y a pesar de su odio por su profesión.

Aun así, su herida se agudizó, casi saliendo de la caja de seguridad. Parpadeó para contener las lágrimas y se concentró en Belle, acariciando su suave piel.

Dorothea y Lyndie arrullaron a los gatitos, se rieron con sus payasadas. Alabado sea Dios, su ejército felino ya no parecía un ejército de ratas. Sus orejas finalmente habían salido. Caminaban, corrían y hasta habían empezado a trepar.

Últimamente, Ryanne había decidido seguir el plan y ponerles nombres al adorable grupo en honor a los Señores del Inframundo del video juego de Lincoln West, en lugar de elegir nombres genéricos como sugirió Jude. Estas dulzuras tenían demasiada personalidad, y como los Señores, eran luchadores. Así, los miembros de su familia felina se llamaban ahora William, Anya, Lucien, Cameo, Strider, Torin y Paris.

—Creo que me he enamorado de Torin y William. —Lyndie abrazó a ambos machos contra su pecho. —Son los más traviesos del grupo.



Tan cierto. —Estarán listos para un nuevo hogar en unas semanas, después de que hayan sido castrados. —Y, mierda, Jude podría haber tenido posiblemente... razón. Ryanne quería agarrar a todos los gatitos y gritar: “¡Míos!”

Pero no lo haría. Podría compartir su recompensa con sus amigas. De hecho, ya había prometido que Anya y Strider serían para Dorothea.

Ayer, cuando los pit-bulls de Dorothea, Adonis y Echo, habían olfateado a los gatos y habían entrado a lo bestia por la puerta, Ryanne había esperado un baño de sangre. En cambio, los caninos trataron a los gatitos con ternura y preocupación, lamiéndoles la cara y permitiendo que las monadas treparan sobre ellos.

Ryanne revisó el agua y los platos de comida, asegurándose de que todo estuviera en orden. —¿Están listas para irse? —Ella no quería que sus amigas asistieran al festejo, porque en realidad, toda la noche era un *jódete* para Dushku. O Douche Canoe, como ella lo llamaba ahora. ¿Y si le daba un *berrinche*?

El *bastardo** había venido a verla de nuevo, atreviéndose a acercarse con una sonrisa, como si fuera un inocente maestro de escuela dominical. Le había explicado que, con todos sus problemas recientes, debería estar feliz de recibir veinticinco mil dólares menos que su oferta original.

Decir que se había puesto furiosa era como decir que el océano era sólo una lágrima.

Lo había rechazado, y él se había ido furioso.

Puede que me haya caído, pero no estoy rota.

Rota...

La palabra resonó en su cabeza. Una vez, Jude se consideró a sí mismo roto. ¿Todavía lo hacía?

—Estoy lista. —Lyndie tiró del dobladillo de su falda corta. —Creo. ¿Tal vez debería cambiarme?

Dorothea le dio una palmada a la maestra en la coronilla. —Estás más que lista. ¡Estás que echas humo! —El color desapareció de sus mejillas. —Quiero decir, echar humo en el buen sentido, no en el sentido de un bar ardiendo. —Agachó la cabeza. —Sigo haciendo referencias a la peor noche de tu vida. Lo siento, Ryanne.

—No seas ridícula. —Ryanne agitó una mano por el aire. —Tiene aspecto de echar humo.

La pareja le sonrió, y ella se obligó a corresponder a sus sonrisas, a pesar de su creciente consternación.



Pensar en estas maravillosas mujeres exponiéndose a cualquier tipo de peligro la asqueaba, pero ambas habían insistido.

¿Aparecería Jude? ¿Cómo reaccionaría ella si lo hacía?

Mejor pregunta: ¿Cómo reaccionaría si él no aparecía?



JUDE PERMANECIÓ ENTRE las sombras y trató de no mirar fijamente a Ryanne mientras servía cerveza y moonshine a una pequeña multitud reunida en el patio detrás del Scratching Post. Lo intentó y fracasó.

Los halógenos estratégicamente colocados iluminaban la noche y se derramaban sobre ella. Unos rizos azabaches caían por su espalda, en una gloriosa cascada de seda color ébano. Mientras hablaba con un cliente, sus labios color sangre se curvaron, revelando una sonrisa que no llegó a sus ojos. La camisa blanca que llevaba, tan inocente y dulce, chocaba con el salvajismo que había avivado dos veces en ella.

Había ojeras bajo sus ojos. Obviamente no había dormido bien, no se había recuperado emocionalmente de la mala racha que habían tenido. La culpa lo atormentaba.

Debió haber estado con ella, agotándola con sexo para que durmiera. Pero ella dejó claro que no quería tener nada que ver con él. Y no podía culparla. Por un momento, había sido feliz, pensando que había visto por última vez el Scratching Post.

Demasiado jodido de la cabeza para una mujer como Ryanne.

Había esperado que un tiempo de separación lo mitigaría y le ayudaría a adivinar su próximo paso, pero aún se dolía por tenerla en sus brazos. Hoy, mañana... ¿para siempre? No. Demonios, no. Él se dolía por saborearla y tocarla, por oír sus gritos de abandono, hasta que se fuese a Roma, eso era todo.

¡Idiota! Ya la extrañaba más que a su pierna. *A ella*, no sólo al sexo. Extrañaba su ingenio y su risa. Su interés y su preocupación. Su descaro.

Maldición, extrañaba su descaro.

¿Cómo se las arreglaría cuando ella estuviera al otro lado del océano?

Hace tres días, fue hasta la ciudad y se hizo un tatuaje de una fresa en la muñeca. Ahora llevaba un recordatorio constante de ella, los recuerdos eran mejor que nada.



Esta noche, un brazalete de cuero escondía la fresa. No tenía ningún deseo de responder a preguntas acerca de ella.

Su teléfono vibró, pero no tenía que revisar la pantalla para saber quién había enviado el mensaje. Carrie había permanecido en contacto con él, curiosa por su nueva vida. Incluso lo había invitado a volver a Midland para reunirse con su familia.

Miró a Ryanne, notó un aura quebradiza y se estremeció. Quizás volver a Texas no era tan mala idea.

Por supuesto, tendría que esperar hasta que Dushku se mudara, o muriese... con ayuda. El impulso de usar las habilidades que el Tío Sam le enseñó había resultado casi irresistible. Además, tenía que terminar las reparaciones dentro del bar. Había quitado y reemplazado la madera dañada de la pared y los pisos, pero necesitaba terminar la nueva escalera.

Cuando Jude se percató de las barras de apoyo en el baño personal de Ryanne, cayó de rodillas, abrumado por diferentes emociones. Incluso antes de que él accediera a salir con ella, ésta había hecho los arreglos para que él usara cómodamente su ducha.

Si no tenía cuidado, iba a romperle el corazón a Ryanne más de lo que ya lo había hecho. ¿Cómo podría vivir consigo mismo entonces?

La mirada de Ryanne escaneó el estacionamiento. ¿Buscando a alguien? Ella pasó cerca de él, sólo para alejarse. Entre un segundo y el siguiente, sintió como si un tren lo hubiera golpeado. El reconocimiento burbujeó en sus venas, tan potente como cualquier droga. Entonces el tormento desfiguró las facciones de Ryanne. Luego su expresión quedó en blanco.

Casi se arrodilló suplicando. *No me dejes en suspenso, pastelito.*

¿Se había quedado aturdida, como él?

La idea de la candente Ryanne Wade, atrapada en una profunda congelación lo destrozó.

Un cliente chasqueó unos dedos con uñas largas ante la cara de Ryanne, rompiendo el sometimiento que tenía sobre él.

—¿Jude? ¿Sr. Laurent?

La voz familiar vino desde detrás de él. Se giró sobre su talón... y se encontró a Savannah parada justo más allá de la carpa que había ayudado a Brock a levantar hace sólo unas horas. La piel alrededor de uno de sus ojos tenía moretones de distinta tonalidad, y había una huella azul-negrizca en forma de mano en su cuello.

—Yo... dijiste que me ayudarías—, susurró, mirando a sus pies. —Estoy lista para permitirte hacerlo.



Los instintos protectores florecieron, los ignoró. No estaba seguro de poder confiar en ella. Esto podría ser una trampa puesta por Dushku.

Anda con cuidado. —¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Envolvió sus brazos alrededor de su cintura. —Tienen a mi hijo. Thomas. Salí con Filip Dushku, el hijo de Martin. Nos mudamos a vivir juntos cuando me quedé embarazada. Entonces Filip fue a la cárcel, y yo di a luz a Thomas en la casa de Martin. Él... yo... Martin me quitó a Thomas. Trabajé para él por propia voluntad a cambio de que me permitiera ver a mi hijo una vez cada mañana. Hoy mi dulce hijo me abofeteó. Las cosas que está aprendiendo de la mano de Martin... —Ella se enjugó las lágrimas con un movimiento tembloroso. —Filip se supone que saldrá en libertad el próximo año, y yo pensé que podría aguantar y que él... Bueno, eso no importa ahora.

Ella había pensado que Filip la salvaría, y ahora, porque había estado con tantos otros hombres, ¿asumía que él se lavaría las manos y no querría saber más de ella?

—Aunque Filip me quisiera—, dijo, —Yo nunca más lo volveré a querer a él. —Una risa amarga. —Apuesto a que ese fue el plan de Martin todo el tiempo. Yo sólo... sólo quiero a mi hijo. ¿Puedes ayudarme? Eres la única persona que he conocido que le haya plantado cara.

¿Era la madre del niño? —¿Por qué no acudir a la policía? —Tanto si Jude podía confiar en ella como si no, no podía echarla. Tenía que actuar.

—¿Estás bromeando? ¿Crees que no he tomado esa ruta antes? Martin es bueno pagando a la gente o descubriendo suficiente suciedad para chantajear a la autoridad.

Eso, Jude lo creía sin duda alguna. —Puedo instalarte en otra ciudad mientras yo...

—No. —Los mechones rubios se batieron contra sus mejillas mientras agitaba la cabeza. —No me iré sin mi hijo.

—...investigo tus afirmaciones—, terminó de decir de todos modos. Tenía que saber con absoluta seguridad que el chico le pertenecía a ella, que esto no era una táctica para dañar a Dushku haciendo daño a su nieto. —Ayúdame a encontrar respuestas. ¿Tu verdadero nombre es Savannah? ¿Cuál es tu apellido? ¿De dónde eres? ¿Dónde tuviste al niño, en qué estado?

—Sí, mi verdadero nombre es Savannah. Mi apellido es White. Soy de Dallas, Texas, y tuve a Thomas en la casa de Martin. Pagó a una partera para ayudar con el parto. No sé su nombre.



Savannah White. Gracias a Dios, ahora tenía un punto de partida. —
—Ven conmigo. —Él extendió su mano. —Si todo lo que me has dicho se
confirma, decidiremos nuestro próximo movimiento, juntos.

Su boca se abrió, se cerró. Nuevamente, agitó la cabeza y dio un paso
atrás. —Te lo dije, no me iré sin mi hijo. Me quedaré con Martin hasta que
me creas. Sólo... no le digas a nadie lo que te he dicho, ¿vale? Cuanta menos
gente lo sepa, más posibilidades tendré de sobrevivir a esto. ¿De acuerdo?

Su brazo cayó de lado. —No voy a compartir los detalles con nadie
más que con los chicos que me ayudarán a investigar, y con Ryanne. — Ella
también quería ayudar.

—Júralo—, insistió Savannah.

—Lo juro. Tienes mi palabra.

El alivio agregó color a sus pálidas mejillas, y recitó de tirón un
número. —Uno de mis clientes me dio un teléfono móvil. —La vergüenza y
el desagrado se derramaron en su tono.

—En cuanto tenga lo que necesito, te enviaré un mensaje de texto y
planearemos tu salida.

—Con Thomas.

—Con Thomas—, estuvo de acuerdo.

Ella cerró los ojos, una lágrima deslizándose por su mejilla. Luego se
enfrentó a él, con la máscara de chica dura en su lugar. —Gracias. Y sólo
para que quede claro, si me veo en la necesidad de protegerte a ti o a mi
hijo, o demonios, a mí misma, me aseguraré de enviar flores a tus amigos¹⁷.

—Entendido y aceptado.



¡SAVANNAH!

Ryanne vio a la rubia. Estaba hablando con Jude, que había estado
enfurruñado toda la noche, arruinando la tranquilidad mental de Ryanne.
Cada vez que su mirada lo encontraba, había tenido que luchar para
contener su dolor dentro de la caja de seguridad.

¹⁷Está diciendo que no dudará en sacrificar la vida de los amigos de Jude si se ve en la necesidad de hacerlo.



Ahora le pidió a Sutter que se hiciera cargo y corrió hacia ellos. Para cuando llegó al lado de Jude, Savannah se había ido.

¡Argh! Ella y Jude estaban solos, nada más que sombras entre ellos.

—Hola—, dijo él, toda clase de tristeza en su tono.

¿Tristeza? ¡No tenía ningún derecho! Él les había hecho esto a ella... a ellos.

Poco a poco lo enfrentó. Viéndolo de cerca, la fatiga oscureciendo sus rasgos, la caja de seguridad comenzó a temblar, todo queriendo salir.

No. Absolutamente no. Este hombre le había prometido el mundo, y en el mismo día, *destruyó* su mundo con una sonrisa.

—No puedo estar aquí ahora mismo. —Esto era demasiado, y su herida estaba todavía muy fresca.

Trató de alejarse, pero él se aferró a su bíceps, deteniéndola. Cuando intentó liberarse forcejando, él apretó el puño.

—Por favor, Ryanne. Háblame. Déjame explicarte.

—Suéltame.

Nuevamente, apretó su agarre, como si temiera no volver a verla nunca más si la dejaba ir. —Puedo arreglar esto. Sólo tienes que darme una oportunidad.

—¿Por qué molestarse? Sólo soy una aventura a corto plazo.

—No eres *sólo*...nada—, dijo, y se acercó a ella.

Podría haber gritado pidiendo ayuda. Podría haber usado los movimientos de autodefensa que aprendió hace años. Sí, podría haberlo hecho. Pero la caja de seguridad se astilló, el dolor derramándose a través de ella, llenándola y *ahogándola*. Dolor que Jude había causado. La muerte de Earl y el abandono de su madre habían causado daños. Dolor de su infancia, cosas que creía que había superado.

Sólo con eso. Su control se hizo añicos y, con un llanto más animal que humano, golpeó sus puños contra el pecho de Jude. Ni una sola vez intentó protegerse de su ira. Se hizo más vulnerable, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura y sujetándola más cerca, aún más cerca, arrullándola como a veces ella arrullaba a los gatitos.

Si alguien intentaba acercarse, Jude les hacía un gesto para que se alejaran.

Finalmente, la fuerza de Ryanne se agotó. Con un suspiro de agotamiento, ella se derrumbó contra él, y apoyó su cabeza contra el hueco de su cuello.



Él peinó sus dedos a través de su pelo. —Lo siento. Lo siento tanto. Te tengo. Todo estará bien.

—Te perdono por la sonrisa, Jude. Pero... —Cada palabra le raspaba la garganta ahora desgarrada. —No creo que puedas reparar el daño que has hecho. No creo que podamos estar juntos.

Aunque se puso rígido, su tono permaneció suave. —Voy a hacer que cambies de opinión.

Ojalá. —No hagamos esto. Estoy cansada de discutir contigo. Estoy cansada de tu actitud de calor y fría hacia mí. Sólo estoy... cansada.

—Lo siento—, repitió. Jugó con las puntas de su pelo. —Te juro que si me das otra oportunidad, no volveré a ser frío y caliente. Sólo seré caliente.

Es fácil decirlo, más difícil hacerlo. Además, ella no quería que se quedara con ella porque se lo había prometido; quería que él quisiera estar con ella, que la admirara y la respetara.

—¿Por qué molestarse? —dijo ella, su tono igual de suave. —El tiempo se está acabando. Además, yo doy demasiado y tú das muy poco.

—Te estoy dando todo lo que puedo.

—Lo sé. —Pero no era suficiente. Ya no.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Exactamente?

Eso, ella no lo sabía. ¿Todo o nada? ¿El corazón que actualmente está en posesión de una mujer muerta?

—Todo lo que sé es que somos demasiado diferentes—, dijo ella, odiándose a sí misma, odiándolo a él. Esto duele. Esto dolía mucho. —Queremos cosas diferentes, y está bien. No somos unos fracasados por separado, sólo somos unos fracasados juntos.

—No. No lo creo. —Su azul marino brilló. —Estar sin ti ha sido el peor infierno. Contigo, no me siento como un hombre derrotado por su pasado. Me siento como un hombre con futuro.

Bonitas palabras. —Ojalá pudiera creerte. —Aunque ella quería estar acurrucada contra su pecho más que nada, se enderezó y retrocedió... ¿más libre? ¿Más ligera? —Siento haberte pegado.

—No lo sientas. Me lo merecía.

—No, no te lo merecías. —*Vete. Vete ahora.* —Bueno. Esto es un adiós.

Con el corazón golpeando contra sus costillas, Ryanne regresó a su puesto, antes de que hiciera algo estúpido, como aceptar su oferta y arruinar el futuro de ambos.



CAPÍTULO DIECISIETE

Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Nyx

LAS SIGUIENTES DOS semanas transcurrieron sin incidentes.

Ryanne se mantuvo en contacto con Jude con motivo de las reparaciones en el Scratching Post. Eran amistosos entre ellos, y era agradable, aunque desgarrador.

Ella echaba en falta lo que habían tenido antes. Sexo y risas. *Comunión.*

Es mi culpa que no estemos juntos. Él había pedido otra oportunidad, y ella lo había rechazado.

¿Había tomado la decisión correcta?

Evitaron hablar de nada que fuese personal, pero se reunieron varias veces con motivo de Savannah. Aparentemente, ella tenía un hijo, Savannah le envió a Jude por correo electrónico fotografías de su embarazo, así como cartas que Filip le había escrito cuando fue encarcelado por primera vez, preguntándole por el niño.

Dushku llevaba toda la vida del niño reteniéndolo como rehén, y Savannah ahora quería, necesitaba, ayuda. Había sido horriblemente usada y maltratada, su hijito estaba siendo criado por un monstruo. Había que hacer algo.

Jude había llamado a Savannah anoche, y los dos habían elaborado un plan. Él aparecería en la casa de Dushku esta mañana, cuando estaba programado que Savannah y Thomas estuvieran juntos. Él crearía una distracción, y ella escaparía con el chico. Daniel y Brock estarían esperando justo afuera de la propiedad de Dushku, fuera del alcance de las cámaras de seguridad del hombre, y escoltarían al par hasta la ciudad, donde los empleados de LPH Protection los llevarían a una casa segura, y trabajarían para conseguirles nuevas identidades.

Si Jude resultaba herido...

Las náuseas agitaban el estómago de Ryanne. Él había enfrentado situaciones más peligrosas en el ejército. Saldría de esta también.

Con un suspiro, acarició y besó a los gatos antes de salir de su habitación en el Strawberry Inn. Debería estar feliz. Las heridas dejadas por años de dolor finalmente estaban cubiertas por una costra. Todo por Jude.



Porque, a pesar de todo, él había estado ahí para ella cuando lo necesitaba. Porque él la había mantenido cerca, protegiéndola, mientras se desmoronaba. Sin embargo...

La idea de dejarlo, incluso durante un mes, le causaba un nuevo dolor.

No actuaré como mi madre. No malgastaré mi vida satisfaciendo las necesidades de un hombre emocionalmente distante.

Decidida, Ryanne se dirigió al vestíbulo para reunirse con Dorothea. Por algún milagro, su amiga la había convencido para que se despertara a una hora impía y fuese a correr, prometiéndole que el ejercicio despejaría la mente y el corazón de Ryanne, o alguna mierda parecida

—¿Cómo demonios te las arreglas para verte sexy llevando pantalones de yoga? —Dorothea ancló sus manos en las caderas, tratando de ocultar una gran cantidad de tensión detrás de una sonrisa. ¿Se había peleado con Daniel? —Parezco dos kilos y cuarto de carne de salchicha metida en un envase para medio kilo.

Ryanne puso los ojos en blanco. —Pareces un rayo de sol. Yo parezco muerta. —No había dormido bien desde el incendio. Cada vez que cerraba los ojos, veía a Jude corriendo hacia las llamas, sentía la misma sensación de impotencia, preguntándose si iba a perder a su hombre, a sus gatos y su negocio en la misma noche.

—¿Rayo de sol? ¡Un punto para ti! Ahora, deja de flirtear conmigo, y vamos.

Los primeros tres kilómetros, Ryanne fue capaz de seguir el ritmo. Al cuarto kilómetro, estaba empapada de sudor, jadeando y respirando con dificultad. Se detuvo en medio de un camino de tierra, doblándose por la cintura para apoyar sus manos sobre sus rodillas.

—Espera—, se las arregló para vocear. —Hospital... muriendo... ataque al corazón.

Dorothea, riéndose, retrocedió y trotó sin moverse del lugar. Sus respiraciones eran regulares, sólo un ligero brillo de sudor en su frente.

—No puedes ser humana—, refunfuñó Ryanne, y su amiga estalló en otra carcajada.

Excepto que su risa no duró mucho tiempo, la tensión que Ryanne notó antes regresó. —De acuerdo, tengo que decirte algo, pero por favor, por favor, por favor, mantén la calma, ¿de acuerdo? No sabía cuándo decírtelo, así que decidí esperar hasta que estuviéramos lejos de la posada y pudieras reaccionar cómo quisieras, sin temer que alguien te viera o escuchara.



El pánico la golpeó. El ácido se agitó en su estómago, las oleadas de náuseas casi la ahogaban. —¿Qué ha pasado? ¿Qué va mal? ¡Dímelo!

—Justo antes de que llegaras al vestíbulo, recibí un mensaje de Daniel. La carpa... —El color se filtró de las mejillas de Dorothea, dejándola del color de la cera. —En algún momento después de que cerraste anoche, alguien destrozó tu carpa y destrozó tu estacionamiento, convirtiendo la grava en un charco de barro gigante.

Lo cual significaba que no podría abrir esta noche ni ninguna otra noche por un tiempo. Probablemente mucho tiempo. Podía continuar sin la carpa, pero no podía servir a sus clientes sobre el barro. Nadie quería ensuciarse mientras merodeaba en busca de un encuentro sexual.

Dushku. Él tenía la culpa.

—Lo siento, muchísimo, Ryanne.

Las lágrimas le picaban en los ojos, y fragmentos de vidrio parecían unirse al ácido, sus náuseas se intensificaron hasta...

Allí, en el camino de tierra, vomitó el contenido de su estómago. Un vaso de agua y un plátano.

Con un grito de preocupación, Dorothea corrió a su lado. —Oh, Ryanne. Si hay algo que pueda hacer...

Una y otra vez, Ryanne había luchado contra los infames ataques de Dushku y se había levantado. ¿Pero qué le había proporcionado eso? Otro golpe devastador. ¿Por qué seguir luchando? ¿Por qué no darse por vencida, rendirse y evitarse otra derrota?

—Quiero irme a casa—, susurró. Pero no tenía un hogar, ¿verdad? Su guerra con Dushku le había costado el apartamento, temporalmente, y algunas de sus posesiones favoritas, permanentemente. El olor a humo podría limpiarse de la mayoría de los muebles, tal vez, con suerte, pero no se podía reparar los jarrones rotos y los cuadros deformados.

Su amiga la ayudó a ponerse de pie, pero el trastorno emocional resultó ser demasiado fuerte y su estómago volvió a protestar. Vomitó una vez más antes de reunir la fuerza para dirigirse de vuelta a la posada.

Cuando llegaron a la plaza del pueblo, los residentes estaban ajetreados, abriendo sus negocios durante el día. Virgil Porter y Anthony Rodríguez ya estaban fuera de Style Me Tender, jugando a las damas como de costumbre. Ambos hombres sonrieron y saludaron con la mano, luego se levantaron y se acercaron cuando notaron su frágil estado.

—Pobre Srta. Wade—, dijo Anthony. —¿Tuviste una de esas insolaciones?



—No. Esta chica está angustiada—, dijo Virgil. —Dinos qué pasa y lo arreglaremos, rapidísimo.

—Gracias, chicos, pero sólo necesito descansar—, murmuró.

Finalmente ella y Dorothea llegaron a la entrada de la posada. Dorothea abrió las puertas y Ryanne se arrastró dentro... donde su madre las esperaba junto al mostrador, coqueteando con Daniel Porter, con una maleta a sus pies.



JUDE APARCÓ EN frente de la finca de Dushku. La mejor propiedad en Blueberry Hill. Una granja de arándanos de 55 acres con una finca de ocho mil pies cuadrados. Guardias armados se paseaban por el balcón, entre ellos Anton y Dennis.

Considerando que Jude había pasado veinte minutos en la puerta de seguridad de la entrada, la pareja a la que había golpeado en el Scratching Post ya había sido notificada de su presencia. Ambos machos se detuvieron para apuntarle con sus semiautomáticas.

Adelante. Dispárame.

¿Lo peor que podría pasar? Moriría.

No era como si la muerte fuese un gran problema. Sin culpa por su parte, por fin se uniría a su familia. Considerando su estado emocional durante las últimas semanas, le vendría bien la paz.

Nunca me rendiré.

Un músculo palpitó en su mandíbula. *Lucha por vivir.* No podía, no lo haría, no dejaría que Ryanne lidiara sola con Dushku.

Si todo fuera según el plan, Savannah y Thomas estarían a salvo en media hora. Usando el libro de jugadas de Dushku en su contra, Jude había creado una distracción esta mañana temprano, entrando a hurtadillas en la propiedad y prendiendo fuego a los campos de arándanos. Toma y daca. Cualquiera otro día, la culpa lo habría matado. Hoy, Dushku había destrozado la carpa de Ryanne, y arruinado su estacionamiento, Jude había lanzado su revancha sin ningún reparo.

El fuego se había extinguido, pero el humo aún espesaba el aire, la cubierta perfecta para Savannah y Thomas. Más que eso, la mayoría de los hombres de Dushku aún estaban en los campos para mitigar el daño.



Cuando Jude salió de su camioneta, Dushku abrió las puertas de la entrada y bajó los escalones del porche. La sonrisa engreída de siempre había sido reemplazada por un fiero ceño fruncido. —Jude Laurent. ¿A qué debo esta visita?

Empieza el juego. —Me gustaría hablar contigo sobre tu destrucción de la propiedad de Ryanne.

—¿Esperas engañarme para que confiese un crimen mientras llevas un micrófono? Qué lástima. Soy inocente. —Dushku apretó una mano envejecida contra su chaquete cruzada de traje. —Si resulta que me aprovecho de su mala suerte, bueno, ella debería tener corazón. El hecho de que esté viva y sana es un verdadero milagro. Y si fuera lista, vendería el bar antes de que las cosas empeoren. ¿Y si le sucede otra tragedia?

Calma. Tranquilo.

Al diablo. *Voy a matarlo.* La rabia enturbió la visión de Jude. Mientras este hombre respire, será una espina clavada en el costado de Jude. No tenía respeto por las mujeres, por los niños o por la *vida*; razonar con él era imposible.

Con un solo golpe, Jude podría cortar su arteria carótida. Si lo alcanzaban con una lluvia de disparos en el proceso, que lo alcanzaran. Incluso herido, podría zambullirse en su camioneta y quemar goma cruzando la verja. Había sobrevivido a cosas peores.

Recuerda, no puedes ayudar a nadie si estás en prisión por asesinato.

Cierto. Clavó su peso sobre sus talones, y permaneció en su lugar. —No has conocido a tu rival, la verdad es que no estás a mi altura.

Dushku arqueó una ceja, impertérrito. —¿Eso es así?

—Traté de decírtelo antes, pero no lo entendiste. Cometiste el mayor error de tu vida cuando decidiste ir tras Ryanne Wade. Sin ella, seré libre de acabar contigo, malditas sean las consecuencias. No tengo nada más por lo que vivir. Y sin mí, mis amigos se sentirán libres de acabar contigo, que le den a las consecuencias. Se toman la venganza muy en serio. De cualquier manera, estás jodido.

Por primera vez, Jude detectó un destello de miedo en los ojos del anciano.

—Brock la ve. Ella se dirige hacia él. —Una voz familiar susurró a través de la pieza en el oído de Jude. Daniel seguía la pista tanto de Jude como de Brock, quien aparentemente había avistado a Savannah.

Él sonrió.

—¿Qué? —Preguntó Dushku.



Las puertas delanteras se abrieron de repente. Anton salió pateando afuera, con amenaza rezumando en cada paso. —¿Dónde está ella? ¿Dónde está Savannah?

—¿De qué estás hablando? —La frente de Dushku se arrugó por la confusión. —La vi hace veinte minutos.

La última vez que la había visto, Jude acababa de llegar a la puerta de seguridad. Todo estaba sucediendo según el plan.

—Ella y el chico han desaparecido. No están en su habitación—, Antón dilató las fosas nasales como un toro a punto de atacar y se concentró en Jude. —¿Dónde está ella? Dime, o ayúdame, o yo...

Dushku se movió corta y bruscamente, levantó su mano en un intento de obtener silencio. —¿Revisaste la casa?

—No toda—, reconoció Anton, su tono tenso.

—No pudo haber llegado lejos. Vete. Busca en todas las habitaciones, incluso en el refugio de tormentas. —Dushku señaló a otros dos guardias. —Tú, busca en los bosques circundantes.

Al nivelar su mirada en Jude, dijo: —Sé que tuviste algo que ver con esto.

—¿Yo? ¿Ir contra ti? —Jude arqueó una ceja. —¿Por qué me atrevería?

Dushku se acercó a él, y luego se detuvo, sus fosas nasales hinchándose. ¿Se dio cuenta de que perdería en un altercado físico? —Llevemos al Sr. Laurent adentro. Seguiremos con nuestra... charla.

Mientras los guardias caminaban hacia él, Jude sonrió y golpeó el pequeño dispositivo en su oreja. —No creo que quieras tocarme ahora mismo. Para que lo sepas, tengo al sheriff de Strawberry Valley en Bluetooth, escuchando cada palabra. —No lo tenía; tenía a Daniel, quien se había quedado callado.

Dushku apretó la mandíbula mientras Jude se subía a su camioneta, sin ningún problema. Su mirada permaneció fija en su adversario. *Tú y yo no hemos terminado.*

El viejo estaba furioso.

Jude se puso en marcha por el camino de entrada. Mientras pasaba por la puerta de la verja, Dushku en su espejo retrovisor, Daniel volvió a hablar.

—Ella nos traicionó. Brock caminó por el bosque, con la intención de encontrarse con ella, sólo para verla a ella y al niño subirse al coche de otra persona y alejarse a toda velocidad. No pudo ver la matrícula, así que no tenemos forma de comprobar quién es el dueño del auto.



Al final, ¿no había confiado en Jude? ¿O *lo* había usado como distracción? Tal vez había decidido ir con el cliente que le había dado el celular.

Un error de su parte, pero no había nada que Jude pudiera hacer al respecto ahora.

—Por cierto—, agregó Daniel, —Ryanne ha estado vomitando toda la mañana, y encima de ese pequeño sundae¹⁸, su madre apareció en la posada, causando problemas.

Ryanne... enferma...

¿Un virus? ¿O algo más siniestro? ¿Había vuelto a atacar Dushku?

—Estoy de camino. —Luchando contra el pánico, Jude pisó el pedal a fondo y aceleró hacia el Strawberry Inn.

¹⁸Helado con crema, frutas y nueces.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Nyx

NO PUEDO LIDIAR con esto ahora mismo, pensó Ryanne.

Estaba acostada en la cama, un trapo fresco cubriéndole la frente mientras los gatitos usaban su cuerpo como rascador y, oh, qué ironía.

Encima de todo lo demás, Jude estaba en la casa de Dushku, ayudando a Savannah. Tan pronto como se dio cuenta, Ryanne volvió a vomitar. Él estaba en peligro, y no había nada que ella pudiera hacer para ayudarlo. Sólo tenía que esperar.

Ahora su madre, quien la había seguido hasta su habitación, quería “ponerse al día”.

Selma no había envejecido ni un día. Su largo pelo negro no tenía signos de canas, y su impecable piel olivácea tenía sólo un ligero rastro de arrugas. Sus ojos oscuros poseían una caída sensual, y sus labios sexys prometían mil delicias.

¿Cuántos hombres de Strawberry Valley harían una maniobra de aproximación por ella?

—Mi *cariño**—, dijo Selma, sentándose en el borde de la cama. Como si no hubiera ignorado a Ryanne durante años, y su relación ya no estuviera hecha jirones. —¿Cómo puedo ayudarte?

—Puedes irte. Me siento mejor ahora, pero me vendría bien un descanso.

—Ciertamente no te sientes mejor. Odio decírtelo, nena, pero parece que alguien te sacó de detrás de un cobertizo y te disparó.

¿Emocionalmente? *Lo clavó*. Ryanne tiró el trapo sobre la mesita de noche y se sentó, mirando a su madre mientras acariciaba suavemente a William y Cameo. —¿Por qué estás aquí? Me repudiaste, ¿recuerdas?

Con las mejillas sonrojándose de vergüenza, Selma dijo: —Sólo te repudié porque me traicionaste, prefiriendo a ese hombre antes que a tu propia carne y sangre. Pero te he perdonado. Ahora podemos seguir adelante.

Ese hombre. Earl. La mejor persona que jamás haya conocido. —Habla de él con respeto, o no me hables en absoluto. ¿Está claro?



El color en las mejillas de Selma se hizo más profundo, y se movió incómoda. —Lo siento *cariño**. ¿Vale? ¿Mejor? —Cuando Ryanne asintió, ella sonrió. —Admito que estaba encantada cuando me llamaste.

Demasiado poco, demasiado tarde. Cuando Selma la repudió, Ryanne había sollozado. Estuvo de duelo. Luego se levantó con la ayuda de Earl y aprendió a vivir sin su madre.

—Sólo... vete. *Por favor*. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo? —Las náuseas por fin se habían aliviado, pero el impulso de llorar se había intensificado. Esta era su vida. No importaba lo mal que se pusieran las cosas, algo siempre puede ir peor.

—*Te he extrañado cariño**.

—¿Por eso me llamaste, me escribiste y me enviaste tantas cartas? —soltó.

Un suspiro suave. —Estaba herida y celosa, eso es todo. Amabas a ese...a Earl mucho más de lo que me amabas a mí.

—¿Tenemos que hacer esto ahora? —Ella tenía que tomar una decisión. Vender el Scratching Post a Dushku, admitir la derrota y conseguir un trabajo normal, o encontrar una manera de abrir el bar sin importar los problemas. —Necesito estar sola, necesito pensar. El bar está cerrado para hacer reparaciones, así que he estado abriendo en el patio, pero el aparcamiento es ahora un lago de barro.

—Ohhhh. Deberías invitar a los hombres a pelearse y luchar en el barro. Pagaría mucho dinero por verlo. Bueno, dejaría que un hombre pagara mucho dinero por mí para verlo.

Por supuesto, su madre pagaría para ver a la gente... la mente de Ryanne centelleó con una posible solución. Lucha de barro. O mejor aún, lucha en aceite. El aceite era más sexy que el barro, y ver a la gente luchando en el aceite les daría a los clientes una buena razón para ensuciarse.

Pagar para jugar.

Podrían poner lonas sobre el suelo. Un poco de lodo llegaría a la superficie, pero un poco era mejor que mucho. O podría hacer tanto la lucha en el barro como la lucha en aceite, llenando enormes piscinas de plástico con cualquier sustancia que ella decidiera, y cobrando a los “combatientes” diez dólares por partido. ¡Más una cuota de cobertura! Comida para pensar.

Si alguien resultaba herido y demandaba...

Hubo un tiempo en que Earl tenía un toro mecánico. Para montarlo, los clientes tenían que firmar una renuncia que liberaba al bar de cualquier responsabilidad, y tenían que firmar antes de haber tomado un solo trago. Ella podría hacer lo mismo.



—Gracias—, dijo ella, buscando su teléfono para llamar a Jude. Cuan emocionado estaría él cuando se enterara...

¿Estaría emocionado?

Sus hombros se hundieron, sus ojos le escocían. —Realmente debes irte, Selma.

—¿Selma? Soy tu querida mamá. Deberías llamarme...

—No hay tiempo para charlar. Tengo una tonelada de planes que hacer—, se puso en pie de un salto, cuidadosa con los gatitos, y empujó a Selma hacia la salida.

Abriendo la puerta, vio a Jude, dirigiéndose hacia ella, y su corazón se estremeció. ¡Gracias a Dios! Estaba vivo y parecía estar ileso.

Se detuvo frente a ella, sus miradas chocando, marrón contra azul. La preocupación le tensaba los rasgos, y los mechones de cabello rubio arena sobresalían en picos, como si hubiera intentado arrancarse un puñado o dos.

—¿Estás bien? —preguntó. —Daniel me dijo que has estado vomitando. Pensé que Dushku podría haberte... —Su voz se rompió.

¿Podría haberle qué? ¿Envenenado? ¿Y Jude se había preocupado por su salud? —No, estoy bien—, le aseguró ella, su tono gentil. —¿Cómo están Savannah y el niño?

—¿Segura que estás bien? —insistió.

—Sí.

El alivio iluminó su expresión. —No estoy seguro de cómo está Savannah. Ella eligió irse con otra persona.

¡Que! ¿Por qué? —Mientras esté a salvo de Dushku, yo soy feliz, supongo.

—¿Quién es Savannah? ¿Quién es Dushku? —Selma se abanicó la cara mientras miraba a Jude. —¿Y quién eres tú, *hermoso**?

—¡No! Absolutamente no. No flirtees—, ladró Ryanne. No con él. —Está fuera de los límites, *para siempre*. —No es que decir “fuera de los límites” haya servido de nada con su madre.

—¿Qué? —Selma movió las cejas. —Estoy soltera, todavía soy joven, y aprecio a un hombre con...

—Detente. Sólo para. —Por favor. —No quieres mis sobras, ¿de acuerdo? —¡Oh, mierda! ¿Realmente había dicho eso? Le echó una mirada de disculpa a Jude.



Parecía no sentirse ofendido. De hecho, estudió a Selma durante varios largos segundos, y sus ojos se entrecerraron en pequeñas rendijas. ¿De ira o atracción?

Por supuesto que encontraba a su madre atractiva. ¿Quién no lo hacía?

—¡Oh! Dímelo, nena. ¿Cómo era él? —Selma chocó su hombro con el de Ryanne. —Suéltalo. Empieza con cada centímetro de él cubierto y termina con él desnudo y exhausto.

¿Contarle a su madre acerca de la espectacular destreza de Jude en el dormitorio? ¡Ni de broma!

Ryanne empujó suavemente a la mujer al pasillo, al lado de Jude. Los dos se veían bien juntos. Ella apretó los dientes. —Abriré el Scratching Post mañana por la noche. —Aunque preferiría esperar hasta el final de la semana, después de haber hecho algunos planes y hablado con su abogado, tenía que sacar ventaja de la ignorancia del pueblo sobre lo que le había pasado a su estacionamiento. En lugar de compadecerla, la gente podría pensar que había creado ese lío a propósito. Por diversión. —Si decides pasarte por allí, usa ropa que no te importe ensuciar. Va a ser una noche de lucha en aceite y/o en barro.

—¿Vas a usar mi idea? —Selma sonrió y aplaudió. —Mira, *cariño**. ¡Hacemos un equipo tan bueno!

Jude aprovechó la oportunidad para entrar en la habitación y le ofreció a Selma un rápido adiós cerrándole la puerta en su aturdida cara. —¿Lucha en aceite y/o barro? —Alzó una ceja en dirección a Ryanne antes de caminar hacia la cama para abrazar y acariciar a los gatitos.

Demonios, había pasado mucho tiempo sin oír el sonido de su voz. Ahora la ronquera de su tono acariciaba sus oídos, y ella quería ronronear como los gatitos.

Y qué imagen tan gloriosa le proporcionaba. El macho alfa con una camada de frágiles felinos. Peor aún, su olor impregnaba la habitación, intoxicando a Ryanne, haciendo que su cuerpo se contrajera con añoranza. Su sangre se calentó, y sus huesos parecían comenzar el lento proceso de licuación. Una reacción que sólo él podía causar.

Mantente fuerte. —¿Tienes un problema con la lucha en aceite y en barro, o sólo con la supervivencia de mi bar?

Jude se estremeció. —Pensé que me habías perdonado por aquella sonrisa.

Lo había hecho. Realmente lo hizo. Avergonzada de sí misma por arremeter contra él una y otra vez, le respondió, —Tienes razón. Lo siento. No tengo excusa para mi comportamiento. Excepto por todas las excusas



que tengo. Mi madre, vomitar un millón de veces y el último complot de Dushku contra mí.

—Estás perdonada. Y te prometo, Ryanne, que *nunca* querría que tu casa o tu sustento fueran destruidos. Si no puedes confiar en mí para nada más, por lo menos confía en mí en eso.

El impulso de saltar a sus brazos, de agarrarlo y nunca soltarlo, la bombardeó. Le siguió el impulso de usar su pecho como saco de boxeo. Qué ligera y libre se había sentido la última vez. El impulso de caer de rodillas y llorar, nada de reír, nada de llorar, llegó por último y perduró.

¿Qué demonios estaba *mal* con ella?

Nunca había sido tan emocional. Era solo que... Jude era tan dulce, estaba tan preocupado por ella.

Bueno, ella decidió resistirse a él románticamente, así que sería mejor que empezara a resistirse. No sólo cuando le resultaba fácil, sino especialmente cuando le resultaba difícil... tan maravillosamente difícil.

¿Mirando fijamente a su bragueta? Mala, Ryanne. ¡Mala!

Malo Jude. Esa bragueta crecía... y crecía...

—Quiero que tu bar tenga éxito—, dijo, su voz humeante y ronca ahora, —y creo que la lucha en aceite es una gran idea. Pero has estado enferma. Deberías estar en la cama, no planeando un evento importante.

—*Estaba* enferma. Como puedes ver, ya estoy mejor. —Sin la depresión y el sentimiento de derrota aplastándola, su energía regresó y su estómago se asentó completamente. —Y tengo muchos planes para supervisar, así que...

—Yo te ayudaré. Dime lo que quieres que haga, y me encargaré de ello. Tú descansarás. —Mientras hablaba, llevó los gatitos al baño, dos a la vez. Hoy tenía una ligera cojera, y eso tiró de su corazón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ryanne.

—Dándonos un poco de privacidad.

Ella tragó. —¿Porque temes que los gatitos chismorreen acerca de nuestra conversación? —A solas o entre una multitud, eso no importaba. Nada iba a pasar hoy. Probablemente.

—Porque no quiero corromper sus inocentes ojos.

—Por favor, dime que estás pensando en asesinarme. —Contra eso, podría pelear. Si la besaba...

—Algunas personas consideran el placer como un arma.

¡Caca en un palo!



—Todo lo que tienes que hacer es resistirte a mí—, dijo él, —y me detendré.

Eso. Ese era el problema. *¿Podría?*

—Queremos cosas diferentes, Jude.

—Nos queremos el uno al otro, Ryanne. —Cuando Belle se unió a sus bebés, cerró la puerta del baño y se acercó a Ryanne. Ésta perdió el aliento y retrocedió. La salida bloqueaba su retirada. Su corazón comenzó a latir con más fuerza, más rápido, y el aire crepitó con el reconocimiento.

Con sólo un susurro, Jude dijo, —Mi cuerpo anhela el tuyo cada momento de cada día. ¿El tuyo anhela el mío?

La esperanza y la congoja en su tono la destrozaron. *¡Resiste!* —Los anhelos no siempre son buenos para nosotros.

Desvergonzado, se adelantó. —Siempre me recuerdas a la tarta de fresa. Eres la delicia más sabrosa de la ciudad. —Sus mejillas acariciaron las mejillas de ella, su barba raspando su sensible piel. —Del mundo entero.

Ablandándose...

Arriba el ánimo. Mantente fuerte. Ryanne alzó la mano para empujarlo... pero terminó enroscando sus dedos en torno al cuello de su camiseta. Era deliciosamente musculoso, duro y caliente, y ella era débil y estaba necesitada, los temblores dando saltos a lo largo de su espina dorsal.

Jadeando, ella se encontró con su mirada. Para su deleite, él también estaba jadeando.

—Te necesito, Ryanne, y tú me necesitas. Dame la oportunidad de demostrártelo.

—No deberíamos...

—Oh, pastelito. Deberíamos.

El apelativo cariñoso debilitó sus rodillas, como siempre, pero el tono rasposos que usó... puro deseo sin adular.

Permanece. Fuerte. —Quería... Quiero decir, debería haber... Esperaba... —¡Argh! —Lo que sea. Lo intentó y falló. Ahora lo disfrutaría. —No puedo resistirme a ti—, admitió, y el triunfo convirtió sus ojos azul marino en zafiros. —Pero esta es la última vez. Esto es un adiós. —El broche final para los dos.

Ahora sus ojos se oscurecieron. —Esto no es un adiós. Nunca te diré adiós. Esto es un hola. —Antes de que ella pudiera protestar, sus labios se estrellaron contra los de Ryanne, su lengua empujándose en su boca.



Se derritió contra él, dándole la bienvenida, besándolo como si su vida dependiera de ello. Y en cierto modo, lo hacía. Esto *era* un adiós. Por mucho que le doliera, estarían mejor como amigos.

El dulce sabor de Jude invadió sus sentidos. No, no sólo los invadió. Los eclipsó. Él era pura agresión, un guerrero conquistador, decidido a tener a su mujer. Su premio.

No soy su mujer ni su premio. Constance lo es. Constance siempre lo será.

Pero aquí, ahora, por este breve momento robado, él le pertenecería a Ryanne.

—No te detengas—, dijo ella con voz ronca.

Él no necesitó más estímulo, abriendo la cinturilla de sus pantalones, empujando el material a lo largo de sus piernas, junto con sus bragas empapadas. De rodillas, la devoró, rindiendo homenaje o súplica, o ambas cosas, arrancando gemido tras gemido de ella. Gemidos por los que él pagó en especie.

Las piernas de Ryanne temblaban y sus uñas se clavaron en su cuero cabelludo mientras su lengua se movía, poniéndola en un estado frenético, donde sólo importaba el placer. Alzó las manos para jugar con sus pechos, tirando de sus pezones y volviéndola mucho más loca. Justo cuando ella estaba a punto de romperse en mil pedazos, él se detuvo y se puso de pie.

¡Argh! —¡Jude!

—Aún no. —Se desabrochó los pantalones y bajó su ropa interior por debajo de los testículos, liberando su enorme erección.

Una nueva inundación de excitación se acumuló entre sus piernas. La levantó, la obligó a enredar sus tobillos detrás de su cintura...

Y luego la besó de nuevo, dejando que se saborease a sí misma en sus labios. Entonces, oh, entonces, él se enterró de golpe en su interior.

El placer la consumía; el orgasmo más intenso de su vida. La derribó y volvió a encumbrar. Gemidos y maullidos fluyeron de sus labios, prácticamente una canción. Algo fue diferente esta vez... algo... ¿qué? *No puedo pensar*. Mientras él se bombeaba adentro y afuera de ella, más fuerte, más rápido, ella tuvo que morder el cordón entre su cuello y su hombro para contener un grito.

El orgasmo continuó construyéndose... y construyéndose... hasta que un segundo clímax explotó a través de ella.

Mientras Ryanne se contraía y se des-contraía en torno a su longitud, Jude se unió a ésta, gritando su nombre, gruñendo, y luego temblando contra ella mientras disparaba chorros dentro de ella.



Sus hombros se hundieron, y él se inclinó contra ella, presionándola más firmemente contra la pared. Su corazón corría en sincronía con el de ella, las bocanadas de la respiración de ambos fluyendo juntas.

Durante un buen rato, ninguno de los dos habló. ¿Demasiado temerosos de arruinar el momento?

Las piernas de Ryanne temblaban y finalmente se deslizaron hacia abajo, más abajo. Olas de tristeza la invadieron mientras sus pies descansaron sobre el suelo. ¿Era esta realmente la última vez que estaba con Jude?

Éste se enderezó, apartándose de ella, cortando el contacto, y ella finalmente se dio cuenta de lo que había sido diferente. No llevaba condón. Por primera vez, no había sido híper-vigilante con respecto a la protección.

Tal vez estaba listo para llevar su relación al próximo...

¿Qué estás haciendo? ¡Para! Esa línea de pensamiento sólo la conduciría a otro fracaso.

—No tienes que preocuparte por tus pequeños nadadores, si acaso alguno sigue activo. —A pesar de que esta mañana vomitó su anticonceptivo, acababa de tener una regla. Había sido más ligera de lo habitual, y más corta para empezar, pero había sido un periodo igualmente.

Inhaló, como si se hubiera olvidado de la barrera de látex.

¡Ves! No estaba preparado.

—Quiero quedarme aquí contigo—, dijo mientras se arreglaba la ropa, —pero me iré si me dices que me vaya.

Demasiado vulnerable para negociar. Temblorosa, se vistió. —Yo... sí. Vete. —Quédate. —Quiero estar sola. Gracias por entenderlo.

—Ryanne.

—No. —Lágrimas no deseadas le quemaban en los ojos mientras ella lo empujaba hacia el pasillo. —Adiós, Jude.

Mientras cerraba la puerta, su mirada permaneció fija en la de ella hasta el último momento posible, sus facciones pálidas, rompiendo lo que quedaba de su corazón. Al final, creyó oírle susurrar: —Hola, Ryanne.



CAPÍTULO DIECINUEVE

*Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Maxiluna*

LOS VITORES HACIAN ECO A TRAVÉS de la noche. Tres ciudades rivales habían venido para participar en el enfrentamiento final. Strawberry Valley, Blueberry Hill y Grapevine. En tres piscinas de plástico diferentes, los ciudadanos se desafiaban entre sí a guerras de aceite. Otros miraban.

Jude se había puesto una bota especial para proteger su prótesis del barro y del aceite. Se quedó a un lado, listo para entrar en acción si alguien se ponía demasiado exaltado, o Dushku golpeaba. El hombre tenía que estar furioso por lo de Savannah y Thomas, por no mencionar el ingenioso plan de Ryanne. Una verdadera historia de convertir limones en limonada.

Hasta donde Jude sabía, el Scratching Post nunca había atraído a tanta gente. Incluso Glen Baker, el tipo que casi le dio su número a Ryanne en la fiesta de compromiso de Daniel, había venido.

Jude había comprobado sus antecedentes. Como Glen había admitido a Ryanne, había perdido su trabajo recientemente. Lo que no le había dicho: estaba siendo investigado por robarle a la compañía.

Si ponía sus dedos largos cerca de Ryanne, los perdería.

Sutter y las camareras se hacían cargo de la muchedumbre, mientras la “especialista de bocadillos” Caroline Mills caminaba con una canasta en los brazos, vendiendo sándwiches envueltos en plástico.

Jude estaba feliz por Ryanne y su éxito. No estaba feliz por sí mismo.

Había tenido un sexo alucinante e inolvidable con ella, como un drogadicto que necesitaba otra dosis. Él había sufrido tanto por tanto tiempo; ella le ofrecía euforia, y luego se llevaba la euforia lejos. Ahora estaba nervioso. *Desesperado.*

Verla todos los días y no tener la libertad de besarla, tocarla y abrazarla era peor que recibir una cuchillada en el pecho.

Hola.

Adiós.

Sólo se había estado engañando a sí mismo. Ryanne podría quererlo, pero ella no quería quererlo. Sus roles se habían invertido. Ella luchaba contra su atracción por él de la forma en que él una vez luchó contra su atracción por ella.



Él lo odiaba, pero ¿qué podía hacer? Había dañado su relación irreparablemente.

Sería mejor que regresara a Midland. Strawberry Valley le ofrecía un tormento prolongado, nada más. ¿Qué pasaría el día que Ryanne decidiera salir con otro hombre? Tiempo de prisión, eso es lo que pasaría.

Así que, decisión tomada. Tan pronto como se ocupara de Dushku, Jude se mudaría a Texas. Carrie y Russ estarían encantados.

Daniel y Brock estarían molestos, pero lo entenderían.

—Deberías estar en uno de esos rings, muchachote. —Selma se le acercó y meneó esas cejas perfectamente depiladas. —Me encantaría ver tus movimientos más sucios.

¿Coqueteando con él? *Tienes que estar bromeando.* Era una mujer hermosa, y él podía ver de dónde había conseguido su sensualidad innata Ryanne, pero lo único que él quería hacerle a Selma era sacudirla. Debería haber cuidado mejor de su única hija.

Como si tuviera autoridad para juzgar.

—Por favor, no intente ligar conmigo, señora. Estoy saliendo con su hija.

Ella movió un dedo en su cara. —No te atrevas a llamarme señora. Soy joven. Vibrante.

—Y está negándose a reconocer los hechos.

—*Es igual.* Sé todo sobre tus aventuras sexuales con mi chica. Pero dime esto, macho man. ¿Te ha prohibido divertirse cuando no están juntos?

En el momento justo, alguien en el ring gritó: —Tengo barro en las botas y aceite en la raja del culo. Necesitaré una manguera de goma para sacarlo todo.

—Excusas, excusas—, gritó alguien más. —Admítelo. Sólo esperas un poco de acción en la puerta de atrás.

Risas y carcajadas se mezclaban, atravesando la noche.

—Anoche le di a tu madre acción por la puerta de atrás—, fue la respuesta. —Pero no había nada *pequeño* involucrado en esa acción.

Silbidos y gritos ahora.

—No me interesa divertirme—, le dijo Jude a Selma. —Estoy aquí para proteger a su hija de hombres muy malos.

Ella soltó un *hmmm*. —No actúes como si te importara el bienestar de Ryanne. Conozco a los de tu tipo, y sé que no es cierto. La quieres en tu cama hasta que te canses de ella.



Le dolía la mandíbula mientras le rechinaban los dientes. —Un hombre no se cansa de Ryanne Wade. Un hombre se vuelve adicto. —Y esa era la verdad.

Selma le miró boquiabierta como si nunca hubiera oído palabras más ridículas. —Si eso es cierto, ¿por qué estás *medio saliendo* con mi hija y no saliendo definitivamente con ella? ¿Por qué no le pusiste un anillo en el dedo? ¿Por qué parece miserable cada vez que mira en tu dirección?

—Ella tiene un plan para su vida, y yo no soy parte de él.

¿Viajaría con ella si se lo pidiera? No estaba seguro. La idea de ver el mundo sin sus niñas lo destrozaba. Pero también lo destrozaba la idea de una vida sin Ryanne.

¿Vida? ¿Cómo un compromiso a largo plazo?

¿Estaba preparado para eso? Es lo que Ryanne quería. Al menos, eso sospechaba. Algunas de las cosas que había dicho...

Queremos cosas diferentes. Ella lo mencionó dos veces. Él quería una relación temporal. Ella quería... ¿una permanente?

¿Por qué molestarse? El tiempo se está agotando. Una vez más, tuvo que preguntarse si ella quería más tiempo con él.

La última vez que mencionó su “aventura a corto plazo”, su tono había sido melancólico.

—Hacer planes, apesta. —Selma se paró frente a él para darle unas palmadas en la mejilla. —He oído rumores sobre ti. El viudo gruñón sin familia y sin pierna. Pobre de ti. Qué pena. Pierdes mucho tiempo compadeciéndote de ti mismo, ¿no?

La ira lo escaldó. Cuán fácilmente hablaba ella de traumas que le habían cambiado el espíritu, el alma y el cuerpo. —Lloro mi pérdida—, soltó.

—Por favor, muchacho. Tienes miedo.

La ira se convirtió en furia, precipitándose por sus venas, quemando todo a su paso. Un humo oscuro parecía llenar su mente. —No me conoce. No sabe una *mierda*.

—Por favor. Ilumíname, entonces.

Se negó a continuar con su intercambio ni un segundo más, apretó los labios y permaneció en silencio, mirando fijamente a lo lejos. ¿Él? ¿Incapaz de superar sus miedos? No. Demonios, no.

Tal vez.

Maldita sea, no. Lloraba la pérdida de su familia, algo que esta mujer no podía entender posiblemente.



—Me casé con un hombre como tú, ya sabes—, dijo, sin tener idea de a qué bestia estaba provocando. O simplemente no importándole. —Me rompía el corazón todos los días, y no le desearía lo mismo a mi peor enemigo. Bueno, tal vez se lo desearía a Edna Mills. Fuimos vecinas una vez, y se negó a que Caroline jugara con Ryanne, porque pensaba que yo intentaría robarle a su marido. Como si quisiera tener algo que ver con su solomillo de tercera. Yo tenía un filete de primera.

—Te acostaste con los novios de Ryanne. No te llamaría exactamente selectiva.

—Ciertamente no me acosté con esos chicos. Los probé *ofreciéndoles* sexo. Hay una diferencia. Nunca tuve la intención de seguir adelante, no obstante. Sólo quería asegurarme de que seguirían siendo fieles a mi chica. ¿Y adivina qué? No *serían* fieles. Pero sabía que Ryanne no me creería a menos que viera su traición con sus propios ojos. Era demasiado confiada.

Ahora no confiaba en nadie. —¿Es eso lo que estás haciendo conmigo? ¿Poniéndome a prueba?

Su siguiente sonrisa era mordaz. —Para que lo sepas, si lastimas a mi niña, te cortaré las pelotas y las usaré como pendientes. —Finalmente, ella se fue.

—No actúes como si ella te importara—, le voceó. —No la protegiste exactamente cuando era una niña. ¿Qué te hace pensar que puedes protegerla ahora, después de ignorarla todos estos años?

Con la espalda rígida, se detuvo y le miró por encima del hombro. —Tal vez no fui la mejor madre, pero estoy decidida a compensar el pasado. Por todo lo que he oído, has sido bueno para Ryanne. Por todo lo que he visto, ella todavía te quiere. Pero va a ser necesario algo más que el deseo físico si los dos, muchachos alocados, van a tener un felices-para-siempre.

Felices-para-siempre.

Para siempre.

Selma no había terminado. —Ella amaba a Earl con todo su corazón, y tú me recuerdas a él. El bastardo más chiflado que haya nacido. Mientras ella se apegue a él como pegamento, más huye de ti. Me pregunto por qué.

Durante la próxima hora, las palabras de Selma asolaron a Jude. ¿Por qué Ryanne había amado a Earl, el “bastardo más gruñón que jamás haya nacido”? ¿Por qué se había quedado con él, pero no con Jude?

Earl le ofrecía seguridad, confianza, le dijo una vez.

Seguridad. Confianza. Exactamente lo que Jude también ofrecía. Entonces, ¿por qué estaba teniendo tantos problemas para atraparla?



Aunque, si Jude hubiera ofrecido sólo la mitad de seguridad y protección, y sólo temporalmente, no hubiera ofrecido nada más que trivialidades. En una relación como la de ellos, él tenía que ofrecerle todo lo que era, todo lo que sería, y tenía que ofrecerle un para siempre o mejor hubiera sido abandonar.

Para siempre. Felices-para-siempre.

La vida. Un compromiso a largo plazo.

Tal vez Selma estaba loca de remate y no sabía nada acerca de su hija. Pero claro, Jude claramente tampoco sabía nada.

Durante mucho rato, observó a las parejas que le rodeaban. Algunos se tomaban de la mano. Otros se reían juntos. Unas cuantas miradas apasionadas compartidas. Un menor número discutían sobre esto o aquello, pero todos presentaban un frente unido. Dos hacían uno. La envidia lo abrazó, acariciándolo como a un amante largo tiempo perdido. Había tenido ese tipo de vínculo con Constance, lo extrañaba –a ella- cada día. Pero la verdad era que su pérdida ya no le dolía tanto.

Por mucho que Ryanne lo hubiera atormentado, ella le había ayudado a aliviarlo.

Brock y Daniel se fijaron en él, y se acercaron con cautela, como si estuvieran intentando domesticar a un animal salvaje.

—Vale, ya basta—, dijo Brock. —No puedes seguir así. Quieres a tu chica, así que ve a buscarla.

—Tienes la oportunidad de ser feliz—, dijo Daniel. —¿Por qué abrazar tu miseria cuando puedes abrazar a tu chica?

Navajas de afeitar parecían rasgar sus entrañas. Estos tipos tenían buenas intenciones. Querían lo mejor para él, pero recordaban al viejo Jude. El tipo que sonreía y hacía bromas, que solía mirar fijamente a las estrellas, que se consolaba por el hecho de que las mismas estrellas miraban a sus chicas.

Ojalá pudiera ser el mismo hombre para Ryanne que fue para Constance. Cada vez que estaba de permiso en casa, preparaba comidas sorpresa para Constance. Le había hecho regalos. Una vez ella había admirado una almohada bordada de cuentas en un programa de TV y él la había recreado. Innumerables veces, él había cortado flores del jardín de su archienemiga, una anciana viejita que vivía en su vecindario.

Nunca había hecho nada amable o romántico por Ryanne, y ese pensamiento de repente le molestó. Ella era un premio, y se merecía ser tratada como tal.



¿Por qué había dejado de luchar por ella? ¿Porque ganarla sería difícil, si no imposible? Y qué demonios. ¿Porque querían cosas diferentes? ¿Acaso sabía lo que quería?

Deja de intentarlo y empieza a fracasar.

En realidad, deja de *hacerlo* y empieza a fracasar. *Intentar* nunca hizo nada por nadie, excepto proporcionarle al que lo intenta mil excusas para hacer un trabajo de pena. Si Jude seguía luchando, corría el riesgo de volver a lastimarse. Entonces. El infierno. Y qué. A pesar de todo, estaba herido. ¿Qué tenía que perder?

No tenía que regresar a Midland en un futuro próximo, o nunca. Y Ryanne aún no se había ido a Roma. Todavía había tiempo para ofrecerle un romance.

Una chispa de excitación cobró vida en su interior. Pensó en todas las veces que Ryanne le había mandado mensajes de texto pidiéndole que hiciera alguna cosa con ella. Pensó en las palabras que una vez le había dicho con voz ronca. *Finalmente nos divertimos juntos.*

Así pues, ella anhelaba divertirse...con él. No había hecho ningún intento de entretenerla, pero eso cambiaría. Esta noche.

—Voy por ella. Si no me la gano, no será porque dejé de luchar.

—Ya era hora. —Daniel le dio una palmadita en el hombro.

Brock estaba demasiado ocupado mirando a Lyndie como para prestarle más atención a Jude. Ella estaba bajo una luz halógena, hablando con un hombre que Jude nunca había conocido. No en persona, al menos. Pero Dorothea conocía al tipo. Jonathan Hillcrest. Un profesor del Strawberry Valley High. Hace unos meses, Daniel le pidió a Jude que hiciera una investigación de antecedentes de todos los que habían interactuado con la guapa dueña de la posada.

—Sigue tu propio consejo, tonto—, dijo Jude, dándole a su amigo unas palmadas en el hombro. Luego se puso en movimiento, decidido a ganar su premio.



—SUEÑO CON EL día en que un hombre me mire de la manera en que Jude Laurent te está mirando a ti—, dijo Lyndie tan pronto como Jonathan Hillcrest se fue. Puso una mano sobre su corazón y suspiró.



La dulce muchacha había optado por quedarse en el patio con Ryanne, vendiendo toallas, refrescos, cervezas y CockaMoons. Aunque Ryanne había obtenido una autorización de catering que le permitiría vender alcohol en su estacionamiento también, ella había decidido acogerse a los parámetros de su licencia y vender dentro de los límites del Scratching Post lo que es lo mismo, la planta del piso inferior por dentro y por fuera. Más vale prevenir que lamentar con Dushku cerca.

—¿Cómo me está mirando? —*¿Como si me quisiera?* Los temblores se apoderaron de Ryanne mientras recogía cinco dólares del tipo en la fila y le entregaba una cerveza. —¿Cómo te está mirando Brock a ti?

—Brock no es... Él no... Deja de intentar distraerme. Jude te está mirando como si fueras más brillante que las estrellas.

¿De verdad?

No te vuelvas hacia él. No te atrevas a volverte hacia él. Otra vez no. Cada vez que ella le echaba un vistazo, él la *había estado* mirando fijamente con una mezcla de añoranza y pesar, hambre y desesperación, y las mismas sensaciones habían surgido en *ella*.

La locura tenía que terminar.

¿Quizás ella necesitaba decir adiós otra vez?

No, absolutamente no. Puede que él la quiera, pero nada había cambiado entre ellos. Cuanto más tiempo pasara con él, más daño le haría cuando se separaran. Así que, no más hola/adiós. No más Jude, y punto.

¡Uau! Estás yendo demasiado lejos. Él la había ayudado con los festejos de esta noche. Había sido entusiasta e incansable, haciendo cualquier cosa y todo lo que ella le pedía, todo ello sin quejarse.

Así que, más Jude, pero no más hola/adiós. Ella entraría en terapia de choque, tratando su atractivo carnal como si fuera cualquier otro tipo de adicción. Seguro, probablemente tendría que soportar los efectos de la abstinencia. Los temblores, el mal humor no provocado, demonios, tal vez más vómitos. Se había enfermado de nuevo esta mañana, pero los dolores de estómago habían disminuido cuando se había duchado con una ducha caliente y vaporosa.

—Oh-oh—, dijo Lyndie. —Entrando.

Ryanne se tragó un gemido mientras el olor a ron con especias le llegaba a la conciencia. —No te atrevas a irte...

—Les daré a los dos un momento. Lo siento, pero no lo siento—, dijo su amiga, lanzándole un beso por el aire y largándose a toda prisa.

¡Traidora!



Haciendo todo lo que podía para prepararse mentalmente para la belleza de Jude Laurent, Ryanne se giró.

No estaba preparada.

El pelo rubio colgaba entre ondas enmarañadas alrededor de su rostro con cicatrices, y la barba de veinticuatro horas de su mandíbula brillaba bajo la luz. Llevaba una camiseta negra, sus músculos en perfecto despliegue he-man. Sus pantalones vaqueros rasgados ceñidos sobre sus piernas. Botas de goma de color azul se extendían sobre sus rodillas y estaban cinchadas apretadamente para evitar que el barro o el aceite le entraran a la prótesis.

Ella tragó. —Hola, Jude.

—Hola, pastelito.

Pastelito otra vez. ¿Y por qué no se había dado cuenta de que la palabra *hola* en sus labios cicatrizados la haría temblar para siempre?

—Por cierto, prefiero vaquero—, dijo él.

Qué lástima. Lo había llamado vaquero porque planeaba montarlo hasta la puesta del sol. —Te llamaré Jude, y eso es todo.

—Lo entiendo. Preferirías referirte a mí como el elogiado.

Adoptó una expresión impasible, el humor seco en todo esplendor - humor que tan raramente había mostrado antes- y ella tuvo que cortar su resoplido.

—¿Sabes por qué te llamo pastelito? —Se paró cerca de ella, con la cabeza inclinada para poder susurrarle al oído. Ninguno de los clientes a los que servía tenía idea de lo que se decían el uno al otro.

—Porque huelo y tengo sabor a fresas—, murmuró, su corazón revoloteando.

—Porque el pastelito es más dulce cuando está cubierto de crema.

Sus ojos se abrieron de par en par. No había manera en la tierra verde de Dios de que Jude Laurent se hubiera referido a su excitación.

—Me gusta *mucho* tu crema—, ronroneó.

Le gustaba. Realmente le gustaba. El placer sonrojó sus mejillas. También le había hecho un cumplido que no había tenido que pedirle. Y uno tan sucio que casi le derretía los huesos.

—Iba en serio lo que dije antes. ¿No funcionamos bien juntos? —¿Una pregunta ahora?

—Gracias por preguntar. Sí funcionamos, y me gustaría tener la oportunidad de demostrártelo. Como tu novio a largo plazo.



¿Novio? ¿A largo plazo? Las palabras resonaban en su cabeza mientras su corazón se desbocó con un latido irregular. —¿Eres una réplica de Jude? ¿Qué le pasó a mi Jude?

Sus párpados se volvieron pesados en un instante. —¿Tu Jude?

El rubor se extendió a la velocidad de la luz. —Cierra el pico. Eso fue un desliz de mi lengua, nada más.

—Bueno, siempre me gusta cuando tu lengua se desliza sobre mí. Me gusta *mucho*. A propósito—, agregó, antes de que ella tuviera la oportunidad de responder, o de fundirse en un charco de viscosidad. —Acepto tu desafío.

Moviéndose más rápido de lo que los reflejos de Ryanne podían bloquear, la echó sobre su hombro como un saco de patatas.

Ryanne chilló y, entrando en una especie de shock erótico, golpeó sus puños contra su espalda. —Bájame en este instante, neandertal. —*Sexy bestia*. —Estoy trabajando.

—Designé a Brock. Él venderá las bebidas y las toallas. —Jude siguió avanzando a pasos agigantados, maniobrando entre la multitud. Cuando llegó a una de las piscinas, gritó: —¡Todos afuera!

Un nuevo coro de vítores sonó. Jaleos y silbidos resonaron. La gente exclamaba:

—¡Mójala, Jude!

—¡Nuevas reglas, toda la ropa debe quitarse!

—Derribalo, Señorita Ryanne. Las chicas gobiernan, y los chicos babean.

Esa voz que ella reconoció. Loner. Éste ahora trabajaba como asistente a tiempo parcial de Brett, y había venido esta noche para mostrarle su apoyo.

—Jude—, entonó Ryanne. —No te atrevas. Si lo haces, yo personalmente...

Con un encogimiento de hombros, la arrojó al aceite. Una espesa mucosidad pringó su camisa y sus pantalones, empapando rápidamente el material y mojando su piel. Balbuceando, intentó ponerse de pie, se resbaló, consiguió recuperar el equilibrio, y luego resbaló de nuevo cuando Jude sonrió. El aliento salió en una explosión de sus pulmones cuando su trasero golpeó el suelo.

Jude se rio, se rio de verdad.

No queriendo que él se escapara de su ira, ella actuó rápidamente, lanzándole dos puñados de aceite. La sustancia salpicó su cara y goteó sobre



su pecho. Escupió una vez, dos veces, y luego la miró con una falsa mirada airada, pero sus ojos azul marino brillaba de diversión.

Primero una risa. Ahora felicidad genuina. ¿Quién era este hombre?

Estar sin ti ha sido el peor infierno.

Él se metió en la piscina, pero Ryanne no le dio tiempo para orientarse. Permaneciendo en el suelo, batiendo inocentemente sus pestañas, le sonrió con una sonrisa malvada, e hizo un barrido con su pierna, golpeándole ambos tobillos. Jude se cayó sobre su trasero, aterrizando justo al lado de ella.

Ella debería saltar y huir, nunca mirar atrás. Este era Jude, y las cosas malas pasaban cuando estaban juntos... cosas tan malas y traviesas. Pero ella tenía que derrotarlo en *algo*.

Jadeos de horror sonaron fuera de la piscina.

—¿Pateó Ryanne a nuestro Jude? —Alguien exclamó. —¿No sabe que está discapacitado?

—Es más grande y fuerte que cualquiera de vosotros—, Ryanne voceó enseguida.

Jude le sonrió. Una sonrisa sin reservas. Una sonrisa *radiante*. Por dentro, ella se derritió.

¡Resiste!

—Sólo por eso—, dijo él, —consideraré dejarte ganar.

Lo haría, ¿verdad?

Ryanne se puso de pie, de algún modo logrando cierta estabilidad, y caminó hacia él. Él alzó los brazos por encima de su cabeza y se quitó la camiseta, mostrando un pecho que para siempre protagonizaría sus fantasías. Las espectadoras femeninas aclamaron. Mientras Ryanne vacilaba, -y de acuerdo, sí, se lo comía con los ojos-, se quitó uno de sus brazaletes de cuero, revelando un tatuaje de una fresa debajo.

—No iba a mostrarte esto, pero... —Se encogió de hombros. —Un hombre tiene que usar cualquier arma que tenga en su arsenal.

Ella jadeó. Una fresa. No por la ciudad... ¿sino por ella?

¡Le importo!

—Me encanta—, susurró.

—Bien. —Lanzó su brazo, usando su camisa mojada como látigo. Su extremo se envolvió alrededor de la muñeca de Ryanne, arrancando otro jadeo de ella. Tiró, forzándola a resbalar hacia él. En un instante, tenía sus muñecas atadas y envueltas alrededor de su fuerte cuello.



Antes de que ella tuviera tiempo para procesar lo que él había hecho, la empujó hacia abajo. Cerniéndose sobre ella, golpeó con la palma de su mano junto a su sien una, dos, tres veces, salpicando aceite por todas partes.

—Ella está fuera—, gritó, y luego le regaló otra sonrisa.

Vitores. Un anunciador gritando: —Ding, ding, ding. Tenemos un ganador. ¡Jude Laurent!

—Jude, tienes que enseñarme ese movimiento—, suplicó Cooter Bowright.

Ryanne miró a su bello captor. —Pensé que me ibas a dejar ganar.

—No, dije que consideraría dejarte ganar. Lo consideraré, y pensé que sería una mala idea. Ya eres demasiado guapa y mandona. No necesitamos añadir engreída a la mezcla.

En serio. ¿Quién era este hombre?

Bueno, quienquiera que fuese, ella necesitaba aprender una valiosa lección. Si te metes con un toro, agárrale los cuernos.

Ryanne deslizó las piernas entre sus cuerpos, una tarea fácil considerando que ambos estaban cubiertos de aceite, y aplanó los pies sobre el pecho de Jude. Agarrando sus muñecas para mantener el control, ella pateó sus piernas verticalmente y lo mandó volando sobre su cabeza. Sólo entonces se dio cuenta de que él estaba riéndose mientras aterrizaba sobre su espalda detrás de ella. Ella forcejeó para ponerse de rodillas y gateó hacia él.

Uno, dos, tres, palmeó con su mano junto a la sien de Jude, salpicándole aceite en la cara.

—*Él está fuera*—, dijo ella con una sonrisa.

Primero se quedó perplejo mirándola. ¿Sorprendido de que ella tuviera movimientos tan taimados, y de que su columna vertebral estuviera aún intacta? Luego se rio. A pleno pulmón, una risa nada contenida. Sus ojos se entrecerraron en las esquinas, y todo su torso retumbó. Era tan hermoso, como una obra de arte que personificaba la felicidad. Ella se quedó encima de él, totalmente aturdida. Siempre había sido sexy y hermoso, pero ahora también era... *devastador*.

Su mirada se encontró con la de ella, y aunque su risa se desvaneció, su sonrisa permaneció. —Gracias. No me había reído así en... nunca.

—¿Quieres decir que no te reíste así con Constance? —Tan pronto como la pregunta se le escapó, se mordió el labio, deseando poder retirar las palabras.



Respondió después de la más mínima vacilación, rascándose el mentón y diciendo: —Bueno, ella nunca me dio una paliza.

—¡Oye! Yo no te di una paliza.

—Mi relación con ella era diferente a mi relación contigo—, continuó. —Fuimos padres tan jóvenes, la mayor parte de nuestra atención se dedicó a nuestras hijas. Tú y yo somos toda *diversión*.

A Ryanne se le aflojó la mandíbula, la comprensión golpeándola con la fuerza de un bate de béisbol. Jude Laurent acababa de compartir información personal sobre su esposa, sin reservas, ni arrepentimiento. Y admitió que se divertía con Ryanne.

Jude le dio un suave y dulce beso en la mejilla. —¿Quieres decirme adiós? Me he encariñado con tu método. —Mientras ella balbuceaba en busca de una respuesta, él le dio otro beso. —Eres importante para mí, pastelito. Tú y yo...queremos lo mismo, y voy a demostrártelo.



CAPÍTULO VEINTE

*Traducido Por Fangtasy
Corregido Por Maxiluna*

AL MEDIO DEL DÍA SIGUIENTE, Jude había creado una guarida en su cama. Todo lo que necesitaba lo rodeaba. Almohadas. Botellas de agua. Una bolsa de patatas fritas cortadas a mano que había cogido del bar. El álbum de bebé. Bolígrafo. Portátil. Estaba en casa. Su verdadero hogar. El que compartía con Brock, pero que tan raramente había visitado últimamente, eligiendo en cambio pasar sus noches en el Strawberry Inn, donde podría estar cerca de Ryanne, aunque estuvieran separados por muros.

Anoche, después de luchar con ella, había regresado a la cabaña para darle a Ryanne tiempo para pensar en todo lo que había dicho. Porque era un caballero. A veces. Y porque se había estado escondiendo de la vida demasiado tiempo.

Había estado agitado y dando vueltas toda la noche, su mente alborotada. Finalmente, supo lo que tenía que hacer.

Hoy, mataría a sus demonios y se convertiría en el hombre que Ryanne necesitaba que fuera.

Se apoyó contra la cabecera, su portátil a su izquierda, visualizando constantemente las imágenes que se captaban en el bar, todo estaba quieto y tranquilo. El álbum de bebé que Carrie le envió descansaba en su regazo. Ya había hojeado las páginas una vez, pero lo había hecho rápidamente, simplemente mirando cada foto sin leer lo que Constance había escrito debajo.

Milagrosamente, él había sobrevivido.

Ahora pasaba las páginas lentamente, leyendo cada palabra, estudiando el más mínimo detalle de cada foto. De hecho, había estado mirando fijamente una foto de Constance y las niñas por más de una hora, con los ojos nublados. Su bella esposa había sido bendecida con un pelo blanco plateado y pecas, y ella había odiado ambas cosas. Cuando era niña, se burlaban de ella sin piedad, la llamaban Chica Fantasma y Rostro Pecas. A Jude le había encantado pasar sus dedos por su masa sedosa de rizos, y rozar sus pecas con su lengua.

Había sido adorablemente bajita y delgada de forma natural, tan delicada que a veces sospechaba que un viento fuerte la derribaría. Se sentía



como un gigante en comparación, pero también invencible. Protegerla y defenderla había sido un honor y un privilegio.

Pasó su dedo por encima de la foto, resiguiendo la longitud del brazo de Constance, antes de dirigir su mirada hacia las niñas. Tenían el pelo de su padre, rubio arena con un leve ondulado, pero tenían los ojos de Constance, tan verdes como las esmeraldas. En la foto, tenían tres años, estaban llenas de vida, amor y risas. La princesa y el marimacho, dos mitades de un todo.

El pie de foto decía: Papi está en el extranjero y tuvo que perderse la fiesta de cumpleaños de las niñas. Aunque no pudo estar allí físicamente, se aseguró de estar allí en espíritu.

En la mano de Constance había una foto de Jude con un sombrero de cumpleaños. Él había hecho imprimir la foto, la había pegado sobre cartón y había recortado su imagen, luego ancló los pies de la foto a un palito de helado y la envió por correo a casa. Cómo odiaba estar ausente, perderse eventos importantes. Algunas noches se quedaba despierto, reconcomido por la culpa.

Pasó a la página siguiente, una foto suya con las niñas. Él acunaba a una muñeca de plástico en sus brazos mientras Bailey y Hailey jugaban a los médicos, chequeando a la muñeca en busca de un sarpullido y dándole una inyección de agua, a modo de medicina.

Este pie de foto decía: ¡Hora de un chequeo!

Recordó cuando sostenía a sus recién nacidas en brazos, contándoles los dedos de las manos y de los pies, y frotando su mandíbula recién afeitada contra sus mejillas regordetas de bebé. Las niñas habían olido como el cielo... hasta que ensuciaron sus pañales. Entonces olían como el infierno.

Jude se rio entre dientes y una vez más admitió que Virgil tenía razón. No habría renunciado a sus años con Constance y las niñas para salvarse de la agonía y la angustia que sufriría más tarde. Por ninguna razón. Atesoraba cada segundo que pasó con su amor y sus dulces pequeñas.

Pero demasiado pronto, su risa se convirtió en sollozos. La vida no se suponía que fuera así. Se suponía que los papis no debían perder a sus hijos. Se suponía que los maridos no debían perder a sus esposas. Entonces, ¿por qué había perdido a ambas? ¿Un simple caso de mala suerte? ¿El destino? No. Demonios, no. El destino no había forzado a un chico de la fraternidad a ir a un bar, beber demasiado y conducir de regreso a casa. El destino no había llevado a Constance a meter a las chicas en el coche en la noche y conducir... quién sabe a dónde. Sólo podía conjeturar. Ambas niñas habían sufrido un resfriado. Debía haberse quedado sin medicina, y Constance, que nunca había tenido una niñera, pensó que no tenía otra opción que llevar a las dos niñas con ella para recoger más.



La misma punzada de dolor que había sentido desde la muerte de ellas le desgarró el pecho una vez más, pero esta vez no era tan agudo, y el dolor no perduró. Había perdido a su familia a causa de elecciones. La elección hecha por un Chico Fraternidad. La elección hecha por Constance. Cada decisión importaba, porque al final, no había forma de cambiar en el pasado.

Puedo cambiar mi presente y mi futuro. Podía tener un para siempre... con Ryanne.

La pérdida de su familia lo había derribado con fuerza. Había permanecido hundido durante dos años y medio. Con la ayuda de Ryanne, finalmente había encontrado la fuerza para ponerse de pie.

No estaba seguro de cuándo o cómo había sucedido, pero en algún momento se *había* levantado. Ya no estaba derrotado, sino listo para luchar por algo mejor. Ya no está abatido, sino esperanzado. Tenía un propósito de nuevo. Una vida con Ryanne Nicole Wade.

Podía hacerla feliz. Y a cambio, ella podría hacerlo feliz a *él*.

¿A quién estaba engañando? Ella *ya* lo hacía feliz, aunque no se pareciera en nada a Constance. No era tímida, sino audaz. No era frágil, sino fuerte. Lo suficientemente fuerte como para derribarlo sobre su culo. No era abnegada, sino ingeniosa. Su retorcido sentido del humor era una combinación perfecta para el suyo, ahora que *tenía* sentido del humor de nuevo.

No podía vivir sin ella.

Tendría que decirle a Carrie y a Russ que no iba a mudarse a Texas nunca. Se quedaría en el Strawberry Valley, y lucharía por su felices-para-siempre.

Un golpe sonó en su puerta, haciéndose eco en su habitación. —Oye. ¿Te la estás cascando ahí dentro? —voceó Brock.

Con un resoplido, Jude se levantó de la cama y saltó hasta su escritorio para colocar el libro de bebé en un cajón. —Nada de cascármela. Puedes entrar sin quemarte las córneas.

Su amigo entró a saco, unas ojeras oscuras bajo sus ojos y una barba negra de una semana en su mandíbula. Tenía una sonrisa tan amplia como siempre, pero por primera vez en mucho tiempo, ésta parecía genuina.

—¿Qué? —Preguntó Jude, instantáneamente suspicaz. Nadie tenía un sentido del humor más retorcido que Brock. —¿Qué hiciste?

—Sólo la mejor cosa de la historia. Estás a punto de caer de rodillas y darme las gracias por ser el mejor amigo que hayas tenido jamás, el mejor que tendrás y el mejor que *puedas* llegar a tener. Dejé a Daniel en vergüenza, y espero que se lo digas.



Jude luchó para mantener una expresión severa. —¿Qué hiciste? —repitió.

—Llamé a las mejores cuadrillas de todos los Estados Unidos y ofrecí las cantidades más obscenas de dinero por un trabajo rápido y de calidad. Tan pronto como la lucha en aceite terminó anoche, nosotros comenzamos. Tú y tus cuadrillas ya han hecho la mayor parte del trabajo, pero nosotros hemos podido limpiar el estacionamiento y crear uno nuevo. Es de ladrillo rojo, con un sendero de ladrillo amarillo, los detalles no importan ahora mismo, lo verás por ti mismo. De todos modos. Es el aparcamiento más guay que jamás hayas visto. También terminamos las reparaciones dentro del bar. Las cuadrillas trabajaron toda la noche y toda la mañana. Acabamos de terminar, de hecho.

Sus cejas se juntaron mientras vacilaba sobre su pie. No había anclado su prótesis en su lugar. —He estado vigilando las imágenes captadas por la cámara. Nadie...

—Pirateé la recepción de imágenes, porque quería sorprenderte—, dijo Brock, su sonrisa ensanchándose. —Ryanne debería poder abrir mañana por la noche, después de que se seque el mortero. Adelante. Dime que he dejado en vergüenza a Daniel.

La realidad de lo que su amigo había hecho comenzó asentarse, y se tambaleó. Durante los últimos dos años y medio, había estado de luto y afligido y, aunque amaba a sus amigos, había sido tosco y gruñón con ellos. Pero éstos lo adoraban, no obstante. Lo ayudaban, de todos modos.

Jude dio un brinco hacia adelante para envolver los brazos en torno a Brock, y abrazó al tipo con un abrazo de oso. —Gracias.

—No es gran cosa—, dijo Brock, mientras le devolvía el abrazo a Jude como si se aferrara a una cuerda de salvamento. Cuando se separaron, Jude juraría que vio una lágrima que brillaba en el rabillo del ojo de su amigo. —Solo hice lo que hacen los superhéroes. Incluso tengo un ejército de hombres rodeando el lugar, asegurándose de que Dushku no puede hacer una mierda sin serias consecuencias.

En lo bueno y en lo malo.

Un buen amigo valía más que mil conocidos. —Te adoro, pero si Ryanne decide salir contigo en vez de conmigo por esto, será mejor que corras por tu vida.

Brock movió las cejas, en plan terrateniente espeluznante dispuesto a exigir el pago del alquiler entre las sábanas. —Me sorprende que no me haya elegido a mí desde el principio. Has visto esta cara, ¿verdad? —Se palmeó las mejillas. —El sueño más salvaje de toda mujer.



—Lo he visto. Por eso me sorprende que *yo* no te haya elegido desde el principio.

—Lo sé bien.

—¿Sabe Ryanne lo de las reparaciones? —preguntó Jude.

—Todavía no.

Bien. Quería estar con ella, quería ser testigo de su expresión. —Tengo que hacer unos recados antes de que la llevemos.

—Oh, amigo. No pretendo decirte cómo enamorar a tu chica, pero ¿estás seguro de que quieres que te acompañe? Va a mojar los vaqueros de placer cuando vea...

—No tengo miedo de abrazarte y darte un puñetazo en el mismo día. Pero sí, tú vas a venir con nosotros. —Si él aparecía por su cuenta, ella podría no ir con él. Podrían haber llegado a una tregua durante los festejos de anoche, pero él tenía un largo camino que recorrer antes de que su mujer, su novia, lo aceptara de nuevo.



RYANNE LUCHABA POR MANTENER EL EQUILIBRIO.

Hacia 25 minutos, Jude y Brock aparecieron en el Strawberry Inn. Le pusieron una venda en los ojos y la llevaron al Scratching Post. Ella se había sentado en la parte trasera del todoterreno de Brock, Jude se presionaba contra ella, su calor corporal envolviéndola, su incitante olor embriagador en su nariz. Había sido difícil mantener las manos quietas.

Se preguntaba qué estaba pasando. Cuando ella abrió la puerta, él había estado sonriendo. ¡Sonriendo! Jude Laurent, con las comisuras de sus labios curvados hacia arriba, sus dientes blancos y lisos en deslumbrante despliegue. Nunca se había visto más sexy. Y, como si la sonrisa no hubiera sido lo suficientemente confusa, irradiaba excitación.

Ahora Ryanne estaba de pie en medio de un delicioso sándwich de bizcocho de carne: Jude de un lado, Brock del otro, aflojándose la mandíbula ante la belleza que tenía delante. El Scratching Post había sido transformado. Afuera, el estacionamiento hacía alarde de ladrillos rojos con un camino de ladrillo amarillo que conducía hacia la puerta principal. En el interior, la celosía de acero hecha a mano cubría cada una de las ventanas. Las tablas del piso habían sido reemplazadas, y las paredes también. Tiras



de sinuosa caoba ahora se extendían para crear rincones tallados a mano a lo largo de la barra, donde los clientes podían sentarse.

En la parte de atrás, alguien había resucitado el toro mecánico de Earl.

Puesto que sus postales se habían reducido a cenizas, alguien -Jude, muy probablemente- había enmarcado fotos tomadas por todo el mundo. Las pirámides en Egipto. Un templo en la India. Lo que parecía ser una montaña en Hawái. Chozas construidas sobre el agua más azul que había visto jamás. Las Cataratas Victoria en Zambia. El río Amazonas. Las Montañas del Arco Iris en China.

Las puertas que conducían a los baños ya no eran simples y utilitarias, sino que estaban decoradas con elaboradas rejas de hierro. Las escaleras que conducían a su apartamento ya no eran de madera destartalada, sino de mármol rosado.

Se había dedicado tanto trabajo en los cambios. Tanto tiempo y dinero.

Las lágrimas le abrasaban en el fondo de los ojos. Había llorado tan a menudo últimamente, por tantas cosas, que había empezado a sentirse tonta, pero esto... esto era... no tenía palabras.

Jude se acercó a las fotos detrás de la barra y golpeó el vidrio de una de ellas. Ella jadeó. Dentro del marco había una foto de Jude cargándola sobre su hombro, dirigiéndose hacia una piscina de aceite. Alguien debe haber tomado una foto con su teléfono. Las luces halógenas revelaban cada matiz de su sonrisa satisfecha.

¿Había sonreído mientras la cargaba?

—Esta es mi favorita—, dijo. —Puedes quitarla si no te gusta. Lo entenderé. Pondré una nueva, pero lo entenderé.

—Yo... —Aún no tenía palabras.

—Ni siquiera pienses en mencionar el dinero—, le dijo Brock, su voz lo suficientemente baja como para que Jude no lo escuchara. —Hiciste reír a mi chico. Ningún regalo en el mundo podría superar a ese.

Una de las lágrimas escapó, cayendo en cascada por su mejilla. No había dormido anoche. Ella había estado agitada y dando vueltas en la cama, recordando el suave y gentil beso que Jude le había dado antes de que la hubiera dejado en la piscina de aceite.

—Lo quieres—, dijo ella, finalmente encontrando su voz.

—Lo hago. ¿Lo amas tú?



Ella... no lo sabía, pero nunca había estado más obsesionada con un hombre. Nunca había sentido tantos nudos en su estómago o se había sentido tan confundida por una persona. ¿Él la amaba? ¿Ella quería que la amara?

Ella siempre pensó que él tenía dos versiones: frío como el hielo y febril de pasión. Rara vez había visto este tercer lado, tierno y romántico. Pero... ¿qué lado vería ella cuando se enterara...?

Sólo dilo. Dilo.

Cuando se enterara de que... estaba embarazada. Tal vez. Probablemente.

Sólo una hora antes, se había puesto enferma de nuevo. Después de haber comido algunas galletas de soda, las náuseas habían desaparecido. Las sospechas habían empezado a girar en su cabeza. Habían pasado unas seis semanas desde que tuvieron sexo la primera vez, y las probabilidades de embarazo eran astronómicas, pero no era imposible. El condón se había roto y su método anticonceptivo podría haber fallado. Su vasectomía aún no había terminado la marcha de sus pequeños soldados.

De niña, ella había querido una gran familia. ¿Ahora? No tanto. Le gustaba su vida. Pero se derretía con la idea de *sus* hijos, de ambos.

Esta noche se haría un test. Si era negativo, genial. Respiraría aliviada. ¿Verdad? Por supuesto. Definitivamente. No tendría que reevaluar su futuro, o decirle a Jude que la vida que él había querido había sido reventada como su virginidad.

Si eso era positivo...

Diferentes emociones se concentraron dentro de ella. ¿Al frente? Una mezcla de emoción y temor. Más que nada temor. Jude absolutamente, positivamente, no quería tener hijos. Su vasectomía era prueba de ello.

Los temblores la arrollaron mientras él regresaba a su lado. —Por cierto—, dijo. —Vi las barras de apoyo en tu baño. Tuve que hacer algunas reparaciones allí, pero me aseguré de que se quedaran.

¿Una forma indirecta de decir que quería ducharse con ella otra vez?

Su corazón se aceleró con un nuevo propósito, y no estaba segura de cómo se había resistido a él en las últimas semanas. Especialmente ayer, cuando le había declarado que quería una relación a largo plazo con ella.

—Sal de aquí—, le dijo ella a Brock, sin molestarse en mirar en su dirección.

Brock se rio y le dio una palmadita en el hombro a Ryanne, y luego salió del edificio como un buen chico. En el momento en que la puerta se



cerró detrás de él, Jude le sostuvo las manos entre las de él, agarrándola como si fuera un globo destinado a volar lejos.

Él miró profundamente dentro de sus ojos, haciéndola echar raíces en el lugar donde se encontraba, un imán para su metal. —Quiero estar contigo, ahora y siempre. Un mes o dos no es suficiente. No creo que una vida sea lo suficientemente larga. Sé que he metido la pata una y otra vez. Sé que crees que no podemos llegar lejos. Y si yo fuera el hombre que era ayer, estaría de acuerdo. Pero soy alguien nuevo. Me has hecho renovarme. Por ti, contigo, puedo hacer cualquier cosa.

Los ojos de Ryanne se abrieron de par en par, y su respiración se detuvo. ¡Y él ni siquiera había terminado!

—Si tienes alguna pregunta sobre mi pasado, pregunta. Pregunta *cualquier cosa*—, añadió. —Responderé. Si quieres viajar por el mundo, hazlo. Estaré aquí cuando vuelvas. Mientras estés fuera, yo me ocuparé de tu bar. No dejaré que le pase nada malo.

Como si sus palabras no fueran suficientes, le dedicó una mirada...

Nunca había visto esta antes. Ni en él, ni en nadie. Una inmensa ternura mezclada con una adoración descarada. Este hombre la *anhelaba*.

Los temblores se asentaron en sus rodillas, y permanecer erguida requirió de un esfuerzo concentrado. ¿Tal vez... tal vez un bebé no sería algo tan malo? Tal vez él no se asustaría. ¿Quizás incluso sería feliz? Después de todo, el tipo le había *propuesto* prácticamente matrimonio justo ahora.

¿A menos que un bebé arruinara absolutamente todo?

No, por supuesto que no. Él había dicho *ahora y siempre*. Él quería un para siempre con ella, pase lo que pase.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —preguntó ella en voz baja. —¿Quieres casarte?

Él se estremeció, sólo un poco, pero lo suficiente para darse cuenta. —No estoy seguro de querer casarme otra vez, pero no estoy cerrado a la idea. Sé que te quiero en mi vida y en mi casa, y quiero tener un lugar en la tuya.

—¿Viviremos juntos?

Un asentimiento con la cabeza. —Me gustaría, sí. Y sé que una vez dijiste que no estabas interesada en nada a largo plazo, pero espero que hayas cambiado de opinión.

La humedad en la boca de Ryanne se secó. Se lamió los labios, asombrada por su giro de ciento ochenta grados. —¿Qué hay de los niños? ¿Querrás alguna vez adoptar...?



Negó con la cabeza, deteniéndola antes de que pudiera terminar la frase. —Los niños nunca serán parte de mi futuro. Tanto como quieres viajar, pensé que... esperaba... que ellos tampoco fueran a ser parte de tu futuro tampoco. Si crees que querrás una familia, lo entenderé, y podemos seguir caminos separados de una vez por todas—, su tono se endurecía más con cada palabra. —Pero, Ryanne, no quiero que sigamos caminos separados. Te quiero más de lo que nunca he querido nada.

Una vez más, se lamió los labios. —Todo esto es tan nuevo. No sé qué decir. —Y esa era la pura verdad.

—Di que lo pensarás. *Por favor.* Sé que puedo hacerte feliz. No, en realidad, no digas nada más—, se apresuró a añadir cuando ella abrió la boca para decirle... no estaba segura qué. —Mientras tú te lo piensas, yo te seguiré. —Él llevó sus nudillos a sus labios y besó cada uno. —Pasaste la primera parte de nuestra relación cortejándome. Ahora es mi turno.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Traducido Por Kralice Khalida
Corregido Por Maxiluna

RYANNE SE SENTÓ EN la tapa de su inodoro, en su apartamento recién reconstruido, con una prueba de embarazo en la mano. En un minuto, cuarenta y seis segundos, sabría la verdad, y la verdad la liberaría... o condenaría su incipiente relación con Jude de una vez por todas.

Él había cumplido su promesa. Él había comenzado a cortejarla.

Ayer, después de dejar caer su: *deseo estar contigo ahora y siempre* como una bomba, la había conducido de regreso a la posada, donde había asegurado un almuerzo romántico para dos esperando en su habitación. Habían comido y acariciado a los gatitos, y él le había contado todos sus años con Constance. Incluso había hablado sobre sus hijas. Una o dos veces se le había estrangulado la voz, pero sobre todo se había reído de sus travesuras infantiles. Jugando al “salón” y cortando el pelo de cada una. Coloreando las paredes con marcador permanente. Arrancándole la ropa a Constance para diseñar su propia “línea de alta costura”.

Había dejado a Ryanne con otro beso tierno, ni una sola vez había intentado meterla en la cama, aunque sabía que la deseaba. El preciado premio detrás de su bragueta lo había delatado. Y ella también lo deseaba. Le dolía. Había ardido.

¡Todavía dolía y ardía! Ella lo deseaba más que nunca, pero también quería que las cosas se arreglaran entre ellos.

Esta mañana, había encontrado una caja de regalo en su puerta. Dentro había un segundo control para su estación de juegos. La nota adjunta decía: *Me encantaría jugar contigo. El perdedor se desnuda El ganador baja.*

Una parte de ella deseaba al viejo y malhumorado Jude, pero, ¡vaya! La otra parte de ella adoraba al nuevo y seductor Jude. Pero aun así ella se resistió a aceptar una relación permanente con él. ¿Qué pasaba si se estrellaban y quemaban una vez más? Sus emociones no pueden tomar otra ronda de: *él está conmigo, él no está conmigo, oh, espera, él está conmigo.* Especialmente teniendo en cuenta que la vida nunca había sido más complicada o caótica.

La gran apertura del Scratching Post era esta noche, y hoy su madre había anunciado, —¿Adivina qué? ¡Voy a trabajar para ti! Seré tu mejor



camarera, *cariño**, lo prometo. Todos los hombres se volverán locos por mí con mi uniforme, y gastarán todo su dinero. —Mientras hablaba, ella había sostenido un sujetador de lentejuelas y pantalones cortos súper cortos.

—Selma—, había dicho Ryanne en un suspiro. —Mis empleados usan camisas blancas y pantalones.

—Me di cuenta, por eso voy a estar a cargo del uniforme del personal a partir de ahora. ¡Y del personal! No te preocupes, nena. No hay necesidad de agradecerme con palabras. Agradéceme con un aumento...

Al final, Ryanne había cedido a la “petición” de su madre. Selma había salvado el bar con su idea de lucha de barro, e incluso tenía ideas para eventos futuros. Un rodeo de interior con el toro mecánico. Una fiesta de espuma. Una fiesta luminosa.

De hecho, la mayoría de sus ideas involucraban fiestas salvajes.

Un golpe resonó dentro del baño de Ryanne. —¿Nada aún? —Preguntó Dorothea a través de la puerta del baño.

—Nos morimos por saber—, dijo Lyndie.

Viviendo en un pueblo pequeño, Ryanne tuvo que hacer arreglos para hacerse una prueba de embarazo sin alertar a los chismosos locales. Es decir, había tenido que confiar en sus amigas. Dorothea y Lyndie habían ingresado a la ciudad, lo que le permitió quedarse en la posada, vomitar varias veces y planear la reapertura del bar.

Las chicas estaban esperando en su habitación, probablemente paseando por el piso.

Respira profundo dentro... fuera... Ya había pasado suficiente tiempo, seguramente. Ryanne miró el palo y...

Jadeó cuando el shock la golpeó. Una inundación de ácido llovió inmediatamente en su estómago, y ella saltó, dejando caer la prueba. Abrió la tapa del inodoro y comenzó una nueva ronda de vómitos. Sus amigas escucharon sus arcadas y se empujaron dentro de la habitación para apresurarse a su lado.

Dorothea retuvo su cabello, y Lyndie tomó la prueba.

—Oh, Ryanne—, dijo Lyndie con una amplia sonrisa que pronto vaciló. —¿Estoy feliz por ti? ¿Felicitaciones?

—¿Es positivo? —Preguntó Dorothea, saltando arriba y abajo y aplaudiendo. —¡Vamos a ser tías!

Lyndie asintió, y Dorothea la abrazó, diciendo: —Sí, absolutamente, al cien por cien. Estamos felices por ella.



Ryanne detectó un leve hilo de envidia en la voz de su amiga y quería patear su trasero. Dorothea había estado embarazada una vez, pero había perdido al bebé en su quinto mes cuando se cayó por las escaleras. Había llamado a la pequeña niña nonata Rose Holly. Ahora, sus órganos reproductivos estaban demasiado marcados para tener otro hijo.

Ryanne se sonrojó, se echó hacia atrás y se secó la boca con una mano temblorosa. El aire fresco besó su piel húmeda, haciéndola sentir fría y sobrecalentada al mismo tiempo.

—¿Cómo? —Graznó. ¿Cómo estaba ella embarazada? ¿Cómo se habían encontrado sus pequeños nadadores y su pequeña incubadora, a pesar de dos (aparentemente) inmejorables obstáculos?

Voy a tener un bebé.

Un bebé milagro

El bebé de Jude.

Un bebé que Jude absolutamente, positivamente no quería.

¿Y si él le pidiera que abortara, como le había preguntado su padre a su madre?

Ryanne reaccionó sin pensar, presionando sus manos contra su vientre plano. ¡Nunca! Puede que no haya planeado tener un bebé, y es posible que no supiera si quería uno pronto, y sí, está bien, un bebé podría arruinar los planes que tenía en su lugar, pero amaba al niño con cada fibra de su ser

No solo el bebé de Jude, mi bebé.

Otro puñetazo en el estómago la impactó. El hecho de que ella se sintiera tan fuerte, tan pronto probó que la niña que quería una gran familia nunca murió realmente.

Al principio, cada vez que Selma salía con un hombre con hijos, Ryanne había estado en la luna, emocionada de tener compañeros de juego. No todos esos compañeros de juego habían sido amables, pero aquellos que sí lo habían sido, ella los adora. Cada vez que Selma cambiaba a un hombre nuevo, Ryanne perdía el contacto con los niños y le dolía; al final ella había dejado de permitirse vincularse con los nuevos miembros de su familia.

Nadie podría alejar a su hijo de ella. Ella sería la clase de madre que nunca tuvo. Protectora. Amorosa. *Involucrada*.

Y vaya, retrocediendo un segundo. Ella se había equivocado. El bebé no arruinaría sus planes. Ryanne podría viajar durante el embarazo, y más tarde, podría viajar con un niño a cuestas, aunque tal vez no con el mismo estilo.



Jude había dicho que quería esperar a su regreso. ¿Seguiría deseando esperar por ella, por ellos, cuando descubriera la verdad?

Tal vez él querría viajar *con* ellos.

¡Sigue Soñando! Las lágrimas corrían por sus mejillas. Ella tenía que decirle, no lo mantendría alejado de él. ¿Sus gestos románticos se detendrían?

¡Olvídate de caca en un palo- pis en un palo!

Ella se *había* enamorado de él, ¿no? Se había enamorado del valiente soldado que había superado la angustia debilitante, la pérdida de una familia y una extremidad, que había ayudado a una mujer necesitada incluso cuando despreciaba su ocupación. Por eso Ryanne le había dado su virginidad, por eso se había acostado con él después de haberla tratado tan mal. Por qué había considerado regresar con él después de que él sonriera mientras su bar se quemaba.

—Jude perdió a sus hijas—, susurró ella, su voz ronca. —Es inflexible en cuanto a no tener otro hijo.

—No, teme *perder* otro hijo. Hay una diferencia. —Dorothea se agachó y acarició su pelo, sus rasgos solemnes. —El dolor se desvanece con el tiempo, pero si no se controla, el miedo solo crece.

Y Ryanne no podía luchar contra el miedo de él. Nadie podía. Tenía que hacerlo solo.

¿Podría él?



SE HABÍA DIFUNDIDO LA NOTICIA sobre la gran reapertura del Scratching Post, y el bar se llenó hasta el tope, la emoción crepitaba en el aire mientras la gente se alineaba para montar el toro mecánico.

Ryanne puso a Sutter a cargo de las bebidas y no intentó detener a Selma mientras trabajaba en las mesas, o mejor dicho, a los hombres. Ryanne se quedó en la cocina con Caroline, haciendo palomilla y sándwiches de queso con salsa de pimienta rojo. Una gran apertura requería comida más grandiosa de lo habitual.

Además, le gustaba estar en la cocina. Evitó las fotos en las paredes detrás de la barra, el constante recordatorio de la consideración de Jude. Y está bien, está bien, ella quería esconderse del propio Jude. Solo por un momentito. Ella le hablaría sobre el bebé, absolutamente, definitivamente...



más tarde. Ella solo, ella no estaba lista para que su consideración terminara. Perder su atención y afecto la destruiría. Ya no la miraría con adoración, sino con desdén. Él ya no la acercaría más pero la empujaría más lejos.

—¿Qué pasa contigo? —Caroline se metió una aceituna en la boca. — Tu bar está abierto y está mejor que nunca, pero parece que puedes vomitar sangre en cualquier momento.

—Primero, asqueroso. En segundo lugar, la revisión de tu empleadora pasó de ser la más mejorada a la más probable de ser despedida.

—Sí claro. O has tenido la peor suerte de cualquier persona en el planeta, o estás maldita. Luchas, incendios e inundaciones de barro, oh mi Dios. Dudo que alguien más se suscriba para este trabajo.

Bien. Ella no estaba equivocada. Ryanne se preguntó qué haría Dushku a continuación.

Pasos amortiguados. Un grito ahogado de Caroline. Ryanne se puso rígida, esperando algo horrible, porque por qué no. Las cosas habían ido tan bien. Ella giró...

Y se encontró cara a cara con un Jude sonriente, con el pelo alborotado y la mandíbula espolvoreada de barba. Vestía jeans rasgados y botas de combate, y un brazalete de cuero en una muñeca, revelando con orgullo el tatuaje de fresa en la otra. Este era su atuendo habitual. La única diferencia era que esta noche su camiseta decía The Scratching Post.

Él estaba apoyando un bar... porque ella era la dueña.

—Hola, hermosa—, dijo.

Prefiero la forma en que dijiste hola con tu boca y manos y empujaste tras un delicioso empuje...

¡Argh! Era el mejor hombre que había conocido, y ella estaba a punto de arruinarle la vida, y sin embargo no podía dejar de pensar en él desnudo, lo cual apestaba porque ya no estaba desnudo y ella quería, necesitaba más de él, y, mierda, ella estaba balbuceando dentro de su propia cabeza. Las lágrimas picaron sus ojos. Cómo odiaba sus lágrimas. Habían llegado con demasiada frecuencia últimamente.

Su sonrisa cayó. Le ladró a Caroline para que se fuera, y tan pronto como ella golpeó los ladrillos, él cerró la distancia para atraer a Ryanne contra su pecho. —¿Qué pasa?

Cuanto más lo pospusiera, más difícil sería decirle. Para tal vez probablemente tuviera que dejarlo ir...

—Jude, yo... tengo que decirte algo. —Se retorció las manos, con las palmas húmedas.



Él ahuecó sus mejillas, obligando a su mirada a permanecer firme en la suya. —¿Alguien te lastimó? —La rabia hervía a fuego lento en su tono. Rabia de miedo Si alguien la hubiera lastimado, ese alguien moriría.

—Estoy bien. —Algo así. Ella tragó saliva. *Hazlo. Dilo.* — ¿Recuerdas la primera vez que tuvimos sexo?

Él frunció el ceño pero asintió. —Recuerdo *todo* sobre nuestra primera vez. Como de apretada y mojada estabas. Como de dulce tu sabor. —Sus pulgares acariciaron la elevación de sus pómulos. —¿Por qué? ¿Quieres volver a hacerlo? Prometo que me quedaré después.

¿Podría *ser* más sexy?

—No. Quiero decir, sí, me gustaría eso, pero ese no es el punto de esta conversación. ¿Recuerdas cómo se rompió el condón?

Su ceño fruncido se hizo más profundo, sus pulgares se calmaron. — ¿Cuál es el objetivo de esta conversación?

Dilo. DILO. —No sé cómo sucedió. Quiero decir, lo sé, pero tomamos todas las precauciones, hicimos todo bien. No debería haber sucedido, pero de alguna manera... lo hizo.

—Ryanne—, espetó. Temblores rodaban a través de él, meciéndolo contra ella. —Estoy seguro de que te estoy malinterpretando. ¿Qué estás diciendo? Explicámelo.

—Yo... estoy... embarazada—, susurró. —Me hice una prueba esta mañana".

Sus brazos se apartaron de ella, y él tropezó dos pasos hacia atrás. El color desapareció de sus mejillas. —La prueba estaba equivocada. Tenía que estar mal.

—Me he estado enfermando cada mañana. —Todavía susurraba, y no sabía por qué. —Tuve un período, o pensé que lo tuve. Fue más ligero de lo normal. Un *montón* más ligero. Aparentemente, eso puede suceder desde el principio.

—Un bebé. —Él negó con la cabeza. —No puedo ser el padre. Me hice la vasectomía.

¡Oh, no, no lo hizo! —Tú mismo dijiste que tus nadadores se mantendrían activos unos dos meses después del procedimiento, y tuvimos sexo, ¿qué? ¿Una semana después? Y a veces la píldora falla. Ocurrió. Es un milagro. *Este* bebé es un milagro. Nuestro bebe.

—No... No puedo...

—Si no me crees, ve a que te revisen la carga. —Su voz se elevó con cada palabra. —Pero *estoy* embarazada y el bebé es tuyo.



—Sé que es mío. No estaba diciendo... estoy sorprendido y... estoy teniendo problemas para entender esto.

—Si crees que lo planeé...

—¿Lo hiciste? —Exigió ahora, entrecerrando los ojos.

—¡No! Mi objetivo era viajar por el mundo sola, no formar una familia con el hombre que continuamente me abandona.

Sus hombros se movieron, y por un momento, pareció completamente abatido. Luego su columna se enderezó, como si acabara de fundirse con acero. —No es demasiado tarde para... podemos ir a la ciudad por la mañana... puedes...

Ryanne lo abofeteó. Su cabeza giró hacia un lado, una gota de sangre brotando en la esquina de su labio inferior. La había empujado más allá de su límite emocional y había despertado los instintos de mamá oso. *Debo proteger a mi cachorro.*

—*Sabía* que irías allí—, escupió, —pero recé por estar equivocada.

Él abrió su boca.

—No puedo creer que solías proteger a nuestro país. ¡Ni siquiera puedes proteger un útero! —Mientras estaba allí parada, mirándolo fijamente, jadeando, sus manos se cerraron. La desilusión se mezcló con la furia que hervía dentro de ella. —Te dije que mi padre quería que mi madre me abortara. ¿Qué hubiera pasado si ella lo hubiera escuchado? Nunca me habrías conocido. ¿Es eso lo que deseas, Jude? Sin Ryanne, no hay bebé. Sin familia, sin dolor.

Él se estremeció como si ella lo hubiera abofeteado por segunda vez.

Respira profundo, dentro, fuera. *Sabía que esto no iba a ser fácil.* —Mira. No esperaba que tomaras las noticias bien, y entiendo por qué estás molesto.

Su expresión se endureció. —No, Ryanne. No lo entiendes. —Su tono se endureció también. —No puedes entender.

—No eres el único que ha perdido a un ser querido—, le recordó suavemente.

—Sí, pero soy el único que ha perdido un hijo.

—Y sin embargo, eso es exactamente lo que quieres que haga, perder a mi hijo.

Otro estremecimiento. Casi se veía salvaje cuando presionó una mano contra su pecho y retrocedió un paso. —Lo siento. Lo siento. Todavía quiero estar contigo, pero no puedo lidiar con... —Él agitó una mano hacia su estómago. —Simplemente no puedo.



Dolor, mucho dolor Una daga en su corazón. —¿Entonces eso es todo? ¿Hemos terminado?

—Según tú, ya hemos terminado.

—Según tú, íbamos a tener un *ahora y siempre* porque no ibas a renunciar a mí nunca más.

Otro estremecimiento más. Ella no estaba tirando sus golpes esta noche. No podía. Su futuro, su futuro *bebé*, estaban en juego.

—Yo... no lo sé. Necesito pensar. Tuviste tiempo de procesar esto, yo no. Así que dame unos días, está bien. *Por favor*. Dicho eso, giró sobre sus talones y salió de la cocina, dejándola sola, algo que había prometido no volver a hacer jamás.



CAPÍTULO VEINTIDOS

*Traducido Por Nad!
Corregido Por Maxiluna*

JUDE SENTIÓ COMO si él hubiera completado el círculo. Desde lo más bajo de lo bajo a lo más alto de lo alto, no solo una vez sino dos veces, y ahora era más bajo que el más bajo de lo bajo. Porque sí, de alguna manera había cavado más profundo.

Él salió de su camioneta y cayó de rodillas. Él había hecho esto antes, poco después de que Ryanne había comenzado a tentarlo con su belleza y encanto. Él había criticado la farsa de su vida que había estado girando fuera de control.

¿Cómo podía él haber sabido que las cosas podrían empeorar?

Él acababa de comenzar a arrastrarse desde el barro de su pasado. Él había comenzado a sanar, incluso había encontrado momentos de humor, la tristeza incapaz de inmiscuirse.

Ahora, el dolor era una navaja en su pecho, tan fuerte como el día en que Constance y las niñas habían muerto. Esa navaja cortó su corazón en cintas, causando una lenta hemorragia de cualquier esperanza que él había logrado cultivar.

Ryanne estaba embarazada de su hijo. Su bebé

Un bebé que inevitablemente amaría.

Un bebé que podría perder de mil maneras diferentes.

Él siempre había sabido que la muerte era demasiado poderosa para detenerse, pero él nunca había sospechado que la vida también lo fuera.

¿Cómo pudo pasar esto? Ellos habían tomado todas las precauciones.

Él se había preparado para abrirse a Ryanne, para pasar el resto de sus días con ella. Pero un bebé, -un bebé- que no podía proteger las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana...

El miedo abyecto agarró su corazón y lo apretó. Un agarre vicioso del que no podía escapar. Las espinas parecían crecer dentro de su garganta, enganchando cada respiración que lograba, dejándolo boqueando. Él no sobreviviría a la pérdida de otro niño. Él finalmente, bendecidamente, -alegremente- rompería su promesa a Constance y se daría por vencido.

No solo estaba roto. Retorcido. Destrozado.



Sus oídos se crisparon cuando los neumáticos chirriaron. La puerta de un coche se abrió, se cerró de golpe. Pasos apresurados golpearon el suelo. No se volvió, no le importaba quién lo iba a molestar. No le importaba, hasta que alguien se dejó caer a su lado, con sus fuertes brazos envolviéndolo. Brock. Brock había venido por él.

—Ryanne me dijo—, dijo su amigo. —Lo siento. Lo siento, hombre.

Jude se aferró a él, tan agradecido por el vínculo que compartían. Un vínculo más fuerte que la sangre. Brock era su hermano en todo lo que importaba, y por algún milagro, el hombre parecía absorber lo peor del dolor de Jude, dejándolo lo suficientemente consciente como para darse cuenta de que nadie debería tener que disculparse por el milagro de una nueva y preciosa vida.

Él recordó la alegría que experimentó cuando Constance le mostró la prueba de embarazo. Recordaba cómo ellos se habían reído y se habían abrazado, hablaron hasta bien entrada la noche sobre posibles nombres, adivinando qué características tendrían los bebés. Él no había hecho nada de eso con Ryanne. Él se había roto y gruñido hacia ella, había hecho acusaciones horribles, y luego la había dejado para lidiar con el salvaje flujo de emociones por sí misma.

—Un bebé—, graznó.

—Sí. Creo que tienes la esperma más potente de la historia—, respondió Brock, con tono seco. —Acéptalo, tus soldados están decididos a convertirse en personas.

Jude soltó una carcajada, sorprendido de que encontrara humor en la situación. Finalmente soltó a su amigo y cayó de espaldas en la hierba, mirando hacia el cielo nocturno. Sin nubes para oscurecer la luz, las estrellas brillaban como diamantes en una cama de terciopelo negro.

—Voy a ser un tío otra vez. Esta vez, quiero que me llamen Tío B. Espera. No. El tío Bro tiene un mejor timbre para eso. —Brock pensó por un momento, asintió. —Sí. Ese es el ganador. Y está bien, está bien, si quieres que dé un paso adelante y seas el papi en esta ronda, saltaré sobre esa granada. La idea de Ryanne en mi... Umph.

Jude le dio un codazo a su amigo en el pecho y le hizo una llave.

Riéndose Brock frotó el lugar donde definitivamente se formaría un hematoma. —Lo que te dijo Virgil a ti...

—Sí. —Él ya sabía que soportaría el peor futuro imaginable simplemente por tener un pasado con Constance, Bailey y Hailey. ¿Era lo mismo que le ocurría con Ryanne y su bebé? Elbebé de *ellos*.

Si perdía a Ryanne mañana, ¿iba a lamentar el tiempo que había pasado con ella? No había necesidad de reflexionarlo. No. Absolutamente



no. Ella le había enseñado a reír de nuevo. Ella había insuflado nueva vida en su alma adormecida.

¿Y qué hay de su bebé? ¿Lamentaría un segundo de tiempo que pasaría con su hijo?

Diablos, no.

Sus dedos se abrieron paso a través de la hierba, alcanzando tierra fría y dura. ¿Por qué torturarse a sí mismo por la posible muerte del niño cuando no ha sucedido nada malo? La mayoría de los niños en esta parte del mundo sobrevivieron a la infancia y la adolescencia, pasando a vivir vidas largas y productivas. ¿Por qué no lidiar con el presente, como si todo saliera bien? Mientras tanto, él podría defender a Ryanne y al bebé de cualquier amenaza. Con su vida, si era necesario.

Sus instintos protectores se dispararon, casi demasiado fuertes para que su cuerpo los contuviera. *Ryanne y el bebé son míos. Yo protejo lo que es mío.*

Cualquiera que sea el costo.

Decisión tomada. La tensión y el temor se drenaron de él, aunque sabía que eran tiempos difíciles por delante, pero con Ryanne a su lado, podrían enfrentarse a cualquier cosa. Eso significaba recuperarla, sin dudas, y sin peros.

No más tomar las cosas despacio. De ahora en adelante, él se quedaría pegado a su costado como si lo hubieran sujetado quirúrgicamente.



—VAMOS A CASARNOS.

Las suaves palabras resonaban en la cabeza de Ryanne. Se había pasado toda la noche dando vueltas en su nueva cama, torturada por los pensamientos sobre el dolor de Jude y salvar a su madre.

No pude evitar escuchar tu confesión a Jude porque estaba escuchando a escondidas. Soy demasiado joven para ser abuela, cariño. ¿No te enseñé nada? Esta no es la forma en que mantienes a un hombre. Créeme.

No lo hice a propósito, Ryanne se había roto.

Selma suspiró. Lo siento, pero esto no va a terminar bien para ti. Escogiste un corredor.



Ni siquiera Belle y los gatitos habían sido capaces de calmar a Ryanne, pero finalmente, alrededor del mediodía, el agotamiento se estableció y ella se había quedado dormida. Cuando volvió a abrir los ojos, había encontrado al papi de su bebé parado junto a su cama, mirándola, exigiéndole... ¿casarse?

Con el estómago revuelto, se puso en pie de un salto y corrió al baño, donde vomitó el contenido de su estómago. Jude la siguió y le echó hacia atrás el cabello, un gesto amable, y que ella apreciaba. No quería decir que ella ya no quisiera torcer sus pelotas.

Debilitada como estaba, a ella no le importaba el aliento de vómito ni lo enferma que parecía. Ella encendió el inodoro y apoyó su húmeda sien en el asiento que había limpiado la noche anterior, sabiendo que esto sucedería. La parte del vómito, no la parte de Jude.

La luz entró al pequeño baño a través de una rendija en las persianas, resaltando las duras líneas alrededor de sus ojos y boca. Él había tenido problemas para dormir solo, ¿no?

—Buenos días a ti también—, ella murmuró.

Silencioso, se arrastró por el baño, reuniendo y mojando un trapo. Después de limpiarle la frente y las comisuras de la boca, él salió... volviendo con un vaso de agua y dos galletas saladas.

—Gracias. —Mientras sorbía el agua y mordisqueaba las galletas, su estómago comenzó a asentarse.

Él se sentó frente a ella, su expresión apretada con determinación. Finalmente, él habló. —Lamento haber reaccionado mal cuando compartiste las noticias sobre... Lo siento. Perdí a Constance y a las gemelas, y la idea de perderte y... —Él negó con la cabeza.

¿Él ni siquiera podía decir más la palabra bebé? —La idea de perderme te destruyó, así que por supuesto te escapaste... perdiéndome así. Parece el plan perfecto.

—Nunca dije ser la herramienta más aguda en el cobertizo. Vamos a casarnos—, repitió él.

La irritación dio paso a la ira. —Ayer no pudiste alejarte de mí lo suficientemente rápido. Ahora quieres casarte conmigo porque estoy embarazada. ¿Sabes lo insultante que es eso? —Su alma se desgarró. Por sí misma, ella no era lo suficientemente buena. Ahora que ella daría a luz a su prole, ella podría compartir su apellido.

—¿No puedo cambiar de opinión? Y para que lo sepas, te quiero *por ti*. El bebé es un... bonus.



Él había graznado la palabra *bonus*, como si ambas sílabas hubieran sido empujadas a través de una rastilladora de madera. —Mira. No quiero terminar las cosas contigo... —¿*No lo hago?* —Pero no hay necesidad de apresurarse a un compromiso.

—Ya estamos comprometidos—, dijo él.

—No, nosotros *estaríamos* comprometidos si tú no te hubieras asustado sobre el bebé.

—Ryanne... —Él se pasó la mano por la cara. —Cometí un error. Uno que lamento con cada fibra de mí ser.

Mantente fuerte. Resiste. De lo contrario, ella solo se prepararía para un gran dolor de cabeza.

—No estoy diciendo que no a tú oh, propuesta tan romántica. —¿*No lo estoy?* —Pero no estoy diciendo que sí, tampoco. —*Mejor.* —Necesito tiempo para pensar, tal como lo hiciste.

Pasó un largo rato antes de que él asintiera con la cabeza, una inclinación única y rígida de su cabeza. —Toma todo el tiempo que necesites. Piensa. —Un brillo calculador apareció en sus ojos. —Mientras tanto, no tendremos relaciones sexuales hasta que contraigamos matrimonio.

¡Qué! —¿Me estás *chantajeando* con el sexo que puedo conseguir en otro lugar?

—No, te doy un ultimátum con el sexo. Y no te dirigirás a otra persona. Inténtalo, y el tipo, quienquiera que sea, terminará en el hospital.

El proscrito está de vuelta.

Rodillas, debilitamiento...

—Mientras hago amenazas—, él agregó, —podría ir por el oro. Quiero que dejes de trabajar en el bar.

¡Que él qué! —¿Disculpa?

—Solo por un momentito. Cuando Dushku ya no sea una amenaza, puedes empezar de nuevo. Además, no quiero que vivas aquí. Vas a vivir conmigo, donde yo puedo mantenerte a ti y... a nuestro hijo seguro.

Así que él quería... -no, esperaba- que ella renunciara a su sustento y su hogar. —De ninguna manera, no, imposible. Trabajaré, y me quedaré aquí. ¿Y adivina qué? No necesito pensar en tu propuesta de matrimonio por más tiempo. Mi respuesta es no, no, mil veces no. Toma tus órdenes y ve a tomar por el culo con ellas, Jude Laurent.

Él permaneció inamovible y sin afectar. —Tú seguridad es importante para mí, Ryanne Wade pronto-a-ser-Laurent. Si no te mudas conmigo, me mudaré contigo.



Ella sabía que el hombre era terco, ¡pero vamos! Esto era espectacularmente ridículo. —No puedes decidir mudarte conmigo—, dijo ella, las palabras forzadas más allá de los dientes apretados.

Ryanne Laurent.

Ryanne Nicole Laurent.

RNL.

¡Argh! ¡Incluso su mente estaba en contra de ella!

—Puedo. Yo sí. Lo haré—, dijo él. —Si cambias las cerraduras, entraré.

Ella abrió la boca para dispararle, solo para decidir algo contra eso. ¿Por qué luchar contra él en este tema cuando planeaba hacer la guerra con él en los demás? Además, ella podría usarlo para el sexo, porque sí, si ella lo quisiera en su cama, terminaría en su cama. Mientras tanto, ella tendría algunas demandas propias. Como, que él estaría cocinando su comida, haciendo su colada y cualquier otra tarea que ella optara por no hacer para castigarlo por negarse a darle espacio.

Y está bien, sí, podría ser bueno tenerlo cerca. Un pequeño Laurent residía en su vientre, y ella ya amaba el pequeño mocosito. ¿Por qué no sacar lo mejor de la situación por su bien?

—¿Vas a insistir en acompañarme a Roma? —preguntó ella, por curiosidad... y deseo. *Quería* viajar con él.

Un músculo saltó bajo su ojo. —¿Todavía estás planeando subirte a un avión y viajar por medio mundo?

—Por ahora. Más tarde, voy a estar viajando por *todo* el camino alrededor del mundo. Ese sueño no ha muerto.

El músculo *realmente* saltó debajo de su ojo. —Tienes unas semanas antes de que te programen partir para tu primer viaje. Tenemos tiempo para discutir los detalles.

Oh, lo hacemos, ¿verdad?

Primero, él tenía algunas lecciones difíciles de aprender. —Vamos a aclarar algo, vaquero. —Su fuerza volvió, y se sentó. —Las hormonas del embarazo no han causado que mis bolas de dama se encojan. No tomarás mis decisiones por mí. Nunca. Si sigues intentándolo, te daré una patada a la acera más rápido de lo que me puedes rogar por otra oportunidad que me negaré a darte.

Él la estudió por una eternidad, su mirada azul marino la atravesó. Justo cuando ella se movió, cada vez más incómoda e impaciente, él rompió el silencio y dijo, —¿Por qué amabas tanto a Earl? ¿Por qué te mudaste con él en lugar de quedarte con tu madre?



Uh, ¿qué le había hecho pensar en su padrastro?

—Odiaba la forma en que cambió para sus hombres, la forma en que esperaba que yo cambiara, para hacerlos felices. Earl me dejaba ser yo. ¿Por qué? ¿Qué importa?

Él asintió, como si ella acabara de explicar los misterios del universo. Luego se levantó y la ayudó a ponerse de pie. —Iré a la cabaña para empacar mis cosas. Regresaré en unas horas.

Oh, por Dios Santo. —¿Te estás mudando *hoy*?

—Hoy.



SU PALABRA ERA CIERTA, Jude se trasladó al apartamento de Ryanne ese día. Tomó la mitad del espacio del armario, la mitad de los cajones en su tocador, y mezcló sus artículos de tocador con los de ella. Mientras ella lo había ayudado a desempacar, había encontrado un libro para bebés lleno de notas de su esposa y fotos de sus hijas.

Cuando Jude la había notado con el libro, había salido de la habitación. Pero él no le había ordenado que guardara el libro, así que, un progreso.

Él esperó por sus manos y pies, y ella absorbió la atención. ¿Dolor de espalda? No hay problema. Jude le daría un masaje. ¿Enferma? Agárrate fuerte. Jude calentaría un plato de sopa de pollo con fideos. ¿Necesitaba limpiar la caja de arena? Jude al rescate.

Él jugó videojuegos con ella, lavó su ropa, hizo la cama y aspiró el piso. Ni una sola vez se había quejado. Lo único que no haría sería hablar sobre el bebé. O tener sexo con ella. Ella había tratado de seducirlo, oh, un millón de veces, deslizándose por el apartamento vistiendo poco o nada. Lo máximo que había hecho era abrazarla mientras ella dormía la siesta.

Por la noche, él dormía en el piso de su habitación, negándose a moverse al sofá en la sala de estar. El dulce hombre quería estar cerca de ella. Y tortúrala.

Algunos días ella quería abofetearlo. Otros días ella quería abrazarlo.

El pobre hombre estaba comido por el miedo, pero por mucho que continuara deseando lo contrario, no podía pelear esa batalla por él.



Cuando llegó el momento de abrir el bar, él se pegó a ella como pegamento. Acechaba en las sombras, siempre cerca, mirando ceñudo a todos los que se atrevían a acercársele. Había perdido clientes, incluso los asiduos que una vez se habían referido a su novio como “nuestro Jude”. Su actitud estresaba a todos, y los consejos se estaban volviendo inexistentes.

A este ritmo, ella iba a ir a la quiebra, y bueno y el viejo gilipollas no iba a tener que mover un dedo.

Hablando de Dushku, él no había hecho otro movimiento en su contra. ¿Se habría dado por vencido?

¿Lo había hecho ella?

Echaba de menos el calor del cuerpo de Jude. La *sensación* de su cuerpo. Ella extrañaba su beso y su toque. Su posesión.

Incluso ahora, el deseo zumbaba dentro de ella, una canción de sirena. Si ella no experimentaba alivio pronto, iba a arder espontáneamente.

—Conozco esa mirada. —Selma dejó la bandeja sobre la barra y se apoyó en los codos para mostrar su escote perfecto que había mantenido a Ryanne en los negocios, a pesar de la actitud de Jude. —Necesitas tener sexo, niña. ¿Ves ese tipo de la camiseta sin mangas? Creo que es el remedio perfecto para lo que te aflige.

Jude, que estaba detrás de Ryanne, se puso rígido. —*Soy* el remedio para lo que la aflige.

—Tú eres la *causa* de lo que me aflige. —Para su madre, ella dijo, —lo consideraré. —*Considerar, y tirar.*

Un bajo gruñido sonó desde Jude. ¡Lo sirvió bien!

Necesitando un descanso, ella levantó el mentón y entró en su oficina. Es hora de soltar un poco de vapor -con papeleo-.

Mientras ella estaba sentada en el escritorio, Selma entró corriendo. Cuando Jude intentó entrar, ella le cerró la puerta en la cara, gritando, —Nosotras necesitamos tiempo de pequeñas chicas. Ve a cuidar a los clientes. Y coquetear, yo lo haría.

Masculleo. Pasos

Selma se dejó caer en la única silla frente al escritorio. —Háblame, muñeca. Sé que amas a tu hombre. Entonces, ¿por qué le estás dando un momento tan difícil?

—Porque. —De ninguna manera iba a derramar sus entrañas a su madre. Ni siquiera había hablado de ello con Dorothea o Lyndie. Por buenas razones



Dorothea podría llegar a resentirse con Jude por su actitud sobre el bebé. Y Lyndie tenía sus propios problemas. Hace unos días, tuvo un ataque de pánico por primera vez en años. Ryanne se había precipitado a su lado tan pronto como ella lo había oído, y a pesar de que su amiga se había calmado, algo había cambiado para y con ella. Algo andaba mal. Pero presionar para obtener respuestas solo había empeorado a su amiga.

—¿Porque qué? —Insistió Selma. —¿No confías en él? Bueno, déjame tranquilizarte. Traté de seducirlo, pero su reacción no se parecía en nada a tus viejos novios. —Ella hizo comillas tanto en “seducir” como en “novios”. —¿Te acuerdas de esos muchachos?

—¿Estás loca? Por supuesto que los recuerdo. Y ¿qué quiere decir, que trataste de seducir a Jude? —Ryanne podía ver el titular del periódico de mañana: ¡Chica Embarazada Asesina A Su Madre Con Un Abrecartas!

—No te preocupes. Jude dijo que no, y nunca he estado tan orgullosa. Me sorprende que no haya mencionado esto.

Ella no estaba sorprendida. Él había esperado salvarla del dolor innecesario.

Siempre protegiéndome A diferencia de mi madre, que nunca ha intentado hacerlo.

—Yo esperaba que tus chicos guapos de secundaria dijeran que no cuando le dije que sacudiría su mundo—, continuó Selma. —Ay, ellos me encontraron irresistible, los *bastardos** de segunda.

Ryanne se agarró al borde de la mesa, con los nudillos blancos amenazando con salirse de su piel. —No me importa el pasado. ¿Te acercaste a Jude?

—¿No estás escuchando? Lo hice, pero solo como una prueba. Nunca lo habría tocado, así como nunca toqué a los otros.

Espera. —Entonces... ¿no te acostaste con mis novios en la escuela secundaria?

—¡No! ¡Que asco!

Respira profundamente dentro... fuera...

Ella pensó, imágenes que jugaban en su mente. Novio Uno desnudo en la cama. Selma, vestida con un top corto y una falda corta, atando sus muñecas a un poste de la cama. Ryanne había entrado. El muchacho había gritado mientras luchaba por liberarse, y Selma se había quedado allí, tranquila, pero triste y también un poquito satisfecha.

Ryanne había asumido que acababa de llegar al clímax y se había escapado, enojada, asqueada y sintiéndose traicionada. Selma la persiguió



y dijo, —Lo siento, dulzura. Pero eres tan terca. Sabía que necesitabas ver la verdad por ti misma.

Ella se burló y se negó a escuchar nada más al respecto.

Avance rápido al novio dos. Una vez más, Selma había usado un top corto y una falda corta. Se había extendido en el sofá de la sala mientras el chico realizaba un striptease sexy -no- sexy delante de ella.

Ryanne había entrado en la casa y su mirada se había trabado con la de Selma. Al igual que antes, su madre había irradiado tristeza. Solo que la satisfacción había sido reemplazada por una fuerte dosis de... ¿alivio?

En ese tiempo, Ryanne se había quedado y expulsado al chico. Selma había levantado los brazos y dijo, —¿Por qué eliges tantos perdedores y me fuerzas a hacer esto?

—¿Forzarte? ¡Ja! —Demasiado nublada por el dolor, Ryanne se había encerrado en una habitación y por la mañana, el sujeto se había dejado caer y nunca había regresado de nuevo.

Ahora la comprensión se instaló en su pecho, un poco cálida, un poco acogedora.

Por primera vez, Ryanne creía las afirmaciones de su madre. Y bien, sí, el hecho de que Selma incluso propuso que sus viejos enamoramientos apestaban, pero en su forma retorcida la mujer, *había* ayudado. Y después de haber visto su trabajo, Ryanne notó algo que nunca antes había notado: un núcleo oculto de honestidad.

Por otro lado, Jude tenía una brújula moral muy obvia. Él era un buen... no, un *gran* tipo.

Olvida el papeleo. Ella se puso de pie con las piernas temblorosas, rodeó el escritorio, pasó junto a su madre y entró en el bar, donde Jude estaba vaciando el último frasco de moonshine en una taza.

Él estaba... de ninguna manera, imposible... pero la imagen seguía siendo la misma. Él estaba sirviendo alcohol a un cliente.

¡Que él qué! Él no sólo estaba protegiendo a Ryanne y su establecimiento. Estaba participando activamente en la venta de alcohol. Por ella. Porque a él le importaba.

Hermoso, desgarrador, hombre de corazón reparado. *Métanme un tenedor, he terminado.* Ella envolvió sus brazos alrededor de su cintura y apretó.

Él se giró, con los ojos abiertos de esperanza. —¿Qué propició esto?

—Me gustas. —Ella tomó su mano, la levantó y besó la fresa tatuada en su muñeca. —Mucho.



Las comisuras de su boca se crisparon. —Me gustas, también, pastelito.

—Bueno. Ahora que eso está arreglado... —Ella pasó sus nudillos sobre la barba de su mandíbula antes de retroceder un paso. —Sigue trabajando. —Tomaré otro frasco de moonshine del sótano.

Él no ofreció ninguna protesta cuando ella alcanzó la manija de la puerta escondida entre los estantes de licor. Mientras se movía hacia la entrada, tiró de la cuerda que colgaba del techo. La luz inundó el corredor oscuro, iluminando los escalones de cemento. Cuanto más bajaba, más helado, frío y húmedo se volvía el aire. En la parte inferior, los estantes estaban cubiertos con frascos de vidrio. Algunos de esos frascos estaban llenos hasta el borde, otros estaban vacíos.

Levantó uno lleno, pero alguien se aferró a su muñeca, deteniéndola. ¡Jude! Las callosidades en la palma de su mano le hicieron estremecerse y le recorrieron la espina dorsal.

—Llevaré esto—, dijo él. —No deberías arrastrar objetos pesados.

—Recuerdo un momento en que tuve que llevar una caja entera de moonshine por los escalones del sótano, todo por mi cuenta. Te pedí ayuda y me preguntaste si te estaba probando.

—Fui un idiota. Afortunadamente, me has entrenado mejor.

—O estás preocupado por mí porque estoy embarazada.

—Eso también.

—Muy mal, muy triste. Puedo manejar un solo frasco.

—Sé que puedes. —Su mirada se clavó en la de ella, las corrientes de electricidad formando un arco entre ellos. —Pero estoy aquí.

Aquí... listo para ser seducido...

—Ciertamente lo estas. —Con su mano libre, ella recorrió sus nudillos por su musculoso pecho, sin detenerse hasta que llegó a la cintura de sus pantalones. —¿Qué tal si te utilizas mejor y me das un orgasmo? ¿Solo uno rápido? Entonces no tendré que tomar el consejo de mi madre e ir a buscar al tipo con la camiseta sin mangas.

A pesar de todo, ella quería un futuro con Jude.

Él contuvo la respiración y se acercó, presionándola contra la pared. —Te daré un orgasmo, agradable y lento, si estás de acuerdo en que podemos casarnos en la mañana. —Abajo, abajo se inclinó. Él tiró de su labio inferior entre sus dientes, casi chamuscándola de lujuria. —Todo lo que tienes que hacer es decir que sí, y yo haré el resto.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

*Traducido Por Nad!
Corregido Por Maxiluna*

EL HAMBRE ARAÑO las entrañas de Jude. Su cuerpo temblaba de necesidad. Ryanne estaba de pie ante él, el pelo una nube oscura, de seda que enmarcaba su rostro exquisito. Sus ricos ojos marrones brillaban con excitación. El embarazo le había dado a su piel aceitunada un brillo radiante. Ella no era solo una parte de su vida; ella *era* su vida.

Todos los días su deseo por ella se fortalecía.

Todos los días su determinación de ganarla se intensificaba.

Cada día, más y más, ella se convertía en su razón para respirar.

—Di que sí—, susurró él, sus labios flotando sobre los de ella. Su brazo serpenteó alrededor de su cintura, abrazándola. Resistirse tampoco era amable; era más una demanda para quedarse quieto. —*Por favor*, di que sí.

Temblores la sacudieron contra él. —Lo admito, como que quiero—, dijo ella, —y eso es grandioso para mí. No había planeado esto, sobre ti, pero creo que podría subir a bordo con todo el asunto esposo -esposa-. Tal vez. Probablemente. Me gusta tenerte cerca, y ciertamente me gusta la idea de que estés legalmente obligado a esperar por mí.

Él se iluminó...

—Pero—, ella agregó, y su humor se oscureció. —Mi respuesta es no, y seguirá siendo no hasta que hayas vencido el miedo de perdersen a mí y al bebé.

Un destello de frío. —¿Qué te hace pensar que tengo miedo de perderte?

—Jude, me sigues donde quiera que vaya. El miedo es estresante y el estrés es malo para tu salud.

—Tal vez me gusta verte el culo mientras caminas.

—¿Tal vez? ¡Ja! Definitivamente. Pero no puedes negar que estás estresado las 24 horas, todos los días.

No, él no podía. —Tengo miedos, sí, pero tú también.

—¿Qué? ¿Yo? No.



—Tienes miedo de perder tu identidad, cambiar por un hombre.

—Yo... yo... —El color en sus mejillas se drenó.

—No intentes negarlo. Es verdad. La única diferencia entre nosotros es que tu miedo no me costará la vida. Pero, ¿y si te fallo? ¿Qué pasa si no puedo mantenerte a salvo? Me falta una parte de la pierna y...

Con el ceño fruncido, ella se agarró a sus hombros para sacudirlo. —Eres el hombre más fuerte que he conocido. Y tal vez tengas razón. Tal vez tengo miedo de perderme a mí misma. Pero de cualquier forma, me di cuenta de que puedo cuidarme sola.

—Sé que puedes. No creo que me hubiera permitido arriesgarme a enamorarme de ti de lo contrario.

Sus ojos se agrandaron, convirtiéndose en ventanas de asombro. —¿Te has enamorado de mí? Quiero decir, dah. Te has enamorado de mí, y tu corazón está lleno de arcoíris y lágrimas de unicornio. Es obvio. —Ella se quitó una pelusa invisible de su hombro. —Pero esta es la primera vez que dices las palabras.

—¿Necesitas las palabras?

—¿Tú las necesitas? —ella desafió.

Quizás más de lo que alguna vez necesitó algo. —Lo hago.

Aunque se derritió contra él, no le dijo que también se había enamorado de él. Ella simplemente apretó con más fuerza sus hombros, clavándole las uñas en la camisa para asegurarse de que permaneciera en su lugar. Como si alguna vez se fuera de su lado otra vez.

—Combate el miedo—, dijo ella, —y puedes tenerme.

Puedes tenerme...

El hambre dentro de él frotó un tenedor y un cuchillo juntos, listos para el festín. —Te quiero *ahora*. Di que te vas a casar conmigo.

—He establecido mis términos. Todo o nada.

Mujer testaruda. —Noto que pedir perdón no está entre esos términos. ¿Me has exonerado por todo lo que hice en el pasado?

—No me malinterpretes. Te has equivocado a lo grande. Una y otra vez. —Mientras él la fulminaba con la mirada, ella agregó, —pero eres el padre de mi hijo y guardar rencor contra ti sería contraproducente. Quiero decir, no tengo idea de qué hacer con un bebé. Tú lo haces. Puedes ayudarme.

El *niño* y el *bebé* palabras eran cada vez más fáciles de escuchar.



—¿Cómo lucho contra el miedo? —Si fuera el único obstáculo en su camino, lo superaría. Él vencería cualquier cosa para pasar su vida con esta mujer.

Ella consideró su dilema, salió en blanco. —¿Cómo luchaste contra el miedo en el ejército, cuando tenías que ir a misiones peligrosas?

—Me centré en la tarea que tenía entre manos. Rescatar. Matar. O ambos. Pero entonces, conocía a mi enemigo y mi objetivo. Contigo, todos somos el enemigo. Todo es un accidente esperando a suceder, esperando para quitarte de mí. Mi objetivo es protegerte de todos y de todo.

Ella suspiró. —La vida sucede, y al final, solo lamentamos las posibilidades que no tomamos. Cuando las preocupaciones aumentan, no las alimentes ejecutando escenarios negativos a través de tu cabeza, obligate a pensar en otra cosa. Algo bueno. Por ejemplo, cómo podría recompensarte por tu valentía...

—Me gusta el sonido de eso. —Él frotó la punta de su nariz contra la de ella. —Hablaré con Daniel, también. Tal vez él tiene algunos secretos. —Después de haber perdido a su madre cuando era niño, y ver morir a múltiples amigos y soldados por las explosiones, los disparos del enemigo y hasta el fuego amigo, el hombre una vez había sufrido temores similares. Para un futuro con Dorothea, de alguna manera había vencido.

—Niña. —La voz de Selma resonó en el sótano. —Puede que quieras venir. Alguien está aquí para verte a ti y a tu chico bonito. La puse en tu oficina. Ah, y es posible que desees apresurarte, porque ella luce como el tipo de descuento de cinco dedos.

¿Niño bonito?

— Llegando—, Ryanne le dijo.

Todavía no, pero lo estaría. —Descubriré cómo vencer mis miedos—, él le susurró, —y entonces serás mía. —La besó, un brutal encuentro de labios. Un *breve* encuentro de los labios, demasiado breve, antes de tomar su mano para dirigirse al piso de arriba.

Sus respiraciones jadeantes lo hicieron sonreír... y gemir. No estaba seguro de sobrevivir una noche más durmiendo en el piso.

En lo alto, Jude entró primero a la oficina, con una mano en el arma envainada en su cintura. Se detuvo en seco.

Savannah. Savannah y un niño pequeño de cabello oscuro. Thomas.

La rubia estaba pálida mientras caminaba de un lado a otro del escritorio. Su hijo la observaba desde la silla de un escritorio, girando, girando.



—Savannah—, la voz entrecortada de Ryanne, corrió a su alrededor.
—¿Qué pasó? ¿Qué pasa?

Savannah se retorció las manos. —Solo todo.

—¿Quién diablos eres? —exigió el chico con un tono de realeza, como si el mundo existiera para su deleite.

Un gemido de Savannah. —Thomas, por favor. Diablos no es una buena palabra. ¿Está bien?

—Tú no eres mi jefe. —El niño le escupió, y ella se encogió. —Diablos, diablos, diablos.

—Lo siento—, ella le dijo a Jude. —Debería haber ido contigo, pero no estaba segura de poder confiar en ti. Acabo de... he pasado por muchas cosas y decidí pagarle a un cliente para que saliera de la ciudad. Afirmó que me quería, pero él sólo quería... De todos modos, Martin ha estado en mi camino y casi me atrapó. —Mordiéndose el labio inferior, ella se acercó y susurró, —Quiere castigarme, matarme, y mantener a Thomas por sí mismo. No sabía a dónde más ir.

—Puedes quedarte aquí, con nosotros—, Ryanne le dijo. —Sé que vas a estar cerca de Dushku, y eso no es lo ideal, pero nuestra seguridad es de primera categoría.

La presencia de Savannah pondría en peligro a Ryanne y al bebé.

Ya en peligro. Ciertamente, pero esto daría a Dushku otra razón para atacar.

El pulso de Jude se aceleró, y su pecho ardió. El miedo al que se suponía que debía luchar lo sobrepasó, y sabía que había fallado en una gran prueba. Pero aquí y ahora, no le importaba. Él no negociará o por otro lado adivinaría sus instintos cuando se trataba de la seguridad de Ryanne.

—Ella puede quedarse en la cabaña con Brock—, dijo él. —La seguridad es más intensa allí, y ella no va a estar expuesta a los clientes que entran y salen, o ser vista por la gente en el lugar de trabajo de Dushku.

Mientras hablaba, Savannah asintió. —Sí. La cabaña. Nos quedaremos allí.

Ryanne lo sorprendió cuando ella también asintió.

Él debe haberla sorprendido, porque ella dijo, —¿Qué? Reconozco un mejor plan cuando lo escucho.

No besarla resultó imposible. Un rubor cálido asaltó sus mejillas cuando presionó su boca contra la de ella, se demoró por un momento, solo por un momento. Savannah miraba con cruda envidia en sus ojos, y Thomas fingió tener arcadas.



—Voy a avisar a Brock, y nos dirigimos por la puerta trasera. —Él salió de la oficina, aferrándose a la mano de Ryanne hasta el último segundo posible antes de acechar a través del club para encontrar a su amigo.

Brock estaba sentado detrás de una mesa, envuelto en sombras. Botellas de cerveza vacías cubrían su mesa. Había dejado de afeitarse la cabeza, los mechones ahora sobresalían en espigas mientras una mujer pasaba los dedos por ella. Tenía los ojos inyectados en sangre y no había señales de su sonrisa habitual.

Jude sabía que había tenido noticias de sus padres a primera hora de la mañana. La pareja tenía una forma de ennegrecer su estado de ánimo. No era exactamente un shock. Se refirieron a él como una decepción, y lo empujaron a regresar y hacerse cargo del negocio familiar.

Por el momento, él estaba ocupado mirando a la barra... a Lyndie, que estaba sentada con Dorothea y Daniel, riendo por como Selma mezclaba las bebidas.

Daniel y yo no somos los únicos que luchamos contra el miedo.

Cuando un hombre se acercó a Lyndie, Brock se puso de pie, la mujer en su regazo obligada a enderezarse o caer.

Jude se abalanzó, disculpándose en nombre de su amigo antes de enviarla lejos. —Necesito tu ayuda—, le dijo a Brock.

Sin dudarlo, su amigo se centró en él. —Por supuesto.

En el camino a la oficina, explicó lo que había sucedido. En segundos, Brock se transformó de civil malhumorado a soldado feroz. Un hombre capaz de cualquier acto oscuro. Jude había sido testigo de la transformación mil veces, y era una de las razones por la que había gravitado hacia el macho durante el entrenamiento. Por así decirlo un igual.

Savannah tenía a Thomas en sus brazos, descansando sobre su cadera. Ryanne era la única caminando de un lado a otro ahora.

—Savannah, este es Brock. Brock, Savannah.

Thomas miró a Brock con ojos tan abiertos como platos. —Eres grande.

—Como mucho brócoli—, murmuró Brock.

—Quédate aquí—, dijo Jude a Ryanne. Daniel cuidaría de ella.

—No. De ninguna manera. —Ella negó con la cabeza, el cabello oscuro acariciándole las mejillas. —Voy contigo.

¿Qué haría Earl?



Aunque Jude quería discutir con ella, decidió cerrar su estúpida boca y dejar que Ryanne hiciera lo que pensaba era lo mejor, combatiendo el miedo, confiando en la madre de su hijo.

Él hizo un gesto hacia la puerta, lo que indicaba que debían seguir a Brock, que había tomado la delantera.

Con la barbilla en alto, Ryanne envolvió su brazo alrededor de la cintura de la rubia y, juntos, salieron de la habitación, en dirección a la entrada del callejón, cerca de donde había aparcado su camioneta.

En el exterior, el aire fresco de la noche flotaba sobre él. El silbido del viento.

El callejón estaba vacío. Por lo general, los hombres y mujeres sin hogar esperaban a Ryanne para servir la comida sobrante.

La aprehensión pinchó su cuello, los instintos de combate ardiendo. Debieron de haber pinchado a Brock también; él se calmó.

Entonces oyó un arma de fuego disparándose.

—¡Al suelo! —Él y Brock gritaron al unísono.

Jude empujó a Ryanne, Savannah y Thomas al suelo, mientras que Brock se lanzaba en la otra dirección, desenvainando una semiautomática.

Se escuchó un disparo, y un fuerte dolor cortó el bíceps de Jude. Líquido caliente se derramó por su brazo. Se retorció el aire, tomando la mayor parte del impacto al aterrizar. Luego se volvió, metiendo a Ryanne debajo de su cuerpo.

Brock se puso de pie y comenzó la persecución. A pesar del dolor en el brazo de Jude, él llevó a las mujeres y al niño hacia una esquina y palmeó su .44. Savannah estaba llorando, pero Ryanne estaba silenciosa y pálida. Thomas estaba sonriendo, como si estuvieran jugando un juego.

Sin juego. Esta era la vida y la muerte.

A juzgar por la ubicación de la herida de Jude, sospechaba que Ryanne o Savannah habían sido el blanco.

Si no hubiera empujado a las mujeres fuera del camino...

La bala podría haber golpeado a Ryanne. Él podría haberla perdido a ella y al bebé.

¡El bebé! ¿Cómo estaba el bebé?

—Estás sangrando—, la voz de Ryanne entrecortada. —Jude fuiste herido.

—Sólo es una herida superficial. —Le habían disparado y rozado suficientes veces como para saber la diferencia. —¿Cómo estás?



—Bien, estoy bien, pero... estás sangrando—, repitió ella.

—Esto no es nada. ¿Estás segura de que estás bien?

Su miedo debe haber demostrado ser contagioso. Ya no simplemente estaba pálida, estaba blanca como la tiza. —¿Por qué? ¿Sabes tú algo que yo no? ¿Podría el disparo hacer daño al bebé?

Con una maldición Brock regresó, evitando tener que responder. —El tirador se escapó. —El enfundó su arma y señaló a la pequeña linterna que siempre llevaba consigo. —Tuviste suerte. Sólo una herida en la carne.

—Te lo dije—, él le dijo a Ryanne.

—Llévalo a un hospital—, exclamó ella. —¡Y a mí! Ahora. En este segundo.

La parte superior de la prótesis de Jude se clavó profundamente en la parte inferior de la rodilla mientras se paraba, acunando a Ryanne en sus brazos. —La voy a llevar a la ciudad—, dijo Brock. Y entonces... podría ser el momento de poner fin a Dushku de una vez por todas. Él le había advertido al hombre. Hiere a Ryanne, y lo pagas.

—Bájame. —Ella pronunció la orden sin moverse, claramente demasiado preocupada por su bienestar a correr el riesgo de hacerle daño. —Por favor. Caminaré.

—Cuidaré de los demás—, dijo Brock. —Vayan.

Jude corrió hacia la camioneta.

—Jude—, Ryanne dijo, apoyando su cabeza contra su pecho, sus dedos enredados en su camisa. —Se honesto. ¿Piensas que algo le pasó al bebé?

Él bloqueó su voz, incapaz de tranquilizarla, no pudiendo asegurarse a sí mismo. *Llevarla al hospital, escuchar a la razón más tarde.*



CAPÍTULO VENTICUATRO

*Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Bibliotecaria70*

Ryanne se sentó en el banco de la ducha, lloviendo agua caliente sobre ella. Ella estaba sola. Una cosa buena. Quería golpear a Jude en la garganta y abrazarlo, todo al mismo tiempo. Su corazón no había dejado de revolotear; el órgano le recordó a una mariposa con alas recortadas.

Esta noche había tenido un ultrasonido. Su primero. Había sido un trabajo apresurado para asegurar a los padres temerosos que su bebé estaba sano y salvo. Ella odiaba y temía cada momento, hasta que por fin se encontraron los latidos del corazón, fuertes y seguros.

El miedo de Jude había alimentado el de ella y viceversa. Y luego, a pesar de que había estado laxa de alivio, todavía estaba tensa, porque Jude había rechazado la atención médica hasta después del ultrasonido.

¿Qué pasaba si él se desangraba durante la espera?

Temblorosa, levantó sus rodillas hacia su pecho, envolvió sus brazos alrededor de sus piernas y apoyó su frente contra las rodillas. Que noche tan horrible. Tentativa de asesinato. Jude herido. Una muestra del terror con el que había vivido a diario.

No, él no vivía. No *podía* vivir así, con el miedo cementado en su corazón, formando una pared impenetrable, y en su mente, triturando todos los recuerdos alegres y dejando solo la desesperación. Él simplemente existía.

Después de dejar el hospital, visitaron al jefe del DP de Blueberry Hill, así como al sheriff del DP de Strawberry Valley. Ambos hombres parecían realmente molestos y habían prometido investigar el tiroteo, pero dudaba que se encontrara cualquier cosa. Hombres como Dushku sabían cómo cubrir sus huellas.

Las lágrimas le quemaron las mejillas cuando diferentes hechos la bombardearon.

Jude había recibido una bala por ella y nadie sería castigado.

Al menos su bebé tenía un fuerte latido del corazón.

Jude podría haber muerto.

Su bebé era del tamaño de un grano de arroz.



Dushku era capaz de asesinar. ¿Qué pasaría si decidiera terminar con Jude? ¿El bebé?

Jude no era su marido, por lo que los médicos y las enfermeras no le habían dado ninguna actualización cuando lo llevaron a una habitación privada para que le cosieran la herida.

Su bebé podría haber muerto entre un parpadeo y otro, y no habría habido nada que ella pudiera hacer para detenerlo.

¡Uf! Los pensamientos de ida y vuelta le daban latigazos. Y realmente, esto era otra ayuda del tormento con el que Jude vivía-existía diariamente.

Si él continuaba en este camino...

Solo la destrucción lo esperaba.

Tenía que luchar y vencer el miedo. No solo por Ryanne, ya no, sino por él mismo. El miedo no era saludable. Mentalmente, emocionalmente o físicamente. Acabaría en una tumba temprana, su vida llena de dolor y pesar.

¿Pero cómo podría ayudarlo? Había coexistido con el monstruo por tanto tiempo, podría no reconocerse a sí mismo sin eso.

Además, esta noche solo había exacerbado el problema. Apenas había hablado con ella en el camino a casa, ella le había hecho la misma pregunta tres veces. *¿Estás bien?*

La puerta de la ducha se abrió. Jude metió la mano dentro y cerró el agua. —Vamos a secarte. —Le ofreció su mano y la ayudó a ponerse de pie. Su mirada permaneció justo sobre su hombro mientras envolvía una toalla alrededor de ella. —Estarás feliz de saber que Belle y sus lords y princesas están durmiendo en la terraza acristalada.

Estaba sin camisa, con un vendaje en el brazo, con solo un par de calzoncillos. Después de sacudirle el cabello, jaló una de sus camisetas por la cabeza y con cuidado metió los brazos por los agujeros.

Irradiando una tensión tranquila pero salvaje, la llevó a la cama.

—No soy exactamente un peso ligero, y tu brazo... —comenzó ella.

—Está bien. Solo un poco adolorido. Y *eres* un peso ligero.

Cuando se apartó, ella tiró de su brazo, cuidando de su herida, instándolo a acostarse a su lado. —Quédate conmigo esta noche—, suplicó. —Por favor.

Una pausa. Una contracción del músculo debajo de su ojo. Luego se quitó la prótesis y se acurrucó contra ella. Mientras un minuto sangró en otro, esperó a que la tensión desapareciera de él.



No fue así.

—Háblame—, suplicó. —Dime qué te está molestando.

—Sigo repitiendo los disparos dentro de mi cabeza. Cuán cerca llegaste a... Qué rápido pude haberte perdido.

—Pero no lo hiciste.

—Quiero matarlo—, admitió.

—No. Si estuvieras encerrado...

—No me atraparían. Te lo prometo, nadie encontraría el cuerpo.

—No. No solo arriesgarás tu libertad, arriesgarás tu corazón. —Clavó sus uñas en su pecho. —Además, alguien más simplemente se levantaría en las filas y tomaría el lugar de Dushku.

—Ryanne...

—No, ya no quiero hablar sobre Dushku. —Quería a Jude. Sin ultimátum. Sin pensar en ningún momento más que en este. —Bésame. Hazme olvidar que esta noche ha sucedido. —*Déjame hacer lo mismo por ti.*

Él no requirió más indicaciones. Con un gruñido animal, inclinó sus labios sobre los de ella, su lengua buscando la entrada. No, *exigiendo* entrar. La besó con fervor y calor, sin contenerse de vuelta.

Era pasión desatada. —Dime que soy tu novio. Dilo. Al menos admite eso.

El amor por él la consumió. Amor y necesidad. Estar sin él estos últimos días había sido infernal. Ahora tenía fiebre y él tenía la cura. ¿Era Jude perfecto? No. ¿Tendrían la justa cantidad de problemas? Probablemente. ¿Quería vivir sin él? Nunca. ¿Era perfecto para ella? Absolutamente.

—Eres mi novio, Jude Laurent.

La satisfacción brutal tensó los músculos de su rostro. —Y tú, Ryanne Wade, eres mi novia.

Sus grandes manos amasaron sus pechos. Mientras sus pezones se fruncían para él, rozó sus pulgares sobre los doloridos picos, su toque casi desesperado. Pero luego, el toque de ella era igual. Quizás aún más. *Casi lo perdí.* Intentó acariciar, saborear y marcar cada centímetro de él, todo a la vez; falló, pero disfrutó cada segundo cuando reafirmó que él estaba allí, estaba bien y estaban juntos.

¿Ahora y siempre?

Él besó un camino por su cuerpo, chupando sus pezones a través de su camiseta, luego arrugó el algodón y le lamió el ombligo. Sin bragas que



lo impidieran, deslizó un dedo profundamente dentro de ella, escurriéndose un grito de dicha de ella.

—Abre las piernas—, dijo con voz ronca. —Eso es. Más amplias. Necesito probarte otra vez.

El aire frío se encontró con el ardiente calor de su núcleo y se estremeció. Una vez más besó un camino... abajo... su cabeza se movió entre sus muslos, el calor de su aliento incendiario, barriéndola en un frenesí enloquecedor.

—Jude. —Su espalda se curvó y sus caderas se levantaron, mientras trataba de forzar su boca sobre ella. —Hazlo. Por favor.

Un segundo pasó, dos. La agonía de la anticipación solo intensificó su necesidad de él.

—Me encantan tus dulces súplicas. —La cama se ladeó cuando se inclinó y encendió la lámpara. La luz se derramó sobre ambos.

Hermoso Jude. El placer salvaje brillaba en los ojos que ya no eran azules, sino negros, con las pupilas dilatadas. La cicatriz que dividía sus labios no hacía más que aumentar su atractivo brutal, recordándole su fuerza, su voluntad de sobrevivir sin importar los bloqueos. Los músculos de su pecho se hincharon, cubiertos de rasguños.

—Tan encantadora—, dijo, su voz espesa, luego lamió entre sus muslos.

Un sonido medio gemido, medio grito la dejó cuando sus brazos se dispararon sobre sus cabezas, sus dedos se enroscaron alrededor de la cabecera. Su columna vertebral se arqueó, mil temblores se movieron a través de ella a la vez. La devoró hasta que se retorció contra él, rogando incoherentemente por su liberación. Luego sus dedos se unieron a la obra. Primero uno, luego otro. Trabajaron en tándem con su lengua, su lengua perversa y maravillosa.

—Te gusta esto—, susurró con voz áspera. —Nunca has estado tan mojada.

Al momento, en el mismo segundo, la lamió otra vez, se disparó como un cohete. El orgasmo la atravesó, sus temblores mecían la cama. Mientras se desplomaba sobre el colchón, sin fuerzas, esperaba que deslizara su enorme longitud dentro de ella. Él rodó a su lado en su lugar.

Sus respiraciones jadeantes se mezclaron cuando se subió encima de él, lista para montarlo y que se liberara.

—No—, dijo con los dientes apretados, sus manos en su cintura, manteniéndola quieta. —Quise decir lo que dije. No hay sexo hasta que aceptes casarte conmigo.



¿Pensaba negarle el placer de *su* placer? —El sexo oral es sexo—, señaló.

—Está bien, voy a reformular. Sin *penetración* hasta que aceptes casarte conmigo.

—¿Estás seguro? —Ahuecó sus pechos, y su mirada bajó, repentinamente clavada en sus pezones. —Tus dedos no tuvieron problemas para penetrar mí...

—Sé lo que hicieron mis dedos. —Su agarre sobre ella se apretó cuando mostró sus dientes. El sudor brillaba en su frente, y una fiebre de pasión encendió sus mejillas. Este hombre la quería. La quería desesperadamente. El conocimiento la electrificó.

—Bien. Las bolas azules son una condición seria. Estoy segura de que debe reclamar la vida de al menos un hombre cada año. —Con su sonrisa más tímida, bajó por su cuerpo, tiró de su ropa interior por debajo de los testículos y dejó que su boca se cerniera sobre la brillante cabeza de su erección. —Si prefieres esperar al matrimonio, siéntete libre de detenerme en cualquier momento...

Una vena palpitaba en su frente. Sus manos se aferraron a las sábanas cuando un sonido forzado lo dejó.

—Tomaré eso como un *por favor, querida Ryanne, sigue adelante*—, comentó y lo engulló.



Jude sostuvo a una durmiente Ryanne en el hueco de su brazo ileso toda la noche y hasta bien entrada la mañana. La luz del sol se filtraba a través de las cortinas de la ventana, pero no llegaba a la cama. Incapaz de descansar, su mente demasiado caótica, se había levantado un par de veces para asegurarse de que tendría todo lo que necesitaba cuando despertara. Un vaso de agua y un puñado de galletas saladas; también había vuelto a colocar su prótesis en caso de que ella estuviera demasiado enferma para caminar sola al baño.

¿Qué iba a hacer con Dushku?

Ryanne tenía razón. Matarlo no serviría de nada si alguien más, alguien peor, tomaba su lugar.

Al principio, Jude se había preguntado si Savannah lo había preparado. *Si se trata de mí o de ti, enviaré flores a tus seres queridos.*



Entonces él se había espabilado. Ella adoraba a su hijo y nunca lo colocaría voluntariamente en una situación peligrosa.

Cuando Ryanne comenzó a moverse, Jude escondió sus emociones detrás de una pared mental, una hazaña difícil, pero que acababa de lograr. Lo había hecho muchas veces para las misiones, lo que le permitía concentrarse en los hechos. Esta vez, necesitaba una respuesta a sus preguntas: ¿Por qué? ¿Por qué Dushku había optado por un intento tan público contra la vida de Savannah? ¿Por qué no seguirla, colarse en la cabaña y dispararle mientras ella dormía? Tal vez Brock o Jude podrían haber sido acusados por el crimen.

¿Alguien más que Dushku la quería muerta?

Para conocimiento de Jude, ella no tenía otros enemigos.

¿Uno de los empleados de Dushku se había encargado de eliminar el problema de su jefe?

Posible, pero no probable. Las consecuencias de la desobediencia debían tener un alto precio.

¿Tal vez Dushku había actuado por emoción en lugar de lógica?

La idea tenía mérito, pero significaría que la deserción de Savannah con Thomas había empujado al anciano más allá de sus límites. Tal vez realmente amaba al niño. Aunque, ¿por qué arriesgarse a que el chico se lastimara accidentalmente?

Un suspiro suave abandonó a Ryanne mientras se estiraba, su cuerpo rozaba el de Jude. Siseó aire entre dientes. La noche anterior lo había dejado seco, chupando su eje como si fuera su dulce favorito. Había disfrutado cada segundo y, sin embargo, negar la necesidad de su cuerpo de hundirse en ella, llenarla y marcarla, lo había dejado... sensible.

—Buenos días—, dijo ella con voz áspera, sus pestañas revoloteando abiertas. Mientras rozaba sus dedos sobre las crestas en su espina dorsal, una sonrisa dulce jugó en las comisuras de sus labios.

Todos los días, cada segundo, esta mujer crecía en belleza.

Y alguien casi la aleja de mí.

De prisa, sus emociones escalaron la pared que había erigido, tan veloces y voraces que le recordaban a los zombis que había visto una vez en una película; esos zombis se habían arrastrado uno encima del otro, cada uno como un peldaño en una escalera, hasta que alguien finalmente llegaba a la cima de la pared y *cada* zombi se derramaba. Una comparación apta. Sus emociones *habían* resucitado de entre los muertos. Todo el miedo, todo el pavor, toda la rabia. Cada uno lo inundaba, más fuerte que antes; quizás habían estado bombeando hierro y disparando esteroides. Había perdido



tantas cosas en su joven vida, pero Ryanne y su hijo no se agregarían a la lista, sin importar las medidas que tuviera que tomar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Sorprendentemente bien. Mi estómago está tranquilo. —Ella colocó su brazo sobre su pecho, descansando su barbilla sobre su mano. —Pero el tuyo no lo está, ¿verdad? Estás todo revuelto.

El silencio le serviría mejor que la verdad.

—¿Necesitas otro castigo de lengua, vaquero? ¿O quizás te gustaría llevarme a dar un paseo mañanero?

El deseo que había empezado a cocerse a fuego lento en su sangre ahora comenzó a hervir. *¡Resiste!* El matrimonio era demasiado importante para él. Haciendo caso omiso de su pregunta, apenas, dijo: —Hablemos, lleguemos a conocernos mejor.

El destello de una sonrisa. —Está bien. ¿Qué quieres saber?

Todo. —Si pudieras intercambiar vidas con alguien durante todo un día, ¿a quién elegirías?

Su frente se arrugó con confusión antes de que se riera abiertamente. —¿Por qué querría intercambiar lugar con alguien? No miras a nadie más de la manera en que me miras.

Hirviendo más caliente...

Besó su sien, apenas resistiendo el impulso de reclamar sus labios. —¿Cómo te he resistido alguna vez?

—No lo sé. Es uno de los mayores misterios de la vida. ¿Pero qué hay de ti? ¿Con quién quieres intercambiar lugar?

—Creo que contigo. Me seduciría a mí mismo una y otra vez.

Ella bufó. —Si no te hubiera am... gustado, hubiera empezado ahora.

Am... gustado. ¿Casi había dicho que lo amaba?

—Siguiente pregunta—, dijo. Cuanto más aprendía sobre ella, más le gustaba ella también. —Si tuvieras que pasar el resto de tu vida en una isla desierta, pero solo pudieras llevar a tres hombres contigo, ¿a quién elegirías? Uno tiene que ser de un libro, uno de una película y uno de la vida real.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —Mi hombre ficticio sería Owen Perkins de *Búsqueda Desnuda* por Jill Monroe. También sería mi bombón de la pantalla de plata, ya que el libro se convirtió en una película de Lifetime. Y mi hombre de la vida real sería... hmm... veamos... déjame pensar...



Jude le dio un golpe en el trasero. —Primero, ¿qué tiene de especial este tipo Owen que necesitas dos de él, y segundo, tienes que pensar en el de la vida real? ¿En serio?

—Primero, Owen es un bombero sexy y tengo una nueva apreciación por su línea de trabajo. Además, es muy bueno con las esposas, algo que estoy empezando a apreciar. Me gustaría mantenerte atrapado en esta cama para siempre. En segundo lugar, *supongo* que te elegiría como mi héroe de la vida real.

—¿Supones? Y espero que hables en serio sobre las esposas porque compraré un par.

Soltó una risita, una adorable risita de niña que le hizo doler el pecho.

El teléfono en la mesita de noche de repente zumbó, haciéndole saber que una información de seguridad del Scratching Post acababa de llegar a su bandeja de entrada. Se tensaron al unísono, todos los pensamientos de amor y sexo desaparecieron.

Levantó su teléfono y abrió el video, temiendo lo que encontraría. ¿Otro fuego? ¿Otro pistolero?

En cambio, vio como sus suegros llamaban a la puerta principal.



CAPÍTULO VEINTICINCO

Traducido Por Maxiluna
Corregido Por Bibliotecaria70

¿Cómo había pasado Ryanne a que casi le dispararon hasta querer que le dispararan?

Fácil: la llegada de los antiguos suegros de Jude, Russ y Carrie Jones.

Después de revisar la información de seguridad, Jude se vistió con prisa y gentilmente le pidió a Ryanne que hiciera lo mismo. *Pon tu culo en marcha, pastelito. No te quiero fuera de mi vista.*

Mientras se ponía una blusa de encaje y un par de pantalones tejanos sin roturas, queriendo lucir lo mejor posible, la curiosidad la había dominado, y de buena gana había seguido a Jude escaleras abajo.

Primeras presentaciones fueron hechas. Nombres solamente. Luego la pareja se había adueñado de él, preocupados por su lesión, queriendo cada detalle.

—Tu mensaje anoche me asustó hasta la muerte—, dijo Carrie. —Alguien te disparó, pero no quieres que nos preocupemos si escuchamos chismes, porque estás bien. Bueno, estamos preocupados. Necesitamos más información, Jude. Saltamos en el coche a primera hora de esta mañana. Tu amigo Brock nos dijo dónde te alojabas, así que aquí estamos.

Lo acribillaron con un millón de preguntas sobre el tiroteo, y cuando se sintieron satisfechos, aunque un poco frustrados porque no les diría nada sobre por qué o quién, le preguntaron sobre su vida. Ryanne estaba en el fondo, queriendo agacharse detrás del bar cada vez que Carrie le lanzaba una mirada extraña, como *¿quién eres, por qué sigues aquí?*

Estas personas habían perdido a su hija y nietas. No estarían felices cuando descubrieran que Jude había encontrado una familia de reemplazo. No es que Ryanne pudiera reemplazar a Constance.

Jude solo ofreció las respuestas más simples, mencionando el negocio de seguridad que había comenzado con amigos, y cómo estaba protegiendo a Ryanne del nuevo tipo malo de la ciudad. Solo entonces Carrie se relajó.

Nop. No estaría feliz de saber que Jude y Ryanne estaban saliendo.

¿Tal vez debería escabullirme, dejar a la familia en su reunión? De esa forma, Jude no estaría tentado de confesar que estaba en una relación, e inadvertidamente lastimar a la pareja.



La puerta de entrada se abrió de repente, y Jude tomó su arma. Se relajó cuando Selma entró con paso firme, a pesar de que su expresión era feroz. —¿Qué es esto que escuché acerca de que mi niña recibió un disparo?

—No me dispararon, a Jude sí—, respondió Ryanne.

—Oh. Bueno. —Selma se secó la frente, en el signo universal de que *eso es un alivio*. —Estoy segura de que está bien. Él tiene todos esos músculos deliciosos para reducir la velocidad de una bala. —Hoy llevaba una camiseta sin mangas y un par de pantalones cortos, sus piernas en una espectacular exhibición. A los cincuenta y dos, se veía mejor que la mayoría de las mujeres en sus veinte años. —Entonces, ¿a quién tenemos aquí?

Jude inhaló profundamente, exhaló lentamente. Obviamente, sospechaba lo que Ryanne sabía: Selma podía destruir a esta gente agradable con unas pocas palabras descuidadas. Si no había admitido que él y Ryanne estaban saliendo, la verdad podría salir en otras formas menos amables.

—Selma, conoce a mi familia política. Carrie, Russ, esta es Selma, la madre de Ryanne. —Extendió su brazo para invitarla a que se acercara. —Ryanne y yo estamos saliendo.

Al ver que no había manera de salir de esto, Ryanne tomó su mano a regañadientes y se movió a su lado.

Carrie palideció. —Yo... no me di cuenta de que estabas saliendo con alguien. —Parecía tener la edad de Selma, pero la vida no había sido tan amable con ella. El dolor la había envejecido, la pérdida de sus seres queridos era evidente en cada línea de su rostro. Se concentró en Jude, con desesperación en sus ojos. —No has estado en la ciudad por mucho tiempo. ¿No te preocupa apresurarte a una relación? ¿Y tu plan de regresar a Texas?

Ryanne se quedó sin aliento. —¿Texas? —¿Había hecho planes para mudarse?

—Me quedaré en Strawberry Valley—, dijo Jude, besando la mano de Ryanne.

—Y están haciendo más que salir. —Selma colocó sus manos en sus caderas. —Están prácticamente comprometidos. Jude puso un moño en el horno de mi niña.

Carrie se sobresaltó; Russ se quedó boquiabierto.

Ryanne gimió, deseando que el suelo se abriera y la tragara. Esta. Esto era lo que ella había esperado evitar.

Para crédito de Jude, manejó bien el anuncio abrupto, sin disculparse con sus parientes políticos, sin que por eso insultara a Ryanne y no le gritó a Selma. —Nos acabamos de enterar.



Russ se recuperó de su sorpresa primero. El hombre alto y delgado con bifocales adorables estrechó la mano de Jude. —Felicitaciones, hijo. Escogiste una belleza.

Jadeando ahora, Carrie tiró del cuello de su chaqueta de punto. —Pero no has estado en la ciudad por mucho tiempo—, repitió.

Riendo, Selma le dio un codazo a Russ en el estómago. —Solo toma una noche. ¿No es así, guapo?

—Claro—, comentó Russ con lo que parecía ser una sonrisa genuina. —Esto requiere una celebración.

Seriamente. La mujer podría encantar a cualquiera con un pene.

—Nuestra Coni estaría feliz de saber que eres feliz otra vez, Jude. — La postura de Carrie cambió -se puso rígida- mientras volvía su atención hacia Ryanne. —Ella era una chica tan buena, amable con todos. Era maestra, ¿sabes? Sus estudiantes amaron cada parte de ella.

—Fueron bendecidos de conocerla—, dijo Ryanne. —Ciertamente enriqueció la vida de Jude de la mejor manera.

Carrie se ajustó la correa de su bolso. —¿Qué es lo que haces, Ryanne?

—Soy dueña del bar. —*Sirvo bebidas.*

—Oh. Ya veo.

Ryanne le dio un apretón a la mano de Jude. —Si no les importa, voy a robarme a Selma y refugiarme en la cocina para poder planear la fiesta de espuma de esta noche.

Jude le dio un apretón de vuelta. —No... por favor no te vayas—, dijo. —Quédate adentro.

Hola, miedo. Nunca lejos de la superficie.

—Muy bien—, contestó, haciendo una concesión. —¡Pero, bajo ninguna circunstancia, regreses sin Chips Ahoy!

—No lo haré. —*Gracias*, dijo en voz alta.

Asintió y se despidió de Carrie y Russ, y arrastró a su madre a la cocina.



Tan pronto como Daniel llegó al Scratching Post para vigilar a Ryanne, Jude llevó a Russ y Carrie a almorzar. Una comida apresurada en el Two Farms, ubicado en la plaza del pueblo de Strawberry Valley, donde hizo todo lo posible para evadir las preguntas sobre Ryanne. Había herido a sus parientes políticos hoy. Sin querer, sí, pero el herir era herir, y no le sentó bien.

Había planeado decir la verdad, de todos modos, pero había querido repartir la información lentamente, no arrojarla como una bomba.

En el momento en que se dio cuenta de que Ryanne entendía su dilema, ya no había negado lo profundamente que se había enamorado de ella.

Después del almuerzo, condujo a Russ y a Carrie al Strawberry Inn, porque habían decidido quedarse unos días.

Entendió que estaban decepcionados. Constance había sido hija única y Jude era todo lo que les quedaba. El hecho de que se estaba moviendo, comenzando una nueva familia, tuvo que devastarlos. Pero no dejaría ir a Ryanne. Ni ahora, ni nunca. De alguna manera, haría que Carrie y Russ comprendieran que no solo estaba formando una nueva familia, sino que la estaba agregando a la de ellos.

Llevó a la pareja hasta la puerta de ellos, pero cuando se dio la vuelta para irse después de despedirse, Carrie lo agarró de la muñeca. —Estoy preocupada, Jude. ¿Conseguiste embarazarse a esa persona Ryanne en un intento por reemplazar a tus chicas?

Por primera vez en años, ansiaba una cerveza. —Va a ser la madre de mi hijo—, dijo, y Carrie palideció. —Por favor habla de ella con respeto.

El color desapareció de sus mejillas, pero ella asintió. —Tienes razón. Lo siento.

—No—, finalmente respondió. —El embarazo no fue a propósito. —Pero sucedió, y él no lo cambiaría. —No estoy tratando de reemplazar a Constance. No puedo, y además de eso, no quiero. Ella es parte de mí, y siempre tendrá un lugar especial en mi corazón. Pero me di cuenta de lo imposible que es aferrarse a alguien que no está aquí mientras intentas aferrarte a alguien que sí lo está. Tenía que dejar lo que debería haber pasado y agarrarme de lo que podría ser con Ryanne.



—Yo solo... creo que debes pensar en esto. Tenías dieciocho años cuando te casaste con Coni. ¿Ahora estás saltando a una relación a largo plazo? ¿No deberías... no sé... salir al campo o algo así, ahora que estás listo para jugar? ¿Asegurarte de que no te arrepentirás de asentarte?

Como si cualquier otra mujer pudiera compararse con Ryanne. Ella lo había obsesionado y poseído desde el primer momento, de alguna manera se había tomado la peor parte de su dolor y le había dado una razón para que se despertara todas las mañanas. Ella le había dado placer, borrando su dolor.

Y, realmente, había jugado en el campo en la escuela secundaria. No tenía interés en hacerlo de nuevo. Había observado a Brock y a los otros soldados que se habían acostado con cualquiera que quisieran; recoger mujeres extrañas nunca había hecho feliz a ninguno de ellos. Solo más miserable.

—La amo—, dijo, y con la intensidad de un rayo, se dio cuenta de la verdad de la declaración. No necesitaba pensar en eso. El amor estaba allí, una luz dentro de él. Un brillante faro de esperanza.

Amaba a Ryanne Wade con cada fibra de su ser, y no había caído lenta o suavemente. Había saltado por un precipicio y había caído en picado a la velocidad de la disformidad, le había confiado los restos frágiles de su corazón.

La amaba más que a la vida. Amaba su ingenio, su actitud descarada y su actitud de “cuéntamela”. Le encantaba su juguetona gatita sexual y la pasión audaz que le mostraba.

Carrie retrocedió, pero sospechó que no estaba muy satisfecha. —Lo siento—, dijo ella. —No me di cuenta...

La abrazó y la besó en la mejilla. —Esta noche trabajaré en el Scratching Post, pero puedo pasar por la mañana y llevarte al desayuno. Hablaremos entonces, ¿está bien?

Apartó la mirada de él, asintió. Se despidió de Russ y se fue, dirigiéndose a la tienda para recoger una bolsa o doce de galletas con trocitos de chocolate.

En el camino, apareció un mensaje de texto de Brock. Consigue que el nombre de esta chica sea Savannah “Vanna” White y el mío Brock “Rock” Hudson. Me está poniendo paranoico. Aparte de eso, todo está bien aquí.

Cuando Jude regresó al bar, encontró a dos oficiales de Blueberry Hill y dos de Strawberry Valley discutiendo sobre la jurisdicción mientras buscaban en el callejón la bala y el proyectil del ataque de la noche anterior. Los dejó en su trabajo y se dirigió hacia adentro.

Jude todavía no había decidido qué hacer con Dushku.



Con el asesinato directo fuera de la mesa, sus opciones eran limitadas. Las amenazas no han sido suficientes. Pelear fuego con fuego solo había traído más violencia.

Lucha el fuego con agua.

Habiendo lidiado con delincuentes en el pasado, tenía la sensación de que Dushku respondería a una sola cosa: perder cada centavo que había planeado ganar. Como una ventaja adicional, nadie más podría ascender en las filas para tomar su lugar si no tuviera dinero. Ganar-ganar. Problema resuelto.

Selma se revolvió en la cocina. Jude pasó furtivamente por su lado y se dirigió al apartamento. Tan pronto como llegó al pasillo, escuchó... ¿llanto?

Irrumpió junto a la puerta y encontró a una sollozante Ryanne sentada en el suelo de la sala de estar, agarrando a uno de los gatitos contra su pecho.

—¿Qué pasó? —Rugió, corriendo hacia ella.

Daniel, que paseaba frente a los ventanales, levantó las manos, con las palmas hacia afuera. —Solo mencioné la emoción de Dorothea acerca de la adopción de dos de los gatos. Luego los lagrimones comenzaron y no se han detenido.

Tenían que ser las hormonas del embarazo. Antes de esto, Ryanne nunca había llorado. Y eso podría haber sido algo bueno. Lloraba como hacía todo lo demás: con todo su ser. Manchas rojas le pintaban la cara, tenía los ojos hinchados, la nariz mocosa y los hombros temblorosos.

—Voy a extrañar mucho a mis gatitos, ¡y todo lo que quería hacer era comer Chips Ahoy! pero me comí el último y no estuviste aquí con un paquete nuevo y consideraré comer la bolsa de chispas de chocolate pero no son lo mismo y quiero lo mismo y ¿crees que los lords y princesas me echarán de menos cuando “se hayan ido y qué pasa si se deprimen”? — Sorber, sorber.

Le tomó un momento para desenmarañar sus declaraciones, pero cuando lo hizo, se apresuró a asegurarle. —Podemos mantener toda la camada, amor. De hecho, insisto en ello.

—No seas ridículo—, dijo entre sollozos. —Le prometí los gatitos a Dorothea y a Lyndie, por lo que están obteniendo gatitos.

—Hay muchos gatitos en refugios en todo el estado. ¿Quién dice que tenemos que darles todos *nuestros* gatitos? —Lleno de ternura por esta mujer, le acarició el cabello y le besó la sien. —Además, traje más galletas. ¿Ves?



—¿Por qué me trajiste las galletas? ¡Maldita sea, Jude! ¿Qué pasa si engordo y dejas de quererme?

—Cuanto más ganes, más de ti habrá para que am... guste. —Tal vez no estuviera lista para su confesión de amor y no quería asustarla. O tener un testigo. Pero, acababa de llamarla amor. Tendría que ser más cuidadoso. —Te lo prometo, nunca dejaré de desearte.

Se inclinó hacia él y, para su deleite, sus lágrimas dieron paso a una carcajada. —Lamento haber reaccionado de forma exagerada. No sé qué me pasa últimamente. Bueno, lo sé. Estoy horneando tu pan. También siento haber llorado por ti. Que embarazoso.

Maldita sea, amaba a esta mujer con todo su corazón, y la deseaba feliz, siempre. *No puedo perderla. Nunca.* —Esta noche voy a eructar y tirarme un pedo en la cama. Entonces estaremos parejos.

—Está bien, es oficial. Vosotros me disgustáis—, dijo Daniel, claramente tratando de no reírse.

Ryanne le dio un saludo doble bizco antes de azotar con sus pestañas a Jude. —Eso sería encantador, gracias. Por cierto, espero que no estuvieras bromeando sobre las galletas. Estoy totalmente en un intercambio. Tus galletas por las mías.

Él soltó una carcajada. Tonta, maravillosa mujer

Sus tareas para el día cambiaron. Deshazte de Daniel, consigue entrar en Ryanne.

No, no. No puedes perder de vista el final del juego. Compromiso de por vida antes del placer temporal. Incluso placer alucinante.

Le dio a su sien otro beso antes de enderezarse. —Necesito hablar con Daniel sobre la seguridad de esta noche. —Entre otras cosas. —¿Te importa si usamos tu oficina de abajo?

—Ve, ve—, dijo, ondeando la mano hacia la puerta y desgarrando su bolsa de galletas más nueva. —Ahora estoy demasiado ocupada como para tratar contigo. —Migajas se le escaparon de la boca. —Pero no te atrevas a preocuparte por mí. Quiero echar un polvo en algún momento de este siglo.

Daniel cubrió su boca con su mano, pero el tipo no dejó de reírse como un idiota.

Jude permaneció en silencio mientras conducía a su amigo escaleras abajo. Una vez que estuvieron encerrados en su oficina, donde las cámaras no podían transmitir su conversación a Ryanne ni a nadie más, le preguntó por los pensamientos de Daniel sobre el drenaje de las cuentas de Dushku.

—Es factible. Ilegal, pero factible. Si se entera de nuestros planes antes de que se limpien esas cuentas, desatará el fuego del infierno.



—No estoy preocupado por las legalidades. Nadie podrá probar que hicimos algo malo. Más que eso, no tomaremos el dinero para nosotros mismos. Le daremos cada centavo a una organización que ayude a luchar contra la esclavitud sexual. —Y mientras tanto, podría deshacerse de Dushku para siempre, protegiendo a Ryanne a largo plazo.

Hablando de largo plazo...

Paseándose frente al escritorio, se masajeó la parte posterior del cuello. —Olvidate de Dushku por un minuto. Una vez temiste perder a Dorothea de la misma manera que perdiste a tu madre y a tantos de nuestros amigos. ¿Cómo te detuviste?

—¿Dejar de... temer?

Un asentimiento corto.

—No lo hice, al principio no. Eventualmente me di cuenta de que no podía tener ambas cosas. No podía mantener a Dorothea y al miedo. Cuando lo intenté, la volví loca. ¡Y a mí mismo!

—He tenido la misma comprensión—, admitió, —pero no me ha servido de nada. Estoy en la fase de volvernós-a-ambos-locos. —Y no era irónico. Todo lo que quería hacer era mantenerla cerca, pero con sus palabras y acciones solo la apartaba.

—Ahora, amigo mío, tienes que tomar una decisión de calidad. Quédate con ella, aunque te la quiten en cualquier momento, o déjala ir. Como ambos sabemos lo que decidirás, podemos pasar a la siguiente parte. Tus pensamientos dictan tu realidad. Piensa en algo y muy pronto tus sentimientos seguirán. Todos los días tomamos decisiones y esas elecciones definen nuestro futuro. Incluso la decisión más pequeña puede tener un gran impacto. El efecto mariposa. Los pensamientos y las acciones crean ondas de energía. La energía crea movimiento. Así que comienza a tratar el miedo como el enemigo, un día tus sentimientos y todo lo demás se pondrá al día.

—El miedo es el enemigo. —Era el único obstáculo en el camino de su relación con Ryanne. —Pero aun no entiendo cómo tratarlo como tal.

—Comienza matando un pensamiento a la vez.

—¿Y? —Necesitaba más, quería una cura milagrosa instantánea.

—Obliga a tu mente a pensar en otra cosa. Algo bueno. Acerca de tu mujer, tal vez. Su sonrisa.

En otras palabras, no hay cura milagrosa instantánea. —Ryanne sugirió lo mismo. Hasta ahora, he fallado.



—Quizás estás siendo muy amable. Cada vez que el miedo asoma su fea cabeza, golpéalo hasta hacer una sangrienta pulpa haciendo lo que te dice que *no* hagas.



CAPÍTULO VEINTISEIS

*Traducido Por Apollimy
Corregido Por Maxiluna*

VAQUERO: ¿Dónde estás?

Ryanne: ¿Por qué lo quieres saber? ¿Por si puedes tener sexo sucio conmigo?

Vaquero: Wade.

Ryanne: ¡Aw! Pasaste la noche conmigo y todavía recuerdas mi nombre. Debes ser un unicornio

Vaquero: te encontraré.

Ryanne: como si fuera difícil. ¿Sin embargo, lo es? ¿Es difícil? ¿Estás planeando exigir que te dé un orgasmo? Apuesto que lo estás. La verdadera pregunta es: ¿Quieres que use mis manos, boca o cuerpo?

Ningún otro texto entró, y Ryanne sonrió. Burlarse de Jude se había convertido en el punto culminante de su día.

Eso y las actualizaciones que Brock le enviaba sobre Savannah y Thomas.

Brock: El chico acaba de gritar que necesita una cerveza helada. ¿Cómo se supone que debo responder a eso?

Brock: Vanna ocultó el control remoto por lo que no puedo cambiar el canal. Ella está viendo —¡Sí, quiero ese vestido! —Realmente espero que Dushku envíe a alguien para matarme.

Entonces, Savannah robó su teléfono para enviar un mensaje propio.

Brock: Aquí Savannah. ¿Hay alguna forma de que puedas perdonar a Jude por una noche? No quiero robar a tu hombre, lo juro. ¡Como si eso fuera posible! La forma en que te mira, bueno, conozco a los hombres y sé que es todo tuyo. Pero esto no se trata de sexo. Me gusta más que Brock el Capullo. (Disculpa mi lenguaje.) ¡Pero Brock apesta!

¡Si solo Jude superara su miedo!

Ryanne: puedo perdonarlo, pero tiene miedo de perderme, y no me dejará desaparecer de su vista. Me está volviendo loca. Dices que conoces a los hombres: ¿qué debería hacer?

Brock: Chica, el momento de preocuparte es cuando no puede soportar tenerte ante su vista.



Buen punto.

Las puertas de la cocina se abrieron repentinamente, la risa y un centenar de conversaciones diferentes desde detrás de la puerta le asaltaron los oídos cuando Jude entró, deslumbrante cuando la vio.

—Eres irritante—, refunfuñó.

—No, soy pre-orgásmica. Y tú también lo eres. Es por eso que estás tan irritable.

En su siguiente paso tropezó, pero rápidamente se enderezó. La tensión que irradiaba cambió en un instante, de estresado a hambriento.

Haciendo su mejor esfuerzo para no regodearse, alineó los ingredientes necesarios para los bocadillos de tocino, jalapeño y gelatina. Servir comidas en lugar de meriendas fue un gran éxito en el último evento, por lo que decidió continuar en esa línea. Caroline la había estado ayudando, pero la niña flipada se había tomado un descanso de cinco minutos hacía ya diez minutos y todavía no había regresado.

—¿Cómo va la batalla con el miedo venidero? —Preguntó ella.

—Viniendo—, dijo Jude.

—Tristemente es lo *único* viniéndose esta noche. —El amor de anoche había sido una aberración. Todavía estaba decidido a resistirse a ella hasta que dijera que sí a su “propuesta”, y ella todavía estaba decidida a resistirse hasta que hubiera vencido su miedo.

Ese miedo había demostrado ser más contagioso que nunca; seguía tratando de atraparla también. ¿Qué pasaría si el pistolero regresaba?

Sin embargo, Ryanne se negaba, se negaba rotundamente, a dejar que su mente conjugara el peor escenario posible. La preocupación apartaba la felicidad y la calma, y tanto Jude como el bebé la necesitaban feliz y calmada.

—¿Debes convertir todo lo que digo en una insinuación? —Dijo él entre dientes.

—Sí. ¿Qué puedo decir? Es mi súper poder. Y si te acosase regularmente, estarías encantado con eso.

Con un gruñido, se sirvió un vaso de agua, sin el limón, y se dejó caer en la silla al final del mostrador, donde instaló su computadora portátil. Estupendo. La cocina acababa de convertirse en su nueva estación de trabajo.

Había contratado oficiales fuera de servicio del DP de Strawberry para proteger el Scratching Post, por dentro y por fuera. Si Dushku *hacía* otro movimiento contra ella, se llevaría una sorpresa. Y realmente, si Ryanne



pudiera esperar, tener éxito a pesar de sus mejores esfuerzos, tal vez finalmente se daría por vencido y seguiría adelante.

Una chica podría tener esperanza, de todos modos.

—Si te mantienes alejado de mí el resto de la noche—, dijo ella, —sin mandarme mensajes de texto o mirarme frente a la cámara, creeré que estás listo para recibir mi mano en matrimonio.

Él no levantó la vista de la pantalla. —Incluso cuando Dushku se haya ido, no querré pasar una noche lejos de ti. Dame otra tarea.

Condenado hombre obstinado. —Siempre habrá una amenaza. Un virus. Bacterias. Malos conductores. Un robo que salió mal.

Ella pensó que él había murmurado algo así como: —Si tú y nuestro hijo mueren, muero.

—Jude—, dijo, dando un pisotón. —Mejor te refieres a esas palabras en sentido figurado porque...

—Podría necesitar un poco de paz y tranquilidad, Wade. —*Escribe, escribe, escribe.* —Estoy trabajando.

Ella puso los ojos en blanco. —¿Tienes un nuevo cliente?

—Eres mi único cliente. El resto del equipo está manejando a los demás. Por cierto, ya no acepto tu dinero. Tu seguridad ahora es libre de cargos.

¡Qué! —¡De ninguna manera! Diriges un negocio, y si vas a proveer para mí y Ryanne Jr., necesitas ganar dinero.

Finalmente él levantó la vista. Una ceja arqueada. —¿Estás diciendo que necesito tomar *tu* dinero para hacer dinero para mantenerte?

—Así es como funciona el comercio. Además, me debes dos dólares y cincuenta centavos por el agua.

Se pellizcó el puente de la nariz, con los hombros caídos. Pobre tipo. Él nunca se había visto más cansado. —Usa el dinero para el bebé, en lugar de para tu viaje. Problema resuelto.

Caroline corrió a la cocina, deteniendo su respuesta, no es que supiera qué decir.

—Lo siento, lo siento. No quise tomar tanto tiempo. —Los botones de su camisa ya no estaban alineados, y su cabello se había salido de la cola de caballo para enredarse alrededor de su cara enrojecida.

—Hazlo en tu tiempo libre—, le dijo Ryanne. Ahora refunfuñando como Jude.



¿Por qué no querría que gastara dinero en su viaje? ¿Quería que ella se quedara en la ciudad con él?

¿Quería *quedarse* en la ciudad con él?

¡No! No seré como mi madre. Ningún hombre, ni siquiera su hombre, le impediría vivir sus sueños. Si Jude quería venir con ella, genial. Si no, bien.

Por favor, por favor, ven conmigo.

¡Caca en un palo! Será mejor que no empiece a llorar otra vez.

—Lo haré. —Caroline se movió al lado de Ryanne y se hizo cargo de la jalea de jalapeño. —Me dejé llevar, lo siento. Ha pasado un tiempo, si sabes a qué me refiero.

—¿Quién es el chico? —Preguntó Ryanne.

—Alguien con quien fuimos a la escuela secundaria. Glen Baker. ¿Te acuerdas de él?

—Sí. ¿Encontró un trabajo?

Mientras la atención de Jude permanecía en su computadora portátil, de repente irradió todo tipo de satisfacción, claramente feliz de que Glen hubiera encontrado a alguien más.

—Lo hizo, aunque no me dirá dónde—, dijo Caroline. —Está trabajando a modo de prueba y no quiere chafarlo.

Jude murmuró: —Idiota.

—Ignora al señor Laurent—, dijo Ryanne. —Si fuera un caballero, nos dejaría en paz.

Los labios de Caroline se arquearon en las esquinas. —Cariño, si quieres que un hombre salga de una habitación, tienes que empezar a hablar de tampones, cólicos menstruales o candidiasis.

Jude parecía más propenso a sonreír que a correr.

—Ahora—, dijo Caroline, —¿por qué no *tomas* un descanso? Trabajas demasiado duro.

—Sólo para poder jugar duro más tarde. Pronto me iré a Roma—, dijo con un poco más de volumen de lo necesario.

—Bueno, *trabajo* demasiado, entonces. —Caroline hizo un puchero. —Todos en Strawberry Valley están divirtiéndose con espuma, y estamos atrapados haciendo sándwiches.

—Haciendo sándwiches *y* dinero. —Y para tu información, ganar dinero es más importante que la diversión.



Una vez más, aumentó el volumen de su voz por el bien de Jude. La ignoró. O fingió hacerlo. Una de las camareras asomó la cabeza por las puertas.

—Tengo otro pedido. ¿Y dónde está la comida para Vandercamp y su asistente? Se están poniendo inquietos.

—Aquí. —Caroline corrió dos platos en su dirección.

Al saber que la mirada de Jude la buscaba continuamente, solo para asegurarse de que estaba bien, Ryanne decidió torturarlo por su comentario de -dinero-para-el-bebé limpiando el mostrador a su alrededor, rozando sus pechos contra él en cada oportunidad.

Su tensión se redobló, y su aliento se contrajo, el aire entre ellos crepitó repentinamente.

Los músculos de su vientre se contrajeron, el calor se acumuló entre sus piernas. Debajo de su sujetador, sus pezones estaban perlados y dolían por un toque. Su toque. Solo el suyo.

¡Hablando sobre un plan que le estaba saliendo mal! Había acabado torturándose *a sí misma*.

Esta iba a ser una noche larga.



JUDE RASTREABA A RYANNE mientras ella atendía a un cliente tras otro. Aunque permaneció en las sombras, logró que todos se sintieran incómodos. Cada vez que se acercaba, la gente dejaba de reír, rociar espuma y beber. Las conversaciones morían.

Ryanne siguió lanzándole miradas asesinas sobre su hombro, pero él se negaba a echarse atrás. Estaba nervioso, tenía una pierna dolorida y su cuerpo preparado. La *necesitaba* en sus brazos, pero tenía que conformarse con mantenerla cerca.

Lo peor, se había despertado plagado de un sentimiento de que la iba a perder, más temprano que tarde, y con cada hora que pasaba, el ominoso sentimiento solo se había magnificado.

Maldita sea, él sabía la fuente del sentimiento, y ella también. ¿Qué más? Miedo. El enemigo al que una vez había tratado como un viejo amigo.

En cualquier momento el miedo asomará su fea cabeza, te bateará en una sangrienta pulpa haciendo lo que te dice que no hagas.



Las palabras de Daniel se escucharon en la mente de Jude en constante repetición. El miedo le decía que envolviera a Ryanne en burbujas de plástico, la encerrara dentro del Scratching Post y nunca la dejara irse. Incluso había empezado a pensar maneras de evitar que viajara. ¿Qué pasaba si el avión se estrellaba? ¿Y si ella era secuestrada o violada?

¡Argh! Quería golpearse la cabeza contra la pared. Tenía que hacer lo contrario, sin envoltura de burbujas, sin encerrarla en el bar, sin ordenarle que se quedara en Oklahoma.

Maldición. Si ella insistía en ir a Roma, él insistiría en ir con ella. Lo habría sugerido antes, pero no había querido enfrentar los recuerdos de sus viajes sin sus hijas, y en realidad, había esperado convencer a Ryanne de que no lo hiciera del todo.

Si se quedaba o se iba, tenía que enfrentar sus recuerdos.

—Si te acercas a mí más cerca, vaquero, vas a sofocarme. ¡Y los clientes! Han dejado de gastar el dinero que planeaba dejar en la cómoda para ti, para que puedas gastarlo en mí.

Escuchó la exasperación en su voz, sabía que debía retroceder. Entonces estalló una ovación con su nombre: *Ryanne, Ryanne, Ryanne*. La gente quería que cantara con la banda.

Retroceder dejó de ser una opción. Ella sería el centro de atención, y vulnerable, sin escudo ni defensa.

—Quédate fuera del escenario—, ordenó. —Quédate aquí. Dónde estás a salvo.

—De ninguna manera, imposible. Mi admiración por ti puede ser incondicional, pero mi temperamento es otra historia. Voy a hacerlo. Los hiciste sentir muy incómodos, así que ahora tengo que hacerlos felices. Sonrió y asintió a la multitud.

Cuando se dirigió al estrado, él la agarró de la muñeca, deteniéndola antes de que llegara muy lejos. Un solo tirón, y ella estaba presionada contra él.

—No hagas esto—, dijo él, hablando directamente en su oído para que lo escuchara sobre el clamor. Envolvió su brazo alrededor de su cintura para mantenerla mejor en su lugar, sus dedos curvados sobre su perfecto culo. —Allá arriba serás un blanco fácil. —¿Cómo podía ella pasar por alto el peligro?

Inclinándose hacia atrás, ella estudió su rostro, y lo que sea que vio simplemente oscureció su estado de ánimo. Enmarcó su rostro con sus preciosas manos y se puso de puntillas para hablarle directamente a su oído. —Aquí abajo, no viviré mi vida en mis términos. Estaré atemorizada, igual que tú.



Su corazón tronó contra sus costillas, rompiendo el hueso, seguramente. El dolor... el dolor en su pecho.

¡Maldita sea! ¿Cómo se suponía que llegaría a la mujer más terca del mundo? —Sé inteligente sobre esto. Mantente a salvo. —¿Qué pasaría si uno de los hombres de Dushku se escondiera entre la multitud, armado, listo para matarla por haber ayudado a Savannah a escapar? —Por favor, pastelito.

El uso del apodo cariñoso podría clasificarse como una táctica de manipulación en este momento, pero no le importó.

Por una vez, ella no se ablandó. —Tuvimos esta conversación antes, Jude, y preferiría no tenerla otra vez frente a una audiencia. —Luces estroboscópicas multicolores se derramaron sobre ella, desaparecieron, solo para derramarse sobre ella otra vez, destacando una belleza demasiado pura para los simples mortales. —Ahora déjame ir.

—¡Nunca!

Mientras que la respuesta enfebrecida la ablandó, no la calmó. Con una dulzura que lo angustió, dijo: —Sigue así, y te arrepentirás.

Su pecho se inclinó en desafío, su mano se deslizó por su culo para realmente ahuecar su mejilla. —Amenaza con dejarme todo lo que quieras, pero preferiría verte alejarte que llevarte a tu tumba.

—No estaba amenazando con dejarte, necio, te estoy amenazando, por pensar que sí lo haría. Deberías conocerme mejor que eso.

Él se sonrojó, pero aún mantuvo su agarre sobre ella.

—Lucha contra esto, vaquero. Por mí. Por *nosotros*.

En un momento de sincera honestidad, graznó, —No creo que pueda. —Su vida significaba más para él que la suya.

—¿Te estás rindiendo? ¿Solo así? —Lo que quedaba de su buen humor desapareció. —¡Bueno, puedes irte a la mierda, porque voy a hacerlo! —Sonriendo de nuevo para la multitud, -una sonrisa que no llegó a sus ojos-, se soltó, lo esquivó y marchó al escenario.

Todos los ojos se centraron en ella, los cánticos finalmente se extinguieron cuando sonaron los vítores. Jude tuvo que plantar sus pies con botas en el suelo para evitar acecharla y sacarla de ese escenario.

Cuando se movió hacia el micrófono, la banda se extendió detrás de ella. En cuestión de segundos, una suave balada llenó el aire, y su voz de whisky y humo la siguió. La batalla con el miedo terminó allí mismo, el gigante asesinado. Al menos por el momento. Jude se quedó congelado, absolutamente paralizado. La había escuchado cantar antes, pero había olvidado lo sensual que sonaba. Qué sensual... e irresistible. Cada palabra



contenía una nota de angustia y anhelo, esperanza y arrepentimiento, y sabía que en lo profundo del alma él era el que había causado la angustia y el arrepentimiento, no Dushku.

Los hombros de Jude descendieron. Él seguía arruinando las cosas con ella. ¿Alguna vez arreglaría las cosas?

Bueno, iba a tener que hacerlo, porque no podía tolerar la alternativa. La vida sin ella.

¿Tal vez comenzaría a fingir una sensación de calma?

Epa. ¿Fingir? ¿Qué le *pasaba*? ¿Realmente consideraría mentirle a la madre de su hijo?

Absolutamente no. Se negó a hundirse tan bajo.

El miedo era un obstáculo, ¿recuerdas? Los obstáculos pueden superarse.

Lucha contra esto, le había dicho Ryanne.

No creo que pueda, había respondido, pero se había mentido *a sí mismo*. Él podría. Él lo haría. Pelearía hasta morir, si era necesario, pero ganaría. La rendición no era una opción, nunca sería una opción.

Tenía que hablar con ella, pero decidió esperar hasta que saliera del escenario y finalmente darle un respiro. Era difícil mantenerse alejado, pero lo hizo, patrullando entre la multitud, buscando cualquier persona o cualquier cosa fuera de lo común.

Finalmente, llegó el momento de cerrar el Scratching Post. Vio a Carrie y Russ entre la multitud que se disipaba y cerró la distancia. —Oye. No esperaba verte esta noche.

Carrie lo abrazó, su perfume familiar lo envolvió. Por un momento, su mente regresó al día de su boda. *Cuida a mi pequeña niña, Jude*.

Lo haré. Siempre.

Entonces siempre estaré en deuda contigo.

—Sé que dijiste que desayunaríamos por la mañana, pero realmente esperaba hablar contigo esta noche. —Hubo un temblor en su voz. —¿Si no estás demasiado ocupado?

Sospechó que la charla incluiría consejos para dejar a Ryanne. *Nunca pasará*. —No puedo. Lo siento. Hice un lío con Ryanne, y tengo que arreglarlo. —De alguna manera. Ella era lo primero. A partir de ahora, ella siempre sería la primera.

Carrie lo sorprendió, sonriendo medio triste, con una media sonrisa de disculpa y diciendo: —Está bien, pero estoy aquí, estás aquí, así que voy



a decir mi parte, de todas formas. No te quiero colgado de mi maravillosa pero fallecida hija por el resto de tu vida, y lamento haber actuado de la manera en que lo hice. Así que dile a tu dulce Ryanne que lo lamentas por lo que hiciste, porque ambos sabemos que tienes la culpa. Eres un hombre, y a veces no os llega suficiente oxígeno a vuestros cerebros.

El apoyo lo derribó por completo, y graznó, —se lo diré. —Aunque dudaba de que otra disculpa suavizara las cosas. —Te quiero, lo sabes.

—Yo también te quiero. Eres un buen chico con un buen corazón, y espero volver a ser abuela. No nos mantengas en la oscuridad nunca más, ¿de acuerdo? Queremos ser parte de tu vida.

—Tú eres... Mamá.

Ella le sonrió, parte del dolor que había llevado consigo como una segunda piel de repente se caía.

Russ también se acercó para abrazarlo. —Tienes un bebé en camino. ¿Por qué no estás más feliz?

—He estado demasiado preocupado para ser feliz—, respondió honestamente.

—¿Acerca de qué?

—Vida y muerte. Mayormente muerte.

—Hijo, no hay vida sin muerte. Nos sucede a todos nosotros en algún momento u otro. Odio ver la tuya pasar mientras todavía estás vivo.

Jude no tuvo respuesta para él, porque acababa de recibir un puñetazo. Si no se tomaba el tiempo para disfrutar de su vida, para hacer felices a los demás, ¿tenía una vida digna de ser vivida?

Mientras la pareja se dirigía hacia la puerta, escaneó el mostrador, encontrando por fin a Ryanne. Punzadas de anhelo y pesar lo dejaron aferrado a su pecho. Era vital, hermosa más allá de lo imaginable a pesar de las ojeras debajo de sus ojos. Los círculos oscuros que él y su miedo habían causado.

Nunca más.

Ella y sus empleados estaban limpiando la espuma del suelo.

—Chicos podéis largaros—, les dijo a los empleados. Lo terminaría él mismo, después de haber conversado con Ryanne.

Ella se puso rígida pero no lo contradijo mientras su gente salía del edificio. Él revisó todas las cerraduras y encendió la alarma. Cuando terminó, permaneció en las sombras, mirándola trabajar por un momento. Sus movimientos eran espasmódicos, su enfado a plena vista mientras limpiaba la silla del toro mecánico y ancló una nueva cubierta sobre él.



Determinado, Jude se acercó a ella. —Lo siento. No tenía derecho a tratarte como lo hice.

—He escuchado una versión de esas palabras antes. —Ella presionó su frente contra la silla, de espaldas a él. —No voy a romper contigo, Jude, pero necesito espacio. Mucho espacio.

Voy a perderla, a pesar de todo.

¡No! Maldita sea, no.

Rugió de rabia a la vida. Rabia por lo que había perdido y sufrido. Rabia por su comportamiento tonto. Rabia por todas las veces que lastimó a la mujer que atesoraba.

Una sola chispa puede provocar un fuego salvaje.

Esas chispas se extendieron, crecieron y calentaron. En un segundo Jude permanecía en su lugar, la pura imagen de la calma, al siguiente entraba en erupción, golpeando la pared una y otra vez, su puño golpeando rápido.

La madera aplastada bajo la fuerza. Las astillas llovieron. Una espesa nube de yeso se formó a su alrededor. A él no le importaba. Hoy había acosado a Ryanne, un depredador atormentado por su pasado. Por supuesto, ella quería tomarse un descanso de él. ¡Él quería tomarse un descanso de sí mismo!

Golpeó y gruñó hasta que la rabia y el dolor, la tristeza y la preocupación se agotaron por fin, dejándolo vacío. Una vasija para llenar.

Fuera con lo viejo, Adentro con lo nuevo.

Estaba jadeando, sus manos sangrando, y el dolor... era más físico que mental, y por lo tanto manejable.

Giró sobre sus talones, solo entonces se dio cuenta que acababa de arruinar una pared en su bar, su casa. Su estómago se hundió. ¿Tendría miedo ahora de él?

—Ryanne... —Cuando su mirada se encontró con la de ella, tuvo que hacer una doble respiración. Ella lo miró con ojos llenos de asombro y alivio.

—¿Te sientes mejor? —Preguntó ella.

—Lo estoy. —Con su mente despojada de emoción, solo quedaba la verdad. No había temido por la vida de Ryanne, no exactamente. Había temido cómo sería su vida sin ella.

No hay vida sin muerte. Nos sucede a todos nosotros en algún momento u otro. Odio ver la tuya pasar mientras estás vivo.



Ross tenía razón. Jude había sido un muerto viviente que se comía la alegría de todos.

El miedo nunca te hará daño. La esperanza te salvará.

Ryanne también tenía razón. Jude no podía protegerla de todo. Cosas malas sucedían en el mundo. Como ella había dicho, cualquier cosa podría matarla: un virus, un accidente automovilístico, alguien diferente a Dushku. La gente tomaba malas decisiones y existía el mal.

Si Jude siempre esperaba lo peor, ¿pronto se convertiría en una profecía auto cumplida?

Absolutamente. Mira a dónde había llevado su relación. Al temer su pérdida, solo había tenido éxito en alejarla.

Hoy te pide espacio mañana te dice adiós.

¿Dejar su miedo significaba que ya no podía hacer todo lo que estuviera a su alcance para protegerla? No. Infierno, no. Él podría. Él debería. Había decidido dejar ir el miedo, no cortar todo un lóbulo de su cerebro. Pero también debería confiar en ella para tomar las mejores decisiones para ella, lo que significaba que tenía que dejar de mirar en la oscuridad de lo que podría ser y empezar a buscar la luz en lo que era.

Lo que era, la tenía a ella, aquí y ahora. Tenía que pasar el tiempo disfrutando de ella en lugar de seguir atormentándolos a ambos.

Tus pensamientos dictan tu realidad. Piensa en algo, y muy pronto tus sentimientos seguirán. Todos los días tomamos decisiones, y esas elecciones definen nuestro futuro. Incluso la decisión más pequeña puede tener un gran impacto. El efecto mariposa. Los pensamientos y las acciones crean ondas de energía. La energía crea movimiento. Así que comienza a tratar el miedo como el enemigo, y un día tus sentimientos y todo lo demás se pondrá al día.

Tenía que darse permiso para experimentar la felicidad que ella le daba, pasase lo que pasase.

Nunca me rendiré... Ryanne.

Mientras su corazón tartamudeaba dentro de su pecho, dijo con voz áspera: —No necesitas espacio. Soy un hombre nuevo, y las cosas serán diferentes a partir de ahora, lo juro. Finalmente sé cómo voy a luchar contra el miedo.

La esperanza brilló en aquellos ojos ricos y oscuros, incluso cuando los músculos de sus hombros se juntaron. Ella estaba siendo tirada en dos direcciones separadas, él apostaría.

—Estoy feliz por ti, Jude. Realmente lo estoy. Pero lo harías simplemente para mantenerme, y como hemos visto, eso no funciona bien para ninguno de los dos.



—No lo hago por ti, bueno, no solo por ti, sino por mí también. Me niego a vivir con miedo un segundo más. Preferiría vivir contigo.

La esperanza lo iluminó, pero se vio atemperada por el temor, como si no *quisiera* poner demasiado énfasis en sus afirmaciones. Él dio otro paso hacia ella; ella se mantuvo en su lugar. Sin inmutarse, siguió avanzando, hasta que la presionó contra el toro mecánico. La dejó sin aliento.

Ella se humedeció los labios. —¿Cómo vas a luchar contra eso?

—No *voy a*. Estoy luchando ahora. Un día a la vez. Un pensamiento a la vez. Ya terminé de tratarte como cristal. Por lo que a mí respecta, puedes llevar tus propios frascos de moonshine de ahora en adelante.

Ella resopló, como había esperado.

—Si quieres viajar, viajaremos—, continuó. —¿A menos que prefieras viajar sola?

Un pequeño jadeo la dejó. —¿Estarías dispuesto a ir conmigo?

—No solo dispuesto, sino feliz. Y si quieres cantar en el bar mañana por la noche o el siguiente, no voy a protestar. Si quieres hacer recados por la ciudad, no intentaré detenerte.

—¿Aunque Dushku sigue siendo una amenaza?

—Incluso con esa amenaza. No estoy diciendo que seré perfecto de ahora en adelante, porque podría seguirte si te vas, y *tal vez* significa que lo *haré*, pero seré mejor.

Sus ojos se abrieron, diferentes emociones jugando en lo más hondo. Más esperanza. Menos miedo. Emoción. Excitación. La felicidad de ella. Su cuerpo se ablandó contra el suyo. Derretido, de verdad, y tuvo que contener el impulso de golpearse el pecho. Si esta fuera su recompensa por luchar contra el miedo -su rendición voluntaria era suya-, él permanecería feliz en el campo de batalla por el resto de su vida.

—Sí—, dijo finalmente, sonriéndole como si acabara de hacer todos sus sueños realidad. —Te haré el gran honor de convertirme en tu esposa.

La aceptación lo conmocionó, incluso cuando la satisfacción lo calentó de los pies a la cabeza. —Demonios, lo harás. Pero esta noche los dos seremos deshonorosos. Así que quítate las bragas y sube al toro, pastelito. Voy a hacerte cosas malas, malas.



CAPÍTULO VEINTISIETE

*Traducido Por Apollimy
Corregido Por Maxiluna*

CASCADAS DE ESCALOFRIOS ATRAVESABAN A RYANNE. ¿Cosas malas, malas? Sí por favor. Toda la noche había vacilado entre la excitación, la ira y la incertidumbre, todo por cortesía de Jude. Ahora la excitación ganaba la batalla, consumiéndola.

Este hombre era un conquistador de origen natural, un seductor entrenado, y lo estaba dando en esta relación todo, sin retenciones. Excepto tal vez su corazón. ¿La amaba? Él debía. Mira lo duro que luchaba por protegerla.

—¿Aún me estás dando órdenes, vaquero? Bueno, buenas noticias. Esta me gusta.

Temblando de deseo, se quitó las bragas y saltó sobre el toro.

Su mirada la recorrió, *calentándola*. —Date la vuelta mirando hacia el otro lado.

—Señor, sí, señor. —Se volvió, como le ordenó, sentándose sobre el toro hacia atrás.

Él tecleó en su teléfono, se quitó la ropa interior y se colocó frente a ella, su delicioso aroma la envolvió.

Con solo presionar algunos botones, la máquina se puso en movimiento, casi tirándola. Ambos tenían una aplicación en sus teléfonos que sincronizaba con los controles del toro.

—Jude—, dijo con una sonrisa.

—No te preocupes. No dejaré que te caigas. Sus brazos la rodearon, manteniéndola en su lugar. Sosteniéndola donde ella pertenecía, contra él. —Me has estado pidiendo un aventón toda la noche, y me aseguraré de que obtengas uno.

Otra risa burbujeó de ella. —Alguien ha aprendido a hacer insinuaciones. He sido una influencia terrible para ti. —Mientras el toro continuaba moviéndose y balanceándose, ella dijo, —¿Qué hay de las cámaras?

—Nadie puede vernos. El equipo ahora está transmitiendo exclusivamente a mi teléfono.



—¿Entonces podemos ver el video más tarde?

—Exactamente.

—Que travieso de tu parte. —Sonriendo con su sonrisa más perversa, ella plantó sus palmas sobre su pecho. Los latidos de su corazón acelerados, el órgano prácticamente saltó para encontrarse con su toque. —Para que lo sepas, quiero un anillo.

—Obtendrás uno. Probablemente un tatuaje de uno, también. El mundo sabrá que eres mía.

De nuevo presionó una serie de botones en la aplicación, esta vez ralentizando al toro.

Sus ojos marinos se aligeraron, brillando como zafiros, la calidez de su aliento se abanicaba sobre sus pechos mientras apoyaba su frente en su hombro, poniéndole la piel de gallina.

Demonios, ella amaba a este hombre. Lo amaba con cada fibra de su ser. Ya se había dado cuenta de la verdad, pero su amor había crecido desde entonces. Ella amaba cada parte de él.

—Lo más destacado de mi día—, dijo con voz ronca, —es cuando Jude el Hombre de Hielo se derrite por mí, solo por mí. —Y oh, mierda, el suave movimiento de ida y vuelta la estaba excitando, el rígido cuero frotando entre sus piernas. Un gemido escapó de ella.

Su cabeza se levantó, su atención fija en su pulso martilleante. Él sonrió maliciosamente. —Veo que mi malvado plan está funcionando. Ahora, prepárate para que cada día sea tu favorito.

Oh, la la. —¿Cuál es tu malvado plan, hmm?

Se inclinó hacia adelante, rozó el lóbulo de su oreja con los dientes. En un abrir y cerrar de ojos, el tono de su conexión cambió, el humor se desvaneció, dejando solo el dulce ardor de la excitación.

—Te haré suplicar por mí—, dijo.

El toro se inclinó, y otro gemido escapó de ella. —No he rogado todavía.

—Pastelito tonta. Lo harás.

La anticipación la inundó cuando él ahuecó y amasó sus pechos, el toro continuaba moviéndose lentamente, tan lentamente, de ida y vuelta.

—Te he deseado por tanto tiempo. —Jugaba con sus pezones, un rayo blanco se extendía por su centro. —Ahora voy a tenerte.

—Pero todavía no estamos casados. —¿Protestaba? ¿Seriamente? Ella pasó su lengua por sus labios. —¿Qué pasó con esperar hasta que fuera Ryanne Laurent?



—Te amo, sea cual sea tu nombre. Esta noche, es más que suficiente.

Shock. Asombro. Dudas. Cada emoción la inundó. Él la amaba. Jude Walker Laurent la amaba de vuelta.

Vencida, ella lo abrazó. —Yo también te amo. Condenado hombre.

—Será mejor que así sea. —Su boca se inclinó sobre la suya, drogándola, su sabor tan embriagador como una botella entera de whisky. Aunque una sensación de urgencia la había reclamado, Jude se tomó su tiempo, su lengua rodó con la suya, como saboreando cada segundo. No importaba cómo ella intentara acelerarlo, arañarlo, morderlo, frotando frenéticamente contra la dura longitud de su erección, él mantuvo ese ritmo lento y constante.

El aire se calentó, gotas de sudor aparecieron en su frente, entre sus omóplatos y en cada lugar donde la piel de Jude tocaba la de ella. Cuando finalmente ella cedió a su seductora seducción, él aplanó su mano entre sus pechos y la empujó hacia atrás.

—Acuéstate lo mejor que puedas—, graznó. —Vas a ser mi buffet de delicias sensuales.

—Malvado... romántico... ¿qué le pasó al Hombre de Hielo?

—Conoció a la Reina del Fuego.

Con su espalda apoyada en el cuello del toro y sus muslos separados sobre los de Jude, su cuerpo era completamente vulnerable a todos sus caprichos. Primero jugó con sus pezones, avivando el fuego dentro de ella. Luego arrastró las puntas de los dedos por su plano vientre. Entonces, oh, entonces, trazó el contorno de sus bragas. La cintura, los lados... la costura central.

Gimiendo y gruñendo, Ryanne se retorció, buscando más, todo lo que tenía que dar, perderse en su toque, en este hombre que amaba. Este hombre en el que ella confiaba.

Llegar a este punto podría haber sido un desafío, pero sus pruebas y dificultades solo habían hecho que se necesitaran más el uno al otro. Se había forjado un vínculo inquebrantable, la oscuridad del pasado eclipsada por el brillo del futuro.

—Jude... mi vaquero.

Uno de sus dedos se deslizó más allá de sus bragas y se deslizó dentro de ella. El aire siseó entre sus dientes, la exquisita sensación de él destruyendo lo que quedaba de su control. Sus caderas se levantaron, enviándolo más profundo.



—Tan mojada. Tan apretada—, la elogió. Él metió un segundo dedo, solo impulsando su necesidad de él más alto. Una necesidad que nunca se apagaría. —Tan mía.

Sin embargo, el toro se balanceó, Jude haciendo coincidir el empuje de sus dedos con su ritmo lánguido. El placer se convirtió en agonía, la agonía se convirtió en placer. Todo lo que ella podía hacer era disfrutar.

—Todos los días, de mil maneras diferentes, me deshaces, amor. Eres mi mundo.

A pesar del ritmo lento, un orgasmo rápido y brutal la atravesó. Sus acciones, sus palabras, ¡demasiado! Mientras gritaba su éxtasis hacia el techo, con las paredes interiores apretadas, Jude la llevó a una posición sentada.

En lugar de derrumbarse contra él, debilitada por el placer, aceleró.

Lo necesito. Todo de él... Ahora.

—Entra en mí. —Ryanne apartó su ropa interior, su eje se liberó. La cabeza ya brillaba con humedad. Desesperada, lo mejor que pudo, se quitó las bragas y lo posó en su entrada. —Por favor. Te lo ruego.

Jude la tomó por la cintura, evitando que se hundiera hasta la base. —No hay otro lugar en el que prefiera estar que dentro de ti, pero voy a tomarme mi tiempo para llegar allí.

Con su mirada fija en la de ella, con las manos en el trasero y las uñas en los hombros, continuó moviéndose con el toro, entrando una tortuosa pulgada cada vez. Las horas parecieron pasar hasta que finalmente, felizmente, se sentó sobre él. ¡Y oh-oh! Había tocado un punto sensible dentro de ella, alimentando el dolor voraz en su núcleo... y su alma.

Una vez y otra vez él rodó sus caderas en un movimiento leeeento. Ni una vez aumentó su ritmo. ¡La fricción! ¡El calor! Ella gritó. Su pecho estaba contra el suyo, el sudor causó un deslizamiento succulento. Él era la llama, y ella era la cerilla. Juntos ardieron.

Fue el momento más romántico de su vida, su amor por ella era tan palpable como su deseo. Dos se habían convertido en uno, y el conocimiento la empujaba más y más cerca del borde.

—Casi... estoy... —dijo ella entre jadeos, luego se pasó el labio inferior entre los dientes. —¡Por favor. Por favor!

Él estaba jadeando, también. Sus hermosos dedos llenos de cicatrices trazaban un camino de fuego alrededor de su cintura, se deslizaban más allá de sus bragas y presionaban contra el pequeño manojito de nervios empapados con su excitación.



Ryanne estalló, estremeciéndose contra él, gritando, todo su ser atrapada en una furiosa tormenta de placer y satisfacción.

—Puedo *sentir* como te corres—, dijo Jude con voz áspera. Sus embestidas aumentaron, hasta que martilleó dentro de ella, hasta que rugió su nombre y se arrojó sobre ella.



CUMPLIENDO SU PALABRA, Jude dejó de seguir cada movimiento de Ryanne. Durante los días siguientes, mientras él y Daniel rastreaban sin éxito los registros de diferentes corporaciones fantasma y compañías ficticias en un intento de encontrar la mina de oro de Dushku, incluso había dejado el Scratching Post sin tener un ataque de pánico en toda regla.

Por supuesto, todavía monitoreaba la seguridad desde su teléfono. Había desayunado con Carrie y Russ, como estaba planeado, y cuando les había contado sobre su compromiso con Ryanne, habían expresado su alegría. Carrie lo alentó a avanzar sin culpa, ni miedo. Russ mencionó lo maravilloso que era ver que la chispa había vuelto a sus ojos.

Se habían despedido, y él había prometido visitarlo. Su hijo tendría los mejores abuelos del mundo.

Hoy, había dejado el Scratching Post por una razón diferente. Una sola. Había pasado más de cuatro horas dentro de una tienda de tatuajes en la ciudad, obteniendo una sorpresa para Ryanne grabada en su pecho. También le había comprado un anillo. Una gran perla central con cuatro diamantes pequeños en un lado; cada diamante estaba engarzado en platino y tenía un pequeño gancho en el extremo, lo que hacía que el anillo se asemejara a una pata de gato.

No muy tradicional, pero sí para Ryanne.

Ahora no podía dejar de sonreír.

La vida era buena, y si todo salía según el plan, solo mejoraría.



RYANNE TRABAJÓ EN la cocina junto a Caroline, preparando galletas y pasteles para el próximo evento del bar. La fiesta de los palitos brillantes.



Había encontrado un brillo comestible en el glaseado oscuro, y decidió ir con dulces en vez de salado para esta noche.

Mientras Caroline divagaba sobre Glen Baker: —*Cuando me besa, veo estrellas, pero cada vez que lo intento, me detiene y te juro por Dios que parece que va a vomitar, pero estoy equivocada, claro, no puede parecer que va a vomitar porque está totalmente interesado en mí, ¿por qué no seguiría buscándome, no? Sabes qué, apuesto a que es su nuevo trabajo, todo el estrés de un buen desempeño causa estrés innecesario en otro tipo de actuación, si entiendes lo que quiero decir*—, Ryanne trató de no echar de menos a Jude. ¿Se había quejado seriamente de tenerlo cerca?

Apesto.

El hombre era la pieza del rompecabezas que faltaba en su vida. Y él la amaba. El tipo más grande que haya nacido la amaba, exactamente como ella. Él adoraba su cuerpo todas las noches, se burlaba de ella, cuidaba de ella y esperaba con ansias más días, meses y años con ella.

—¿Glen? —Dijo Caroline.

—¿Qué pasa con él? —Cuando no hubo respuesta, Ryanne levantó la vista, su mirada aterrizando en su enfurruñada empleada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó Caroline, mirando más allá de Ryanne.

¿Glen? ¿Aquí?

Confundida, Ryanne se volvió... y encontró a Glen de pie a unos metros de distancia. Estaba pálido y sucio, el sudor le salpicaba la frente y la suciedad manchaba su ropa. Tenía sus manos detrás de su espalda mientras se balanceaba de un pie al otro.

Este no era el hombre de negocios confiado pero luchador que había flirteado con ella en la fiesta de Dorothea. Esta era otra persona completamente.

Una mejor pregunta: —¿Cómo entraste? —El bar no estaba abierto, por lo que todas las puertas estaban cerradas. Jude lo había verificado dos veces antes de irse, y probablemente también lo había comprobado mil veces en su teléfono. Tenía que saber que un hombre no autorizado había penetrado las instalaciones.

—Lo siento—, dijo Glen, mirando a Ryanne. —No tenía dinero y muchos problemas legales.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—Me ofreció dinero suficiente para fundar mi propia empresa *y* se aseguró de que los cargos por malversación en mi contra se cancelaran—, intervino Glen, con una expresión atormentada en su rostro. —Todo lo que



tenía que hacer era deshacerme de la puta y asegurarme de que entendieras que te pasaría lo mismo si interferías otra vez, pero me equivoqué y... no puedo ir a la cárcel, Ryanne.

Solo había un “él” que tenía sentido en esta situación. Dushku. Su corazón se saltó un latido. —Lo que sea que hayas venido a hacer...

—Lo siento—, repitió, caminando hacia adelante. Extendió su brazo, y ella vio la Colt .44 agarrada con fuerza.

Caroline gimió. —¿Cómo pudiste hacer esto, Glen? Me dijiste que...

—Cállate—, espetó. —Solo cállate. Esto es bastante difícil.

Ryanne se paró frente a su temblorosa empleada e intentó alejarla, pero el mostrador la detuvo. Caroline se movió a su lado para presentar un frente unido.

—Glen—, dijo Ryanne. —Necesitas pensar sobre esto, está bien. Solo estás invitando a nuevos problemas legales.

—No lo entiendes. Él me posee ahora. Si no hago lo que él dice...

No serviría de nada hablar con él. Lo sabía. —Te ayudare. Jude te ayudará, pero solo si dejas que Caroline y yo salgamos de esta cocina.

—Ni siquiera puedes ayudarte a ti misma—, escupió.

Sin ofrecer ayuda.

Muy bien. Ryanne se inclinó, agarró su propia arma y se enderezó. Pero era demasiado tarde.

Antes de que ella pudiera apuntar, él golpeó la culata de la Colt en su sien. El dolor explotó dentro de su cabeza, y luego el mundo se oscureció.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

*Traducido Por Mary
Corregido Por Maxiluna*

UN DOLOR EMBOTADO en todo su cuerpo la despertó, o quizá fue el persistente latido en su sien.

Con un gemido, RYANNE parpadeó y abrió los ojos. Vista borrosa, el entorno un trazo confuso. ¿Qué diablos había pasado? ¿Un mareo matutino?

Es posible. Su estómago se revolvió con una mezcla tóxica de ácido y lo que parecían ser uñas.

¿Jude la había llevado a la cama? Sus orejas temblaron, detectando el sonido de pasos arrastrando los pies y voces apagadas. De ninguna manera. Él no habría dejado que la gente entrara a su apartamento.

Parpadeo, parpadeo, parpadeo. Por fin su vista comenzó a aclararse. Extendió la mano, o mejor dicho, lo intentó. Sus manos estaban atrapadas.

¿Atrapadas?

Forcejeó, y el sonido de un tintineo metálico retumbó. ¿Cadenas?

Tenía las manos atadas detrás de la espalda, pero no con metal. Plástico, tal vez. El plástico estaba enganchado a una cadena, el otro extremo de la cadena anclado a la pared del fondo, dándole espacio para caminar alrededor pero no lo suficiente para salir de la zona.

Mientras incrementaba sus forcejeos, algo cálido y húmedo goteó en sus ojos. ¿Sangre?

¿Por qué...?

Los recuerdos rompieron la pared que los había retenido. Glen se había colado en su bar. La había pegado con una pistola, noqueándola.

Saltó erguida. El mareo golpeó en represalia, y se habría derrumbado si no fuera por un gran cajón de madera que detuvo su descenso. Cuando trató de apoyarse en él, sus brazos, todavía atados a su espalda, se negaron a cooperar. La cremallera de plástico... muy apretada.

Su corazón martilleaba salvajemente. ¿Estaba en un almacén? El edificio podía abarcar toda la longitud de un campo de fútbol.

Las cajas abundaban por todas partes, y había al menos cinco automóviles aparcados a lo largo de un lateral: un Hummer, dos Jeeps y dos



furgonetas. En la esquina, una mesa plegable tenía papeles y diferentes suministros de oficina esparcidos por encima. Había otras habitaciones cercanas, una media pared acordonando cada una. Los ácaros de polvo giraban por el aire.

¿Glen la había sacado del Scratching Post por sí mismo, o había recibido ayuda de los hombres de Dushku? ¿Dónde estaba Caroline?

¡Caroline!

A unos metros de distancia, su amiga inconsciente yacía en un sucio suelo de cemento. Como Ryanne, tenía las manos atadas detrás de la espalda con una atadura con cremallera que se enrollaba a través de una cadena. Tenía un moretón y un nódulo en la sien.

¿Cuánto tiempo había pasado? Jude tenía que haber visto lo que había pasado en el suministro de datos. Quizá había seguido a Glen y volaría a través de la puerta... en cualquier... segundo...

El ruido de pasos se hizo más fuerte, las voces no tan amortiguadas.

Con la urgencia dirigiéndola, Ryanne se contorsionó en un esfuerzo por alcanzar su arma. ¡Maldita! La pistolera de su bota estaba vacía. No llevaba otras armas encima.

Tan silenciosamente cómo fue posible, corrió al lado de Caroline y realizó el cacheo más incómodo del mundo. Sin armas en ella, tampoco.

Un gemido de dolor salió de la chica mientras sus ojos se abrían. Entonces jadeó y se incorporó. —Glen—, dijo ella. —Lo siento mucho. No tenía ni idea...

—Shhh. —Cuando Caroline presionó los labios juntos, Ryanne susurró, —¿Cómo entró Glen al bar?

La vergüenza encendió sus mejillas. —Anoche, cuando estaba en el descanso, nos besamos en el callejón. Fue el motivo por el que llegué tarde. Debí haberme visto marcar el código.

Así que ambas habían jugado bien en su plan. Bien, lo que sea. Lo que estaba hecho estaba hecho. Ahora tenían que encontrar una manera de romper sus ataduras y escabullirse antes de que Glen volviera.

—No podemos quedarnos aquí—, dijo lo más silenciosamente posible. Las voces estaban tan cerca que sus palabras eran casi distinguibles. Se puso en pie y corrió hacia el escritorio, con cuidado de no dejar que la cadena tintineara contra el suelo. Bolígrafos, lapiceros y gomas. Agarró unas pocas de todo.

Si podía, forzaría las cerraduras de la cadena. Si no podía, los bolis y lapiceros podían actuar como dagas. Las gomas... todavía no estaba segura pero mejor asegurarse que lamentarlo.



Luego volvió al lado de Caroline. Recordando la historia de Coot sobre su esposa, intentó romper sus ataduras. Fallo. Espera. ¿Qué había hecho él exactamente? *Vamos, vamos. ¡Piensa! No dejes que el pánico nuble tus pensamientos.* Él había arrastrado sus brazos...

Dos hombres caminaron alrededor de una media pared. Glen y Cigarrillo, el gigante musculoso que una vez había escoltado a Savannah por Strawberry Valley. Cigarrillos tenía una sonrisa petulante y sostenía un .44. *El .44 de Ryanne para ser exactos.* Reconoció el mango de madreperla.

Glen se retorció las manos. Tomó la delantera, apresurándose hacia Caroline y Ryanne. —Lo siento. Deberías haber dejado la ciudad después del tiroteo en el callejón. No estaba intentando lastimarte.

*¡Cabrón!**

—Bastardo—, le escupió Caroline. —¡Espero que contraigas una bacteria carnívora en tu pequeño penel!

Cigarrillo se rio. —Es luchadora. Me gusta.

La forma en que él la miró de forma lasciva... Ryanne se estremeció.

—¿Eres el que le disparó a Jude? —demandó ella, mirando a Glen.

La atención de todos regresó a ella.

Glen fue el que casi había herido a su bebé. Había admitido el tiroteo antes, pero la realidad todavía no se había cristalizado. Ahora le tomó todo lo que tenía para permanecer en su lugar y no llevar los puños a su cara.

—Entonces, ¿eres un criminal y un pésimo besador? —Dijo Caroline con una sonrisa burlona. —Debería haber escuchado a mi madre. No vales dos mierdas y una risita.

—Está bien, señoras. El tiempo de la diversión ha terminado. —Cigarrillo levantó el arma, apuntando a Ryanne. —Esto es lo que va a ocurrir. Vamos a llamar a Jude. Si quiere que las dos sobrevivan a la hora, nos traerá a Savannah y a Thomas. Hasta entonces, van a mantener las bocas cerradas. ¿Entendido?

Pequeños temblores de miedo pasaron rápidamente por Ryanne mientras asentía. Caroline siseó.

Cigarrillo miró a los ojos de Ryanne... con satisfacción maliciosa. —Si Dushku no estuviera en camino, tú y yo podríamos divertirnos un poco. Pero afortunadamente para ti, órdenes son órdenes, y no debes ser lastimada... todavía.

Él se alejó, y Glen le siguió.

—¿Qué vamos a hacer? —Susurró Caroline tan pronto como los tipos desaparecieron a la vuelta de la esquina. —No nos dejarán irnos, incluso si



Jude hace el intercambio. Hemos visto demasiado. Vamos a ser... ser... — Ella gimió, su valentía abandonándola.

En primer lugar, Jude no haría el intercambio. No permitiría que Savannah fuera lastimada. Segundo, no había forma de que Ryanne se quedara quieta, su dulce bebé en peligro.

—Tenemos que escapar antes de que llegue Jude—, dijo en voz baja. —Sigue mi ejemplo, ¿de acuerdo?

Sin perder tiempo, contorsionó su cuerpo, casi sacando los hombros de sus órbitas mientras trabajaba con sus brazos por debajo de sus piernas. Con sus manos frente a ella, realizó fácilmente el infame movimiento de Coot... levantó sus manos atadas sobre la cabeza y rápidamente hizo girar sus brazos abajo, sus codos extendidos para evitar sus caderas, separando sus manos... ¡Argh! Las ataduras no se rompieron. Lo intentó otra vez, después otra vez y finalmente logró el éxito, el plástico rasgado, la cadena cayendo al suelo, inútil.

Caroline logró hacer lo mismo, y Ryanne la jaló sobre sus pies.

Si podían salir afuera, sobrevivirían a esto. Pero mientras avanzaban por el edificio, agachándose detrás de las cajas, revisando los coches buscando las llaves, sólo logró abrirse camino más adentro.

¡Golpe seco!

Su oreja tembló. ¿El golpe de una puerta? ¡Tenía que ser! Estaban cerca de una salida, entonces, aunque no lo suficientemente cerca. Mientras ella y Caroline se metían entre dos cajas, el corazón de Ryanne tamborileaba tan ruidosamente contra sus costillas que temió que alguien la oyera antes de verla.

Registró pasos golpeando. Más de una persona se aproximaba.

—Dime. —La voz de Dushku sonó, autocrática hasta el extremo.

Mientras Cigarrillo explicaba la situación, los pasos disminuyeron en volumen. Ryanne miró por encima de la caja frente a ella, sólo para agacharse rápidamente. Dos guardias se habían quedado atrás. Estaban al menos a cincuenta metros a su izquierda... ¿junto a la puerta?

Caroline tembló y presionó una mano contra su boca. Se miraron una a la otra, esperando, temiendo lo que sucedería después.

—¿Dónde están? —Gritó Dushku. —¡Encuéntralas!

Los guardias se precipitaron hacia adelante, pero se detuvieron cuando sonó una serie de fuertes golpes.

—Señor. —Dijo uno de ellos. —El hombre con el que contactaste está aquí.



¿Jude?

No, no, no. ¡Caería directamente en la guarida del león sin motivo!



JUDE SE ACERCÓ A LA entrada de la antigua fábrica de acero ubicada en las afueras de Blueberry Hill, su ira apenas contenida. Cuando llegó al Scratching Post, había ido en busca de Ryanne, desesperado por un beso. Había encontrado una salpicadura de sangre en su lugar.

Había observado los datos de seguridad como un loco, obsesionado y poseído. Justo cuando había decidido probar que había pateado el miedo hacia el bordillo y le había dado a Ryanne un respiro, Dushku atacó.

La ironía era una perra fría como una piedra.

Jude había intentado no entrar en pánico al reproducir la información de seguridad. *Entonces*, había visto a Glen Baker usando el código correcto para entrar por la puerta de atrás. La misma razón por la que Jude no había sido alertado sobre un intruso. Luego había visto al bastardo pegar con la pistola a Ryanne y a Caroline.

Un mensaje de texto desde un número desconocido había llegado con esta dirección y el mensaje de traer a Savannah y al chico, y venir desarmado. No había necesitado un número para deducir la identidad del remitente. Esta era la oportunidad de Dushku de recuperar a Thomas, y también de matar a Savannah, Ryanne y Caroline, todo mientras culpaba a Jude.

El hombre estaba contando con el enojo de Jude para nublar su juicio.

Hace dos días, lo habría hecho. Hoy ocurrió lo contrario. A pesar de su ira y, sí, incluso un bombardeo de miedo, Jude mantuvo una claridad nítida. *Salva a Ryanne y al bebé, cueste lo que cueste*. Había contactado con Daniel y Brock, quienes le habían seguido hasta allí, dejando a Savannah y Thomas con el incorruptible sherif Lintz de Strawberry Valley.

Jude tenía un pequeño transmisor en el oído, lo que permitía a sus amigos escuchar lo que sucedía a su alrededor y responder.

Necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

Jude había venido desarmado, como se le ordenó, seguro de que sería cacheado al momento uno. Pero no importaba. No necesitaba armas para ganar esta guerra. Tan pronto como hubiera verificado el bienestar de



Ryanne, atacaría... y no se detendría hasta que Dushku y todos sus hombres fueran neutralizados.

—Te tengo en la mira—, la voz de Brock susurró en su oído.

—Lo mismo—, dijo Daniel.

—Dime que has encontrado el dinero de Dushku. —Jude necesitaba ventaja, y la necesitaba ahora.

El suspiro de Daniel crepitó sobre la línea. —Estará hecho cuando estés dentro.

—Será mejor que así sea. —La vida de Ryanne dependía de esto.

Mientras Jude se acercaba a las grandes puertas de metal, inhaló un profundo aliento, lo retuvo... lo soltó.

Levantó el puño y golpeó.

A su izquierda, una puerta de garaje lo suficientemente grande para un camión con remolque empezó a elevarse. Dos guardias armados lo rodearon, le cachearon. Estaba un poco sorprendido de que simplemente no le disparasen, que era lo que él esperaba.

Llevaba puesto kevlar debajo de la camiseta. Ese kevlar no le ayudaría si le disparaban en la cabeza, pero *protegería* los órganos vitales si recibía un disparo en el pecho.

—¿Kevlar? —Uno de los hombres sonrió.

—Al menos está limpio—, dijo el otro.

Lo empujaron hacia adelante. Tropezó, su pierna no estaba preparada para soportar su peso. Por pura fuerza de voluntad, logró mantenerse de pie.

Dushku, Anton, Dennis y Glen Baker esperaban varios metros más adelante. Y también el oficial Jim Rayburn. *Lo sabía*. Cofres, cajas y unidades de almacenamiento actuaban como decoración.

Dushku sonreía con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Por alguna razón, no estaba regocijado. Realmente parecía... ¿inquieto? —¿Dónde están Savannah y el chico?

—¿Dónde están Ryanne y Caroline? —Espetó Jude. —Quiero una prueba de vida. Ahora.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

*Traducido Por Arhiel
Corregido Por Maxiluna*

RYANNE SE TRAGO EL grito de angustia. Jude estaba aquí, pero estaba desarmado, rodeado de peligro a cada paso. Jim Rayburn también estaba aquí. Como oficial de la policía de Blueberry Hill, su palabra sobre los eventos de hoy sería creída por encima de la de todos los demás. Más que eso, no querría que nadie contara historias sobre su lealtad a una pandilla. Él querría que mataran a Jude, Ryanne y Caroline, ¿no?

A toda costa Ryanne quería saltar y gritar: “¡Aquí estoy!” Con el corazón saltando, apretó los labios y miró por encima de las cajas.

Jude nunca había estado más bello para ella. Sus duras facciones estaban tensas, haciendo que su piel pareciera como si se pudiese rasgar en cualquier momento. La determinación irradiaba de él. Su pelo arenoso sobresalía entre pinchos, y sus ojos poseían un brillo salvaje, sus labios una ruda línea.

En ese momento, ella supo que él haría cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, para salvarla. No había línea que no pudiera cruzar. La misma razón por la que ella y Caroline tenían que quedarse quietas. Si lo distraían o asustaban a los demás, podrían dispararle. ¡Y a ella y a su bebé también! Necesitaba llamar la atención de Jude sigilosamente, hacerle saber que estaba bien, y que ella y Caroline podrían escabullirse con él... de alguna manera.

—Prueba de vida—, dijo Dushku, solo un poco de inquietud en su tono. —Muy bien.

¿Cómo iba a dar prueba de vida el tipo cuando no sabía dónde estaban Caroline y ella?

Caroline apretó su mano, una clara petición para que dejara de mirar por encima de la caja.

—Trae a las chicas. —Dushku chasqueó sus dedos, y Serpiente se fue corriendo, desapareciendo alrededor de una de esas medias paredes. —Debo admitirlo, estoy un poco sorprendido de que hayas venido. Tenías que saber cómo terminaría esto.

El estómago de Ryanne amenazó con rebelarse. Qué fácil hablaba de la muerte.



—Sabía que mantendrías vivas a las mujeres hasta que tuvieras lo que querías. Después, mataré a Ryanne, Caroline y Savannah, y luego a mí mismo, ¿no? Esa es la historia que el mundo oirá, de todos modos.

—No, Sr. Laurent. Dejaré que tu Ryanne viva, como prometí. No soy un monstruo, contestó Dushku. —Además, es una pieza bonita. Podría hacer uso de ella.

Jude reveló la sonrisa más fría y mezquina que había visto en su vida. —Tienes razón en una cosa. Nuestra guerra terminará hoy. —Había sido empujado más allá de toda civilidad, despojado de toda su humanidad. —Voy a matarte.

Dushku se rio.

Ryanne necesitaba desviar la atención de todos, como, ahora. Miró hacia abajo a los suministros que había robado, su mente girando. Lanzar un lápiz o un bolígrafo no serviría de nada, considerando que no podía levantar los brazos sin llamar la atención de todos.

Una idea floreció y, esperanzada, se puso a trabajar lo más silenciosamente posible.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró Caroline.

—Ya verás—, ella se echó hacia atrás, mientras intentaba montar la infame ballesta de Coot.

—Vas a estar muy decepcionado—, dijo Dushku. —Siempre consigo lo que quiero, y quiero que derramen tu sangre sobre mi piso. Tú y los tuyos han sido más problemas de lo que valen.

—¿Pucheros?

—Es tu culpa, sabes. Mostraste tu debilidad el día que nos conocimos. El amor por otro *siempre* te impedirá hacer lo que hay que hacer. Si quieres tener éxito, tienes que cuidarte a ti mismo.

—Tú eres el que va a estar decepcionado. —Jude dio un paso adelante. —El amor hace a un hombre más fuerte. Le da una base sólida sobre la que apoyarse. El amor toma las conjeturas de sus elecciones y deja claro su camino.

Qué palabras tan hermosas. Ryanne quería abrazarlo.

Cuando Jude dio otro paso hacia delante, todos menos Dushku le apuntaron con un arma.

—Eso es lo suficientemente cerca—, soltó Dushku, obviamente desconcertado por la falta de miedo de Jude.



Jude reveló otra sonrisa, esta vez presumida. —Revisa tus cuentas bancarias. Estás a punto de descubrir que estás quebrado, ni un centavo a tu nombre.

Dushku se rio. —Difícilmente.

—No me conoces, así que déjame que te dé una pista. Nunca fanfarroneo. Adelante, compruébalo. Y cuando te des cuenta de que estoy diciendo la verdad, dejarás que Ryanne y Caroline se vayan. Si no, nunca verás un centavo. —Su mirada se movió sobre los guardias. —Y ustedes no recibirán su paga.

Pasó un momento, la tensión crepitaba en el aire. Entonces, —Tráeme un portátil. ¡Ahora!

Cigarrillo salió corriendo.

De acuerdo. Todo bien. Con dos guardias ocupados en otra parte, no habría mejor momento para usar la ballesta. Pero Ryanne estaba temblando, el subidón de adrenalina le daba fuerza mientras que también jugaba con su agilidad, y no pudo terminar la construcción del arma antes de que Cigarrillo regresara con el portátil.

Los dedos de Dushku pincharon el teclado. Se puso más rígido, y luego gritó las peores maldiciones que había oído jamás. —¿Dónde está mi dinero?

Las armas dirigidas a Jude fueron amartilladas.

Ryanne terminó la ballesta al fin. Ahora o nunca. Apuntó y disparó un tiro. El lápiz pasó por encima de una hilera de cajas y chocó contra una pared lejana. Dushku, Glen, Jim y Cigarrillo se volvieron. Sin dudarlo ni un momento, Jude saltó a la acción, girando, cogiendo el cañón de la pistola que tenía el guardia que estaba detrás de él. Con su otra mano, le dio un puñetazo en la muñeca, poniéndose fuera del alcance de ataque, y al mismo tiempo forzando al hombre a renunciar a su control sobre el arma.

¡Boom! ¡Boom! ¡Boom! ¡Boom!

Jude disparó a los guardias, Jim y Cigarrillo en rápida sucesión; ella sabía que había elegido a Jim y Cigarrillo versus Dushku porque tenían sus propias armas. Los cuatro hombres se desplomaron en milisegundos, uno tras otro incapaces de disparar un tiro propio.

Mientras Jude le había dado en el corazón a los guardias y a Cigarrillo, él sólo le había dado en el hombro a Jim, impidiéndole recuperarse y levantar el arma que había tirado durante su caída. Sospechaba que todas las acciones de Jude tenían un propósito. Era un héroe militar con habilidades, y no se perdería en lo que perseguía, aunque se moviera.



Ryanne nunca antes había sido testigo de una muerte, y aunque estos hombres eran malos y desagradables -*habían sido* malos y asquerosos- eran todavía humanos, y verlos morir era surrealista y horrible, y hacía que su estómago se revolviera.

Con las mayores amenazas fuera del camino, Jude pateó el arma de Jim más lejos y se concentró en el pálido y tembloroso Dushku.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó Jude.

—Baje el arma, Sr. Laurent. —Dushku no podía ocultar su furia ni su miedo. —Hablemos de esto. Tengo otros hombres dentro del almacén. En cualquier momento vendrán por aquí, y si me estás apuntando, te sacarán. No volverás a ver a la Srta. Wade.

Glen cayó de rodillas, lágrimas corriendo por sus mejillas. Después de cada cosa terrible que había hecho para evitar la prisión, debió darse cuenta de que sus acciones de hoy le habían ganado una sentencia mucho mayor que la que habría recibido por malversación de fondos.

—¿Dónde. Están. Las Chicas? —Insistió Jude.

—Estamos aquí. —Después de una breve pausa, asegurándose de que no le dispararan, Ryanne estaba de pie con piernas temblorosas. —Escapamos de nuestras ataduras y nos hemos estado escondiendo. Estamos ilesas.

Caroline levantó su brazo para saludar mientras mantenía el resto de su cuerpo escondido detrás de las cajas.

Un alivio mayor emanó de Jude, ira de Dushku.

—¿Puedes llegar a la puerta sin dejar la seguridad de las cajas? — Aunque Jude habló con Ryanne, su atención se mantuvo fija en su objetivo.

—No podemos—, dijo, después de examinar la ruta que tendrían que tomar.

—Entonces quédate dónde estás, ¿de acuerdo? Te escoltaré después de que Daniel y Brock se aseguren de que no haya nadie más en el edificio.

Antes de que ella pudiera responder, Serpiente espió alrededor de una pared y, apuntando al azar, golpeó frenéticamente una serie de disparos rápidos en Jude. Uno de esos disparos le dio.

—¡No! —gritó mientras él se desplomaba. El horror la golpeó tan ferozmente que perdió el aliento, un segundo grito muriendo brutalmente dentro de su garganta.

Antes de que alguien pudiera moverse, dos tiros más resonaron, pero fue Serpiente quien se derrumbó, sangre derramándose de su frente para juntarse alrededor de su cuerpo inmóvil.



Otra muerte, pero esta vez no tuvo compasión. Daniel y Brock salieron corriendo de detrás de él, incluso pisándole los talones, con sus pistolas apuntándole a las demás amenazas. El barro los cubría a los dos de pies a cabeza.

Gimiendo, Jude se incorporó y sacudió la cabeza como si sus oídos estuvieran zumbando. Palmeó frenéticamente su pecho, pero no había sangre en sus manos. ¿Estaba ileso?

¡Gracias, Dios! ¡Gracias, gracias, gracias!

—Es seguro salir—, anunció Daniel. Eliminamos a los otros hombres. Nunca nos vieron venir.

Con un grito de alivio, Ryanne se apresuró hacia su hombre. A mitad de camino, se cayó de rodillas y patinó. Ella le abrazó, perdiendo rápidamente de vista al resto del mundo.

—¿Estás bien? Por favor, dime que estás bien, vaquero, antes de que lo pierda.

—Estoy bien, amor. Estoy usando un Kevlar. —La atrajo más cerca, envolviéndola contra él. Los temblores lo sacudieron de un lado a otro, y ella se dio cuenta de que su adrenalina estaba cayendo, ahora que lo peor había pasado. —¿Tú?

—No estoy usando Kevlar, pero estoy bien. —Las lágrimas llenaron sus ojos e inundaron sus mejillas mientras ella golpeaba sus puños contra sus hombros. —Tenía esto en la bolsa, tonto. Escapé de mis amarres, y me dirigí furtivamente a la puerta. ¿Por qué viniste y arriesgaste tu vida?

—Sin ti, no tengo una vida.

—Podrían haberte matado.

—Pero no lo hicieron, y ahora la guerra ha terminado. Sin dinero, nadie estará dispuesto a ocupar el lugar de Dushku.

—¿Qué pasa si recupera el dinero?

—Imposible. Ya ha sido dispersado a diferentes organizaciones benéficas.

—Venganza...

—Tampoco será un problema. Tiene demasiados enemigos. No durará ni una semana en prisión. Finalmente estás a salvo. Savannah, también. La guerra ha terminado—, repitió. —Con Dushku, y conmigo mismo. El miedo no ganó. *El miedo no ganó.*

Ella lo abrazó de nuevo, no dispuesta a dejarlo ir ahora o nunca. —Estoy tan orgullosa de ti, y Te amo. Te amo demasiado.



—Yo también te amo. —Él besó su sien, su mejilla. Sus labios. Luego se miraron fijamente a los ojos, disfrutando de una hermosa reunión.

Segundos, minutos, una eternidad pasó, antes de que el resto del mundo volviera a su enfoque. Daniel intentaba consolar a una angustiada Caroline mientras hablaba por teléfono con... ¿una operadora del 911? Debía ser. Estaba explicando la situación. Jim, Glen y Dushku tenían sus narices presionadas contra una pared mientras Brock caminaba detrás de ellos. Jude le dijo que Jim tampoco sería un problema. Los chicos hackeaban el canal de seguridad y demostraban su implicación con Dushku, que intentaba hablar libremente, haciendo promesas que no podía cumplir.

En algún momento la policía llegó, sorprendidos por el giro de los acontecimientos, especialmente con Jim. Luego llegaron los médicos. Hombres y mujeres uniformados allanaron el almacén. Tomaron fotos y declaraciones, y se hicieron arrestos. Ryanne, Jude y Caroline fueron escoltados a una ambulancia afuera, sus signos vitales revisados. El sol brillaba, y en el estacionamiento había diferentes vehículos que parpadeaban con luces multicolores.

Jude se quitó la camisa y el chaleco, revelando dos moretones negros y azules en su pecho. Un tórax que se veía ligeramente diferente ha lo que era antes, y no debido a la lesión. Sin embargo, la razón se le escapó.

Al menos le dieron un certificado de buena salud. Y a ella y a Caroline también.

—¿Estás lista para irte a casa, amor? —Jude se agachó frente a ella, sus manos ahuecando sus mejillas.

—Sí, por favor.

En su camioneta, ella apoyó la cabeza sobre su hombro. —Estoy tan feliz de que tú y Daniel se conocieran y se hicieron amigos. Si no lo hubieras hecho, tal vez nunca nos hubiéramos liado.

—Creo firmemente que nos hubiéramos liado sin importar las circunstancias. Afrontémoslo, amor, estabas destinada a ser mía. ¿De qué otra manera dos personas menos propensas a enamorarse, un hombre que deseaba estar muerto y una mujer llena de vida, se habrían reunido?



DESPUÉS DE UNA CALIENTE, humeante ducha, Jude llevó a Ryanne a la cama y la abrazó, sin hacer ningún movimiento para seducirla. En este



momento, abrazarla, -queriéndola-, significaba *todo*. Se aferró a la mujer que había ganado su corazón. La mujer que le había enseñado que la muerte de su familia no había anunciado el final de su vida.

Su amor por Constance y las niñas siempre estaría con él. El amor nunca murió. El amor perduró. Ahora tenía una segunda oportunidad para volver a amar y no perdería un momento.

—¿Están tratando de resurgir tus miedos? —Preguntó Ryanne, con tono aturdido.

—Ni siquiera un poco. Los tengo encerrados, y dudo que alguna vez puedan escapar nuevamente. Hoy te has liberado de las amarras, te has escondido de un mafioso y has distraído a sus matones, has superando abismales posibilidades de supervivencia. Eres una luchadora, siempre serás una luchadora, y yo siempre tendré tu amor, sin importar lo que pase.

Ella besó su pecho, y jadeó. —¡Oh, Dios mío! Finalmente me di cuenta que es lo diferente en ti, cariño. —Te tatuaste mi nombre en un círculo alrededor del corazón y las dagas.

—Más que eso—, dijo con una sonrisa.

Ella estudió su pecho. —¿Y un estandarte...?

—Por el nombre de nuestro bebé.

Una nueva tanda de lágrimas brotó en sus ojos. —Jude.

—Quería sorprenderte.

—Vaquero, no sólo estoy sorprendida, me siento honrada y humilde. ¡Y encendida! Nunca te has visto más sexy.

Él le sonrió, Suavemente alisó un mechón de cabello de su cara. — ¿Esta cosa del futuro? Lo tenemos en la bolsa, amor. Vamos a tener nuestro felices para siempre garantizado.



EPÍLOGO

*Traducido Por Arhiel
Corregido Por Maxiluna*

INCAPAZ DE ESTAR un minuto más sin estar legalmente casada, Ryanne se casó con su hombre en una pequeña ceremonia informal celebrada en el Strawberry Inn. Ella llevaba un vestido rojo ceñido a la piel, -¿Porque, por qué no?- y él llevaba un traje y una corbata a rayas.

Dorothea y Lyndie actuaron como sus damas de honor, y su madre la entregó. Daniel y Brock estuvieron con Jude, y también Carrie y Russ.

Ryanne siempre guardaría el recuerdo. Habían superado tantas cosas para estar juntos, ella realmente creía que nada sería capaz de separarlos, y ella obtuvo una gran dosis de paz de eso.

Después de la ceremonia, ella y Jude decidieron utilizar el viaje a Roma como la mejor luna de miel del mundo. Al principio fue difícil para él, porque la última vez que viajó a Italia había estado con Constance y las gemelas. Pero a medida que pasaban los días, había empezado a compartir historias sobre las chicas, que estaban aquí en espíritu.

Ryanne y Jude se balanceaban ahora en una hamaca anclada a la terraza de su villa, bañados por la luz de la luna y el agua. Una fresca brisa de viento deslizaba los olores del pino, la arcilla y el césped húmedo.

—Hemos estado aquí dos semanas y media—, dijo ella. —Sé que has estado extrañando tu hogar.

—Te tengo a ti. Estoy bien.

—Sí, pero estás listo para volver. Admítelo.

—Amor, podemos añadir otro mes más al viaje, si quieres.

¡Argh! —Me revuelves la mantequilla y me pones mantequilla en el trasero, vaquero. No quería ser la única en sentirme así, pero oh, bueno. Estoy lista para ir a casa con nuestros gatos.

Vivir su sueño de la infancia era mejor de lo que ella se había imaginado, pero no siempre tan divertido como ella esperaba. Tener que orinar miles de veces durante su vuelo les había chupado las pelotas. Y vomitar toda la pasta y el helado tampoco fue una maravilla.

Además, los gatos -su familia extendida- tenían que estar extrañándolos ferozmente. Ella y Jude habían decidido quedarse con los siete gatitos, además de mamá Belle. A lo largo de los años, habían sufrido



suficientes pérdidas. No hay necesidad de sufrir más. Como Ryanne le había prometido a Dorothea y Lyndie dos gatitos a cada una, había pagado las cuotas de adopción para que sus amigas encontraran a los nuevos miembros de su familia en un refugio cercano. Ganar-ganar.

—Brock prometió cuidar a los gatos, amor. Están bien.

—Sí, pero ¿qué pasa con los libros de bebé de tu gato? —Jude estaba haciendo uno para cada uno de los gatitos. —¿Qué pasa si París sube en el refrigerador por primera vez y nos echa de menos? ¿Qué pasa si Anya y Cameo se pelean de nuevo y no estamos allí para animarlas?

—Brock es...

—Constantemente distraído por otros coños. Lo sé.

Jude soltó una carcajada. —No puedo creer que hayas dicho eso.

—¿Qué? ¡Es verdad!

—¿Qué hay de tu sueño de viajar por el mundo? —Preguntó.

—No ha cambiado. Bueno, lo ha hecho, pero para mejor. Una vez quise ver el mundo por mi cuenta, porque no sabía que podía confiar en un hombre y llevármelo conmigo. Tampoco sabía lo especial que podría ser un buen hogar, pero ahora lo sé, y lo extraño. No me malinterpretes. Sigo queriendo visitar todos los países y estados, con mi esposo y nuestro bebé a mi lado. Quiero que hagamos recuerdos maravillosos juntos, pero sólo una semana o dos a la vez. Podemos ver los lugares de interés, experimentar la atmósfera, comer toda la comida y regresar al Scratching Post sin sentir que estoy... -estamos- constantemente plagados de nostalgia.

Su mano se posó sobre su vientre. —El pequeño milagro Laurent disfrutará viendo el mundo. Sé que a Hailey y Bailey les encantaban los lugares donde Constance y yo las llevábamos. Siempre se sintieron como si estuvieran en una gran aventura.

Hoy en día, él mencionaba a su primera familia con facilidad, y eso emocionó su corazón. Esas chicas siempre serían parte de él, y Ryanne siempre agradecería el amor que le habían dado, y el hombre en el que lo habían ayudado a convertirse.

Ella besó la esquina de su hermosa y cicatrizada boca. Incluso a la luz de la luna podía ver la fiera de sus rasgos... el brillo hambriento en sus ojos. Un hambre que nunca se saciaba. Siempre la deseaba, y siempre su cuerpo respondía de buena manera, hambriento de este hombre que se había ganado su confianza y su corazón.

—Vamos a hacer tantos recuerdos maravillosos juntos—, dijo ella.

—Este es un magnífico comienzo.



Tantas cosas habían pasado en las semanas posteriores a su secuestro. Dushku había sido acusado de una gran cantidad de crímenes, y debido a que estaba en bancarrota, no podía permitirse pagar por abogados lujosos, o pagar al juez para que lo dejara ir. Estaría cumpliendo cadena perpetua con los hombres que había traicionado y chantajeado. Glen Baker y Jim Rayburn habían sido arrestados por múltiples cargos, también. Como Jude había prometido, la información de seguridad del almacén de Dushku había demostrado la culpabilidad de Jim.

Ryanne podía respirar más tranquila ahora, y Lyndie también. Jim ya no causaría problemas.

Savannah y su hijo se habían mudado oficialmente a Strawberry Valley. Ahora trabajaba como mucama en la posada. Lo que ella haría cuando el padre de Thomas saliera de la cárcel, nadie lo sabía.

—Además—, dijo Ryanne, volviendo a su conversación sobre volver a casa antes. —¿No quieres empezar tus nuevas tareas en el Scratching Post? Escuché que tu jefa es una verdadera dama dragón.

—Menos mal que sé cómo hacer ronronear a esa dama dragón. Pero, ¿exactamente cuáles son mis nuevas obligaciones?

Anoche, cuando yacían acurrucados en la cama, Hablaron sobre las esperanzas y los sueños de *Jude*. Quería permanecer a cargo de la seguridad del bar, asegurándose de que no hubiera conductores ebrios detrás del volante de un coche. Él también planeó revertir su vasectomía, para que algún día pudieran agrandar su familia. Un hecho que la complació mucho. Ellos tenían mucho amor para dar.

—Bueno—, dijo, —además de dirigir nuestro nuevo equipo de seguridad nocturno, vas a tener que asegurarte de que estoy satisfecha al menos una vez al día, y para ayudar a facilitar eso, vas a tener que trabajar sin camisa para que pueda admirar tu pecho cuando quiera.

—Tus términos son aceptables. Cambiaré nuestros vuelos—, dijo. —Pero no regresaremos mañana. No quiero que te arrepientas de haberte ido temprano, así que le vas a dar a Roma dos, no, tres días más. Todavía hay lugares que no has visto.

—Te refieres a lugares donde no hemos hecho el amor.

—Exactamente. Pero en el futuro, planearemos viajes más cortos.

—Suena justo, oh sabio. Pobre Selma, sin embargo. Ha estado a cargo del Scratching Post, y odiará perder las riendas del control antes de tiempo. Y el pobre Brock. No va a estar contento, tendrá que mudarse de nuestro apartamento más pronto que tarde.

—No me preocuparía por él. Estoy seguro de que Lyndie lo distraerá de alguna forma u otra. Siempre lo hace.



Tan cierto. Ryanne estaba animando a esos dos niños locos a resolver sus problemas y empezaran a salir; obviamente se querían el uno al otro. — ¿Por qué no la ha invitado a salir?

—¿Aparte del hecho de que ella está aterrorizada de él?

—Sí.

—Ella es una ex Junior League¹⁹, ¿verdad?

—Mmm-hmm.

—Es por eso. O una de las razones. Ella es casi todo lo que a sus padres le encantaría.

—¿Casi?

—Su divorcio. Le darían una mierda por eso. Si alguna vez la lleva a casa, es decir. Lo cual nunca haría. Se la comerían viva, y sus instintos protectores surgirían. Reaccionaría violentamente, como tiende a hacer, y probablemente la asustaría.

—Entonces, ¿qué les pasa a sus padres?

—Imagínate vivir en una casa de diez mil pies cuadrados con dos personas que encuentran defectos en todo lo que haces y dices, y un hermano mayor que nunca hace nada malo. Tendrías muchos lugares donde esconderte de la gente, pero no donde esconderte del aguijón de su desaprobación.

Ouch. —Así que Brock va tras diferentes mujeres para encontrar la aprobación que no obtuvo cuando era niño, aunque sea por una noche.

—En parte. El sexo no es algo que él y yo hayamos discutido, pero sospecho que cuanto menos tiempo pasa con una mujer, menos aprende sobre él, así menos le desagrada, permitiéndole dejarla con el recuerdo de haber sacudido su mundo, nada más, nada menos. Además, el TEPT se registra de manera diferente para las diferentes personas, y he notado que Brock hace lo que sea necesario para que la gente a su alrededor se enamore de él, aunque sólo sea por un tiempo, ya que no puede amarse a sí mismo—, Jude jugó perezosamente con las puntas de su cabello. —Esa es mi opinión, al menos. Podría estar equivocado.

Si Brock decidiera ir tras Lyndie, tendría las manos ocupadas, eso seguro. ¡Y viceversa!

¿Tal vez Ryanne le daría un empujón a uno de ellos? Lyndie necesitaba desesperadamente experimentar una relación libre de abuso, con un

¹⁹Las Junior Leagues son organizaciones de mujeres educativas y benéficas cuyo objetivo es mejorar sus comunidades a través del voluntariado y desarrollar las habilidades de liderazgo cívico de sus miembros a través de la capacitación



hombre lo suficientemente fuerte como para ayudarla a combatir sus ataques de pánico, al mismo tiempo que calmaba a la niña asustada que llevaba dentro. Saber que ella valía más que su padre y su ex-marido le hicieron creer. Para entender que ella era un tesoro y...

No. Ryanne mala. Nada de emparejamiento. Brock no era para comprometerse. Si le rompiera el corazón a Lyndie, Ryanne tendría que romperle la cara.

Pero entonces, para ayudarle a superar un pasado envuelto en el rechazo, necesitaba desesperadamente experimentar una relación llena de aceptación y adoración. El miedo de Lyndie a él podría llevarlo demasiado lejos.

O forzarlo a hacerlo mejor, ayudándolo a encontrar lo que estaba buscando.

¡Alto! Sólo para. Las consecuencias podrían ser devastadoras.

—Mis muchachos y yo... no estoy seguro de por qué luchamos tanto contra nuestra felicidad—, dijo Jude, su voz feroz. —Lo siento por cada momento que cedí al miedo, amor.

Si ella fuera honesta, parte de ella había esperado que ese miedo regresara en algún momento y pisoteara su nuevo entusiasmo por la vida. Oh, cuán equivocada había estado. Había aprendido que el miedo que dejaba sin cuestionar podía controlarlo. Y, como soldado dedicado a lograr la victoria, ceder el más mínimo control había dolido, por lo que había tomado las riendas y se había mantenido firme.

No había sudado cuando ella se había perdido en el Vaticano, y no había entrado en pánico cuando se había despertado en la cama solo después de que ella había ido en busca de una galleta con trocitos de chocolate.

La vida era bastante perfecta.

—¿Todavía sientes que estás roto? —preguntó ella acariciando su pecho.

—¿Después de que recogieras mis pedazos y me volvieras a juntar? Ni siquiera un poco.

Querido, hombre romántico. Levantó su mano, un precioso anillo de pata de gato con perlas y diamantes brillaba en su dedo. El mejor anillo de compromiso y boda de la historia. —¿Eres feliz?

—Extáticamente así. ¿Y tú?

—Magníficamente. —No sólo era feliz, sino que estaba gloriosamente satisfecha. Increíblemente contenta. —Nunca pensé que podría sentirme



así. —Una sensación que estaba segura de que su madre había estado buscando durante todos estos años, al pasar de un hombre a otro.

Voy a ser más amable con esa mujer a partir de ahora.

—Haré cualquier cosa por ti. Cualquier cosa. —Jude ahuecó los globos de su trasero. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo descubrí cuando pusiste en peligro tu vida para salvar la mía. —Y ella lo amaba más por eso. Él la pondría a ella y al bebé en primer lugar, algo que ella haría para siempre por él. —Me ganaste, en cuerpo y alma.

—Como me has ganado tú. Rompiste mi resistencia, destruiste mi control e inundaste mi oscuridad de luz. Eres la llave de mis grilletes. Me liberaste. —Mientras hablaba, él pasaba un dedo sobre la cerradura de su muñeca.

En ese momento, tomó la decisión de hacerse otro tatuaje. Una llave en su otra muñeca. Un recordatorio constante de este momento y las hermosas palabras que su esposo acababa de pronunciar.

No importaba cuántos días, meses, años tuvieran por delante, Ryanne siempre descansaría en el conocimiento de que había sido amada, -bien amada-. Esta gata loca por los pasteles había experimentado lo mejor de la vida, la emoción de la aventura y el poder de la adoración de un gran hombre. Su vaquero, sus bollos de miel. Su elogiado. Su *precioso**.

Tenía *tantas* ganas de ver lo que venía después.

Fin



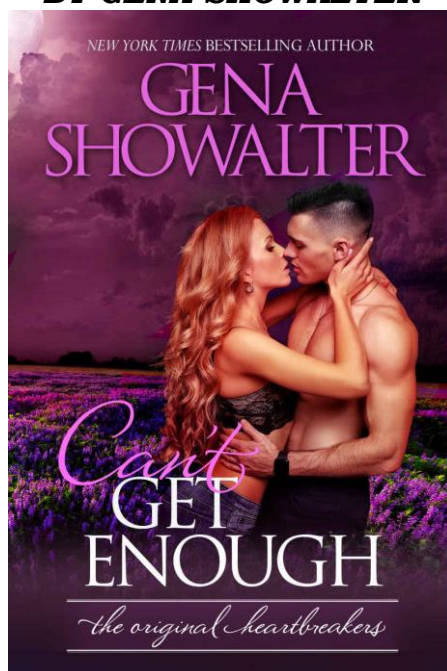


Continua Con...

CAN'T GET ENOUGH

(THE ORIGINAL HEARTBREAKERS #6)

BY GENA SHOWALTER



La autora más vendida del New York Times, Gena Showalter, regresa con un chisporroteante relato de los Verdaderos Seductores, protagonizado por un rudo y duro chico malo arrodillado por una.... ¿maestra de jardín de infancia?

El rey de las aventuras de una noche...

Para heredar, y destruir, al fin el negocio de su padre, Brock Hudson necesita una esposa. El despiadado ex-militar rompe corazones siempre ha evitado los enredos románticos. Las mujeres son dulces, pero la venganza será más dulce. O eso cree él. Sólo una mujer lo hará, pero la vulnerable belleza es más de lo que él esperaba, más ingeniosa e irresistible.

La reina de la congelación...

Después de un primer matrimonio abusivo, Lyndie Scott ha jurado terminar con las relaciones. Pero aun así, ella anhela tener un hijo propio. Resulta que el luchador que la asusta con sólo una mirada es la respuesta a sus problemas. Ella está de acuerdo con su propuesta, con una



advertencia: pasar cada noche en la cama con ella, y luego irse para siempre cuando llegue el momento de divorciarse. Incluso si está embarazada.

Un matrimonio de impresionantesinconvenientes...

A medida que los días pasan demasiado rápido y las noches se calientan, Brock lucha contra una sensación de posesión y obsesión. ¿Convencerá el ex-agente alérgico a los compromisos a su esposa de que están mejor juntos, o ella empacará sus maletas y se irá?